



IGNACIO M. ALTAMIRANO

CLEMENCIA

*

CUENTOS
DE INVIERNO



Novela ambientada en Guadalajara, México en el siglo XIX, en el momento de la invasión francesa a México. El doctor Hipólito relata a sus comensales acerca de dos citas de Hoffmann escritas por un tal Fernando Valle poco antes de ser fusilado. El comandante Enrique Flores era un joven de buena familia, guapo, y tenía la cualidad de ser muy simpático, era el favorito de su jefe y muy querido por sus soldados. Asimismo, era irresistible a las mujeres y tenía una buena suerte como nadie. En cuanto a Clemencia, la hermosa, la coqueta, la sultana, la mujer de las grandes pasiones... se hizo hermana de la Caridad, pero ¿por qué?

En esta edición se incluyen los *Cuentos de invierno* .



Ignacio M. Altamirano

Clemencia. Cuentos de invierno

ePub r1.0

IbnKhaldun 26.06.13

Título original: *Clemencia. Cuentos de invierno*

Ignacio M. Altamirano, 1869

Editor digital: IbnKhaldun

ePub base r1.0



CLEMENCIA

1

Dos citas de los cuentos de Hoffmann

Una noche de diciembre, mientras que el viento penetrante del invierno, acompañado de una lluvia menuda y glacial, ahuyentaba de las calles a los paseantes; varios amigos del doctor L. tomábamos el té, cómodamente abrigados en una pieza confortable de su linda aunque modesta casa. Cuando nos levantamos de la mesa, el doctor, después de ir a asomarse a una de las ventanas, que se apresuró a cerrar en seguida, vino a decirnos:

—Caballeros, sigue lloviendo, y creo que cae nieve; sería una atrocidad que ustedes salieran con este tiempo endiablado, si es que desean partir. Me parece que harían ustedes mejor en permanecer aquí un rato más; lo pasaremos entretenidos charlando, que para eso son las noches de invierno. Vendrán ustedes a mi gabinete, que es al mismo tiempo mi salón, y verán buenos libros y algunos objetos de arte.

Consentimos de buen grado y seguimos al doctor a su gabinete. Es éste una pieza amplia y elegante, en donde pensábamos encontrarnos uno o dos de esos espantosos esqueletos que forman el más rico adorno del estudio de un médico; pero con sumo placer notamos la ausencia de tan lúgubres huéspedes, no viendo allí más que preciosos estantes de madera de rosa, de una forma moderna y enteramente sencilla, que estaban llenos de libros ricamente encuadernados, y que tapizaban, por decirlo así, las paredes.

Arriba de los estantes, porque apenas tendrían dos varas y media de altura, y en los huecos que dejaban, había colgados grabados bellísimos y raros, así como retratos de familia. Sobre las mesas se veían algunos libros, más exquisitos todavía por su edición y su encuadernación.

El doctor L..., que es un guapo joven de treinta años y soltero, ha servido en el Cuerpo Médico-militar y ha adquirido algún crédito en su profesión; pero sus estudios especiales no le han quitado su apasionada propensión a la bella literatura. Es un literato instruido y amable, un hombre de mundo, algo desencantado de la vida, pero lleno de sentimiento y de nobles y elevadas ideas.

No gusta de escribir, pero estimula a sus amigos, les aconseja y, de ser rico, bien sabemos nosotros que la juventud contaría con un Mecenas, nosotros con un poderoso auxiliar y, sobre todo, los desgraciados con un padre, porque el doctor desempeña su santa misión como un filántropo, como un sacerdote. Eso más que todo nos ha hecho quererle y buscar su amistad como un tesoro inapreciable.

Pero, dejando aparte la enumeración de sus cualidades que, lo confesamos, no importa gran cosa para entender esta humilde leyenda, y que sólo hacemos aquí como un justo elogio a tan excelente sujeto, continuaremos la narración.

El doctor pidió a su criado una ponchera y lo necesario para prepararnos un ponche que, en noche semejante, necesitábamos grandemente, y mientras que él se ocupaba en hacer la mezcla del *kirchwasser* con el té y el jarabe, y en remover los pedazos de limón entre las llamas azuladas, nosotros examinábamos, ora un cuadro, ora un libro, o repasábamos los mil retratos que tenía coleccionados en media docena de álbumes de diferentes tamaños y formas.

Nosotros, con una lámpara en la mano, pasábamos revista a los grabados que había en las paredes, cuando de repente descubrimos en un cuadro pequeño, con marco negro y finamente tallado, que no contenía más que un papel a manera de carta. Era en efecto, un papel blanco con algunos renglones que procuramos descifrar. La letra era pequeña, elegante y parecía de mujer. Con auxilio de la luz vimos que estos renglones decían:

Ningún ser puede amarme, porque nada hay en mí de simpático ni de dulce.

HOFFMANN, *El corazón de Ágata* .

Ahora que es ya muy tarde para volver al pasado, pidamos a Dios para nosotros la paciencia y el reposo...

HOFFMANN, *La cadena de los destinados* .

—Doctor —le dijimos— ¿será indiscreto preguntar a usted qué significa este papel con las citas de los cuentos de Hoffmann?

—Ah, amigo mío ¿ya descubrió usted eso?

—Acabo de leerlo, y me llama la atención.

—Pues no hay indiscreción en la pregunta. Cuando más, es dolorosa para mí, pero no es ni imprudente ni imposible de contestar. Ese papel tiene una historia de amor y desgracia, y, si ustedes gustan, la referiré mientras que saborean mi famoso ponche. He aquí, caballeros, mi famoso *ponche de girsch* , que los pondrá a ustedes blindados, no sólo contra el miserable frío de México, sino contra el de Rusia.

—Sí, doctor, la historia; venga la historia con el ponche.

El doctor sirvió a cada uno su respetable dosis de la caliente y sabrosa mixtura, gustó con voluptuosidad los primeros tragos de su copa y, viéndonos atentos e impacientes, comenzó su narración.

El mes de diciembre de 1863

Estábamos a fines del año de 1863, año desgraciado en que, como ustedes recordarán, ocupó el ejército francés a México y se fue extendiendo poco a poco, ensanchando el círculo de su dominación. Comenzó por los Estados centrales de la República, que ocupó también sin quemar un solo cartucho, porque nuestra táctica consistía sólo en retirarnos para tomar posiciones en los Estados lejanos y preparar en ellos la defensa. Nuestros generales no pensaban en otra cosa, y quizá tenían razón. Estábamos en nuestros días nefastos, la desgracia nos perseguía, y cada batalla que hubiéramos presentado en semejante época, habría sido para nosotros un nuevo desastre.

Así pues, nos retirábamos, y las legiones francesas, acompañadas de sus aliados mexicanos, avanzaban sobre poblaciones inermes que muchas veces se veían, obligadas por el terror, a recibirlos con arcos triunfales, y puede decirse que nuestros enemigos marchaban guiados por las columnas de polvo de nuestro ejército que se replegaba delante de ellos. De esta manera las tres divisiones del ejército francomexicano, mandadas por Douay, Berthier y Mejía, salidas en los meses de octubre y noviembre de México en diferentes direcciones, a fin de envolver al ejército nacional y apoderarse de las mejores plazas del interior, ocuparon sucesivamente Toluca, Querétaro, Morelia, Guanajuato y San Luis Potosí.

Como el general Comonfort había sido asesinado en Chamacuero por los Troncosos, precisamente cuando venía a ponerse a la cabeza del ejército nacional, su segundo, el general Draga, quedó con el mando en jefe de nuestras tropas.

Draga determinó evacuar las plazas que ocupaba, seguramente con el designio de caer después sobre cualquiera de ellas que hubiese tomado el enemigo, y salió de Querétaro con el grueso del ejército, ordenando al general Berriozábal, gobernador de Michoacán, que desocupase Morelia y se retirase a Druapan para reunírsele después.

Los franceses entonces se apoderaron de Querétaro y Morelia. El grueso de nuestro ejército, con Draga a la cabeza, se dirigió a La Piedad, en el Estado de Michoacán. Pocos días después Doblado evacuó Guanajuato y se dirigió a Lagos y a Zacatecas. El gobierno nacional también se retiró de San Luis Potosí, que ocupó Mejía, y se dirigió a Saltillo después del desastre que sufrió la división de Negrete al intentar el asalto de aquella plaza.

Así, pues, en pocos días, en dos meses escasos, el invasor se había extendido en el corazón del país, sin encontrar resistencia. Faltábale ocupar Zacatecas y Guadalajara. Esto se hizo un poco más tarde, y todo el círculo que se había conquistado quedó libre cuando Draga, después de haber sido rechazado de la plaza de Morelia defendida por Márquez, se vio obligado a dirigirse al sur de Jalisco, donde aún pensó fortificarse en las Barrancas y resistir. Cuando Draga tomó esta dirección, el general Arteaga evacuó también Guadalajara con las tropas que allí tenía y se retiró a Sayula, incorporándose después a Draga. Bazaine, general en jefe del ejército francés, ocupó la capital de Jalisco.

Debo volver ahora un poco atrás, a los días en que nuestro ejército se dirigía a La Piedad en el mes de noviembre, para decir a ustedes que yo, bastante enfermo y sin colocación en el Cuerpo Médico-militar, conseguí licencia del cuartel general para dirigirme a Guadalajara, y aproveché la salida de un pequeño cuerpo de caballería que el general envió a Arteaga, para incorporarme a él. Este cuerpo escoltaba un convoy de vestuario y armamento que se juzgó conveniente mandar a Guadalajara, donde el general Arteaga podía utilizarle.

Marchábamos, pues, los soldados de ese cuerpo y yo, grandemente contrariados por no poder asistir a las funciones de armas que evidentemente iban a verificarse dentro de muy pocos días.

El comandante Enrique Flores

Debo cesar aquí en el fastidioso relato histórico que me he visto obligado a hacer, primero por esa inclinación que tenemos los que hemos servido en el ejército a hablar de movimientos, maniobras y campañas, y además para establecer los hechos, fijar los lugares y marcar la época precisa de los acontecimientos.

Ahora comienzo mi novela, que por cierto no va a ser una novela militar, quiero decir, un libro de guerra con episodios de combates, sino una historia de sentimiento, historia íntima, ni yo puedo hacer otra cosa, pues carezco de imaginación para urdir tramas y para preparar golpes teatrales. Lo que voy a referir es verdadero; si no fuera así no lo conservaría tan fresco, por desgracia, en el libro fiel de mi memoria.

El coronel del cuerpo de que acabo de hablar era un guapísimo oficial: llamémosle X... Los nombres no hacen al caso y prefiero cambiarlos, porque tendría que nombrar a personas que viven aún, lo cual sería, por lo menos, mortificante para mí.

Mandaba uno de los escuadrones otro oficial, el comandante Enrique Flores, joven perteneciente a una familia de magnífica posición, gallardo, buen mozo, de maneras distinguidas, y que a las prendas de que acabo de hablar agregaba una no menos valiosa, y era la de ser absolutamente simpático. Era de esos hombres cuyos ojos parecen ejercer desde luego en la persona en quien se fijan un dominio irresistible y grato.

Tal vez por esto el comandante Flores era idolatrado por sus soldados, muy querido por sus compañeros y el favorito de su jefe, porque el coronel no tenía otra voluntad que la de Enrique. De modo que era el árbitro en su cuerpo, y los generales a cuyas órdenes había militado, conociendo la influencia que ejercía sobre su jefe y su prestigio entre la tropa, no perdían ocasión de halagarle, de colmarle de atenciones y de hacerle entrever un próximo y honroso ascenso.

Como era la época en que se franqueaban los escalones de los más altos empleos más fácilmente que nunca, susurrábase que el coronel sería ascendido a general, y que entonces Flores quedaría con el mando de su cuerpo, quizá con el carácter que aquél tenía.

Además, y esto es de suponerse, Flores era peligroso para las mujeres, era irresistible, y mil relatos de aventuras galantes y que revelaban su increíble fortuna en asuntos de amor, circulaban de boca en boca en el ejército.

Flores, por otra parte, no perdía oportunidad de hacer uso de sus relevantes prendas; y aunque el ejército, en aquel tiempo, no hacía más que marchar en opuestas direcciones y cruzar rápidamente por las ciudades, el comandante, sin descuidar sus deberes, encontraba momentos a propósito para galantear a las más hermosas jóvenes de los lugares que tocaba, no siendo nada difícil para él concluir una conquista en breves días y, a veces, en horas.

El hecho es que no salía de una ciudad un poco importante, sin llevar consigo dulces y gratos recuerdos de ella, ni dejaban de verter lágrimas por él los ojos más hermosos de una población.

Ya se sabía; tan luego como se tocaba la botasilla para prepararse a salir, tan luego como se oían los toques de marcha, mientras que los demás pasábamos indiferentes por los pueblos y las ciudades y sólo nos ocupábamos en hacer nuestras maletas y comprar provisiones, Enrique, después de dar las órdenes necesarias a sus capitanes, siempre tenía que escribir un pequeño billete de despedida, siempre se apartaba un momento de la columna para galopar en uno de sus soberbios caballos en dirección a la casa de sus amadas de un día, para estrecharles la mano y recibir, en cambio de tiernas miradas, un pañuelo húmedo de lágrimas, un rizo de cabellos, un retrato o una sortija. ¡Qué dicha de hombre!

No: y debo confesar a ustedes que Flores era seductor; su fisonomía era tan varonil como bella; tenía grandes ojos azules, grandes bigotes rubios, era hercúleo, bien formado, y tenía fama de valiente. Tocaba el piano con habilidad y buen gusto, era elegante por instinto, todo lo que él se ponía le caía maravillosamente, de modo que era el *dandy* por excelencia del ejército.

Gastador, garboso, alegre, burlón, altivo y aun algo vanidoso, tenía justamente todas las cualidades y todos los defectos que aman las mujeres y que son eficaces para cautivarlas.

Por eso las muchachas más guapas de Querétaro, primero, y después de Guadalajara, se morían por bailar con él, gustaban de apoyarse en su brazo y saboreaban con delicia su conversación chispeante de gracia, salpicada de agudezas ingeniosas y, sobre todo, galante.

Enrique era el tipo completo del *león* parisiense en su más elegante expresión, y se desprendía de él, si me es permitida esta figura, ese delicado perfume de distinción que caracteriza a las gentes de buen tono.

Todavía más. Flores era jugador y, por una excepción de la conocida regla, ganaba mucho. No parecía sino que un genio tutelar velaba por este joven y le abría siempre risueño las puertas del santuario del amor, del placer y de la fortuna. Era seguro que cuando nosotros estábamos

en quiebra, Flores tenía en su bolsillo algunos centenares de onzas de oro y ricas joyas que valían un tesoro en aquellos tiempos.

Flores no esquivaba jamás la ocasión de prestar un servicio, y sus amigos le adoraban por su generosidad.

Me he detenido en la descripción del carácter del primero de mis personajes, porque tengo en ello mi idea: deseo que ustedes le conozcan perfectamente y comprendan de antemano la razón de varios sucesos que tengo que narrar.

Tal era el comandante Enrique Flores.

El comandante Fernando Valle

Había también en el mismo cuerpo, y mandando el segundo escuadrón, un joven comandante que se llamaba Fernando Valle. Era justamente lo contrario de Flores, el reverso del simpático y amable carácter que acabo de pintar a largas pinceladas.

Valle era un muchacho de veinticinco años como Flores, pero de cuerpo raquítrico y endeble; moreno, pero tampoco de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino de ese color pálido y enfermizo que revela o una enfermedad crónica o costumbres desordenadas.

Tenía los ojos pardos y regulares, nariz un poco aguileña, bigote pequeño y negro, cabellos lacios, oscuros y cortos, manos flacas y trémulas. Su boca regular tenía a veces un pliegue que daba a su semblante un aire de altivez desdeñosa que ofendía, que hacía mal.

Taciturno, siempre sumido en profundas cavilaciones, distraído, metódico, sumiso con sus superiores, aunque traicionaba su aparente humildad el pliegue altanero de sus labios, severo y riguroso con sus inferiores, económico, laborioso, reservado, frío, este joven tenía aspecto repugnante y, en efecto, era antipático para todo el mundo.

Sus jefes le soportaban, y se veían obligados a tenerle consideración, porque más de una vez en la campaña de Puebla, primera que había hecho en su vida, había dado pruebas de un valor temerario, de un arrojo que parecía inspirado por un ardiente deseo de elevarse pronto o de acabar, sucumbiendo, con algún dolor secreto que torturaba su corazón.

Hubiérase dicho que, desafiando a la muerte, había querido humillar a sus jefes, que combatían con la prudencia del valor reposado y experto.

En el ejército era un advenedizo, porque había aparecido como soldado raso en las filas el año de 1862, ascendiendo luego a cabo por su aplicación, después a sargento en las Cumbres de Acultzingo, a subteniente (servía entonces en un cuerpo de infantería), luego a teniente después del 5 de Mayo y, por último, a capitán.

Como tal había tomado parte en la defensa de la plaza de Puebla en 1863, sirviendo entonces en el batallón mixto de Querétaro, a las órdenes del valiente y malogrado Herrera y Cairo.

No cayó prisionero, sino que pudo evadirse de la ciudad y se presentó al gobierno de México, que le ascendió a comandante y le destinó a servir en el cuerpo de caballería en que se hallaba actualmente.

Aplicado con asiduidad a esta para él nueva arma, había aprovechado tanto su tiempo, que se le citaba como al oficial más inteligente y más capaz, por lo cual y por su carácter frío y reservado, sus compañeros le profesaban un odio reconcentrado y mortal.

—Evidentemente, este muchacho escondía un proyecto siniestro, estaba inspirado por una ambición colosal, andaba su camino, y quién sabe... él quería subir, y aparentaba servir a la República como un medio para llegar a su objeto. No era, pues, un patriota, sino un ambicioso, un malvado encubierto.

Esto se decían los oficiales en voz alta, esto se decía el coronel, esto se decía el mismo Flores, y más de una vez Valle tuvo que sufrir los sangrientos sarcasmos de todos, y los devoró en silencio y palideciendo de rabia.

—Él no es un cobarde, él sufre nuestros insultos y evita toda pendencia; luego abriga una mira particular a cuya realización sacrifica hasta su amor propio.

Esto añadían en coro los oficiales.

Además Valle ni pedía un servicio a nadie ni lo hacía. Guardaba su poco dinero, gastábale con parsimonia y evitaba toda ocasión de comprometerse a pagar en un convite la comida y el vino de sus compañeros, por lo cual regularmente comía aparte o en diferente fonda, siempre solitario y siempre económico.

Esta sobriedad calculada, su falta de buen humor, su aversión a los vicios a que es inclinada la juventud militar, le daban un aire de gazmoñería que no podía menos de atraerle la enemistad de las gentes.

Así, cuando algún oficial, porque todos los demás se amaban fraternalmente, estaba enfermo o metido en algún apuro, todo el mundo volaba a su socorro, se le prodigaban los cuidados más solícitos, se velaba a la cabecera de su cama, se le facilitaba dinero, se le asistía, en fin, como en familia.

Pero cuando Valle, que tenía, a pesar de su aparente raquitismo, una salud robusta, solía estar achacoso, o herido, como acababa de sucederle a consecuencia de una escaramuza, nadie le hacía el menor caso; se le trataba como a un perro, y el orgulloso comandante tenía que preparar sus hilas con una sola mano y que tomar sus tisanas y beber agua en su jarro con infinitos trabajos, porque rehusaba hasta los servicios de un viejo soldado que le servía, quien, por otra parte, le quería poco.

Francamente, hasta nosotros los médicos, hombres de caridad y que no consultamos nuestras simpatías para ser útiles a los que sufren, hasta nosotros, digo, repugnábamos acercarnos a él, porque sentíamos una invencible antipatía viendo a ese pequeño oficial con su mirada ceñuda, su color pálido e impuro y su boca despreciativa.

—La tisana que me recetó usted, doctor, no me ha hecho provecho alguno —me dijo un día en Querétaro cuando estaba atacado de fiebre a consecuencia de la herida.

Díjome estas palabras con tal desdén, con tal acento, que en un arranque de cólera le repliqué:

—Pues si no le hace a usted provecho, arrójela.

El me miró fijamente con sus ojos hundidos, y temblando por la calentura, se levantó, tomó su jarro de agua fría, bebió hasta hartarse y se volvió del lado de la pared.

Indignado yo de tamaña insolencia, salí refunfuñando.

¡Qué me importa que te lleve el diablo, oficialillo grosero!

Creí que se pondría peor y avisé a alguno de mis compañeros para que fuese a asistirle; él me manifestó que le sería desagradable, y no fue a verle.

Al día siguiente salimos de Querétaro.

—¡Una camilla para el comandante herido! —pidió en el patio del hospital el jefe del Cuerpo Médico, viendo que nadie se había acordado de Valle.

Pero los soldados estaban demasiado atareados con su equipo, nosotros ocupados en nuestros aprestos de viaje, los soldados de ambulancia se encogían de hombros, y el comandante quedó abandonado.

Íbamos acordándonos de él ya en la columna de camino y en marcha, cuando le vimos a la cabeza de su escuadrón, sereno, callado, cejijunto y llevando el brazo envuelto y colgado del cuello.

—Realmente hay algo de misterioso en la fuerza de espíritu de este muchacho —nos dijimos.

—¿Será un héroe futuro?

—¡Bah! tiene más aspecto de traidor que de héroe; él medita algo, no hay duda —se me contestó.

Y así continuamos hasta que el sanó sin necesitar de más asistencia de facultativo.

Llegada a Guadalajara

Por lo demás, excusado es decir que el pobre comandante ni tenía aventuras de amor, ni aunque las tuviera serían del carácter de las de Flores. Era profundamente antipático para las mujeres, y él, que lo conocía, no las frecuentaba.

Siempre vestido con su uniforme cuidadosamente aseado, pero sin lujo, cuando asistía a algún baile, que era pocas veces y obligado por el coronel, se mantenía en un rincón y se retiraba a poco tiempo.

Así pues, ni una triste cualidad tenía mi comandante. Era un pobre diablo, bien seco, bien fastidioso, bien repulsivo.

Pero al día siguiente de aquel en que llegamos a Guadalajara, le vimos transformarse; lo que nos hizo pensar mucho. En la mañana se peinó, se vistió esmeradamente y salió del cuartel, dirigiéndose a una de las calles centrales. En la tarde volvió muy contento, trayendo en la mano un pequeño ramillete de heliotropos.

Alguno le dijo chanceándose:

—Parece que viene usted contento, comandante: ¡cosa rara! Trae usted flores: cosa más rara todavía. ¿Qué milagro es éste?

—¡Oh! es una cosa muy sencilla —respondió— hace tanto tiempo que no veo a ninguno de mis deudos, que me alegro de encontrar uno aquí.

—Hola ¿tiene usted aquí un deudo?

—Sí.

—¿Es uno, o una?

—Una... es una prima mía —contestó sonriendo y haciéndose comunicativo por la primera vez.

—Linda ¿eh, comandante?

—Sí, es guapa, muy guapa.

A estas palabras Enrique Flores se acercó al grupo que se había formado en torno a Valle.

—Y bien, compañero, ¿conque tiene usted primas guapas? Pues vea usted, yo creía que no tenía usted parientes en este mundo.

—Sí los tengo —respondió Valle— tengo muchos, más de los que usted cree, y en posición que usted no sospecha; sólo que yo los detesto a casi todos.

—Es claro, usted detesta a todo el mundo. Pero vamos a ver ¿aborrece también a la primita?

—No; a esa no, ni tengo motivo; ahora la conozco y, a primera vista, creo que es una buena criatura.

—A primera vista ¡pícaro! Eso quiere decir que es bella. Caballeros, he aquí el prodigio, Valle enamorado, Valle el taciturno, Valle el huraño, Valle el enemigo de las pasiones, Valle el que se reía con desdén de nuestras debilidades, he aquí que se humaniza, que se hace accesible, que se apasiona... ¡Mal negocio, compañero, mal negocio! Va usted a hacer más locuras que nosotros, porque los empedernidos como usted, cuando resbalan, no paran hasta el abismo.

Valle recibió esta andanada que el burlón comandante le dirigió con su volubilidad y buen humor de costumbre, y se encogió de hombros.

—Conoceremos a la primita, por supuesto —añadió Flores— esto es si usted no lo lleva a mal, si no se vuelve usted un Otelo, porque también es otra gracia de los taciturnos y de los castos; cuando se enamoran se hacen celosos como unos árabes.

—No hay inconveniente —replicó Valle—. Usted la conocerá si ella lo permite, que sí lo permitirá. Es una joven amable y admirablemente educada, que tendrá mucho placer en conocer a mis camaradas.

—Muy bien —concluyó Flores— usted señalará el día de nuestra presentación, y que sea pronto, porque es preciso comenzar a hacer conocimientos en esta ciudad, que es un búcaro de rosas, que es un nido de ángeles.

Y dando un golpecito con familiaridad en el hombro de Valle, se retiró, haciendo nosotros lo mismo, no sin decir cada uno con malignidad:

—¡Pobre primita, con Enrique!

Ahora bien: faltábame decir a ustedes que el comandante no parecía querer a nadie en el cuerpo, más que a Enrique. Sea que el carácter simpático de Flores hubiera ejercido su influencia de siempre en el ánimo de Valle, sea que éste por miras secundarias tuviese necesidad de aparentarla, el hecho es que manifestaba frecuentemente una sincera atención hacia el comandante.

Le hablaba algunas veces sobre asuntos menos serios que los del servicio militar, le ayudaba en los trabajos de su escuadrón, particularmente en llevar su papelera, lo que hacía con facilidad y acierto; y algunas veces se propasó hasta regalarle alguna botella de exquisito vino, o un ramillete para que obsequiase a sus queridas.

Flores, en cambio, le reñía por su carácter reservado, le encargaba comisiones enfadosas, manifestándole de este modo su predilección, y aun solía pedirle consejo en asuntos de servicio.

Así, pues, se había entablado entre ambos jóvenes, si no una amistad, al menos una relación que no era la del odio. Esto explica la amabilidad con que Valle prometió a Enrique llevarle a casa de su prima.

Guadalajara de lejos

Hallábase Guadalajara en aquellos días llena de animación. A propósito, me parece conveniente hacer a ustedes la descripción de esta hermosa ciudad que tal vez no conozcan.

Guadalajara, que a justo título puede llamarse la reina de Occidente, es sin duda alguna la primera ciudad del interior, pues si bien León tiene una población más numerosa, y Guanajuato la tiene casi igual, la circunstancia de ser la primera de estas dos ciudades muy pobre y escasa de monumentos, y de estar la segunda situada en un terreno áspero y sinuoso, aunque rico en metales, hace que Guadalajara, por su belleza, por su situación topográfica, por su antigua importancia en tiempo de los virreyes —la que no ha disminuido en tiempo de la República— sea considerada superior, no sólo a las ciudades que he mencionado, sino a todas las de la República.

La antigua capital de la Nueva Galicia, que contaba en el año de 1738 más de ochenta mil habitantes, según afirma Mota Padilla, cronista de todos los pueblos de Occidente, ateniéndose a los padrones de su tiempo —razón por la cual me parece extraño que el célebre barón de Humboldt no le haya concedido más que diez y nueve mil— parece conservar una población igual a la que tenía en el siglo pasado, aunque, según los datos estadísticos recientes, se afirma que disminuye.

Esto, y el hecho de ser el centro agrícola y comercial de los Estados Occidentales, así como el haber representado siempre un papel importantísimo en nuestras guerras civiles, dan a Guadalajara un interés que no puede menos de inspirar la curiosidad más grande a los viajeros mexicanos que la ven por primera vez.

Yo particularmente sentía un placer inmenso en ir acercándome instante por instante a la bella ciudad que había oído nombrar a menudo como la tierra de los hombres valientes y las mujeres hermosas, y esto me compensaba en parte de la contrariedad que sufría por verme alejado del círculo de los sucesos militares.

Guadalajara está separada del centro de la República por una faja de desierto que comienza en Lagos, y que con la única interrupción de Tepatitlán, pequeño oasis famoso por la belleza de las huríes que le habitan, concluye a las puertas de la gran ciudad; de modo que ésta se muestra, al viajero que la divisa a lo lejos, más orgullosa en su soledad, semejante a una mujer que, dotada de una hermosura regia, se separa del grupo que forman bellezas vulgares, para ostentarse con toda la majestad de sus soberbios encantos.

Por el lado de las poblaciones centrales de México, Guadalajara está defendida naturalmente por el caudaloso río de Santiago que, nacido en la gran mesa del Anáhuac, y después de formar el lago de Chapala, va a desembocar en el mar Pacífico.

Por el occidente se alza gigantesca y grandiosa una cadena de montañas cuyos picos azules se destacan del fondo de un cielo sereno y radiante. Es la cadena de la Sierra Madre que atraviesa serpenteando el Estado de Jalisco, y cuyos ramales toman los nombres de Sierra de Mascota, Sierra de Alicia y más al norte, el de la Sierra de Nayarit, yendo después a formar las inmensas moles auríferas de Durango, hasta salir de la República para tomar en la América del Norte el nombre de Montañas Pedregosas (*Rocky Mountains*).

En el centro de este valle, trazado por el gran río y por la gigantesca cordillera, se halla asentada Guadalajara. Magnífico es el aspecto que presenta al que la ve, llegando por el lado del occidente, y después de trasponer las últimas colinas que bordean la ribera del Santiago, por el paso de Tololotlan.

La vista no puede menos de quedar encantada al ver brotar de la llanura, como una visión mágica, a la bella capital de Jalisco, con sus soberbias y blancas torres y cúpulas, y sus elegantes edificios, que brillan entre el fondo verde oscuro de sus dilatados jardines.

Todavía más que Puebla, Guadalajara parece una ciudad oriental, pues, rodeada como está de una llanura estéril y solitaria, encierra en su seno todas las bellezas que traen a la memoria la imagen de las antiguas ciudades del desierto, tantas veces descritas en las poéticas leyendas de la Biblia.

Efectivamente, la llanura que rodea a la ciudad da un aspecto extraño al paisaje, que no se observa al aproximarse a ninguna de las otras ciudades de la República.

En las mañanas del estío, o en los días del otoño y del invierno, como en los que llegué por primera vez a Guadalajara, aquel valle es triste y severo; el cielo se presenta radioso y uniforme, pero el sol abrasa y parece derramar sobre la tierra sedienta torrentes de fuego.

La brisa es tibia y seca, y el suelo, pedregoso o tapizado con una espesa alfombra de esa arena menuda y bermeja que los antiguos indios llamaron con el nombre genérico de *Xalli*^[1], de donde se deriva *Jalisco*, se asemeja a la rambla de un inmenso lago desecado, o el cráter relleno de un volcán extinguido hace millares de siglos.

Esto, como he dicho, en los tiempos calurosos; pero en la estación de aguas, todo allí cambia de aspecto. El cielo parece siempre entoldado de nubes sombrías y tempestuosas; la cordillera no se distingue en el horizonte oscuro; la ciudad se envuelve en un manto de lluvia; silba el

viento de la tempestad en la llanura desierta; se estremece el espacio a cada instante con el estallido del rayo, y el valle todo aparece magníficamente ceñido con una corona de tormentas.

En pocos lugares de la República puede contemplarse el grandioso espectáculo que en Guadalajara, que pudiera llamarse la hija predilecta del trueno y de la tempestad. Parece también que este cielo y esta atmósfera influyen en el alma de los hijos de la ciudad, pues hay algo de tempestuoso en sus sentimientos; y en sus amores, en sus odios y en sus venganzas se observa siempre la fuerza irresistible de los elementos desencadenados.

Pero, volviendo al camino de Guadalajara, observaré que no se advierte al aproximarse a ella ese movimiento, esa animación, que anuncian la proximidad de una ciudad populosa. Ni carros, ni caminantes, ni rebaños se divisan en aquellas cercanías.

Apenas atraviesa veloz uno que otro jinete por aquellos senderos arenosos y tristes. El silencio rodea por todas partes a la más alegre y bulliciosa de las ciudades de Occidente.

Así avanzando y, cuando se camina absorto, contemplando a lo lejos aquel cuadro de desolación, repentinamente una oleada de brisa fresca y balsámica anuncia al viajero que ha llegado por fin al suspirado oasis de Jalisco.

Casi sin apercibirse de ello toca uno en ese pueblecillo delicioso que se llama San Pedro, por el cual se entra a Guadalajara como por una portada de verdura y de flores. San Pedro es un lugar de recreo con lindas casas de campo y bien cultivados jardines. Desde que se entra en sus callecitas alegres y risueñas, se comprende que el paraíso va a compensar a uno del fastidio del desierto.

Sobre las cercas, cubiertas con millares de parietarias, se asoman la oscura copa del nogal, el zapote de hojas brillantes, la magnolia con sus grandes y blancas flores, y el naranjo con sus pomos de oro.

Los árboles de diversas zonas se mezclan allí en admirable consorcio. El plátano confunde a veces sus anchos abanicos con los ramajes del albaricoque y el chirimoyo se cubre de flores a la sombra de la higuera. El ganado se cobija bajo las ramas del olivo, y el limonero y el manzano parecen alargarse mutuamente sus aromáticos frutos.

Se comprende, al ver esto, el por qué se ha dado a Jalisco el nombre de *Andalucía de México*, y por qué el buen Mota Padilla, hijo cariñoso de Guadalajara, haya dicho, al hablar de ella, *que está situada en país alegre, abastecido y regalado*.

No menos entusiasta que Mota Padilla, yo también me he difundido, señores, de una manera que parecerá fastidiosa a quien no estime

aquella tierra, a la que me siento unido por la dulce cadena de los recuerdos.

Perdonen ustedes mi afición a describir, y no la juzguen tan censurable mientras que ella sirva para dar a conocer las bellezas de la patria, tan ignoradas todavía.

Guadalajara de cerca

Por una calzada de hermosos fresnos se atraviesa en un instante la pequeña distancia que hay de San Pedro a Guadalajara.

Desde que se penetra en sus primeras calles hay algo que simpatiza profundamente: se ve algo semejante a la sonrisa de una familia hospitalaria; se diría que una mujer amable y buena le abre a uno los brazos y le estrecha contra su corazón.

Yo conozco muchas ciudades de la República, caballeros, y puedo asegurar a ustedes que, al atravesar por primera vez el umbral de algunas de ellas, he sentido algo que me repelía, se me ha oprimido el corazón como al penetrar en una ciudad enemiga o en una cárcel.

En cada habitante que he encontrado en las calles me ha parecido ver un pícaro; cada cara me ha mirado con ceño, y la población entera se me ha figurado que me hacía una mueca de odio y de insulto. Y aunque parezca singular, puedo añadir también que, en cada una de estas poblaciones chocantes he tenido siempre jaqueca durante el tiempo que he permanecido en ellas, el cual he procurado abreviar para no morirme de tedio, deseando al alejarme, lo mismo que aquellos dos discípulos de Jesús al pasar por una ciudad que les cerraba sus puertas, esto es, que lloviera fuego del cielo para que las consumiera como a la antigua Sodoma.

Tengo esta debilidad, así como tengo la contraria, a saber, la de apasionarme de los lugares que a primera vista me son simpáticos. Guadalajara lo fue.

En cada habitante que se detenía a ver pasar nuestra columna, creí ver un íntimo amigo y ganas tuve más de una vez de apearme del caballo para ir a abrazar a la primera vieja que se asomaba a su ventana, para sonreírnos con benevolencia, o a la muchacha del pueblo que fijaba en nosotros sus negros ojos con mil promesas de tierna confianza.

En Jalisco hay, como en todos los Estados de la República, provincialismo; pero no es ese provincialismo celoso y estúpido que cierra al extraño las puertas, y que le ve como a un animal feroz o como al gafo de la Edad Media; sino ese sentimiento apasionado hacia todo lo que pertenece a la tierra natal, y que, sin ser exclusivista, procura embellecer lo propio a los ojos del extraño.

Así es que en Guadalajara, apenas llega un mexicano cuando veinte personas le rodean afectuosamente, le invitan a pasar a la casa, le

brindan con la más franca hospitalidad, le procuran relaciones, y le inician, por decirlo así, en todas las intimidades de aquella sociedad.

Se procura hacer deliciosa la mansión del viajero, se desea que encuentre el placer en todas partes, y se logra por fin que lleve de Guadalajara los recuerdos más alegres y duraderos.

Se conocerá la diferencia que hay, por ejemplo, entre el carácter de Guadalajara y el carácter de Puebla, en lo siguiente. En Puebla invitan al forastero a visitar las iglesias; en Guadalajara a visitar los establecimientos de beneficencia; en Puebla, después de infinitas pruebas parecidas a las que se exigen del profano antes de entrar en la masonería, los amigos, como una gran muestra de confianza, le ofrecen agua bendita y rezan con él un vía crucis; en Guadalajara, a los diez minutos de haber sido presentado, le ofrecen un banquete y apuran en su compañía la copa de la amistad.

En otras partes las mujeres apenas asoman las narices por sus balcones para ver pasar al viajero, y se apresuran a esconderse para no ser examinadas de cerca. En Guadalajara las mujeres se presentan francas y risueñas, comprendiendo muy bien que no es preciso ser mojigatas para ser virtuosas.

Decía yo que el provincialismo en Guadalajara consiste en querer aparecer bien a los ojos del extraño, y por este sentimiento que es el origen de todo patriotismo, no es raro oír encomiar en sus tertulias el valor de sus guerreros, el acierto de sus gobernantes, el talento de sus escritores y la belleza de sus mujeres, y a fe que tienen razón.

Jalisco es la tierra de Prisciliano Sánchez, de López Cotilla, de Otero, de Herrera y Cairo, de Cruz Aedo y de Epitacio Jesús de los Ríos. Y bajo aquel cielo de fuego se ha templado la lira de esa Isabel Prieto que, nacida en España, se ha desarrollado desde su niñez bajo la influencia de nuestro sol, y nos pertenece por entero, como nuestro Alarcón pertenece a España.

El carácter de los jaliscienses es demasiado conocido para que tenga yo necesidad de detenerme a encomiarle. En cuanto a las mujeres, en mi concepto, no sólo son hermosas sino divinas, y tienen, además de los encantos físicos que el cielo les otorgó con mano pródiga, una cualidad que no es común, que va siendo más rara de día en día, que va a desaparecer del mundo si Dios no lo remedia: el corazón, amigos míos, el corazón; lo que se llama hoy corazón ¿entienden ustedes?

No la entraña que yo, médico, no me atreveré a negar a ninguna mujer de la tierra, sino a esa facultad que, como el verdadero talento, es un privilegio, y consiste en saber amar bien y cumplidamente, con ternura, con lealtad, sin interés, sin miras bastardas, sino en virtud de un sentimiento tan exaltado como puro.

Este culto del amor ya sólo existe en algunos puntos del globo; él ha sido hasta aquí la religión del genero humano, pero desgraciadamente va sustituyéndose con la horrible idolatría del becerro de oro, que se halla extendida por toda la tierra, que gana prosélitos a cada momento y que parece estar cobijada bajo las alas poderosas de la civilización.

¡Blasfemia! diría cualquiera que me oyese hablar así. En efecto, blasfemia me parece también a mí cuando me pongo a reflexionar en que la civilización es la propaganda de todo lo bello y de todo lo bueno, y no puede de ningún modo reputarse tal, esa infame codicia que mata las más santas aspiraciones del alma.

Yo creo que esta especie de ateísmo que se burla de los sentimientos, y que no hace caso sino del estúpido goce material, no es más que el retroceso que toma una nueva forma, y que se envuelve y se mezcla entre las galas del progreso para emponzoñarle y destruirle, como un insecto que logra esconderse en el cáliz de una flor pomposa y perfumada para roerla y secarla.

Sea como fuere, nosotros advertimos, y esto es muy perceptible, que a medida que nuestro pueblo va contagiándose con las costumbres extranjeras, el culto del sentimiento disminuye, la adoración del interés aumenta, y los grandes rasgos del corazón, que en otro tiempo eran frecuentes, hoy parecen prodigiosos cuando los vemos una que otra vez.

Cuando el mundo esta así, la poesía es imposible, la novela es difícil, y sólo hay lugar para los cuentos de cocotas que hoy hacen la reputación de los escritores franceses, o para las sangrientas sátiras que, no por disfrazarse con la elegancia moderna, son menos terribles en la boca de los juvenales del siglo XIX.

Leandro y Hero, Romeo y Julieta, Isabel Segura y Diego Marsilla, hoy serían dos tipos increíbles.

Por eso amo a Guadalajara; allí todavía el amor tiene un santuario y adoradores fieles; allí se sabe amar; allí la civilización ha entrado, pero sin sus falaces arreos de codicia y de egoísmo. Algunas excepciones habrá, pero la mayoría de las mujeres permanece fiel a las leyes del corazón.

Y esto que digo de Guadalajara, debe considerarse dicho de todo el Estado de Jalisco. Sí, señores; aquella es una tierra en que la naturaleza se ostenta pródiga en las bellezas físicas y en las bellezas morales.

A veces han pasado sobre ella los huracanes de la guerra, dejándola asolada, o ha corroído sus entrañas el crimen. Pero la savia poderosa de su vida se ha sobrepuesto a estas crisis pasajeras, y Jalisco se ha alzado de su abatimiento más lozano, más pomposo, más bello que nunca.

Su pueblo será grande cuando sus hijos, olvidando sus rencillas domésticas, comprendan que es en la unión donde encontrarán el secreto para hacer que vuelva su país a su preponderancia anterior; porque ustedes no ignoran, y nadie ignora en México, lo que ha pesado Jalisco en los destinos de la patria.

La prima

He disertado, tal vez con gran pesar de ustedes, pero creí necesarias las observaciones que acabo de hacer, para que sea conocido el teatro en que van a representar mis personajes. Ahora vuelvo a la novela, que hace tiempo que la escena está sola y que no hago más que poner decoraciones.

He dicho que Guadalajara, cuando llegamos, estaba llena de animación y de ruido. Había en ella, no ese aspecto sombrío y severo de una plaza que está próxima a defenderse, sino la alegría aturdidora de una ciudad que, no teniendo duda acerca de la suerte que le espera, quiere al menos ahogar en la fiesta sus inquietudes y su desesperación.

Mañana caería en las garras del extranjero, y la familia liberal jalisciense, que lo sabía, procuraba gozar los últimos instantes, y darse, en medio de la locura del festín, los últimos adioses. Eran las postreras alegrías del hogar.

De modo que si Guadalajara ocultaba en su seno todas las palpitaciones de la zozobra y el temor, hacía esfuerzos para disimularlas con su semblante risueño, con sus gritos de entusiasmo y con su indolente amor al placer.

El general Arteaga, gobernador entonces de Jalisco, había reunido en la ciudad numerosas tropas de disciplina con empeño, esperando, como era de suponerse, que bien pronto tendría que hacer frente a las legiones extranjeras.

Nuestra llegada aumentó la animación; éramos mexicanos y jóvenes, es decir, gente alegre, bulliciosa y amante de divertirse hasta en vísperas de morir. Nuestros oficiales eran todos bien educados, elegantes y amables. Nuestro cuerpo de caballería, y digo *nuestro*, porque ya me consideraba perteneciente a él, era en este particular privilegiado.

El coronel era el tipo más acabado del *gentleman*. Había querido que sus oficiales fuesen semejantes a él, y había logrado reunir en su cuerpo una pléyade verdaderamente escogida de *dandys*.

El único con quien estaba descontento era Valle, y eso no porque careciera de modales finos, sino porque, como lo he dicho, no era comunicativo ni galante, ni gustaba de la francachela. Parecía el mal pariente de aquella familia militar; y como su conducta, su observancia rigurosa de las leyes del ejército, y su exactitud, eran un reproche

constante para el coronel, que solía relajar la disciplina, éste deseaba con toda su alma desembarazarse de tan incómodo subalterno.

He dicho antes que Valle prometió a su amigo Flores llevarle a casa de su prima.

El *don Juan*, a quien pareció seductora la promesa, deseoso como estaba de conocer a las beldades de Jalisco, para quienes esperaba ser tan simpático como siempre, no perdió oportunidad de recordar a Valle su oferta; y al día siguiente, después de terminadas las ocupaciones militares del cuartel, los dos jóvenes se dirigieron a la plaza principal a practicar un reconocimiento, presumiendo, como era natural, que allí habría bellezas que contemplar y amigos que les sirvieran de cicerones.

Era domingo, y la mañana estaba hermosísima; pero en la plaza, cuyo cuadro está embellecido con una hilera de naranjos, no encontraron nada de particular, pues la reunión más notable se hallaba en el atrio de la Catedral, en la que se celebraba la misa de doce. Este atrio se halla limitado por una soberbia y magnífica reja de hierro.

Nuestros oficiales, llamando la atención por su elegante uniforme, y particularmente Flores por su gallardo continente, atravesaron la puerta de la reja y penetraron al interior del templo, cuya magnificencia omito describir para no parecer fastidioso. Sólo diré a ustedes que los jaliscienses se enorgullecen de poseer tan suntuoso edificio, obra del arquitecto Martín Casillas, el maestro más insigne que había en aquellos tiempos, según ellos dicen.

Cuando los oficiales entraron, la misa estaba concluyéndose, y mientras que Valle, más artista y más observador, examinaba la fábrica del templo, la forma y riqueza de los altares, y se fijaba con curiosidad en los sombreros viejos de los obispos difuntos, que están pendientes de un hilo arriba de cada uno de los altares, y acerca de los cuales se cuentan muchas candorosas tradiciones que el joven recordaba sonriendo, Flores, más inclinado a contemplar las bellezas humanas que las bellezas arquitectónicas y las antigüedades, recorría con admiración los diversos grupos de encantadoras hijas de Guadalajara, que llenaban las naves de la Catedral y en derredor del altar en que se celebraba el Oficio Divino.

—Hombre, Valle, deje usted de contemplar santos como un bobo y mire los primores que hay aquí. ¡Canario! qué muchachas tan deliciosas tiene Guadalajara.

Valle miró y quedó asombrado. En efecto, había allí un centenar de mujeres hermosas, hermosísimas, como las sueñan los poetas, como las pintan los enamorados.

Las naves resplandecían más que con el fulgor de los blandones y con los rayos de luz que penetraban por las ventanas, con el brillo de tantos

ojos negros que parecían encendidos, no por el tibio fuego de la piedad, sino por la hoguera abrasadora del amor y del deseo.

La misa había concluido; los oficiales vinieron a situarse en la puerta principal, y allí pasaron revista a todas las bellezas que acababan de ver en conjunto y de prisa.

Todas ellas se fijaban en los dos jóvenes, y con especialidad en Flores, que estaba soberbio de belleza, de elegancia, y que tenía en su semblante y en su postura ese *no sé qué* poderoso e irresistible que atrae infaliblemente las miradas y el corazón de las mujeres.

De repente se acercaron a ellos dos jóvenes gallardas y majestuosas como dos reinas. Una de ellas tenía cubierto el semblante con un espeso velo. La otra era hermosa como un ángel. Rubia, de grandes ojos azules, de tez blanca y sonrosada, y alta y esbelta como un junco, esta joven era una aparición celestial.

Valle, al verla, se ruborizó cuanto era posible en su semblante pálido. Ella le dirigió una mirada y le saludó sonriendo ligeramente; pero al fijarse después en Flores se detuvo un instante lo mismo que su compañera, como fascinada por la mirada audaz del bello seductor que estaba acostumbrado a imponer desde el primer instante, sobre las mujeres que veía, el despotismo de su influencia terrible.

Después de esta detención momentánea las dos damas salieron del templo con cierta precipitación, atravesando el atrio entre una doble hilera de leones de Guadalajara, que se inclinaron respetuosamente para saludarlas. En este momento Valle murmuró al oído de Enrique estas dos palabras:

—¡Mi prima!

Enrique sonrió y se contentó con decir entre dientes:

—¡Deliciosa!

La rubia, al través de las rejas del atrio aun volvió una vez el semblante y, sin hacer caso de los pisaverdes cuyos ojos la seguían, dirigió una última mirada al gallardo compañero de su primo.

—Entiendo —dijo Flores a éste— que tendrá usted el buen gusto de seguir a su linda prima; y yo creo que es de mi deber acompañarle.

—Bueno —contestó Valle un poco contrariado— no sé si se dirigirá a su casa y si podrá recibirnos a esta hora; pero vamos, y ella dirá.

—Querido —replicó Enrique— estoy seguro de que una mujer linda y de buen sentido tendrá mucho placer en recibir a cualquier hora a dos muchachos de México como nosotros.

Diciendo esto siguieron a las encantadoras criaturas que, atravesando la plaza y algunas calles y encontrando en su camino unas miradas de amor y saludos cariñosos se dirigieron a la calle del Carmen, deteniéndose a la entrada de una casita linda y alegre como una jaula de canarios. Allí, después de volver todavía el rostro para cerciorarse si eran seguidas, viendo a los oficiales que venían en pos de ellas a pasos rápidos, haciendo sonar en las baldosas sus acicates de oro, entraron y se dirigieron inmediatamente a la sala de recibir.

La presentación

Los dos jóvenes atravesaron alegremente los umbrales de la linda casita, luego un pequeño patio que parecía una gruta de verdura y de flores con un risueño surtidor de mármol y bajo una cortina de enredaderas penetraron en el corredor y se detuvieron en la puerta de la antesala.

Ya los esperaban. La hermosa rubia se adelantó hacia ellos y les dijo con la más dulce de las voces humanas:

—Pasen ustedes.

Y los introdujo en el pequeño y fresco salón, en donde se hallaban reclinadas en un sofá una señora de cuarenta años y la joven que antes se cubría el rostro con un velo, y que mostraba ahora el más lindo semblante que hubiera podido soñar un poeta musulmán.

Era blanca, de ojos y cabellos negros y labios de mirto. Los jóvenes quedaron deslumbrados.

—Querida tía —dijo Valle a la señora mayor— tengo la honra de presentar a usted a mi buen amigo Enrique Flores, comandante como yo en el ejército.

Flores se inclinó graciosamente y murmuró las palabras de cortesía sacramentales.

Después Valle le presentó a su prima Isabel, que se ruborizó notablemente al encontrarse frente a frente del hermoso oficial.

—Ahora como compensación —dijo la señora— por el gusto que nos ha dado usted, presentándonos a su amigo, le presentaré a mi vez a la mejor amiga de Isabel y una de las señoritas más distinguidas de Guadalajara. Querida Clemencia, mi sobrino Valle y su amigo.

Los dos se inclinaron respetuosamente.

Valle sintió, al encontrarse con la mirada de Clemencia, que se le oprimía el corazón. Evidentemente en los ojos negros y lánguidos de aquella hermosura terrible había algo más que el brillo de la languidez. Había un agujero, quién sabe si feliz o desgraciado; ya sea que tengamos todos una sibila en el alma que nos hace sentir la influencia que ejercerá en nuestro destino la persona a quien vemos por primera vez, o sea que Valle, poco acostumbrado a acercarse a las mujeres bellas, se

encontrase turbado y confuso, el hecho es que se estremeció visiblemente y que tuvo una sensación de miedo y de dolor.

—¿Se pone usted malo, hijo mío? —preguntó la señora con interés a su sobrino.

—No, tía, no tengo nada.

—Está usted muy pálido.

—Fernando tiene una apariencia enfermiza —dijo Flores— pero con ese cuerpo delicado que ustedes ven, disfruta de una salud robusta. Fue herido hace poco; pero eso pasó ya, quizá le ponga de este modo la agitación del momento, el clima nuevo para nosotros o, más bien, la timidez de su carácter, porque Valle es tímido de una manera rara.

—¿Tímido? —replicó la señora— pues será una excepción de su familia. Su padre y primo mío y sus hermanos no pecan por encogimiento. Al contrario, son la personificación de la alegría y la franqueza. ¿Y por qué razón —añadió preguntando a Valle— se ha dado la circunstancia de que cuando he estado en México y aun en Veracruz no he visto a usted jamás en su casa? Siempre me decían que estaba usted ausente.

—Señora, desde muy pequeño —contestó Valle— me alejé del lado de mi familia para estudiar; después entré a servir en el ejército; apenas conozco a mis hermanos, y por muy poco tiempo he permanecido bajo el techo paterno.

—¡Qué triste es eso! Pero ni aun en las reuniones íntimas, en aquellas en que no hay costumbres de que falten los hijos, como por ejemplo, en los días del papá o de la mamá, he visto a usted en su compañía. Y los otros hermanos habían venido, unos desde Veracruz y otros desde el extranjero a ocupar su puesto en el banquete de la familia; sólo usted faltaba siempre.

—Estaba yo enfermo unas veces, otras llegaba algunos días después, por motivos independientes de mi voluntad; pero no había otra causa...

Esta conversación hacía mal a Valle, y era perceptible que deseaba no se continuase. La señora lo comprendió así y se volvió para hablar con Flores.

El galante oficial que primero había observado rápidamente y a fuer de hombre conocedor a las dos bellas jóvenes, pasaba de una a otra alternativamente los ojos, como en un estudio comparativo, y había acabado por comprender que las dos rivalizaban en hermosura y encantos.

La una era blanca y rubia como una inglesa. La otra morena y pálida como una española. Los ojos azules de Isabel inspiraban una afección pura y tierna. Los ojos negros de Clemencia hacían estremecer de

deleite. La boca encarnada de la primera sonreía, con una sonrisa de ángel. La boca sensual de la segunda tenía la sonrisa de las huríes, sonrisa en que se adivinan el desmayo y la sed. El cuello de alabastro de la rubia se inclinaba, como el de una virgen orando. El cuello de la morena se erguía, como el de una reina.

Eran bellezas incomparables, y Flores, sin decidirse por ninguna de ellas, hizo lo que en semejantes casos tenía de costumbre, se dejó arrastrar por la mano del destino. Dejó a la suerte la elección, y como se había de empezar por algo, se acercó a Isabel y entabló con ella una de esas conversaciones frívolas de primera visita, sobre la población, el clima, la catedral, las señoras, la casa y las flores, y todo lo que presta un elemento para formar diálogo. Isabel se sentía turbada y feliz, Enrique la encantaba; aquel carácter ligero, agradable, risueño, aquellas palabras llenas de chispa y de agudeza le parecían sonar por primera vez en sus oídos y tenía todos los encantos de la novedad.

Por otra parte, hemos dicho que Flores era hermoso, e Isabel era de esas mujeres para quienes la forma es todo. Su pobre primo no podía sostener una comparación física con el joven y gallardo rubio.

Clemencia se parecía mucho en esto a su amiga. Adoraba la forma, creía que ella era la revelación clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral, y en sus amigas y amigos examinaba primero el tipo y concedía después el afecto.

Y esto no da derecho a suponer que las dos jóvenes careciesen de talento y de criterio, no; la naturaleza había sido pródiga con ellas en dones físicos e intelectuales. Clemencia pasaba por tener una de las inteligencias más elevadas del bello sexo de Guadalajara. Isabel era citada por su talento. Ambas estaban dotadas del sentimiento más exquisito. Eran mujeres de corazón.

Pero juzgaban como juzgan casi todas las mujeres, por elevadas que sean, y eso en virtud de su organización especial. Aman lo bello y lo buscan antes en la materia que en el alma. Hay algo de sensual en su modo de ver las cosas. Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta singularidad, sólo las viejas escogen primero lo útil y lo anteponen a lo bello. Las jóvenes creen que en lo bello se encierra siempre lo bueno, y a fe que muchas veces tienen razón.

Así, pues, Clemencia, desde que llegaron los oficiales, por una inclinación irresistible no cesó de dirigir frecuentes miradas para examinar a Flores, quien, a su vez, le hacía sentir el poder de sus ojos audaces e imperiosos.

El triste Valle continuó su conversación con la tía y le habló de plantas y árboles frutales. Era algo botánico, y como estaba poco habituado a las conversaciones de sociedad, procuraba mezclar siempre sus pequeños conocimientos para no quedarse callado.

No por eso dejó de observar la impresión que su amigo había causado en las dos hermosas muchachas, y más de una vez se quedó distraído y contrariado.

¿Comenzaba a amar? Puede ser, y en ese caso, la pura, la virginal Isabel, la que inspiraba amores castos y buenos, debía ser el ídolo de su corazón. Él necesitaba un ángel, y su prima era un ángel que encerraba en su alma todos los consuelos, todas las esperanzas que podían cambiar el aspecto de su vida solitaria y triste.

Pero la rubia sonreía a Flores de una manera insinuante, era una esclava que se rendía sin combatir a su futuro señor.

Un momento después, y con los cumplimientos de estilo, los jóvenes salieron de aquella casa; Valle taciturno, Flores alegre, decididor y risueño.

Las dos amigas

—Clemencia ¿qué te parece mi sobrino? —preguntó la señora a la hermosa morena.

—Me parece un joven instruido y bueno, algo encogido.

—Fernando debe estar enfermo —añadió Isabel con cierta compasión— su palidez no es natural, y además ¿no has notado mamá? sus manos tiemblan.

—Será nervioso —observó Clemencia.

—Es un muchacho raro —volvió a decir la tía— y en su vida debe ocultarse algún misterio. Hemos estado en México y en Veracruz, hemos visitado con frecuencia su casa: jamás le hemos visto. Al preguntar por él, pues sabíamos que a más de los tres hijos de mi primo que allí vimos, había otro, siempre se nos contestó que estaba ausente; pero yo observaba cierto desagrado al hablar de él, lo que, por otra parte, se hacía de una manera breve y seca. Su familia, rica y de carácter alegre, daba fiestas a menudo, ya en sus salones de México, ya en sus haciendas del Estado de Veracruz, pero jamás parecía extrañar en ellas la falta de un hijo, jamás sus hermanas, que son muy lindas, le consagraban un recuerdo, jamás los amigos de la casa le nombraban: había cierto cuidado en evitar las conversaciones que pudieran recaer sobre su ausencia. En fin, yo supongo que este pobre joven debe haber causado a sus padres, hace tiempo, algún profundo disgusto, o ha cometido alguna gravísima falta; y que, a consecuencia de eso, ha incurrido en el desagrado de la familia y ha sido arrojado del hogar paterno. Tanto más probable es mi suposición, cuanto que su familia pertenece a un partido mortalmente enemigo de éste en cuyas filas anda sirviendo mi sobrino. Verdaderamente estoy admirada de ver a Fernando con el uniforme liberal, cuando su padre es uno de los más notables conservadores y ha prestado servicios a su partido, de gran consideración, lo cual ha hecho que se le vea en él con mucho respeto. Esto no puede explicarse sino existiendo una profunda división entre el padre y el hijo, pues de otro modo, creo que mi primo habría preferido matar a su hijo antes que verle de oficial en el ejército republicano. Pero, como ustedes supondrán, cualquiera que sea el origen de semejante división entre Fernando y su padre, no puede uno tener buena idea de un hijo así, y hay que sospechar acerca de su conducta.

—Mamá —dijo la dulce Isabel— yo le confieso a usted que veo en mi primo algo que me causa antipatía; y por Dios que mis ojos nunca me

engañan, y que todo aquello que me disgusta a primera vista, resulta malo.

—Bien puede ser —replicó la señora— pero entretanto que averiguamos todo lo que hay en el asunto, tenemos que tratar a Fernando como a un pariente nuestro y que ocultarle nuestras sospechas, que bien podrían carecer de fundamento.

—Tal vez le condenan ustedes demasiado pronto —objetó Clemencia con aire de lástima—. Yo no le veo nada de repulsivo, como Isabel. No es agraciado, no es simpático y, además su encogimiento, que no parece ser propio de un mexicano, le perjudica mucho. Es muy serio; tal vez su carácter se haya agriado con alguna enfermedad, porque en efecto está muy pálido, muy delgado, y ahora nos lo pareció más, porque le comparábamos con su amigo que está brillante de salud y de frescura.

—¡Oh! en cuanto a ese —dijo Isabel, ruborizándose ligeramente— ¡qué simpático es! ¡Qué guapo!

—¿Te agrada, Isabel? —preguntó Clemencia con una imperceptible malicia.

—Sí, tiene mucha gracia, es muy fino.

—Es un joven distinguido, y no hay duda que pertenece a una buena familia —observó la señora.

—No hay muchos oficiales así —dijo Clemencia— éste es un modelo de elegancia y de caballerosidad. ¿Viste qué ojos tiene, Isabel?

—Y ¡qué bien habla!

—Y ¡con qué garbo lleva su uniforme!

—Mi pobre primo Fernando, la primera vez que nos hizo una visita nos habló de la atmósfera de Jalisco, de los árboles y del lago de Chapala. Ya tú comprenderás, Clemencia, que esto sería muy bueno, pero que no era oportuno ni tenía chiste. Mi primo será un observador, pero no es nada divertido ni galante; creo que nunca ha estado en sociedad, pues tartamudea y se avergüenza, y se queda callado como un campesino. Flores es diferente, ya lo has visto.

Clemencia se puso pensativa, y después dirigió a su amiga una mirada escrutadora y profunda.

Isabel, casi avergonzada de haber dicho tanto; y poniéndose roja como la grana, al sentir la mirada maliciosa de su amiga, repuso luego, como para chancearse:

—¿Y tú, querida, has encontrado bien a mi primo? ¿Te has enamorado de él?

—Sí; encantador es tu primo, por vida mía.

Isabel sintió algo como un leve dolor de corazón, al oír hablar así a su amiga. Comprendió que el gallardo Enrique había causado una impresión grata en el ánimo de Clemencia, lo mismo que en el suyo, y tal vez presintió que iba a tener una rival, y rival temible, pues Clemencia, por sus encantos y por su talento, era más peligrosa que ella para los hombres.

Pero ¿qué pasaba? ¿Isabel estaba enamorada ya y tan pronto? No tal; pero sucedía entonces lo que sucede siempre que dos beldades se encuentran por primera vez con un hombre superior. Se establece entre ellas una rivalidad momentánea, cada una procura atraer la atención de aquel amante en ciernes, y cada una teme verse pospuesta a su antagonista.

Isabel y Clemencia eran dos bastante lindas mujeres para que carecieran de adoradores. Los tenían en gran número en Guadalajara, y estaban acostumbradas a dominar como reinas, alternativamente o juntas, en todas partes.

Así, pues, no era el deseo de ser amada por el primer venido, el que las hacía disputarse en aquel instante la preferencia del hermoso oficial, sino el amor propio, innato en el corazón de la mujer, y mayor en el corazón de la mujer bella, que quiere conquistar siempre, vencer siempre y uncir un esclavo más al carro de sus triunfos.

Además, ya he dicho cuales eran las ventajas físicas y sociales de Enrique, y será fácil comprender cuán superior le hallaron las lindas jóvenes a todos los rendidos amantes que hasta allí las habían rodeado. Ser amadas también de aquel gallardo y brillante joven de México ¡qué placer y qué orgullo!

Clemencia estaba invitada a almorzar en casa de Isabel. Pusiéronse a la mesa y almorzaron alegremente; pero cualquiera habría podido notar en el semblante y en la conversación de las hermosas, que una preocupación oculta las agitaba y las ponía, a ratos, pensativas.

Iban a ser rivales o, más bien dicho, ya lo eran.

Los dos amigos

—¿Por qué viene usted tan callado, Valle? ¿Ha dejado usted el alma en esa casa? —preguntó Flores a su amigo, después de haber andado algún rato.

—No tal.

—Sí; conmigo, fuera reservas; usted está enamorado, hijo mío, o algo le sucede de extraordinario, porque ha tenido usted singularidades que no pueden engañar a ojos tan expertos como los míos.

—Ya usted me conoce. Soy tímido delante de las mujeres, y esto es lo que me ha sucedido hoy. Ayer ha pasado lo mismo. Sabía yo que esta familia vivía en Guadalajara; que ella había estado en México y que había tenido intimidad con la familia de mi padre, a causa de su parentesco. Pero yo no la conocía; pregunté por ella al llegar; me dieron razón y me presenté en su casa. Me recibió mi tía muy bien; pero pasados diez minutos de mi visita no sabía ya de que hablar, y mi permanencia allí fue un suplicio. Como usted ve, mi prima es bella; su vista me causó una impresión difícil de definir; deseaba alejarme de ella, y lo sentía al mismo tiempo. No sé cuántas barbaridades dije, y era que me preocupaba su belleza, esa belleza inocente y encantadora.

—Eso se llama amor, chico. ¿Ha estado usted enamorado alguna vez?

—Nunca; le confieso a usted que cuando era estudiante vivía entregado a los libros, visitaba pocas casas, y en ellas, aunque solía encontrar muchachas hermosas, casi siempre las vi enamoradas de otros, y esto naturalmente me hacía alejarme de ellas, así como a ellas interesarse muy poco en agradarme. Además, yo conozco que no soy simpático para las mujeres, no tengo esas dotes brillantes que usted posee en alto grado para cautivar el corazón femenino. Mi carácter es sombrío y taciturno; ya usted comprenderá que hay motivo para que mi juventud se haya deslizado solitaria y triste. Le parecerá a usted ridículo, pero la verdad es que mi corazón está virgen de todo amor.

—¡Hombre! ridículo, no; pero raro, sí, muy raro. ¡Un corazón virgen a los veinticinco años! ¡En este tiempo en que ya a los doce se tiene novia, y muchas veces querida! Convengo en que no haya usted amado, esta palabra ahora es convencional; pero habrá usted tenido una querida: ¿quién no tiene hoy, apenas llegada la pubertad, una triste querida?

—Tampoco; me hubiera sido eso difícil sin amar. Las pasiones de los sentidos no han sido hechas para mí. Como desde niño he carecido del

dulce placer de sentirme amado, y como he atesorado en el alma un íntimo caudal de cariño tan ardiente como puro, he deseado con avidez amar; pero hubiera creído profanar mis sentimientos entregándome a las pasiones banales y que gastan la organización corrompiendo casi siempre el alma.

—¡Canario, y que singular filósofo es usted, Fernando! Usted no pertenece a esta época. Es usted un casto soñador, un poeta quizá; pero de todos modos un hombre al agua. ¿Ha leído usted novelas?

—Pocas.

—¿Ha frecuentado usted a los poetas?

—Algo; pero le diré a usted: antes, muy antes de que me aficionara a ese género de lectura, pensaba y sentía lo mismo. Las ideas que tengo no me vienen de los libros, sino de las impresiones que he recibido desde mi infancia. He sufrido, y el mundo, que pudo haber sido para mí un edén, fue un infierno desde los primeros pasos. ¡Feliz quien como usted sólo ha pisado rosas en su camino!

—Como habíamos hablado pocas veces de este modo, le confieso a usted que no le había observado esta particular disposición al romanticismo, que ahora le noto, y de que le habría curado radicalmente, como de una enfermedad odiosa. ¿Quién diablos le ha puesto a usted hollín en el cerebro? ¿Quién le ha dicho a usted que este hermoso y querido mundo es un infierno? Sólo los tontos creen ya en el valle de lágrimas; y quejese a su mal gusto aquel que quiera recibir la vida como un cáliz amargo. Pues qué ¿usted toma las cosas a lo serio?

—¿Y cómo no tomarlas así, cuando no se me presentan risueñas?

—El talento consiste, amigo mío, en cambiarles la cara. Yo nunca he sido romántico.

—Pero usted siempre habrá sido feliz.

—Feliz absolutamente, no; necesitaba yo muchas, muchísimas cosas para ser feliz. Mi ambición es insaciable, mis sentidos exigentes hasta lo imposible.

—¿Sus sentidos? ¿Pero usted no tiene corazón?

—Querido ¿cree usted en el corazón?

—¡Cómo si creo! Demasiado, y ahora más todavía.

—Arránqueselo usted en la primera oportunidad, Fernando. Créame usted, es una entraña que maldita la falta que nos hace, y que debe acarrear infinitas contrariedades. De mí sé decir que nunca lo he tenido, si no es en la acepción física de la palabra, y me he reído alegremente

de aquellos que decían ser desgraciados por un exceso de sentimientos. Eso está bueno para urdir cuentos; el corazón es como el diablo, sólo existe en las leyendas.

—Pero ¡qué horrores está usted diciendo! Apenas me atrevo a creer que habla usted con formalidad.

—Pues no lo dude usted, amigo mío, y le aseguro bajo mi palabra de honor, que no soy de aquellos que por haber sufrido algún quebranto terrible en sus esperanzas o en sus pasiones, se hacen los interesantes, diciendo que ha muerto su corazón, que no tienen en el pecho más que cenizas, con otras mil necedades tan ridículas como impertinentes. No; si alguno puede dar gracias a la fortuna por sus coqueterías y sus lisonjas, soy yo, que sin fatuidad he apurado desde muy temprano los goces, y he hecho de mi vida una especie de orgía de buen tono. No es mi ánimo hacer a usted mi biografía, pero no dejaré usted de creerme si le digo que hasta aquí la suerte no me ha contrariado nunca, y que apenas le he pedido algo cuando se ha dado prisa en alargármelo con buen modo. Nací rico y lo soy aún, no millonario, esto vendrá después; pero lo suficiente para haber tomado asiento, durante algunos meses, en el banquete que el placer ofrece en Europa a los sibaritas del siglo XIX. Aún me quedan, como es de suponerse, mil goces por saborear; pero esto, lejos de ser una contrariedad, es un incentivo para seguir mi camino; es una esperanza que me sonrío llamándome; es una garantía de que no tendré un porvenir fastidioso. ¿Qué habría quedado para mis cuarenta años, si hubiese agotado todas las delicias en la juventud? Volví al país, y por algún tiempo no tuve otra ocupación que galantear; el galanteo es un entretenimiento interino, y bueno cuando es provechoso. Yo no soy platónico; y, con perdón de usted, creo que el platonismo es manjar de tontos. En este tiempo en que se vive tan presto, sacrificar los mejores días a los goces de lo que ustedes llaman *alma*, es pasar una hermosa mañana de primavera estudiando geografía en un gabinete; es pasar una hermosa noche de estío traduciendo el *Arte de amar*. Así, pues, en cuanto a mujeres...

—¡Ah, sí! en cuanto a mujeres, demasiado sé cuán afortunado ha sido usted.

—He hecho llorar algunos hermosos ojos aquí en mi inculta patria, donde todavía se usan el color natural y las lágrimas sinceras; pero reflexione usted en que sería peor para mí, verme obligado a lamentar *el rigor de las desdichas*. Con las mujeres no hay remedio: o tiene uno que engañar o que ser engañado. ¿Preferiría usted ser lo último?

—Pero cuando el corazón se interesa...

—Amigo mío, no olvide usted que le he dicho que yo no tengo esa desventaja. Si yo hubiese poseído un ápice de ese sentimentalismo anticuado, el libro de mis aventuras estaría en blanco como el de usted. Habría dado con la primera Dalila de las que andan por ahí, y a esta hora, tonsurado y miserable, habría compuesto algunas endechas llenas

de dolor, pero no habría arrancado de la ingrata ni una sola de esas lágrimas que tantas veces han regado mis manos y mi cuello.

—¡Pero, Enrique, por Dios, no todas son Dalilas!

—Todas, Fernando, todas. No lo son por maldad, lo son por naturaleza, inocentemente, sin saber lo que hacen, tal vez sin quererlo; pero el hecho es que aun amando acaban con las fuerzas de un hombre, lo enervan y lo entregan a los furoros del destino, desarmado, impotente y el amor no debe ser más que el embellecimiento del camino de la ambición.

—Me espanta usted... Yo creía que el amor era uno de los grandes objetos de la existencia; yo creía que la mujer amada era el apoyo poderoso para el viaje de la vida; yo creía que sus ojos comunicaban luz al alma, que su sonrisa endulzaba el trabajo, que el fuego de su corazón era una savia vivificante que impedía desfallecer.

—¡Poesía! ¡Poesía! Deje usted de creer en eso, y mire usted, que le estoy hablando como no le hablaría a nadie, porque es peligroso revelar las opiniones íntimas de uno, como le es peligroso a un espadachín descubrir el cuerpo a los ojos de un contrario hábil. Esto le probará a usted que le quiero.

—Pero dígame usted, Flores, con semejantes ideas cuyo origen no me es desconocido ya ¿cómo es que sirve usted en el ejército, y en un tiempo como este, en que la República anda de capa caída? Flores sonrió y se turbó un poco ante la mirada fija de Valle.

—Precisamente por eso vengo aquí. ¿Usted tiene fe en el triunfo de la independencia?

—Tengo gran fe, una fe incontrastable.

—¿Y usted cree que no morirá en la lucha?

—Eso no lo sé: nada difícil es que muera; pero moriré con la conciencia de que tarde o temprano triunfará la República.

—Pues bien; yo también tengo fe, y hay algo que me dice que sobreviviré a la guerra. Usted comprenderá que vamos a quedar muy pocos, y de esos pocos me propongo ser uno. El camino así se hace más corto, y yo llegaré a mi fin.

—De modo que el patriotismo entra muy poco en los propósitos de usted.

—El patriotismo tiene sus móviles de diferente especie; para unos es cuestión de temperamento, para otros es la simple gloria, ese otro platonismo de los tontos. Para mí es la ambición. Yo quiero subir.

—¿Y todo para hundirse después en los goces?

—Es claro; en todos los goces, del orgullo, del poder, de la riqueza, del amor, de la gloria. Todos juntos se saborean cuando está uno colocado muy arriba de sus semejantes. Sin lograr esto, se tendrá uno de ellos o dos, pero no todos, y mi ambición los busca todos. Si me hubiese hecho banquero, soplándome el viento de la fortuna habría llegado a ser millonario; pero tendría quizá que inclinarme alguna vez delante del hombre de armas o del gobernante. Prosiguiendo mi carrera de galanteos, habría llegado a poseer acaso a todas las mujeres que hubiera deseado; pero en primer lugar tengo miedo al hastío, y luego, un *don Juan* ... ¿qué es un simple don Juan? Un reyezuelo de salón, una potencia de retrete que se eclipsa delante de un guerrero afortunado, delante de un millonario bestia, y aun muchas veces delante de un hombre de talento, que es mucho decir. Un *don Juan* tiene que ocultar en el misterio la satisfacción de su dicha, y cuando la hace pública, se limita a recibir incienso de una pequeña corte de aduladores vulgares, que son al gran libertino lo que los lebreles son al cazador; es decir, que sólo lamen la mano para obtener los restos de la presa. ¡Eso es fastidioso...! Yo quiero algo más que semejantes goces mezquinos... Pero, chico, nos engolfamos en una conversación estrafalaria, y noto que estoy impertinentemente comunicativo. Dejemos esto, ya curaré a usted del platonismo que le esté secando; hablemos de la primita, que fue lo primero que se ofreció a mi imaginación cuando comenzamos a charlar. ¿Sabe usted que es una lindísima criatura? Una conquista que valdría la corona mural.

Fernando palideció.

—Sí, es linda —murmuró secamente.

—¿Piensa usted hacerle el amor?

—No lo sé, y aun no me doy cuenta de la verdad de lo que pasa en mi alma. He dicho a usted que la impresión que me causó desde que la vi, es extraña: hoy que la vi hablar tan amablemente con usted, sería una especie de odio; pero querría siempre estar mirándola.

—¡Pobre Fernando! es usted demasiado sincero. Pues bien, eso es amor; usted la ama y ha sentido celos. Yo he recogido demasiadas flores en el campo del mundo, para querer arrebatarse a usted esa pequeña rosa. Usted puede lanzarse; hable, enamórela, y pronto, porque no tardarán en tocar a botasilla, y vea usted que no nos quedan en perspectiva más que algunas flores silvestres, cuyo aroma no será precisamente una delicia para nuestro olfato de cortesanos.

Valle se sentía mal al oír hablar de este modo al libertino. Había levantado en su corazón un altar a Isabel, y veía tratar a su ídolo como Flores trataba siempre a las víctimas de su lubricidad.

—Estoy resuelto: no le diré nada —contestó—. Esa joven no merece que dos militares como nosotros, la hagan objeto de una distracción pasajera.

—¿Por qué? ¿Porque es prima de usted? Pues hombre, las primas de uno...

—No diga usted más, Enrique, por su vida; me causa pena que usted no vea en una mujer tan angelical más que un objeto de cruel diversión y de innoble placer.

—¡Platónico...! Usted se curará. Pero, resueltamente, la rubia es bellísima; difícilmente, a no estar usted a su lado, me resignaría yo a no decirle nada. Así es que usted o yo: escoja. Con usted estará garantizada; conmigo, no me atreveré a decir que la seduciría, fuera hacer a usted una ofensa; pero es seguro que llegará a amarme. Líbrela usted de mí. Yo me consagraré a la deliciosa morena; esa me seduce, es una sultana, en cuyos ojos negros beberé fuego. Vamos, decídase usted.

Fernando pensó que su amigo hablaba sinceramente a pesar de su libertinaje; comprendió que su prima estaba pérdida si la dejaba en poder de Flores, que ya la había hecho sentir la funesta influencia de su mirada irresistible; comprendió que la única defensa para ella consistía en su amor, amor que por otra parte parecía haber avasallado su corazón tan rápida como imperiosamente. Además, recordó la sensación dolorosa que experimentó al aproximarse a Clemencia, cuyos ojos negros le habían causado movimientos nerviosos, presagios de algún mal terrible. Dejar a esta beldad poderosa y fatal en lucha con Enrique, no era una villanía, porque iban a encontrarse dos potencias igualmente fuertes; y, después de todo; si alguna desgracia acontecía ¿no valía más que recayera sobre la altiva morena, sobre la *leona* aristocrática y soberbia, más bien que sobre la débil virgen que no parecía contar con fuerzas suficientes para luchar sin morir?

—Está bien —dijo Fernando resueltamente— me consagro a mi prima. Haga usted la guerra a la hermosa de los ojos negros.

—Arreglado. Ahora, pensemos en la maniobra. Volveremos a casa de la prima de usted, porque es preciso que me introduzca en la de Clemencia, pues no debo esperar encontrar a ésta siempre en otra casa que la suya. Una vez logrado, usted se quedará frente a su enemigo y yo frente al mío, y veremos quién domina la posición primero.

Con tal resolución, después de haber paseado por varias calles solitarias, entraron en el cuartel, dirigiéndose Enrique al alojamiento del coronel y Fernando a su aposento, en donde se sentó pensativo y ceñudo.

Amor

Isabel, en cuya alma no se había eclipsado un momento la imagen del gallardo mexicano, apenas estuvo sola, se puso a pensar con toda libertad en aquella aparición que venía a derramar una nueva luz sobre su porvenir.

En las organizaciones dulces y tímidas como la de Isabel, el amor comienza así, apoderándose rápidamente y con más fuerza, a medida que es más débil el espíritu que domina.

La joven comenzó a decirse todas esas palabras que, sin salir de los labios, causan rubor a las niñas y las hacen recelar las miradas y los oídos extraños, como si el fondo de su pensamiento y de su corazón pudiese ser visto, y como si el acento de su voz íntima pudiese ser escuchado.

—¡Qué interesante es! ¡Cuánta elegancia en su traje y en sus actitudes! ¡Qué delicadeza en sus maneras! ¡Qué valor se descubre en su carácter! ¡Qué talento en sus palabras! Pero, sobre todo, sus ojos tienen algo que subyuga, que atrae, que penetra hasta el corazón.

Y luego Isabel pasaba revista en su memoria a sus adoradores antiguos; los comparaba con Enrique, y aun haciendo todos los esfuerzos posibles para ennoblecerlos, para poetizarlos, para exagerar sus cualidades brillantes, los encontraba inferiores, los encontraba prosaicos, por más que evocaba en su favor toda la antigüedad del afecto, todo el orgullo del patriotismo.

No, no había nadie igual a su nuevo amigo.

—Pero este hombre —añadía— no puede, no debe tener el corazón libre; es preciso, es seguro que ame a otra, que haya dejado en México a la querida de su alma, porque con tales cualidades, sería absurdo suponer que no hubiese habido, no digo una mujer, sino cien mujeres que le amasen.

Y este pensamiento le hacía mal.

—Y ¿qué me importa, después de todo, que tenga amores y que le adoren en México o en cualquiera otra parte? ¿Acaso yo puedo amarle, acaso él no es un ave de paso que durará aquí el tiempo que tarden los franceses en venir? ¿Acaso sabemos quién es? ¡Qué loca soy en estar pensando esto!

Y procurando distraerse y hacerse ruido, se sentaba al piano y ensayaba una melodía; pero la música ejercía luego en su espíritu su natural influencia; latía su corazón, y la imagen del bello oficial venía a interponerse entre sus ojos y el papel de música extendido sobre el atril. Entonces se interrumpía, quedábase meditabunda otra vez, y recordaba a Clemencia.

Le parecía que su amiga había hablado de Enrique con más interés del que es natural respecto de una persona a quien se ve por vez primera. Le había visto dirigir a Flores frecuentes miradas, y aun estaba segura de que había quedado impresionada fuertemente. Y era de suponerse; Clemencia era una mujer de imaginación exaltada y ardiente, amaba también lo bello ¿cómo no había de haber encontrado digno de atención a aquel joven tan privilegiado? Pero Clemencia era orgullosa y dominadora, sabía disimular sus inclinaciones, y no quería por nada de este mundo cometer la debilidad de indicar con una sola mirada, con una sola palabra, el afecto de su corazón.

Así es que no había motivo para tener una rivalidad... por lo pronto. Pues aunque Clemencia era acusada de coqueta hacía algún tiempo, y gustaba de avasallar a todo el mundo, no lograría en este caso nada, interponiéndose, como se interponía, el amor de una amiga tan querida; sobre todo, Enrique iba a estar enamorado dentro de poco tiempo, y eso bastaba.

Tales eran las ideas que en tumulto se levantaban en el alma de Isabel.

Y cuando el pensamiento de su antagonismo con Clemencia la preocupaba más fuertemente, cuando suponía que su amiga, atropellando todas las consideraciones había de acometer la empresa de subyugar a Enrique, Isabel se levantaba apresuradamente, se ponía frente a uno de los grandes espejos que adornaban su salón, veía retratada en él su imagen y sonreía con aire de triunfo. Era bella, no con la belleza de su amiga, sino con una belleza más pura, más poética, más ideal.

—Enrique no puede enamorarse sino de una mujer que hable a su alma —pensaba.

Pero inmediatamente, y cándida e inexperta como era, sentía que en las miradas de Enrique y en su sonrisa había algo que no era enteramente puro, algo semejante al deseo, algo que parecía abrasar, y la niña recordaba que sus mejillas se habían encendido, y sus labios habían temblado, y palpitado su corazón al sentir la influencia de esos ojos azules que parecían despedir llamas sobre todo aquello en que se fijaban.

Entonces un misterioso terror se apoderaba de ella, y había alguna voz íntima que le decía que aquel hombre era peligroso para su virtud y

para su reposo, o bien que Clemencia, la mujer de las miradas de fuego, era la que debía cautivar la naturaleza sensual del joven mexicano.

Tan diversos pensamientos estuvieron atormentando a la bella rubia durante algunas horas, hasta que la llegada de algunos amigos jóvenes de Guadalajara, que tenían costumbre de hacerle la corte, vino a distraerla de su penosa agitación.

Pero, en lugar de que la visita y la conversación de sus antiguos adoradores pudieran consolarla y aun hacerle olvidar sus preocupaciones anteriores, sólo sirvieron para darles más fuerza.

Isabel, que permanecía obstinadamente callada o que apenas se dignaba mezclar en la conversación algunas palabras sin sentido, había estado observando, fijamente y como pensativa, a los jóvenes, los había comparado con aquella imagen que tenía tan presente en la memoria y concluía con hacer un pequeño movimiento de impaciencia, que cualquiera que hubiese leído en su alma habría traducido de este modo.

—Ninguno es como él.

Y en efecto, no podían comparársele desde ningún punto de vista.

Los pobres muchachos se despidieron sin comprender el porqué de aquella taciturnidad y preocupación que habían notado en la bella rubia, por lo regular tan risueña, tan franca y comunicativa.

Vino la noche, y con ella el insomnio de la mujer enamorada y el tropel de profundas meditaciones y de vehementes sentimientos.

Nuevas reflexiones la asaltaron en las horas de reposo, otra vez vino la imagen de Clemencia a aparecérsele con todo el brillo de una hermosura irresistible y con la actitud y la sonrisa del triunfo, y todo esto, unido al violento deseo de que fuera de día y de volver a ver al bello oficial, la hizo pasar en una verdadera tortura las primeras horas de aquella noche malhadada.

Había llegado para Isabel el fatal instante de amar. Los afectos que antes abrigaba en su alma y que se habían apoderado de ella, lenta y tibiamente, desaparecieron para dar lugar sólo a ese amor imperioso que había venido como la tempestad y que había herido como el rayo.

Todavía no era una pasión, pero sin duda alguna podía llegar a serlo; e Isabel lo comprendía en el vago temor que sentía al pensar en Enrique, y que la obligaba a rezar para buscar apoyo en Dios, contra ese sentimiento que parecía dominar su corazón de una manera tan desconocida como inesperada.

Al día siguiente, Isabel estaba tan pálida, tan pensativa, demostraba tal agitación y tal malestar, que su madre, alarmada, no pudo menos de preguntarle la causa de aquella novedad que era tan perceptible. Isabel

pretextó un fuerte dolor de cabeza, procuró ocultar a los ojos de todos sus sensaciones, fingiendo una alegría que a medida que era más extraordinaria parecía menos natural.

Vistióse con esmero, y aun podría decirse con coquetería. Sentóse al piano; pero cambiando a menudo papeles y no concluyendo ninguna pieza que comenzaba, más bien parecía agitada por una impaciencia febril, que inspirada por el numen de la melodía. Jugaba con las teclas, improvisaba, mezclaba las armonías tristes de los maestros italianos con las notas profundas de la música alemana o con las alegres y ligeras de los maestros franceses. En fin, pensaba tocando y traducía en el piano sus pensamientos desordenados y confusos, y se volvía frecuentemente hacia la puerta, como si esperase la aparición que evocaba en lo íntimo de su alma.

Así pasaron como siglos las horas de la mañana. Llegó la tarde, e Isabel pensó salir a dar un paseo para distraerse; pero temiendo que su primo y su amigo no la encontrasen, en caso de venir, prefirió quedarse sufriendo aquellos dulces tormentos de la expectativa y de la soledad.

No se engañó: dieron las cuatro, y la voz armoniosa de Enrique sonó en los corredores. El corazón de Isabel palpitó apresurado y, cubierto de rubor el semblante, la joven miró a la puerta por donde en efecto aparecieron los dos oficiales.

Celos

Fernando notó con algún asombro la impresión que causaba en su prima la llegada de él y de su amigo, pues no parecía sino que la hermosa joven era una tímida niña de doce años, no acostumbrada aún al trato social. Se hallaba turbada visiblemente.

Alargó su mano pequeña y fina, primero a Valle y después a Flores, y se conmovió al sentir la blanda presión de los dedos de éste, sus labios se agitaron procurando balbucir algunas palabras de saludo, se desprendió más ruborizada todavía, y salió ligeramente del salón, diciendo a los oficiales:

—Voy a avisar a mamá: tomen ustedes asiento.

—¿Serán aprensiones mías —dijo Fernando— o Isabel se ha puesto encendida, y luego pálida, al vernos llegar? ¿Ha notado usted?

—Es natural —respondió Enrique— no está usted en México; las provincianas son siempre tímidas.

—Pero ayer no observé yo esta emoción.

—No pondría usted cuidado seguramente. Pero, chico, usted es quien está ahora notablemente pálido y conmovido; parece usted un delincuente delante de su juez.

A esta sazón llegó la señora con Isabel. La primera cambió con los jóvenes los cumplimientos de costumbre, después de lo cual, Enrique, fiel a su promesa de no hacer la corte a la prima y de proporcionar a Valle la oportunidad de consagrarse enteramente a ella, entabló con la señora una conversación interesante, como lo sabía hacer el galante oficial, muy acostumbrado al trato de las mujeres de toda edad, cuyo gusto y propensiones adivinaba luego para poder lisonjearlas con más seguridad.

Mariana, así se llamaba la señora, que sea dicho de paso rayaba en los cuarenta años y que era mujer distinguida y de una educación superior, conservando todavía una belleza fresca y notable, pareció encantarse con Enrique. Las numerosas relaciones de éste en México, le permitían informar a Mariana, que había vivido allí algún tiempo y que conocía perfectamente el mejor círculo, acerca de las novedades ocurridas durante aquellos últimos años en todas las familias.

Enrique hacía la descripción del estado de la sociedad mexicana en aquella época de guerra, retrataba con habilidad sin igual a las hermosuras en boga, refería la historia de los matrimonios recientes y de los amores célebres; pero todo esto con tal tino; con tal donaire, con un tacto tan exquisito, que Mariana acabó por creer que aquel joven era adorable.

La señora reía frecuentemente, demostrando el mayor placer al escuchar los dichos agudos, los epigramas delicados, las observaciones picantes que salían a cada momento de los labios de Enrique, y aun se volvía para decir a su hija, llamándole la atención:

—Pero ¿oyes esto, Isabel?

Y entonces la joven dejaba de escuchar la pobre conversación de Fernando para oír a Flores, que acababa por interesar a ambas vivamente en su relato.

Entretanto Fernando murmuraba algunas frases tímidas para entretener a su prima, que no estaba atenta sino a Enrique, a quien miraba por largos intervalos sin poner cuidado a sus palabras. Enrique le parecía más hermoso, más interesante que el día anterior.

Ni siquiera reparaba en que su primo Valle parecía más triste, más pálido y más sombrío. Y como éste notó que Isabel apenas le respondía en monosílabos y apartaba de él sus miradas para fijarlas en el gallardo militar, acabó por quedar en silencio, disimulando con un aire de distracción el sentimiento que comenzaba a punzar su corazón como un puñal.

Tenía celos ya. Era seguro que Isabel amaba a su amigo o, por lo menos, sentíase dispuesta a amarle.

De repente se detuvo un carruaje en la puerta.

—¡Es Clemencia! —dijeron la señora e Isabel, y se levantaron para recibirla.

En efecto, la hermosísima morena apareció en la puerta, abrazó y besó a sus amigas, y alargó risueña una mano enguantada y aristocrática a los dos oficiales.

—Me alegro mucho de ver a ustedes por aquí —les dijo— hemos hablado tan poco ayer, que me permitirán ustedes en mi calidad de provinciana, que espere tener noticia minuciosa de mis amigas de México, y de muchas cosas que, a los que vivimos tan lejos, nos interesan sobremanera.

—El señor Flores —dijo Mariana— acaba de referirme cosas de aquella capital, que me han encantado. No hay talento como el suyo para conversar, y nadie puede informar mejor... conoce a todo el mundo.

Enrique saludó agradecido a la señora, y volviéndose a Clemencia:

—Seré muy dichoso, señorita —le dijo— si puedo dar a usted razón de sus relaciones en México. En efecto, conozco a todo el mundo allí, y poseo todo ese caudal de noticias íntimas que ni pueden encontrarse en los periódicos ni contenerse en las cartas, y que sólo se conservan en la memoria de los iniciados como yo en ciertos círculos.

Generalizóse entonces la conversación. Enrique desplegó toda la riqueza de sus facultades; como conversador y como hombre de mundo y de educación distinguida, hizo conocer, sin ostentación, lo numeroso y distinguido de sus relaciones sociales; era el amigo de las mujeres más bellas de México, de los hombres más elegantes y aristocráticos, y si a esto se agrega que había viajado mucho y que estaba dotado de ese talento especial de los que han frecuentado mucho los círculos distinguidos, y que, sin ser profundo en nada, deslumbra a primera vista, se comprenderá muy bien que Enrique cautivó a su bello auditorio. Isabel le escuchaba con arrobamiento. Clemencia fijaba en él sus lánguidos ojos negros, bañándole con sus miradas ardientes y voluptuosas. Mariana reía alegremente.

Fernando estaba olvidado: triste destino de los humildes, de los taciturnos y de los huraños.

—Me han hablado —dijo Clemencia a Enrique— del talento de usted en el piano, y aseguran los que me han informado y que conocen a usted muy bien, que no tienen labios con qué elogiarle. Según eso, es usted un militar como se ven pocos en nuestros días, porque los artistas no se encuentran regularmente en el ejército. Ya se ve, usted no es soldado de profesión sino que ha tomado la espada para defender a su patria ¿no es esto?

—Es verdad, señorita, no soy soldado de profesión, y en esta parte me declaro profano delante de Fernando. El sí que es soldado, y tan soldado, que ha comenzado su carrera cargando el fusil. No se ruborice usted ¡vaya! eso no es deshonor; ha sido sirviendo a la patria, y nada importa la clase cuando desde ella ha sabido usted elevarse.

—No: yo no me ruborizo por esa causa —murmuró Fernando.

—¿Soldado raso? —preguntó Mariana— es extraño. ¿Querría usted explicarme por qué ha sido esto? No es lo común que los jóvenes del nacimiento de usted sienten plaza de soldados rasos.

—Señora... balbuceó Valle notablemente conmovido.

—Pero Mariana, no sea usted indiscreta —se apresuró a decir Clemencia— estas cosas no se preguntan... Volvamos a lo del piano, que se nos olvida... Ha de saber usted, Flores, que Isabel es una verdadera artista, conoce la música admirablemente, y en el piano es de una fuerza que se sorprenderá de encontrar en estas regiones apartadas...

—¡Clemencia! —interrumpió Isabel llena de rubor.

—Hija mía, es la verdad ¿para que ocultarla? Tú lo niegas siempre, y es natural porque antes que todo eres modesta; pero tus amigas tenemos orgullo de tu talento, y lo hemos de alabar debidamente.

—¡Oh que fortuna, Isabel, que fortuna! —dijo con entusiasmo Enrique— este es un hallazgo, un tesoro... es la dicha que nos sonríe en el camino del sacrificio.

—Clemencia —observó llena de vergüenza Isabel— tú tendrás la culpa de que el señor vaya a encontrarme espantosamente torpe... ¿Por qué eres así?

—Pero es la verdad, caballero, es la verdad, y usted va a convencerse de ella... Yo toco también; pero Isabel queda muy superior a mí. Y para que usted pueda comparar, voy a sentarme al piano, después tocará ella, y por último, esperamos que usted nos confundirá a las dos; pero seremos las primeras en ofrecer flores al vencedor.

Y diciendo y haciendo, la encantadora morena se levantó de su asiento, y cimbrándose como un junco, se dirigió al piano. Enrique la acompañó y, a indicación de ella, buscó en un aparador de madera de rosa el papel de música que deseaba, y permaneció de pie, a su lado, devorándola con los ojos.

Clemencia prefería todo aquello que estaba en armonía con su carácter, y en música desdeñaba lo puramente melancólico y tierno, así como se impacientaba con las elevadas e intrincadas combinaciones de la escuela clásica.

Ella necesitaba música enérgica para traducir los sentimientos de su alma ardiente y poderosa. Necesitaba el desorden, la inspiración robusta y atrevida, el delirio en la armonía. Verdi era el maestro favorito de Clemencia. El piano expresaba los arrebatos furiosos de la pasión bajo aquellas manos de diosa.

Enrique estaba subyugado y se sentía, a su pesar, preso entre las mallas terribles con que parecía rodearle la magia irresistible de aquella mujer.

—Esto es inexplicable —se decía interiormente— ¡yo dominado! Pues esto no debe ser.

Fernando, por su parte, estaba en el colmo de la desesperación. Había notado en el hermoso semblante de Isabel las contracciones del dolor y de los celos. Cada vez que Clemencia se volvía hacia Enrique con su mirada de fuego y con su sonrisa de sirena, un ligero temblor agitaba el cuerpo de la angelical rubia, que unas veces apretaba convulsivamente el brazo del sillón en que se apoyaba, y otras parecía reprimir penosamente las lágrimas que los celos hacían asomar a sus ojos.

De modo que para Valle no era ya dudoso que Isabel amaba a Enrique. Esto lo hacía reclinarsse en su sillón como desfallecido por el tormento. Jamás había sentido en su corazón la cruel punzada de los celos, aquel dolor le había sido desconocido enteramente, y se preguntaba si no sería más cuerdo para él, que había pensado sacrificarse por la patria, retirarse de aquella casa, no volver a ver a su prima, y refugiarse en sus deberes de soldado, para escapar a los peligros de una pasión que acababa con sus fuerzas.

El era allí un condenado. Aquellas dos mujeres, tan hermosas como el más hermoso ideal que el hubiera soñado en sus delirios de joven, estaban pendientes de Enrique, de aquel siempre afortunado galán que no tenía más que mirar para vencer; aquellas dos mujeres, tan adorables por su inteligencia y por su corazón, no tenían miradas más que para el bello oficial, no tenían sonrisas sino para agradarle, no tenían elogios sino para envanecerle, no tenían lagrimas de fuego sino para sufrir celos por su amor.

Y en tanto a él, al pobre oficial, tan desgraciado desde su juventud, tan triste y pobre, y cuyo corazón acababa de abrirse después de tantos años de sufrimientos, para pedir amor, amor, no como una recompensa sino como un consuelo, a él, digo, ni una mirada, ni una palabra, ni un recuerdo. ¡Cosa extraña! estando allí presente, estaba tan olvidado como si se hallase en la más profunda de las grutas del mundo.

Entonces, apartando sus ojos de aquel cuadro que presenciaba en el salón, los fijó en una de las ventanas por donde se veía el sol, que al ponerse doraba las cúpulas lejanas y las copas de los árboles, y vio el cielo azul y limpio del invierno, y no escuchando ya nada de la música ni de la alegre conversación que se tenía en su derredor, pensó dolorosamente que toda aquella luz, que toda aquella serenidad del cielo nada valían sin el amor, que es el sol del alma; sin la esperanza, que es el cielo de la vida, y entonces vio horrible todo ese mundo que se revelaba a sus ojos por el estrecho espacio de una ventana, y... una lágrima, que no fue bastante fuerte para reprimir, salió de sus ojos como una gota de fuego y corrió silenciosamente por su mejilla.

Apresuróse a enjuagarla con la mano y, volviendo el rostro, a pesar de que nadie se hubiera apercibido de ella, tornó con el alma al salón.

Enrique, embriagado, felicitaba a Clemencia por su talento, le decía mil cosas encantadoras y la conducía sonriendo a su asiento.

—No sea usted lisonjero, Enrique, porque no le creeré a usted. Lo que yo toco, lo tocan mil medianías; eso no vale nada... ahora va usted a oír cosa mejor. Isabel, vete al piano.

Isabel, ya repuesta y con semblante risueño y ruboroso, acompañada también de Flores, obedeció a su amiga y fue a buscar en el aparador un libro ricamente encuadernado.

Revelación

Era una colección de melodías alemanas. Isabel eligió una muy a propósito para interpretar el estado de su corazón. Era una de esas piezas en que la ternura y la melancolía están unidas a las más difíciles combinaciones de la ciencia musical.

Enrique estaba conmovido y admirado. Isabel realmente era una artista, y una artista que habría brillado en el salón más aristocrático de Europa.

La bella joven no aumentaba el encanto de su música con las ardientes miradas ni las sonrisas de amor, como Clemencia. Atenta a la melodía, tenía fijos los ojos en algo invisible, y hubiérase dicho que su alma vagaba en los abismos de la meditación.

Pero después de algunos momentos las dificultades de la ejecución la volvieron al mundo real, y entonces un torrente de poderosas armonías salió del seno del piano, al contacto de aquellas manos de rosa, en las que nadie hubiera sospechado una agilidad y una fuerza tales como las que se necesitaban para desencadenar aquel huracán de notas.

Enrique se entusiasmaba gradualmente y manifestaba de mil modos su admiración. Isabel, tocando, se había transformado de la niña tímida y dulce que era, en un ángel seductor e irresistible. Sus hermosos ojos azules y oscuros brillaban con el fuego de la inspiración, su boca se entreabría con una leve sonrisa, su rizada y espesa cabellera blanca parecía agitada, y el esfuerzo hacía palpitar su seno, cuidadosamente cubierto, pero que Enrique devoraba con deleite.

El joven no pudo más, y en uno de los momentos en que las notas se apagaban lánguidamente, se inclinó hacia la bella artista, como para hacerle alguna indicación, y murmuró en sus oídos estas palabras:

—Después de esto, caer de rodillas y adorar a usted.

Isabel se turbó, se puso encendida, sus manos temblaron y la pieza se interrumpió bruscamente.

—¿Qué te pasa, querida? —le gritó Clemencia desde su asiento.

—Nada —contestó Isabel— escuchaba una observación de Flores, que me ha obligado a interrumpirme.

—¿Acaso he ofendido a usted, Isabel, con mi indicación humilde? preguntó Enrique inclinándose de nuevo.

—¿Ofenderme? ¡Dios mío! ¿Por qué? Es una galantería de usted, que no acepto sino como una expresión de bondad.

—Como la expresión de mi alma... Isabel; estoy subyugado...

—Déjeme usted concluir... ¿Qué dirán?

La joven concluyó la melodía, pero podía notarse que se hallaba agitada y que no había ya aplomo en sus manos. Sobre todo, Fernando, comprendió esto perfectamente.

Enrique la condujo a su asiento, al que llegó casi desfallecida.

—Esa música te fatiga mucho, Isabel; me da pena verte agitada así... — observó la señora.

—Esa música —dijo solemnemente Enrique— hace que esta encantadora niña tenga un lugar en los grandes santuarios del arte. La señorita tenía razón... Cuando se toca así, bien se puede ceñir la corona de artista. Esa frente de ángel está llamada a brillar con la luz de la gloria.

—¡Caballero! —interrumpió Isabel— me hace usted mal, porque eso es demasiado.

—Isabel, yo no lisonjeo; en cuestiones de arte no tengo ese defecto, soy franco, y creo que entonces es cuando la franqueza demuestra cariño. Necesito anticipar a usted que yo no puedo superar a Isabel. Quedo inferior a ella en muchos grados.

—Eso no es posible. Clemencia, mira a lo que me has expuesto con tus alabanzas. Flores casi se burla de mí.

—Pero ¡gran Dios! ¡Burlarme yo!... Entonces usted no conoce todavía su mérito, no sabe usted a qué altura ha llegado, o la excesiva modestia de usted hace atribuir a burla lo que no es sino el grito de la admiración sincera. Sobre todo, Isabel ¿usted me cree capaz de tamaña falsía?

—No, de ninguna manera; pero ¿qué quiere usted? Soy provinciana, he carecido de buena escuela, y por más grande que haya sido mi aplicación, no puedo creer, no digo que sea artista, pero ni siquiera que esté exenta de enormes defectos. Y cuando oigo a una persona como usted, que está acostumbrada en Europa y en México a escuchar tanto bueno, que conoce usted tan bien la música y que se expresa de esa manera, supongo que desea usted estimularme, ¡y nada más!

—Pues deseche usted esa opinión; yo hablo la verdad, y cualquiera que como yo conozca algo de arte, dirá lo mismo. Ahí tiene usted a

Fernando; el no es músico, pero tiene un gran talento, y aun le supongo una exquisita sensibilidad; su voto quizás no le parecerá a usted sospechoso como el mío; pregúnteselo usted...

Fernando estaba profundamente distraído, pero al oírse nombrar comprendió que se le pedía su voto.

—Yo soy profano enteramente en música —dijo— pero sé sentir y admirar, y si se ha de juzgar por lo que he sentido, estas dos señoritas conocen el secreto de conmover el corazón.

—He aquí una bella manera de eludir un fallo enteramente justo —dijo Clemencia sonriendo— usted no habla con sinceridad, Valle, tal vez por temor de ofenderme; pero ¿no me ha oído usted antes juzgarme a mí misma? Ni por un momento pretendería yo competir con Isabel. Ella es la artista y usted lo conoce, lo ha sentido perfectamente, porque mientras ella tocaba yo estaba observando a usted, y comprendí que se hallaba transportado a otros mundos. Sólo los artistas producen esos efectos, sólo los artistas hacen llorar; porque usted ha llorado.

—¿Yo? —preguntó Fernando ruborizándose.

—Usted me perdonará esta indiscreción; pero yo he visto a usted volver el rostro para ocultar una lágrima que inmediatamente se ha apresurado usted a enjugar.

—¿Ha llorado? —preguntaron Mariana e Isabel con cierto interés.

—Lo que yo tocaba, tal vez le recordaría a usted a alguna amiga de México. No hay como la música para avivar los recuerdos.

—Pero si no es eso —replicó Fernando— yo no tengo nada que recordar.

—Le confieso a usted, Valle —le dijo a media voz Clemencia— que tengo gran curiosidad de conocer la vida de usted. En ella debe esconderse algún misterio de corazón, que debe ser interesante y que seguramente es la causa de esa tristeza profunda que manifiesta usted en todo.

—Señorita, mi pobre vida carece de sucesos que puedan excitar el menor interés, nada hay en ella de bueno, ni de malo... nada; sufrimientos vulgares con los que no se puede hacer una historia...

—Usted ha amado... indudablemente.

—No; nunca.

—Bien; ya hablaremos de eso —y añadió volviéndose con vivacidad a Flores que hablaba con Isabel— ahora le llega a usted su turno... deseamos oírlo a usted.

—Señoritas ¡qué contrariedad para mí! —respondió el oficial, consultando su magnífico reloj de oro— son las seis, a las seis y media tenemos una junta de honor de grande interés, y ni Fernando ni yo podemos faltar: ¿no es verdad, Fernando?

—Así es —contestó éste levantándose.

—De modo —dijo Isabel— que nos priva usted del placer de oírle hoy.

—Este placer sería poco; repito a ustedes que habiéndolas oído, me confieso mil veces inferior; pero de todos modos, mañana tendré el honor de hacer conocer a ustedes mis decantados talentos en la música; mañana soy de ustedes toda la tarde y la noche.

—Muy bien —dijo Clemencia— y siendo así, con permiso de mis amigas, tendremos la *soirée* mañana en casa. Mis amigas me acompañarán, yo presentaré a usted a mi familia y a otras personas, y nos distraeremos... Fernando, supongo que usted acompañará a su amigo ¿no es verdad? Allí hablaremos de eso.

—Arreglado; mañana no faltaremos.

Los dos jóvenes se despidieron. Pudo notarse que entre Isabel y Flores existía ya esa dulce inteligencia del amor comprendido, que es como el preliminar de la confianza, mientras que para Fernando la rubia no tenía más que una mirada llena de urbanidad, pero fría.

Clemencia al contrario, se despidió de Enrique con la más amable, pero con la más indiferente de las sonrisas, y manifestándole una alegre confianza, que es como la moneda corriente de las coquetas; pero al dar la mano a Fernando que se la tomaba con el mayor respeto, se la apretó ligeramente y le bañó con una mirada tan ardiente, tan lánguida, tan terrible, que el joven a su pesar se sintió turbado, y su corazón palpitó, como el día que la vio por primera vez.

Clemencia, además, le dijo dulcemente estas palabras que parecían prometerle un mundo de ternura:

—¡Hasta mañana, Fernando!

Cuando éste y Enrique se encontraron en la calle, el alegre libertino dijo a su amigo, que caminaba siempre taciturno:

—Nos habíamos equivocado, chico, nos habíamos equivocado redondamente, y tanto a usted como a mí nos había engañado el corazón; cosa nada rara por cierto, al menos en mí, puesto que yo nunca entiendo el lenguaje del mío, si es que lo tiene. Creí que pudiera serme indiferente la hermosa prima de usted; creí que usted se haría amar de ella a fuerza de talento y de pasión; creí que Clemencia, la de los ojos negros, estaba más lejos de usted que de mí, porque estas

naturalezas enérgicas y magníficas me pertenecen de derecho. Todo esto creía yo; pero he aquí que nos hemos equivocado. Me parece que amo a Isabel, al menos que me inspira algún cariño; me parece que ella me ama todavía más, me parece que usted nunca llegaría por este motivo a abrirse una puerta en ese corazón de ángel, y por último, me parece que la sultana se insinúa con usted de una manera que no deja lugar a duda.

—¿Cree usted?

—Es claro: las mujeres como ella no esperan, se adelantan; no se conceden, permiten... Eso está muy conforme con su naturaleza de reinas. Son como los soberanos en los países monárquicos; ellos dicen la primera palabra, ellos interrogan, y les parecería rebajarse si por acaso se vieran obligados a responder. Usted no conoce a las mujeres en sus diferentes fases. Las hay que mueren de amor, pero que no son capaces de revelar con una palabra, con una mirada, la pasión que las devora; a esta clase pertenece Isabel. A éstas es preciso responderles, adivinarlas, leer en el libro de su semblante, y abrir su corazón con la llave de la primera palabra. Entonces sabe uno cuánta pasión se encierra en esos volcanes que, como decía Pedro Calderón de la Barca de Mongibelo, *ostentan nieve y esconden fuego*. Pero hay mujeres también cuyo carácter impetuoso no les permite disimular la más ligera afección. Apenas les inspira simpatía una persona cuando se apresuran a revelársela, hasta con exageración; apenas les antipatiza otra, cuando le manifiestan odio. Se diría que su temperamento dominador no admite oposición, y que desean hacer saber lo que sienten a la persona amada o aborrecida, como un mandato y no como una revelación, como un precepto para no ser contrariadas. A esta clase pertenece Clemencia. Desde luego ha insinuado a usted su predilección, como una orden para que se la ame. Cuidado con desobedecerla; sería capaz de aborrecerlo a usted.

—Pero es el caso que yo no puedo amarla.

—¡Oh! sí podrá usted, Fernando, sí podrá usted. A una mujer tan hermosa como ésta, lo difícil, lo imposible es no amarla. Es demasiado encantadora para que el corazón de usted pueda permanecer indiferente.

—Pero ¿usted no sabe que la que me inspira no sé si amor, pero sí un ardiente cariño, es Isabel?

—Sí, lo sé; pero, en primer lugar, usted no se había fijado aún en Clemencia: su atención se había detenido en su prima. Luego sucede, como está usted mirando que Isabel no puede amarle porque yo soy el afortunado mortal que he logrado inspirarle simpatía, y a usted le consta que sin pretenderlo, sin procurarlo... Esos son los caprichos de la fatalidad. Pues bien; usted comprende ya que Isabel no está al alcance de su mano. Como hombre sensato y, sobre todo, como hombre de mundo, es preciso abandonar el antiguo propósito, hoy que aún es tiempo, porque la verdad es que lo que usted siente no es todavía amor;

en tres días no puede haber amor, y si lo hay; porque en efecto, las mil y una novelas que leemos nos presentan frecuentes casos de estas pasiones súbitas, es fácil de olvidar. Lo que se olvida con trabajo, lo que cuesta hondos dolores, lo que despedaza el corazón, es perder al objeto amado durante mucho tiempo. De modo que usted olvidará a Isabel, y tanto menos le costará este sacrificio; cuanto que la bella, la divina morena, esa mujer que haría feliz a don Juan, le abre a usted los brazos y le sonríe con todas las promesas de un amor ardiente y embriagador. ¡Cuán dichoso va usted a ser, Fernando! ¡Usted, naturaleza casta, soñadora y triste, encontrándose de repente a las puertas de un paraíso oriental, guiado por una hurí que lo devora con la mirada de sus ojos negros, que le embriaga con su aliento de rosa, que le va a matar con sus caricias de fuego! Vamos, hombre ¿se creerá usted desdichado con esta perspectiva?

—Pero Isabel...

—Isabel no lo ama, he ahí la cuestión. ¿Iría usted a alimentarse de desdenes? ¿Querría usted apurar las tristes voluptuosidad del amante despreciado? Eso sería una insensatez. Isabel es mía, no sé si lo sienta o me alegre de ello, porque me había ya hecho la ilusión de ser feliz por unos días, embriagándome en el mar de deleites que promete el amor de esa reina de Jalisco, de esa flor de la Andalucía de México. Voy a tener que luchar con el carácter sentimental, melancólico, lleno de timidez de esta especie de inglesa naturalizada en Guadalajara. Pero le confesaré a usted que esta tarde me he sentido tocado, y aun me pregunto: *¿seré capaz de amar?* Pues bien, sí; yo creo que amaré a Isabel, y de ese modo mi nuevo amor será mi talismán en la guerra, será mi esperanza, será la palabra sagrada que escriba en una bandera que sigo por orgullo, pero sin esperanza... Tendré un ángel bueno en este lugar a que nos ha traído y en que nos mantendrá la guerra. De manera que, hijo mío, tenemos que hacer un cambio de posición. Yo amaré a Isabel, y usted tomará el camino que le abre ya el carácter impetuoso de una mujer irresistible. ¿Se acepta?

—Enrique —dijo Fernando con profunda tristeza y suspirando— veo que no tiene remedio, mi prima lo prefiere a usted. Sería yo un insensato si me atravesara. No creo que Clemencia abrigue simpatía por mí, a pesar de sus palabras y de la opinión de usted. Pero sí me alejaré de la que no me ama, y frecuentaré a aquella a quien no me siento capaz de amar, pero que siquiera no me verá con disgusto a su lado.

—¡Pícaro! Usted va a ser el más dichoso de los hombres. En cuanto a mí, ya me figuro que voy a pasar la mayor parte de los pocos días que nos restan en Guadalajara, oyendo y tocando melodías alemanas, y viajando en alas del alma de una virgen, por los espacios nebulosos de un mundo ideal. ¡Lo ideal! Dios libre a usted de esta monomanía... Clemencia al menos no tiene alas, y ella lo curará de sus propensiones infantiles y poéticas. Esa mujer es Cleopatra y no Julieta.

—Pues bien, sea, y que los augurios que sentí dentro de mí al ver a esa mujer tan linda, se realicen... No la amaré; ¡pero la estudiaré!

Los jóvenes llegaron a su cuartel y se ocuparon después en los asuntos de su Junta de honor. Fernando estaba preocupado; realmente aquella última mirada de Clemencia, aquel *Hasta mañana, Fernando*, no podían borrarse de su memoria. Decirle a él *Fernando* con tal confianza ¿era una insinuación? Por lo menos era una indicación de que era preferido, de que no era antipático.

Por la primera vez se veía tratado bien por una mujer. Por la primera vez también, una mujer hermosa le había hecho con interés esa pregunta, que siempre agrada al hombre cuando la dirigen unos labios de granada: *¿Ha amado usted alguna vez?*

Esa noche, después de la junta y de la cena, más alegre que de costumbre, Fernando se acostó en su catre de campaña, más contento que nunca, y, después de estar pensando un momento, se durmió y soñó con la sultana de Guadalajara, la de los ojos y cabellos de azabache, de boca rosada y de dientes de perlas. La dulce joven de blondos cabellos y de ojos azules se había eclipsado en su imaginación.

Así en la juventud y en los dulces tiempos en que se despiertan en el corazón los primeros amores, en esas auroras del alma en que comienza a iluminarse para nosotros el cielo de la esperanza, las imágenes se suceden a las imágenes, con la misma facilidad con que las nubecillas atraviesan el espacio en una mañana de primavera.

Un salón en Guadalajara

Trasladémonos ahora, de noche, a una casa aristocrática... de Guadalajara, situada en la calle más lujosa y más céntrica de aquella ciudad, la calle de San Francisco. Allí, como en México, la iglesia del seráfico fraile presidía el barrio más encopetado y rico de la población. En esta calle viven las familias opulentas, las que reinan por su lujo y por su gusto.

Atravesaremos la gran puerta de una casa vasta y elegante, en cuyo patio, enlosado con grandes y bruñidas piedras, se ostentan en enormes cajas de madera pintada y en grandes jarrones de porcelana, gallardos bananos, frescos y coposos naranjos, y limoneros verdes y cargados de frutos, a pesar de la estación; porque en Guadalajara, inútil es decir que no se conoce el invierno, y que no se tiene idea de una de estas noches que pasamos en México en diciembre y en enero tiritando, y en las cuales, por más hermosas que sean, *la luna, pálida de ira, humedece el aire y va derramando reumatismos por dondequiera*, como dice Shakespeare.

No: en Guadalajara, en los meses de invierno, las plantas y los árboles no pierden su ropaje de verdura, ni las flores palidecen, ni las heladas brisas vienen a depositar sus lágrimas de nieve en los cristales de las ventanas.

Se siente menos calor, eso es todo, y los árboles se renuevan, según las leyes de la vegetación; pero la hoja seca cae impulsada por el renuevo que inmediatamente asoma su botón de esmeralda en el húmedo tronco. Así, pues, los naranjos, los limoneros y las magnolias del patio, que estaba perfectamente iluminado, se ostentan con toda la frescura y lozanía de la primavera.

Una fuente graciosa de mármol, decorada con una estatua, se levanta en medio, y alzándose apenas dos pies del suelo, salpica con sus húmedas lluvias una espesa guirnalda de violetas y de verbenas que se extiende en derredor de la blanca piedra, perfumando el ambiente. Aquello no es un jardín; pero es lo bastante para dar al patio un aspecto risueño, alegre y elegante.

Se sube al piso superior por una escalera ancha, con una balaustrada moderna, y cuyos remates y pasamanos de bronce son de un gusto irreprochable.

Cuatro corredores anchos, y también cubiertos con tersas losas de un color ligeramente rojo, se presentan a la vista al acabar de subir la

escalera, y forman un cuadro perfecto en el piso principal. El techo de estos corredores, cuyo cielo raso está pintado con mucho arte, se halla sostenido por columnas de piedra, ligeras, aéreas y elegantes, que aparecen adornadas con hermosas enredaderas. Y en los barandales de hierro y al pie de ellos se encuentran dos hileras de macetas de porcelana, llenas de plantas exquisitas, camelias bellísimas, rosales, mosquetas, heliotropos, malva rosas, tulipanes y otras flores tan gratas a la vista como al olfato. Y jaulas con zenzontles, con jilgueros, con clarines, con canarios, entre las cortinas que forman la flor de la cera y la ipómea azul, y hermosos tibores del Japón conteniendo alguna planta más exquisita todavía, y peceras de cristal y surtidores de alabastro, y pequeñas estatuas de bronce representando personajes mitológicos, y grandes grupos en bajorrelieve en las paredes, todo esto aparece a la luz del gas encerrado en fuentes de cristal en aquella casa, revelando tanto la opulencia como el gusto.

Los corredores son jardines en miniatura. Uno de aquellos corredores conduce al salón, al que se entra después de atravesar una amplia y magnífica antesala amueblada lujosamente. El salón es una pieza en que se respira desde luego ese perfume que no da el dinero sino el buen gusto, es decir, el talento.

¿Conocen ustedes, en México, salones de familias opulentas? Pero no esos en que una fortuna insolente ha procurado aglomerar sin discernimiento, sin gracia, muebles sobre muebles, cuadros sobre cuadros, lámparas, columnas, consolas, jarrones, clavos dorados, tapetes, mesitas chinas, muñecos ridículos, formando todo aquello el aspecto de un bazar de muebles, el caos a que sólo da orden la inteligencia, y en cuyo centro se encuentra uno tan mal, tan a disgusto, tan deseoso de maldecir, como en la trastienda de una casa de abarrotes, como en la bodega de un judío usurero, esperando, en fin, por momentos ver aparecer a Mr. Jourdain, el burgués gentilhomme de Molière, haciéndose el personaje de *qualité* y preguntándole a uno qué le parecen sus muebles. No: yo hablo de los salones elegantes por su buen gusto.

Pues bien; como el más elegante de esos, es el que vemos en Guadalajara. De seguro pertenece, dice uno al verle, a una familia muy rica, pero que tiene talento. A ese salón, que es el de la familia de Clemencia R..., se dirigieron los dos jóvenes oficiales, la noche siguiente al día en que habían estado en casa de Isabel.

—Me parece que vamos a pasar una tarde y una noche deliciosas —dijo Flores a su amigo—. Aquí hay aristocracia, chico; aquí no es la modestia graciosa de la casa de Isabel, sino la opulencia del dinero, juntamente con el buen tono. Ya lo ve usted, éste es el palacio de su reina. Forme usted idea de su carácter por todo esto.

—Casi me arrepiento de venir —respondió Valle— yo no estoy acostumbrado a estas reuniones ni a este lujo.

—¿Usted?... Pero hombre ¡usted, nacido en una casa tan opulenta como esta!

—Y ¿qué importa? ¿Acaso la conozco? ¿Acaso me he criado en ella? Entonces ¿usted no sabe que desde mi infancia soy hijo de la miseria? Yo creo que me ruborizaría aun delante de mi madre, si la viera en su salón de México.

Enrique y Valle penetraron en el salón, en donde su llegada acusó un silencio de algunos segundos. Se les esperaba, y hallábase reunida allí una sociedad selecta y distinguida. Había una docena de bellísimas jóvenes, otros tantos caballeros, y la familia toda de Clemencia esperaba a los oficiales con cierta ansiedad. Por supuesto Mariana e Isabel eran de la compañía.

La encantadora morena presentó los dos amigos a su papá, anciano respetable y vigoroso todavía, un personaje notable, no sólo por su fortuna y talento, sino todavía más por la cualidad rara de ser un buen patricio y de odiar por consiguiente la dominación francesa, que pronto iba a extenderse hasta aquellas regiones.

La madre de Clemencia era una matrona, bella todavía como Mariana, y amable hasta el extremo. Clemencia era la hija única de aquella familia afortunada.

Después los oficiales fueron presentados a todas las bellas señoritas de la reunión, y que pertenecían a las más distinguidas familias de Guadalajara.

Enrique fue acogido con las marcadas pruebas de simpatía que su gallarda presencia y la finura de sus modales le procuraban siempre; pero Fernando fue recibido como es recibido el ayudante después de su general, como es recibido el pobre después del rico, o como era recibido antiguamente el paje después del príncipe, con urbanidad pero fríamente. Al verle, las hermosas que aun sonreían siguiendo con la mirada al apuesto comandante, se ponían serias y apenas se dignaban otorgarle una inclinación de cabeza protectora. Isabel misma le saludó con cierta frialdad, acabando de dirigir a Enrique algunas palabras de tierna confianza.

El joven se habría desmoralizado, si Clemencia con su franqueza característica, no se hubiera dirigido a él y, poniendo una mano entre las del pobre oficial, no le hubiese dicho:

—Esperaba a usted con impaciencia, Fernando; desde las dos de la tarde los minutos me parecían siglos; en cambio, de hoy en adelante las horas me van a parecer segundos. Vamos a platicar mucho ¿no es verdad? Dejaremos a los artistas luciendo sus habilidades en el piano, y nosotros hablaremos de los asuntos del corazón. Vamos a ser amigos, no lo dude usted.

La conversación se animó luego. Enrique llegó a ser el centro de ella, y las bellas estaban pendientes de sus labios, como le sucedía siempre.

Pero el piano, un soberbio piano de Pleyel aguardaba y, después de un rato de amena conversación en que Enrique supo ganarse la confianza, la simpatía de sus oyentes hermosas y de sus oyentes graves, a instancia de Clemencia fue a tocar.

Para él era indiferente cualquier música, la ejecutaba por difícil que fuese; pero él preguntó a sus amigas Clemencia e Isabel, y ambas le señalaron una magnífica pieza alemana sobre temas de *Sonámbula* .

Enrique alcanzó un triunfo completo. Era artista en toda la extensión de la palabra, y el piano obedecía a sus dedos como un ser inteligente.

Aquí, aun se recuerda a este hermoso joven, como a uno de los mejores ejecutantes mexicanos, y en París obtuvo no pocos triunfos en los salones. Pudo haber llegado a ser un gran artista; pero, demasiado rico para contentarse con estos laureles que sólo halagan la ambición del pobre, pronto abandonó el arte para dedicarse a los placeres del amor y a los trabajos de la política.

Todo el mundo convino, sin embargo, esa noche, en que era apenas superior a Isabel; y el mismo Flores volvió a confesarse inferior a la blonda hija de Guadalajara, quien, decía él, le aventajaba en expresión, en sentimiento y, sobre todo, en edad; pues era seguro que cuando llegara a la que él tenía, Isabel no tendría rival.

Fue ella, acompañada de Enrique, a mostrar los prodigios de su habilidad; después ocuparon aquel asiento otras señoritas; de nuevo Flores arrebató con su asombrosa ejecución; varias amigas de Clemencia cantaron en seguida, mientras que ésta, enseñando sus álbumes a Fernando para tener pretexto de hablar con él, procuraba en vano arrancarle los secretos de su vida. Valle se encerraba en una reserva que no era posible romper; pero desfallecía al sentir aquella mirada magnética que tanta influencia tenía en su ánimo, y sentía palpitar su corazón a cada palabra que le dirigía, con su acento de sirena, aquella mujer encantadora.

Clemencia empleaba todo género de seducciones para fascinar y vencer aquella naturaleza demasiado débil para luchar con ella. Fernando se sentía subyugado.

Clemencia conocía a fondo el arte de mirar y de sonreír, sus ojos sabían languidecer como fatigados por la pasión, y mirando así, trastornaban el alma del pobre joven; su boca, sobre todo, tenía ese no sé qué irresistible que sólo las coquetas de buen tono saben usar, la sonrisa de Eva, infantil y cariñosa, el temblor de labios, como si la emoción los agitara, y luego, aquellos labios rojos y sensuales, aquellos dientes de una blancura deslumbrante, aquellos suspiros que parecían arrancados a un pecho próximo a estallar, aquel acento turbado y a veces cortado y

brusco... Todo aquello era nuevo, era sorprendente para Fernando, que no conocía a la mujer sino de lejos, que no estaba en guardia contra las armas mortales de una sirena del gran mundo.

—Se conoce que usted ha sufrido mucho, Fernando —decía Clemencia al oficial, inclinándose para enseñarle los versos de un álbum junto a una mesa apartada del centro de la reunión— yo también he sufrido, y se lo digo a usted para darle una lección de franqueza.

—¿Usted, sufrir, señorita?... Usted tan bella, tan rica, tan joven...

—¡La belleza... el dinero... la juventud! ¿Cree usted que todo eso dé la felicidad? ¿Y el corazón?

—¿Ha tenido usted desengaños, han sido ingratos con usted?

—¡Ah no!... Yo no he amado nunca, me han cortejado mucho; pero han sido tan frívolos, tan necios todos mis adoradores... que viviendo en medio de ellos, he vivido en el desierto... Se me acusa de coqueta, aquí en Guadalajara, donde la maledicencia es el pan cotidiano; pero no encontrará usted a nadie que pueda asegurar que ha obtenido de mí ninguna prueba de afecto... mi corazón ha permanecido siendo de nieve.

—¡Qué feliz es usted, señorita!

—Fernando, no me diga usted *señorita*, dígame usted Clemencia. ¿Qué en México tardan tanto los amigos en llamar a una por su nombre? Esto de *señorita* me parece que está bueno para tratar a una compañera de viaje... ¿Me volverá usted a decir *señorita* ?

—¡Oh, no!... es demasiada dicha la de tener el permiso de dar a usted su hermoso nombre, para que yo no me apresure a disfrutarla.

—No; dicha no es precisamente; pero me será grato oírme llamar así por usted... Hay tantos estúpidos que me tratan con familiaridad, que me parece una compensación, que usted use de un privilegio que yo le otorgo con gusto; y es la primera vez que yo lo otorgo... sí señor, los demás se lo han tomado ellos mismos.

—¡Clemencia, me enloquece usted!

—¿Por qué? —dijo la joven, levantando dulcemente sus ojos negros y ardientes, hasta fijarlos en los de Fernando, que temblaba de emoción—. ¿Le hago a usted mal?

Fernando iba a responder tal vez una necedad, cuando el padre de Clemencia invitó a todos a tomar el té, que se hallaba servido en una pieza inmediata.

—Se sienta usted junto a mí, Fernando, si es usted tan amable.

—Tan feliz, puede usted decir, Clemencia.

Y Valle ofreció a la hermosa sultana su brazo, en que ella se apoyó con dejadez y confianza.

Frente a frente

Casual o intencionalmente, Clemencia tomó asiento frente a Isabel, que estaba acompañada de Enrique.

Isabel se hallaba en el colmo de la felicidad. Algo había pasado entre la bella rubia y el galante oficial, alguna palabra había acabado por fin de romper los diques de la reserva, pues los dos jóvenes parecían entenderse ya perfectamente, y reinaba entre ellos la más dulce confianza.

Para Clemencia esto era claro como la luz, y a la primera ojeada conoció que su amiga había ya obtenido el triunfo sobre ella. Para Fernando tampoco hubo duda; pero, preocupado como estaba con las palabras de Clemencia, y sintiendo en su corazón arder una nueva llama, más poderosa todavía que la que se había extinguido, apenas prestó atención a lo que pasaba a su frente.

—Enrique tenía razón —decía para sí— era fácil olvidar; heme aquí enamorado ya de Clemencia. Yo siento que el poder de esta nueva pasión es más fuerte, y que comienza subyugando todo mi ser: no es el amor dulce que me inspiraba mi prima, sino un amor irresistible, grande, que me anonada, que me encadena...

Y como Clemencia procuraba acabar de encender la hoguera con sus miradas, con sus sonrisas y con esas mil coqueterías que una mujer hermosa puede poner en juego en semejante ocasión, Fernando estaba perdido. Una vez que éste le sirvió vino, ella se apresuró a detenerle para que no llenase su copa, y puso su mano sobre la del oficial, apretándola ligeramente.

—No tanto, Valle, no tanto —le dijo— hoy perdería yo la cabeza fácilmente.

—¿Se siente usted mal?

—Al contrario... pero la dicha pone la cabeza débil.

—¿Y usted opina como Clemencia, Isabel? —preguntó Flores.

—¡Ah, sí! enteramente.

—¿Y siente usted también la cabeza débil?

—Muy débil.

Enrique pagó esta respuesta con la más ardiente de sus miradas; pero Fernando palideció de una manera espantosa. Acababa de observar que Clemencia había dirigido a su amiga una mirada de celos, rápida como el pensamiento y terrible como el rayo.

Pero apenas tuvo el tiempo de fijarse en esto porque Clemencia se volvió hacia él y le preguntó sonriendo cariñosamente:

—¿Ha visto usted al entrar mis flores, Fernando?

—Sí, Clemencia, de paso; y he notado que son exquisitas.

—Tengo muchas camelias admirables, mis violetas son preciosas; pero sobre todo, tengo algunas flores raras que quiero mucho. Frente a la puerta de una de mis piezas, hay una planta en un tabor del Japón, que yo cuido con esmero y que florece de tarde en tarde. Hoy en la mañana se ha abierto una flor hermosísima, roja y perfumada, que no tiene igual, y que deseo que usted vea.

—Con mucho gusto.

—Y que yo le ofreceré, para que la conserve en recuerdo mío... y para que no olvide usted la noche en que nos ha honrado visitándonos por primera vez.

—Señorita —respondió Fernando con cierta sequedad— es una prueba de distinción que no merezco y que me haría muy dichoso; pero flor tan querida de usted debe quedar en la planta, cuyo cultivo tantos afanes le cuesta, o debe ser ofrecida a la persona que usted ame, y que tal vez no la ha comprendido e ignora cuánta ternura, cuánta pasión abriga el corazón de usted. Yo me contentaré con algunas violetas, estas flores nacen y viven en un lugar que está en analogía con el que ocupo regularmente en el afecto de las personas que me conocen; y créame usted, ya será bastante dicha para mí.

—¿Pero qué es eso, Fernando? —replicó la hermosa joven con un acento de dulce reconvención—. ¿Qué quieren decir todas esas palabras que parecen dictadas por un sentimiento injusto? ¿Que debo ofrecer esa flor a la persona que no me ha comprendido y que ignora cuanto pasión abrigo por ella? ¿Quién es esa persona, dígame usted? Si hubiera alguien a quien yo amara, y se mostrara desdeñoso o no me comprendiera, y vea usted que yo olvido las preocupaciones vulgares y soy franca, por eso me acusan, si hubiera alguien así, repito, le aborrecería a los pocos instantes de haber pensado en él. ¿Que ocupa usted un lugar semejante al en que viven las violetas, es decir, un rincón humilde, en el afecto de los que le conocen? Esto le habrá pasado a usted en otra parte; pero en esta casa es preciso que sea usted ingrato para que lo crea así. Mire usted, Fernando, si no aceptase usted esa flor

que le he ofrecido, delante de usted arrancaré la planta, porque me sería inútil y me recordaría una amarga repulsa.

Clemencia dijo todo esto en voz baja, pero con tal vehemencia, con tal pasión, con voz tan turbada y tan dolorosamente tierna, que Fernando volvió a creer que era amado, y no se acordó ya de la mirada celosa que la joven había dirigido a Isabel. Ésta y Enrique, que se hallaban tan próximos escucharon todo.

Clemencia se hallaba agitada de una manera febril, y ponía un cuidado exquisito en no ver a los que estaban a su frente.

Trajeron el champaña; pero Clemencia, pretextando que no quería tomar ese vino y que prefería respirar aire fresco y enseñar a Fernando, que era muy instruido en botánica, sus flores, le suplicó que la acompañase.

Fernando lo hizo y se dejó conducir como un niño.

La flor

Salieron a uno de los corredores. Las lámparas de cristal apagado derramaban una luz suave sobre aquel encantado lugar. El perfume de las magnolias, de las violetas y del azahar del patio, y el de los heliotropos y de las madreselvas del corredor, embalsamaban la atmósfera completamente. Aquello era un jardín encantado, un paraíso.

Clemencia condujo a Fernando hasta donde estaba un soberbio tabor japonés, sobre un pedestal de mármol rojizo, frente a una puerta abierta y que dejaba ver al través de sus ricas cortinas una pieza elegantísima, e iluminada también suavemente por una lámpara azul.

—Aquí está mi planta querida, es una tuberosa de la más rara especie... Vea usted qué hermosa es y qué rico aroma tiene. Aunque el invierno aquí no es nada riguroso como usted lo conoce, cuesta siempre trabajo conservar esta planta, que vive mejor en la primavera: por eso la estimo más hoy. No encontraría usted en todo Guadalajara un ejemplar igual. Y vea usted, esta flor se abre en la mañana, pero todavía más en la noche, y está más perfumada.

—En efecto, es divina esta flor.

—Pues bien; va usted a guardarla.

—¿Qué va usted a hacer, Clemencia?

—A cortarla ¿no he dicho a usted que iba a ofrecérsela?

—Pero vea usted que es una lástima, niña.

—¿La rechaza usted de nuevo? ¡Arranco la planta!

—¡Oh, no!... Pero ¿cómo agradecer?...

—¿Cómo? Guardando esta flor junto a su corazón, como una reliquia y como un talismán; le da el cariño y la honrará el valor. Guárdela usted, Fernando...

Y Clemencia la ofreció con las mejillas llenas de rubor a Valle que la tomó temblando, la llevó a sus labios y la colocó en un ojal de su levita.

Clemencia se quitó un pequeño alfiler de oro y clavó con él la tuberosa, que no podía afirmarse en el ojal. Sus bellas manos temblaban también, y como la levita estaba naturalmente abrochada al estilo militar,

sintieron perfectamente los fuertes latidos del corazón de Fernando, que parecía próximo a estallar.

El joven perdía la cabeza. Sentía junto a su rostro los cabellos sedosos y perfumados de Clemencia: devoraba con sus ojos aquel cuello blanco y hermoso que no distaba de sus labios sino algunas pulgadas; oía también los latidos apresurados de aquel corazón virginal y ardiente, que se confundían con los del suyo. Las manos de aquella mujer encantadora oprimían su seno, su aliento le abrasaba...

Esto le parecía un sueño, y estaba próximo a desfallecer. Los labios se abrieron para pronunciar yo no sé qué palabras atrevidas y locas... pero apenas pudieron murmurar agitados y trémulos:

—¡Clemencia, piedad!

Clemencia fijó en él sus ojos negros y abrasadores, y ocultando en seguida el semblante volvió a tomar el brazo del joven y le obligó a dar algunos pasos.

—Tal vez sin pensar en ello —le dijo— he hecho romper a usted un voto o he profanado un recuerdo querido. Tal vez el pecho de usted es un altar sagrado en el que sólo alguna ausente tiene el derecho de poner flores... ¡soy una loca!

E inclinó la frente con tristeza.

—No; Clemencia, no... Yo juro...

—Pero he preguntado a usted en vano su secreto, usted no me ha creído quizá bastante digna de saberlo.

—Mi secreto es, Clemencia, que he sido siempre infeliz; que jamás un ser piadoso se ha dignado bajar hasta mí los ojos; que he cruzado la vida siempre triste, solitario y desdeñado; que sintiendo una alma fogosa y tierna, jamás he creído que nadie pudiese aceptar mi amor, y que usted es el primer ángel que aparece en mi camino tenebroso y maldito; que las palabras de usted han penetrado en mi corazón y han hecho nacer en él un sentimiento desconocido, dulce, poderoso, que ha crecido en minutos y que me abraza. Que, desconfiado como todo infeliz, he creído que me hacía usted el juguete de un extraño capricho; que al ver a Enrique frente a nosotros esta noche; a Enrique, con quien no puedo compararme, que es tan hermoso, tan seductor, tan espiritual, he sentido... celos ¿para qué lo he de ocultar? Y que he querido huir de esta casa donde sufría yo tanto. Ahora mismo esto me parece un sueño. He ahí mi secreto.

Clemencia se estremeció al oír nombrar a Enrique; pero disimulando su emoción, replicó:

—¡Qué niño es usted, Fernando! ¿Y pudo usted creer que yo fuese una coqueta sin corazón que quisiera hacer del alma noble, desgraciada y generosa de usted el juguete de un capricho indigno? ¿Qué me importan la hermosura, la gallardía y la seducción del amigo de usted? ¿Cree usted que yo soy de las que prefieren eso a las dotes del alma? Desde la primera vez que le vi en casa de Isabel, establecí perfectamente la diferencia que hay entre usted, hombre de corazón y de talento, y Flores, que me parece un galán de oficio, sin alma, y cuyo espíritu, ligero y alegre, va revelando una vida gastada en los galanteos y los placeres. No me juzgue usted mal, Fernando, ni crea usted que soy la coqueta casquivana a quien calumnian en Guadalajara. Soy franca, desdeño las reservas de mi sexo, tengo una educación especial, una independencia de carácter que me permite reírme del *qué dirán* y hacer siempre lo que me inspira el corazón. Hace tres días que le conozco a usted, y esto me basta... Pero ahí viene Flores, Fernando, mañana estará marchita esta flor, pero yo la haré revivir con la savia de mi cariño...

Enrique se acercó entre envidioso y alegre.

—Clemencia ¿nos quiere usted privar de su presencia en el salón? Se va a bailar ¿podré contar con alguna pieza?

Clemencia afectó mirar a Fernando, como interrogándole.

—Comprendo —dijo Enrique— quería usted preferir a mi pobre Fernando; pero debo anticipar que éste no baila nunca.

—¿Es posible, Valle? ¿Usted no baila?

—En efecto, Clemencia, no sé bailar... y anuncio a usted que Enrique es un valsador terrible.

—¿Pero Isabel?

—Me ha dado ya la primera contradanza, después se tocará un valse... Ella misma le tocará, me lo ha prometido, es un valse de Strauss ¡un delicioso valse de Strauss!

—Bien, cuente usted con él.

—Gracias, hermosa niña. Pero, chico —dijo volviéndose a Fernando— ¿qué flor es esa tan linda que tienes en el ojal?

—Es la que le ofrecí... la más querida de mis flores, la que yo cuido como a una favorita...

—¡Dichoso Fernando! ¿Y para mí, Clemencia; no ha quedado otra por ahí?

—Era la única, Flores, la única que se había entreabierto esta mañana y que acabó de abrirse esta noche.

—¡Qué desgraciado soy siempre!... Yo no sé cómo Fernando me echa en cara mi felicidad.

—Pero esa no es la felicidad —dijo Clemencia— la felicidad consiste para usted en otra cosa...

—Es verdad, la felicidad consiste en verla a usted. ¿Qué flor es más roja, ni más perfumada que esos labios que envidiaría una virgen del Ticiano?

...

Y Enrique hablando así se fue llevando a la joven y a Valle al salón, donde ya resonaban las armonías poderosas del piano y se empezaba el baile.

Clemencia

Se bailó un poco.

A las doce de la noche la reunión se disolvió. Los oficiales se fueron también; como siempre, Enrique alegre, Fernando taciturno. El coche de Clemencia condujo a su casa a Mariana y a Isabel.

Aquella dijo a la rubia al darle el beso y el abrazo de despedida:

—¿Eres muy feliz, Isabel?

—Creo que sí, Clemencia; estoy desvanecida de felicidad.

—Pues bien, linda mía, que el ángel del amor te cubra con sus alas, que sueñes hoy con el cielo.

Y luego, entrándose a sus piezas, después de besar a sus padres, que la habían creído muy contenta esa noche, dijo cayendo en un sillón, con un despecho mal comprimido:

—¡Isabel vencerme! ¡Haber preferido a Isabel! ¿Es pues, más bella que yo?

Y luego, quedándose pensativa, añadió con remordimiento:

—¡Pobre Fernando! ¡He hecho mal en jugar así con su Corazón! Si hubiera visto en el fondo del mío ¿qué hubiera dicho?... No había necesidad de este engaño... mañana yo le diré que no tome a lo serio... ¡Y la flor! ¡Y tantas palabras! ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho?...

Y luego comenzó a desnudarse y a despeinarse con ayuda de una joven camarista; envolvióse después en un rico peinador blanco, que dejaba adivinar toda la riqueza y perfección de sus formas, dignas de una estatua griega. Descalzaronle sus pequeños y elegantes botines de raso blanco, metió sus lindos pies en unas pantuflas de seda roja, despidió a su criada, cubrió con una veladora más oscura su lámpara azul y, arrodillándose en el mullido tapete que había a los pies de su lecho aristocrático, y dejando caer su joyante cabellera negra sobre sus espaldas y cuello, se reclinó con dolor, apoyando la frente en sus dos manos, vertiendo lágrimas y diciendo en voz baja y entrecortada por los sollozos:

—Enrique, Enrique ¡yo te amo!

Después de un momento se levantó erguida, sonrió con orgullo y...

—El me amará también. ¡Oh! me amará mucho, lo prometo —dijo, y se metió en la cama.

Aun estuvo agitada por algunos minutos; pero el amor a esa edad no causa largos insomnios: la hermosa joven murmuró algunas palabras incoherentes y se durmió suspirando.

El porvenir

Por su parte, Fernando, se pasó gran parte de la noche pensando en los incidentes que acababan de ocurrirle y que parecían influir definitivamente en su destino.

El nuevo amor ocupaba de una manera absoluta su corazón, y había sucedido al joven lo que siempre sucede a los que no han amado, ni han sido correspondidos nunca: que aquella mujer que se había mostrado más cariñosa con él y que casi le había confesado su predilección, era la que él prefería ahora, la que él adoraba, la que encerraba para él su esperanza y toda su felicidad. No hacía sino pocas horas que le había revelado el estado de su alma, y ya le parecía que habían transcurrido años de pasión y de ternura. Los amantes no miden la vida del alma por el tiempo. El amor a Clemencia había llegado a su plenitud en el corazón de Fernando.

Ahora, apenas acabado de salir del aturdimiento que le habían producido las emociones que había experimentado esa noche, se puso a pensar en el porvenir de ese amor tan repentino como poderoso. El amaba a Clemencia, y era correspondido, según lo daban a entender las ardientes palabras de la joven. Pero él era soldado en el ejército de la República, los franceses se dirigían a Guadalajara, y era más que probable que nuestras tropas iban a dejar esta ciudad para ocupar posiciones ventajosas del otro lado de las Barrancas. Así, pues, él tendría que salir de Guadalajara dentro de algunos días, y entonces ¿qué iba a ser de Clemencia? ¿Se quedaría en la ciudad y entre los franceses? Este pensamiento desesperaba a Fernando que, conociendo ya perfectamente el carácter de la joven, y sabiendo que era reputada como una de las mujeres más hermosas y distinguidas de Guadalajara, temía, y con razón, que a los pocos días de ocupar el ejército invasor aquella ciudad, ya Clemencia tuviese un nuevo capricho y olvidara completamente al oscuro oficial mexicano.

Y eso era tanto más seguro cuanto que él, Valle, no contaba para hacerse amar de *la Sultana*, como la llamaba Enrique, con ninguna ventaja, ni con las físicas de que tan pródigamente estaba adornado su amigo, ni con las que dan una intimidad de mucho tiempo, el atractivo de la fortuna o el prestigio de la victoria.

Todo lo tenía en contra. Si se sentía con alguna superioridad moral; si poseía las grandes dotes del corazón, estas dotes no se habían manifestado todavía, y permanecían desconocidas a los ojos de la mujer amada, que bien podía dudar de ellas. La situación de los oficiales de la República no era tal que pudiesen envanecerse de ella. Desde el heroico

sitio de Puebla, en el que como hemos dicho había tomado parte Fernando haciendo prodigios de valor, nuestras tropas no hacían más que retroceder, y los enemigos avanzaban por dondequiera. Verdad es que la adversidad es un atractivo para las almas generosas; pero ni ella era tan grande todavía para que un soldado republicano pudiese aspirar al título de mártir, que tanto interés da al partidario desgraciado, ni era de suponerse que, puesta frente a frente la situación de Fernando con la victoriosa de cualquier oficial francés, aquélla pareciera más fascinadora para el alma de una mujer que parecía idólatra de la gloria, como la de Clemencia.

Así, pues, los pensamientos que se levantaban en tumulto en el espíritu del joven oficial; le aterraban, y un sentimiento de desesperación se apoderaba luego de él.

Ni se atrevía a suponer siquiera por un momento que Clemencia saldría de Guadalajara a la llegada de los franceses. Era demasiado rico su padre y tenía bastantes intereses en aquella ciudad para que pudiera razonablemente esperarse que los abandonara a merced de los invasores, y aunque se hallaba reputado como patriota, esa reputación no era tal que le obligase a aceptar los peligros de la campaña y las consecuencias inevitables de los reveses.

Era necesario ser muy patriota, excesivamente patriota para abandonar las comodidades de una vida opulenta y lanzarse en unión de la familia a esa vida azarosa y llena de privaciones, que era la única que se presentaba en perspectiva a los ojos de los buenos mexicanos.

Decididamente el padre de Clemencia no saldría de Guadalajara, y había que resignarse a la idea de dejarla en esta ciudad; y como en tal caso había que renunciar a la esperanza de ser amado, Fernando, aunque con una amargura indecible, se resignó a perder todo aquel mundo de felicidad que no había hecho más que entrever esa misma noche en un momento de embriaguez y de esperanza.

Y Fernando, a cada uno de estos pensamientos mortales, sentía desfallecer su corazón porque comprendía también que su amor crecía por instantes, y que lo que antes no había sido más que una ilusión pasajera, se había convertido ya en una pasión ardiente e inmensa.

No había remedio para él. Se hallaba colocado entre sus deberes de patriota y de soldado y entre sus esperanzas de amante. ¡Primeras esperanzas que habían iluminado el oscuro cielo de su vida y que era necesario sacrificar! Porque el austero joven no vacilaba un momento en preferir la patria a su amor y en consagrarse todo entero a la defensa de su país.

Si había algo que le consolara en medio de este caos de desesperación en que sus pensamientos le arrojaban, era la remota posibilidad de que Clemencia, por un rasgo de su carácter romanesco, permaneciese fiel a su amor durante la guerra que iba a seguirse. ¡Qué encantos tendría

entonces para él la terrible lucha que iba a emprenderse! Además de su gloria de soldado, la gloria del amante; la idea de que hubiese una alma que pensase en él, que sufriese en sus adversidades, que se regocijase en sus triunfos, que suspirase por su vuelta, que odiase a sus enemigos, que conservara escondido, pero ardiente, el culto de la libertad, por el que él iba a combatir.

Esto era la dicha, esto era la reproducción de aquellos amores de los tiempos caballerescos en que, mientras el guerrero luchaba por su patria y por su fe, su amada le animaba a lo lejos con sus palabras de amor, y le guardaba una fidelidad que era el premio de sus penas y de su valor. La bandera de la patria tendría entonces para él un símbolo más que idolatrar: el de su amor.

Fernando no quiso renunciar a este último y dulce pensamiento. Ya muy avanzada la noche se recostó en su cama de campaña, no sin besar primero y repetidas veces la hermosa flor que Clemencia le había dado, y que iba a ser de allí en adelante un talismán sagrado que no se apartaría jamás de su corazón.

¡Si el pobre oficial hubiera podido escuchar las últimas palabras de Clemencia esa noche, cuánto no habría sufrido, y cuán espantosa no le habría parecido la vida, y cuán aborrecible ese mundo en que suele matarse a un hombre con una sonrisa pérfida!

Confidencias

Tres días después Isabel vino a casa de Clemencia y se precipitó sonriendo en los brazos de su amiga, a quien halló pensativa y triste:

—¡Qué feliz soy, hermana mía, que feliz soy! —le dijo.

—Lo veo en tu semblante, Isabel, lo creo... ¡Conque te aman!...

—Y amo como una loca, como nunca he amado, como nunca pensé que podría amarse.

—Vamos, di ¿qué ha pasado? Enrique te ha dicho...

—Que me adora, que no ama a nadie más que a mí; que no ha dejado a nadie en México, y que la guerra no será un obstáculo para que yo sea su esposa.

—¿Tan pronto así va?...

—Y ¿qué menos pronto podría ir? ¿Pues acaso no se ama uno para eso, para no separarse jamás?

—Pero, niña ¿es que se conoce uno hoy, para casarse pasado mañana? ¿Ese caballero cree que se da una palabra de matrimonio como se dice una galantería?

—Pero, Clemencia, tú me entristeces; si me ha declarado su amor antes de ayer ¿te parece monstruoso que me hable de unión eterna cuando se ha convencido de que le amo también? ¿Qué tiene eso de particular? Más bien dicho ¿por qué no había de ser así?

—No digo yo que sea monstruoso, pero me parece el caballero Flores demasiado calavera, para aventurar una promesa tan pronto, con intención de cumplirla. Eso, si no una suma vulgaridad, sería una cosa muy rara. Hay hombres como él, que emplean esa palabra en todos sus galanteos, y esos decididamente son libertinos vulgares, muy vulgares. Si Enrique la usa por costumbre, es preciso convenir en que no es tan superior como yo le había creído. Si no es así, es preciso que esté muy enamorado, y entonces hay que creerle; pero te lo repito, es extraordinario, es prodigioso.

—Clemencia, me haces mal con tus palabras ¿por qué estás tan cruel hoy?

—No, niña, no quiero hacerte mal, quiero precaverte: estás enamorada, tienes una confianza ciega, y yo te digo: Isabel, no creas tan fácilmente... nada engaña más que el corazón enamorado... por eso es preciso dejar que hable un poquito la cabeza. Tú eres una niña inocente y buena, nunca has amado, no conoces a los hombres, y menos a los hombres como Enrique. Si tú das entero crédito a sus promesas, corres el peligro de comprometer demasiado el corazón en un juego terrible: después te morirías al primer desengaño, y esa alma tan feliz hoy, tan tranquila, se convertiría en un instante en un infierno de tormentos... Ama, hija mía, porque esa es la dicha, y sobre todo, porque no amar no depende de ti; pero piensa un poco y no concedas tu amor sino con muchas reservas; más tarde irán desapareciendo, pero será después de que te hayas convencido de la sinceridad con que te aman. ¿Conoces acaso a Flores? ¿Sabes tú si no es lo que te figuras, un hombre caballeroso y leal, sino un seductor afortunado que sabe hacer la comedia del amor perfectamente? Si fuese Valle, te diría yo: Querida mía, no tengas miedo; he ahí la sinceridad, se le conoce en su mirada y su modo de hablar. Los hombres encogidos como él, cuando se deciden a declararse, tiemblan, sus ojos se llenan de lágrimas, tartamudean algunas palabras torpes... pero puede creérseles... toda esa timidez revela la pureza de un sentimiento que no saben fingir... Pero los hombres como Enrique, son abismos en los que es difícil adivinar lo que hay.

Isabel palidecía y lloraba.

—¡Calla, Clemencia! ¿No ves que me estás matando? ¡Y yo que creía encontrar en tus palabras animación y esperanza; yo que creía que ibas a gozarte en mi dicha, que tu corazón iba a responder con sus palpitations cariñosas, al mío que se siente enfermo de amor... te encuentro así, cruel, amarga y llena de sospechas! ¿Es que me aborreces ya? ¿Es que no quieres que yo le ame?

—¿Querer yo eso, Isabel mía? Y ¿por qué lo habría yo de querer? Mi amistad no merece tales reproches; eres más que mi amiga de la infancia, mi hermana. Perdona si con decirte eso te he hecho sufrir; pero, mira, yo conozco más el mundo, siquiera porque, menos enclaustrada que tú, he tratado con más frecuencia a los hombres. Bien sabes que he adquirido fama de coqueta, y bien sabes también que con injusticia; es que he juzgado prudente no confiarme; el corazón no debe darse sino como precio de un amor probado mil veces. El que resiste a estas pruebas y sale airoso de ellas, ese es el merecedor de nuestro cariño. Pero amar en tan breves instantes, es jugarse la vida. Yo no he derramado todavía una lágrima arrancada por el desengaño. Pero tengo miedo de derramarla; me parece que con ella perdería la mitad de la fuerza con que hoy me siento: me parece que con la primera lágrima de dolor se derrama la savia de diez años de existencia. Por lo demás, ama a Enrique; pero ni le creas todo lo que te dice, ni le digas todo lo que sientes. Serás su esposa; pero siquiera aguarda a saber quién es, de dónde viene y qué ha hecho. Los mexicanos nos juzgan a las provincianas más candorosas de lo que somos, y educados en una

sociedad menos franca que la nuestra, abusan de su destreza para engañar, seguros de sus triunfos fáciles. Te repito que si se tratara de Valle no sería ni tan severa para juzgarle ni tan suspicaz para creerle.

—Y a propósito de mi primo, él está enamorado de ti locamente ¿no es esto?

—Así parece. Ayer ha venido, hoy también; me devora con sus miradas: hay algo de delirio en esa pobre alma, y te aseguro que no ha amado jamás como hoy.

—¿Y tú le quieres?

—Te parecerá raro; pero creo que sí. Sin las ventajas de Enrique, tiene en cambio un noble corazón que se revela en todas sus acciones, una inteligencia admirable y una inocencia de niño. Le di una flor antes de anoche, ya lo sabes. Pues bien; la guarda junto al corazón, la adora, y la besa con locura. Hoy le di mi retrato y le puse una dedicatoria que le ha trastornado. ¿Lo crees? Se ha atrevido a besarme una mano; no pude incomodarme por esa libertad: ¡me ama tanto!... Y yo le voy queriendo también... ¿Y por qué no había de hacerme feliz el amor de una alma tan generosa y tan elevada?

—¡Clemencia, estás enamorada!

—No sería difícil, ya me conoces, soy original en mis ideas. No he amado nunca, porque no he encontrado jamás el alma a la altura de las cualidades físicas, y sería triste para mí amar una bella estatua. ¿Pues no hay bastante belleza con la de la mujer? Yo busco en el escogido de mi corazón, la fuerza, la energía, la inteligencia y la elevación de sentimientos: todo eso he creído entrever en Fernando. Hasta hoy, no sé enteramente si es mi ideal, porque menos confiada que tú, no acepto tan fácilmente a un desconocido. Creo en su talento, porque eso se revela desde el primer instante; pero aún no conozco ni su valor personal ni la generosidad de sus acciones. Así es que me reservo. Mira: no le amo aún; pero si cualquier suceso me hiciese conocer de una manera indudable las grandes dotes que le supongo, le amaría con toda mi alma, le adoraría y procuraría hacerle dichoso con toda la pasión de que una mujer es capaz. Nada habría en el mundo que me detuviera para ser suya; ni la fortuna ni la gloria tendrían para él más tesoros que los que podrían ofrecerle mi amor ardiente y mi ternura inmensa. ¡Feliz el hombre a quien yo ame, Isabel, porque le amaré como no se acostumbra amar hoy, como es difícil que se ame en el mundo! ¿Y ya me ves tan altiva, tan desdeñosa, tan exigente? Pues te aseguro que sería yo una mujer humilde, una pobre esclava que estaría pendiente de sus ojos para complacerle, y una leona para disputar su amor... la muerte misma me parecería dulce recibirla de su mano.

—¡Clemencia!... Nunca te he oído hablar así... ¡Me encantas y me causas terror!

—¡Oh! te causo terror porque tú eres dulce y tímida, porque tu amor es una lágrima de ángel... mi amor sería una llama devoradora, un volcán. Pero tranquilízate... no amo todavía así a tu primo. Más tarde le amaré quizás... Pero falta mucho para eso. Sería preciso que un grande rasgo de corazón, una cosa extraordinaria me hiciese admirarle, y entonces no habría necesidad de más, le amaría. Yo soy de esas mujeres en quienes el amor entra por las puertas de la admiración. Me parece difícil que llegase a apasionarme de un hombre sin admirarle primero; desdeño lo vulgar, y me siento capaz de amar toda mi vida a un mártir que hubiera perecido en un cadalso, y de convertir su memoria en un culto perpetuo; así como me parece imposible querer a algún pequeño hombre a quien la fortuna elevase sin merecerlo a la cumbre del poder, o a otro a quien la suerte caprichosa hubiese dotado de riquezas, o al triste mortal que no contara más que con el atractivo vulgar de una hermosura de Adonis, sólo buena para decorar mi jardín o para ocupar un lugar en mi aparador de juguetes.

—Pues bien, Clemencia, justamente se acerca la ocasión en que podrás experimentar el alma de Fernando... la guerra que va a seguirse tal vez le dará oportunidades de darte a conocer su valor y su temple.

—Bien pensado: no es el valor vulgar el que me fascinaría... Valientes hay muchos, en nuestro país sobran, y desde el soldado raso hasta el general hay para admirar a todos... Si Fernando no fuera más que un oficial atrevido, poco habría adelantado en mi corazón. Pero tú sabes que hay acciones que sobrepasan la esfera de lo común; yo no sé precisamente lo que quiero, no acierto a expresarte mi pensamiento... Se me figura que un proscrito, perseguido por todo el mundo, un mártir, un hombre que subiera al cadalso por su fe y por su causa, abandonado de todos, hasta del cielo... ese sería el hombre a quien yo amase... Y me hago la ilusión de arrebatarme de las gradas del cadalso, de ser yo su libertadora y de llevármelo conmigo para hacerle sentir el cielo, después de haber pisado los umbrales del infierno. ¡Qué quieres!... soy así... hay mucho de singular en mis deseos y en mis ideas.

—Sí, verdaderamente me espantas... ¡Un condenado a muerte!... A nadie le ocurriría, te lo juro... Apuesto a que te has enamorado de algún héroe de novela.

—Leo pocas, ya lo sabes, y las que he leído no tienen condenados a muerte. Es una idea mía nada más.

—De suerte que mi pobre primo tendría que hacerse coger prisionero por los franceses y conducir a Guadalajara y fusilar en la plaza para que tú le amases después.

—Puede ser que no lo lograra simplemente con eso, Isabel. Yo te digo que no sé lo que quiero precisamente; pero quiero la desgracia, y la desgracia ganada de un grande rasgo del corazón.

—Amor imposible entonces.

—Muy difícil de todos modos, querida niña —dijo Clemencia suspirando y quedándose un momento pensativa.

El amor de Enrique

Quince días después de la conversación que acabo de referir, Clemencia recibió un billete en que Isabel le suplicaba que pasase a verla inmediatamente, pues estaba enferma.

Clemencia se dirigió presurosa a la casa de su amiga, a quien encontró en un estado lamentable. La hermosa rubia tenía impresas en el semblante las huellas del más terrible sufrimiento. Los bellos colores habían desaparecido de sus mejillas, su rostro estaba enflaquecido y sus ojos azules parecían apagados por las lágrimas.

Luego que Isabel vio a Clemencia se levantó y se arrojó en sus brazos sollozando con amargura.

—¿Pero qué es esto, Isabel? —preguntó Clemencia besando a su amiga—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te veo así? ¿Estás enferma?

—¡Sí, del alma, Clemencia, me estoy muriendo, y te llamo porque en mi desesperación necesito confiarte mis pesares, necesito que los alivies!...

—Y bien, hija mía, dime ¿qué ha sucedido? Hace una semana que no te veo, te creía feliz, muy feliz, puesto que me olvidabas... y encontrarte así me sorprende. Siéntate y habla...

—Me alegro de que hayas venido ahora; mi madre está ausente y podré decirte todo. Enrique...

—Ah, ya me lo esperaba yo. Enrique...

—Enrique no me ama ni me ha amado nunca; ese hombre no tiene corazón, y tenías razón sobrada para aconsejarme que no confiara en sus palabras. ¿Sabes lo que ese libertino quería? Quería mi deshonor, quería mi vergüenza.

—¡Cómo! ¿Es posible? ¿Se ha atrevido a insultarte el infame?

—Comenzó, como te dije, por hablarme de amor con el lenguaje de la sinceridad: dos semanas ¿comprendes? dos semanas de un trato constante habían acabado por hacerme perder la poca reserva que había tenido para él. Verle era una necesidad para mí, necesidad tanto más irresistible cuanto que mi pasión ha llegado al extremo. Estoy loca, no pienso sino en él, no hablo sino de él, no quería vivir sino para él; pero antes que mi felicidad estaba mi honra, que Dios me da bastantes fuerzas para conservar intacta y para defender aun a costa de la paz del

alma, porque yo no te ocultaré, he jurado no volver a hablarle; pero le amaré toda mi vida: es un libertino, es un malvado, pero me es imposible borrar su imagen de mi corazón, me es imposible aborrecerle y despreciarlo como merece.

—Pues bien —interrumpió Clemencia cada vez más asombrada de lo que oía— ¿qué te ha dicho, qué te ha hecho?

—Ya desde hace seis u ocho días sus palabras eran para mí sospechosas; había perdido su voz ese acento de respetuoso cariño que había hecho tanta impresión en mi alma, sin por eso alarmar mi delicadeza. Sus miradas no eran las del esposo, sino las del seductor mundano y atrevido que se detiene en examinar a su víctima antes de sacrificarla. Sus ojos me hacían mal y me obligaban a apartar de ellos los míos, llena de turbación. Tenía miedo de hallarme a solas con él. Mi madre, confiada como yo en el carácter caballeroso de este hombre, no recelaba de su parte ninguna intención depravada, ni la recela aún, porque nada he querido confiarle; me moriría de vergüenza si tuviera que decírselo. Me hablaba de pruebas de amor, de preocupaciones sociales, de que la pasión no conocía límites ni reservas, de que él amaría toda su vida a la mujer que se sacrificase por él, tanto más, cuanto mayor fuera su sacrificio. Ya tú veras por todas estas frases que iba encaminándose a su objeto. Nada le respondía yo a esto, y escuchaba temblando semejantes expresiones sin parecer hacerles caso; o bien le hablaba de nuestro matrimonio y de nuestro porvenir. Pero ayer vino y me halló sola, como otras veces, le vi desde luego pensativo y triste, preguntéle qué tenía y me respondió que Uraga con los restos de su ejército derrotado en Morelia había llegado ya a Jalisco, que el ejército francés se había puesto en marcha para Guadalajara y que sus avanzadas llegaban ya a León; que el general Arteaga iba a salir de aquí dentro de dos o tres días, y que naturalmente tendría que irse con él. Que nuestro matrimonio, por todas esas razones no podría realizarse tal vez nunca, y que estaba resuelto a morir antes que perderme; que me suplicaba, que me pedía de rodillas, que huyese con él, o si no me resolvía a abandonar a mi madre, que quería llevar la última, la más grande prueba de mi amor para marchar tranquilo y no desesperarse pensando en que yo pudiera olvidarle por otro; que de esa manera sería yo su esposa ante Dios, aunque las necias fórmulas del mundo faltasen a nuestra unión. ¡Ay, Clemencia! tú comprenderás mi sorpresa y mi dolor. Quedé muda y temí morir. Él, Enrique, el hombre a quien en tan pocos días he podido amar con frenesí porque creía que me amaba con tanta ternura como pureza, porque juzgué que en él se reunían todas las cualidades del amante, del esposo y del caballero, ¡él, hacerme semejante proposición! ¡El creerme una de esas muchachas sin pudor que se entregan al primer oficial que las seduce; él confundirme con esas desdichadas criaturas que abandonan la casa paterna y con ella la honra, y siguen a sus amantes en el ejército, siendo el ludibrio de todo el mundo! ¡Dios mío!

La pobre joven escondía el semblante entre sus manos enflaquecidas, y gemía con desesperación.

—¿Y luego? —preguntó con ansiedad Clemencia, a quien aquel relato había puesto en la mayor agitación.

—Y luego ese hombre esperó sonriendo mi respuesta; creía haberme convencido; pensaba que mi silencio, que mi rubor primero, que mi palidez en seguida, que el temblor de mis labios, que la palpitación de mi pecho eran señales de que el amor me vencía... me enlazó con sus brazos y me miró de una manera singular.

—¿Y bien, Isabel? —me preguntó.

—Y bien, caballero —le respondí levantándome violentamente y desasiéndome de aquellos brazos atrevidos— a esa ofensa que usted acaba de inferirme, a mí que le amaba porque no le conocía... no puedo dar a usted más contestación que señalarle la puerta de esta casa para que salga inmediatamente.

—Pero Isabel —dijo él, asombrado.

—¡Caballero, salga usted por piedad, salga usted!

—Isabel, va usted a desmayarse, le ruego que escuche, que me perdone...

—Déjeme usted morirme... Usted salga, Flores; cada instante que usted permanece aquí, me ultraja... Yo estaba próxima a desfallecer, aquello era superior a mis pobres fuerzas. Por fin Enrique salió con la cólera retratada en el semblante. Era un libertino humillado, y no un amante que ha cometido un error. Ésta es la historia. Yo me adelanté, vacilante de pesar y de vergüenza, hasta un sillón, y allí permanecí sin saber qué era de mí, ahogada por los sollozos, trastornada, muda, sintiendo que dos lágrimas, como dos gotas de fuego, calcinaban mis ojos. ¡Clemencia, Clemencia, esto es horrible, no ames nunca, si has de sufrir así! Pasaron algunas horas; mi madre me encontró abatida, llorosa y pálida, y me preguntó que tenía. No sé qué le respondí; pero calenturienta, delirante, me arrojé en mi lecho, y allí di rienda suelta al llanto que estaba rompiendo mi corazón. No dormí anoche, esto lo debes suponer; no salgo aún de mi aturdimiento, me pesa la vida, no puedo arrancarme del alma este amor, y sin embargo es preciso sofocarlo; el objeto que lo inspira es indigno de él... ¡Mi honra antes que mi dicha, antes que mi vida! Ése es hoy el grito de mi conciencia. ¡Hermana mía! ¡Hermana mía, dame valor!

Clemencia lloraba también, acariciando en su seno el semblante de su infeliz amiga. Después de algunos momentos, repuso:

—Has hecho bien, Isabel mía, has sido digna de ti. Una joven como tú, virtuosa y altiva, debe sacrificar primero su vida que consentir en recibir tamaña ofensa. Ese hombre no es un caballero, y, como te lo decía, es un libertino gastado en los galanteos y en los placeres. No depende de ti dejar de amarle, eso no depende nunca de nuestro

corazón. La fatalidad se mezcla en todo esto; pero ya que has resistido tan noblemente a esa prueba penosa, ten valor y no temas; esas tempestades pasan. Es tu primer amor, y por eso, pobre niña, sufres violentamente; pero la lucha no será mortal, tú olvidarás...

—Temo mucho que no sea así, Clemencia; amo a Enrique cada momento más; y despreciando su conducta no me es posible despreciarle a él... esto es lo que me pasa... ignoro si es una locura, pero lo que siento es extraordinario. ¡Y se irá de Guadalajara, y me parece que voy a morir!

Isabel apenas tuvo tiempo de sofocar sus sollozos, porque Mariana entró en ese momento.

—Clemencia —dijo al ver a la amiga de su hija— el amor de ese hombre funesto esta matando a Isabel... Se marcha, y mi hija no puede resistir su ausencia...

—¡Oh! veremos, Mariana —replicó Clemencia— el amor de usted y el mío la consolarán.

Y sentándose las dos junto a la bella rubia, que desfallecía, se pusieron a acariciarla, llorando también amargamente.

Otro poco de Historia

En efecto, como Enrique había dicho a Isabel, los sucesos militares tomaban un giro desgraciado. El general Uraga, con el ejército del Centro, había atacado valientemente la plaza de Morelia, ocupada ya por tropas mexicanas al mando del tristemente célebre don Leonardo Márquez. Y a pesar de la bravura de las tropas republicanas, el enemigo triunfó y rechazó a los asaltantes. La estrella de la patria se eclipsaba por entonces, y habían llegado los tiempos de la adversidad.

Este ataque a Morelia ocurrió a fines de noviembre de 1863. Uraga, dejando una división de tropas en el Estado de Michoacán, se dirigió con el resto del ejército al sur de Jalisco y llegó a Zapotlán, donde estableció su cuartel general a fines de diciembre.

Una vez desembarazado el enemigo de estas tropas que habían estado ocupando los Estados centrales, alejado también el general Doblado que había marchado con su división a Zacatecas dejando solo en el famoso cerro de San Gregorio, del Estado de Guanajuato, al valiente joven coronel José Rincón Gallardo, patriota que pertenece a una familia aristocrática (del antiguo marqués de Guadalupe) y que, sin embargo, enarbolaba con entusiasmo el pabellón de la República; una vez libre, repito, de estas gruesas masas de tropas nuestras, el enemigo pensó en hacer avanzar sus legiones a los Estados lejanos, y una división al mando del general Bazaine, compuesta de tropas francesas y mexicanas que habían abrazado su causa, se dirigió a Guadalajara, a donde se propuso llegar a principios de enero de 1864.

El general Uraga juzgó inútil resistir en la capital del Occidente, y meditó un plan de defensa que consistía en fortificar las Barrancas, es decir, en establecer una línea en el sur de Jalisco apoyándose en las poblaciones importantes de los distritos que lindan con la costa, y en el pequeño Estado de Colima, importante por sus recursos y por su puerto de Manzanillo.

A este fin ordenó el general Arteaga (el mártir de Uruapan), gobernador entonces y comandante de Jalisco, que evacuara a Guadalajara en los últimos días de diciembre, y que se retirara, con el objeto de incorporarse al ejército del centro que ya tomaba posiciones en la línea referida.

Arteaga así lo hizo, sacando sus pertrechos de Guadalajara en los últimos días de diciembre, y saliendo él mismo con sus tropas en los primeros días de enero de 1864, después de haberse dirigido el infortunado general Ghilardi con un pequeño grupo de patriotas, a

Aguascalientes, en donde encontró a pocos días una muerte tan desgraciada como heroica en unión del patriota Chávez.

El gobernador de Jalisco se estableció primero en Sayula, dejando todavía algunas fuerzas de observación tendidas hasta Zacoalco y aun hasta Santa Ana, a pocas leguas de Guadalajara.

Bazaine, con su ejército de franceses y afrancesados ocupó sin combatir esta última ciudad el día 5 de enero de 1864.

La última Navidad

Conocidos estos sucesos, vuelvo a tomar el hilo de mi narración, por lo cual retrocederé hasta los últimos de diciembre de 1863, época en que todo el mundo en Guadalajara hacía ya sus aprestos, ora para salir también de la ciudad con el gobernador republicano, ora para recibir a los invasores.

Muy pocas familias se anticiparon a las tropas republicanas en la salida de Guadalajara para el sur de Jalisco. Las más lo hicieron después, por una especie de pánico que se apoderó de ellas al sentir la aproximación de los franceses; aunque justo es decir que la mayor parte de las referidas familias era compuesta de liberales y buenos patriotas que preferían las vicisitudes de la peregrinación, y aun el destierro, a vivir entre los enemigos de México. Muchas de estas familias partieron para California; y para las más acomodadas, efectivamente era San Francisco el mejor punto que podían elegir en aquel tiempo de borrasca y de adversidad.

Las tropas de Arteaga tenían ya sus disposiciones tomadas en virtud de las órdenes superiores; pero permanecieron en la plaza hasta los primeros días de enero, como he dicho.

Enrique Flores y todos los jefes y oficiales del cuerpo a que pertenecía, incluso el coronel e incluso también Fernando Valle, cuya tristeza aumentaba cada día, así como su amor a Clemencia, decidieron pasar lo más ruidosamente posible aquellos últimos días de su permanencia en Guadalajara.

La Navidad estaba próxima, mejor dicho, era al día siguiente. ¿Cómo no pasar con alegría esa fiesta de la intimidad, esa fiesta del corazón, en unión de las personas queridas que iban a quedarse bien pronto abandonadas tal vez para no volverse a ver nunca?

Después de la Navidad estaban la guerra, las montañas, las privaciones, la derrota, tal vez la muerte. Era, pues, necesario libar el último cáliz de placer hasta la postrera gota; era preciso celebrar el último banquete de la familia con entusiasmo, con delirio.

Clemencia dijo a Flores, a Valle y a sus compañeros:

—La Navidad se celebrará aquí en casa, haremos un gran baile, tendremos una agradable cena, nos alegraremos por última vez con los nuestros, y después que vengan los franceses y nos degüellen.

Los oficiales se pusieron locos de contento.

La noche del 24 llegó; noche hermosísima en nuestra patria como en todo el mundo cristiano, y en que hasta los desgraciados y los malos se alegran y ríen.

Ya conocen ustedes la casa de Clemencia. Pues bien, la noche del 24 era un palacio de hadas. Se iluminaron el patio y los corredores, se pusieron por todas partes gigantescos ramilletes de flores y ramas de árboles cubiertas de heno y de escarcha. Se dio, en fin, a la casa el aspecto tradicional de las fiestas de Nochebuena.

El invierno con sus galas de nieve, con sus pinos y sus musgos (lo cual es una exageración en Guadalajara, donde casi no hay invierno) contribuyó a embellecer aquella mansión opulenta en que iban a tener lugar las alegrías íntimas dentro de pocas horas.

En el salón se había colocado ese *precioso juguete alemán* como le llama Carlos Dickens, el árbol de Navidad, precioso capricho no introducido todavía en México, y que es el objeto de la ansiedad de la infancia, de la alegría de la juventud y de la meditación de la vejez, en esos países del Norte donde aún se mantiene vivo con el calor del hogar el amor de la familia.

Había sido un capricho de Clemencia poner ese árbol, en cuyas frescas ramas había colocado algunas de sus más queridas alhajas, pañuelos, y pequeños juguetes que habían de repartirse entre sus afortunados amigos, con entero arreglo al estilo alemán; sólo que aquí en vez de niños eran valientes oficiales republicanos los que iban a obtener esos preciosos obsequios, como una muestra de eterno recuerdo.

A la medianoche debía hacerse este reparto, como es costumbre. Además, Clemencia, prosiguiendo sus imitaciones del extranjero, había dispuesto que inmediatamente después de despojado el árbol de sus adornos, el primer valse que se bailase fuese como el valse de medianoche en el último día del año, el baile de los amantes, es decir, en el que debían escoger los hombres a sus preferidas, y éstas a los dueños de su alma. Tal vez no todos los amigos tenían allí a las amadas de su corazón, pero Clemencia en todo esto tenía una mira enteramente personal suya, y poco se cuidaba de lo demás.

Isabel había sido convidada, como era de suponerse; pero la pobre niña aún sufría los tormentos del desengaño, cada vez más amargos a medida que pasaba el tiempo.

Este espacio quedaba libre; en el centro del salón se comenzó a bailar. Enrique dio la señal llevando por compañera a Clemencia.

Ya desde ese momento Fernando notó ciertas inteligencias entre su pérfido amigo y la hermosa joven, inteligencias que habían comenzado en las visitas que en los últimos días había hecho Enrique a la coqueta,

seguramente nuevo objeto de su galantería después de la repulsa de Isabel, repulsa de que Valle no tenía conocimiento, pues también hacía tiempo que había dejado de visitar a su prima. El pobre joven se colocó en un rincón, y desde allí procuró observarlo todo, palpitándole el corazón de dolor y de miedo, porque ya le daba miedo pensar que Clemencia se enamorase también de Flores.

Esto se explica: Fernando estaba entregado ciegamente a su amor por Clemencia, y no había para él medio entre ser amado de ella o morir.

El baile siguió alegre. El reloj dio las doce de la noche, y todo el mundo vino a agruparse en derredor del árbol de Navidad.

Comenzóse la rifa. Cada uno sacó su número, y Clemencia fue distribuyendo la alhaja o el juguete que correspondía a aquel número.

Llegó su turno a Fernando. Sacó el número 13, número fatal entre los fatales. Clemencia bajó de una rama del árbol un lindo pañuelo de batista que tenía este número.

—Valle —dijo la joven alargando el pañuelo a Fernando—. Isabel y yo hemos bordado juntas este pañuelo... por esto debe serle a usted doblemente querido.

—Lo guardaré como una reliquia sagrada —respondió Fernando.

—Y cuando reciba usted alguna herida, empápele usted en sangre generosa, esa será la mejor manera de honrarle.

—Yo lo prometo —murmuró Fernando palideciendo. Acababa de sentir ese extraño temor que la vista de Clemencia le había causado la primera vez que la vio.

Después de distribuidas las alhajas, los concurrentes, formando grupos para examinar el objeto que les había tocado en suerte, se fueron dirigiendo a la pieza en que estaba puesta la mesa para la cena.

Fernando, pensativo y lleno de funestos presentimientos, en vez de seguir a los demás se colocó junto a una puerta del salón que daba al corredor, y casi se puso a cubierto con una gran cortina.

De repente dos personas pasaron junto a la puerta, por el lado de afuera, caminando lentamente. Eran Clemencia y Enrique.

—Será una alhaja querida —decía Enrique— pero hubiera yo preferido el pañuelo bordado por ti. ¡Qué fortuna de chico! la otra vez una flor, ahora un pañuelo.

—¿Y tengo yo la culpa, Enrique? Pero no seas niño... toma y consuélate: tu árbol de Navidad es mi mano, y ella te alarga esto. ¿Estás contento?

—¡Ah, qué dicha! —y sonaron dos besos apagados que Enrique daba al objeto que le alargó Clemencia.

—Retrato y cabello que pediste... Ahora, enójate.

Los jóvenes se alejaron. Fernando cayó desplomado sobre una silla. Lo que acababa de escuchar era cuanto podía sucederle de imprevisto, de horroroso, de terrible.

Poco después le fue preciso salir al corredor; se ahogaba... estaba loco. Si alguna vez hizo propósitos insensatos, fue entonces. Su pecho era un volcán, su cerebro ardía, y no le venían a la boca más que blasfemias. Se acordó que traía guardada y cuidadosamente envuelta la flor que Clemencia le había dado algunos días antes. Sacóla del pecho y la arrojó con cólera sobre el mismo jarrón japonés en que estaba la planta que la había producido.

—Conservarla —dijo— sería adorar la burla.

Pero su ausencia había sido notada en la cena, y Clemencia, acompañada de Enrique, vino luego a buscarle.

—Fernando ¿no viene usted a cenar? —le dijo la joven.

—No, mil gracias; me siento un poco mal; prefiero estar aquí —respondió Valle secamente.

—Hombre ¿se está usted haciendo el romántico en una noche como ésta?

—Amigo Flores, conténtese usted con ser dichoso y déjeme en paz —replicó Valle sin poder contenerse.

—Amigo Valle, dice usted eso con un acento tan trágico que me causa terror y, sobre todo, a esta señorita. ¡Se diría que está usted rabioso!

—Rabioso no es la palabra; indignado, sí, como un hombre sincero que descubre una perfidia...

—¿Perfidia de quién?

—Hombre, me interroga usted mucho, y a su vez se pone usted trágico, lo cual me da también terror y, sobre todo, a esta señorita.

—Vamos, usted se ha vuelto loco, Fernando; por fortuna yo le desprecio lo bastante para hacerle caso.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Clemencia muy agitada al notar el ademán de Valle que, próximo a estallar, pudo sin embargo dominarse y

se contentó con sonreír, mirando a Enrique con un gesto de supremo desdén.

—Señorita, no tema usted —añadió— este caballero y yo nos conocemos hace tiempo, y sabe que soy respetuoso en ciertos lugares... en otros ya es diferente, tiempo nos queda... En cuanto a usted, le pido mil perdones por mi descortesía hoy, y por mi candidez antes, y... el permiso para retirarme.

—Pero, señor Valle, van a notar que se ausenta usted así de una manera singular... se dirá...

—Nada... yo le ruego a usted manifieste a su papá que me retiro porque estoy un poco enfermo. Ya me conocen y no lo extrañarán.

Y luego, volviéndose del lado de Flores, le cogió de un brazo y le dijo sordamente:

—¡Mañana!

—Sí, mañana —respondió éste llevándose a Clemencia, que había perdido enteramente su aire altivo y que parecía trémula de emoción.

—Por Dios y ¿qué va a suceder?

—Va a suceder que le mataré, Clemencia; hace tiempo que me fastidia este personaje de Byron, y ahora con más justicia. ¿Se creía con derecho quizás a tu amor? Había tomado la compasión y la amabilidad por cariño. Pues es modesto el joven.

—Enrique, prométeme que no le harás nada.

—¡Oh! en cuanto a eso, yo estoy acostumbrado, amor mío, a hacer tragar las amenazas a quien me las dirige. Pero no temas, no es espada la que él verá enfrente, sino mi látigo.

Clemencia, generosa por carácter, se sintió mal al escuchar esta fanfarronada que traspasaba los límites de lo verosímil.

—¡Oh, no! dicen que es muy valiente Fernando.

—A pesar de eso, sentiré mi látigo.

—¡Adiós, alegría de Navidad! —murmuró Clemencia enjugándose sus lágrimas—. Ya no voy a tener gusto en toda la noche, y vale más que esto se acabe pronto.

—Pero ¿por qué, mi vida? —dijo Enrique inclinándose a besar los perfumados cabellos de Clemencia— te preocupas mucho por las

palabras de un imbécil. Vas a ver si te quito la pena. Bailaremos el primer valse ¿no es esto lo convenido?

—Sí, pero se acabará todo después.

Entraron. La cena se concluyó alegre, pero la frente de Clemencia permaneció nublada y triste.

Tocóse el valse consabido. Enrique hizo prodigios de galantería y de imaginación para distraer a Clemencia; pero ésta sonreía tristemente, ocultaba bajo su larga y sedosa pestaña alguna lágrima que asomaba a sus radiantes ojos negros, y en un descanso dijo a Enrique mirándole fijamente con los ojos entrecerrados y llenos de pasión:

—¿Me amas, Enrique?

—Más que a mi vida...

—Pues no hagas caso a Valle... ¡desgraciado! Él me quiere también...

—Ésa es una razón de más...

—Ésa es una razón para tenerle piedad... quizá yo tengo la culpa de que esté enamorado así, y celoso.

—Tú le quieres algo, Clemencia.

—¿Que le quiero?... Si yo no amo más que a ti, a ti nomás, y desde el primer momento, y tu amor me ha costado lágrimas y sufrimientos atroces... te amo, te amaré siempre.

La ardiente joven decía estas palabras con ese aparente disimulo con que hablan siempre en un baile los enamorados, que no parece sino que platican acerca de la música, de los candiles y de los vestidos. Pero la voz de la joven era tanto más enérgica cuanto más apagada, llena de ternura y resolución.

Y sus dedos oprimían convulsivamente el brazo de Enrique, y los latidos de su corazón parecían ahogar sus palabras.

Estaba apasionada frenéticamente.

El baile concluyó pronto, Clemencia no estaba contenta ya. ¿Temía por Enrique? ¿Temía por Fernando? ¡Quién sabe! Lo probable es que temía por cualquiera de los dos, pues bien sabía que ella era la causa de lo que iba a suceder.

Así es que otra vez, al recogerse en aquella aristocrática y deliciosa estancia que ya conocimos en la noche del té, volvió a repetir pensativa y llena de remordimientos las mismas palabras:

—¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho?

El desafío

Al día siguiente muy temprano Fernando vino a despertarme.

—Doctor —me dijo— vengo a inferir a usted una molestia. Tengo que arreglar un asunto de honor con el comandante Flores, que me ha insultado anoche. No he creído conveniente encargar el arreglo de este negocio a ninguno de mis capitanes, y suplico a usted que me sirva de testigo. Entre usted y yo no han mediado relaciones de amistad; pero creo que no rehusará usted prestarme este servicio de caballeros.

—No tengo inconveniente —respondí—; estoy a la disposición de usted.

Contóme entonces el lance de la noche anterior, y me dio sus instrucciones. Quería batirse el mismo día, y escogía como arma la espada. Era un duelo a muerte.

Fui a ver a Flores, recibíome con arrogancia, designó como su testigo a un amigo suyo de Guadalajara, a quien citó para una hora después.

—No habrá dificultad ninguna —me dijo— dentro de tres horas Valle estará complacido.

Me despedí inmediatamente y fui a dar aviso a Fernando del pronto arreglo de aquel negocio; pero aún estaba hablando con él cuando un ayudante vino a llamarle de parte del coronel, y con urgencia. Encontró a su jefe indignado.

—Sé que ha desafiado usted a muerte al comandante Flores, por yo no sé qué palabras le dijo a usted anoche en el baile.

—¿Él se lo ha dicho a usted, mi coronel?

—Él me lo ha dicho.

—Pues bien, es cierto; me ha ofendido gravemente, y yo he creído conveniente reparar este agravio retándole. Sería yo un hombre despreciable si no lo hiciese así.

—Y ¿usted no sabe que nuestras leyes militares prohíben bajo severísimas penas el duelo? ¿Usted no sabe que va a hacerse reo de un delito grave, y que yo estoy resuelto a imponer a usted un castigo terrible si insiste en su propósito? Caballero, yo no permito en mi cuerpo, ni menos en estas circunstancias, semejantes lances de espadachines; yo haré fusilar, conforme a Ordenanza, al que intente

siquiera, estando como estamos, frente al enemigo, promover duelos por cualquier motivo. ¿Es usted valiente? ¿Está usted ofendido? Pues tiempo hay para probar su valor combatiendo por su patria y para lavar su ofensa, procurando en el primer combate portarse mejor que la persona que le insultó. Un militar no se pertenece, su vida es de la patria, y arriesgarla en otra cosa que en su defensa, es traicionar a sus banderas. ¡Habríamos de dar el escándalo de un desafío delante de los franceses! Batallas son las que debe usted desear y no lances de honor; matando o muriendo usted, quedaría deshonorado en un desafío personal. El comandante Flores ha probado su temple de alma en los combates, no necesita dar nuevas pruebas de ello, y en cuanto a la ofensa que haya podido inferir a usted, él le invitará, llegado el caso, a avanzar sobre el enemigo, y entonces el que se quede atrás será el que tenga que confesarse vencido. Así deben hacerse los desafíos en tiempo de guerra, y no exponiendo a la vergüenza a su cuerpo y a los jefes con reyertas personales, estériles para la causa que defendemos y criminales a los ojos de la sociedad. He ordenado a Flores que no acepte el reto de usted, y si tanto él como usted intentan llevarle a cabo a pesar de mis órdenes, el general tendrá conocimiento de ello, y yo ofrezco a ustedes que los haré fusilar. Así es que usted prescinde de su propósito, retira usted toda indicación y dentro de pocos días yo proporcionaré a ustedes una liza más noble, más honrosa; y como es preciso castigar a usted por este conato de infracción del Código Militar, usted permanecerá arrestado hasta que salgamos de Guadalajara, que será bien pronto.

—Está bien, mi coronel —contestó Valle, comprendiendo que su jefe tenía razón en todo; pero indignándose interiormente de que Enrique hubiera corrido a denunciar al coronel aquella ocurrencia.

El razonamiento del jefe era enteramente justo; pero la cólera hervía aún en el pecho del joven ofendido, y aquel desprecio lanzado por su enemigo delante de Clemencia le manchaba el rostro como un bofetón o un latigazo. Algo hubiera dado por no pertenecer al ejército o por hallarse lejos de la guerra y frente a frente de un rival tan soberbio como insolente.

El duelo no se llevó a cabo, y Valle se desesperaba pensando que Clemencia supondría que él se había resignado a sufrir en silencio la atroz injuria que había recibido en presencia de ella.

—Doctor —me dijo, llorando de desesperación— no me queda más recurso que el suicidio.

—El suicidio sería peor, amigo mío —le respondí— y me asombro de que usted, regularmente tan juicioso, no pueda dominar ahora ese sentimiento de cólera pueril. Realmente el coronel tiene razón; un desafío cuando los franceses van a llegar, sería inexcusable. La espada de usted no debe cruzarse sino con la de los enemigos de la patria. En el primer combate usted se cubrirá de gloria o morirá, y de una u otra manera quedará bien puesto a los ojos de su rival y los de esa señorita,

que sería la primera en censurar a usted una querrela personal en los momentos mismos en que el enemigo se presenta frente a nosotros. ¡Qué duelo, ni qué suicidio! El combate mañana, y olvidemos hoy esas miserias de salón que sólo pueden afectar a quien, llevando una vida ociosa, no tiene otro campo más hermoso en qué demostrar el temple de una alma altiva y honrada.

Logré por fin convencer a Valle, que se resignó a callar y sufrir, con la esperanza de hacerse matar en el primer encuentro. Entre tanto permaneció arrestado y no volvió a ver a nadie en Guadalajara, encerrado como estaba en su alojamiento, en donde pasó todavía unos seis días de tormento y de impaciencia.

Por fin se dio la orden de marcha y el cuerpo salió de Guadalajara con dirección a Sayula. Esto sucedió el día 2 de enero de 1864. El día 1º, y cuando se hacían los aprestos de marcha, el coronel del cuerpo, en nombre del general Arteaga, puso en manos de Flores el despacho de teniente coronel, que el general en jefe del ejército acababa de enviarle, por recomendaciones de buenos amigos que el comandante tenía en el cuartel general.

El carruaje

Era el 5 de enero de 1864, y ya avanzada la noche, que estaba fría y nebulosa.

Un carruaje tirado por seis mulas caminaba con toda la ligereza posible con dirección al pueblo de Zacoalco, distante todavía como unas cuatro leguas.

En pos de él seguían un caballero y seis u ocho criados, uno conduciendo tiros de fresco y otros algunas mulas cargadas de petacas y colchones. Evidentemente en el coche debía ir una familia principal.

Ya he dicho que ese mismo día cinco ocuparon los franceses, mandados por el general Bazaine, a Guadalajara. Arteaga la había evacuado el tres con sus tropas.

A la aproximación de las fuerzas invasoras, varias familias, no pudiendo soportar la idea de recibir a los enemigos de la patria, se apresuraron a salir y tomaron todas ellas el camino de Zapotlán para dirigirse a Colima, punto que estaba enteramente a cubierto, por entonces, por la línea de defensa que había establecido el general Uruga en las Barrancas.

El camino de Guadalajara a Sayula por tal motivo había estado frecuentado por los emigrantes desde el día tres, pero ya el cinco lo estuvo sólo por algunos rezagados que habían salido de la ciudad pocas horas antes de que llegaran a ella las columnas francesas.

A este número pertenecía probablemente la familia que venía en el carruaje, pues todo indicaba que había hecho una jornada larga y penosa. Las mulas parecían fatigadas, el coche maltratado, y los mozos caminaban cabizbajos y taciturnos, señal del fastidio que les había producido una caminata poco común.

De repente, en un recodo del camino el carruaje se detuvo como por un obstáculo, las mulas desfallecían, pero el conductor les aplicó latigazos tan vigorosos que los pobres animales hicieron un esfuerzo supremo y partieron con tanta fuerza que el carruaje, después de haber dado un gran salto, volcó, cayendo sobre uno de sus costados.

Las personas que iban en él dieron un grito espantoso, al que respondió el caballero que venía detrás y que se apeó en el acto del magnífico caballo que montaba y corrió a donde el carruaje yacía arrojado y en el

peligro de ser arrastrado por las mulas, que sin ser contenidas más que por el postillón, se espantaban y querían continuar su carrera.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritaba el caballero, lleno de angustia.

—No hay cuidado, papá, nada nos ha sucedido —gritó una voz ligeramente alterada por el susto.

—¡Clemencia, hija mía! ¿Y tu mamá, y tus amigas?

Ya comprenderán ustedes que las familias que iban allí eran las de Clemencia e Isabel.

Por fortuna tanto estas jóvenes como las señoras no tuvieron novedad, y si no fue un desmayo que sufrió Isabel, a causa del terror, no tuvieron que lamentar sino pequeñas contusiones.

Por lo demás, el carruaje tenía hecha pedazos completamente una de sus ruedas que, detenida en un hoyo, obstáculo que detuvo el carruaje momentos antes, se había roto al tirar las mulas apuradas por los latigazos del cochero.

Un instante después y con el auxilio de los criados las jóvenes fueron transportadas a orillas del camino. Isabel volvió en sí en los brazos de Mariana, que no perdía su presencia de espíritu; el carruaje fue levantado, y sólo afligió a la familia la dificultad de su situación.

En efecto, era imposible continuar el camino, inutilizado como estaba el carruaje. El cochero manifestó la imposibilidad de componer la rueda rota, y los mozos añadieron lo que el caballero sabía: que no había cerca ningún pueblecito, ninguna hacienda adonde refugiarse esa noche, o de donde traer un carruaje nuevo. Zacoalco estaba todavía a cuatro leguas, y era improbable que allí pudiese conseguirse un coche. Era, pues, preciso pedirlo a Sayula, adonde el general Arteaga había llegado, o resignarse a hacer la caminata en los caballos de los mozos, mientras que éstos seguían a pie.

Pero las señoras se juzgaron incapaces de montar a caballo, y además los golpes que habían recibido, aunque pequeños relativamente, les hacían sufrir bastante para que pudiesen caminar a caballo por espacio de cuatro leguas. ¿Qué hacer entonces?

—Si me hubieses escuchado, Clemencia —decía el caballero con vivas muestras de pesar— nos habríamos quedado en Santa Ana, habríamos tenido un buen alojamiento y nos habríamos ahorrado esta desgracia.

—Es muy cierto, papá —respondió la joven— pero la consideración de que los franceses podían seguirnos y de que tal vez nos íbamos a ver envueltos en mayores dificultades, estando los republicanos cerca, me

hacía impacientarme. Prefiero, a no ser por los trabajos que hago pasar a ustedes, todo esto a quedarme cerca de Guadalajara.

—De veras que admiro tu patriotismo, hija mía; no te juzgaba capaz de tamaña exaltación.

—Papá —replicó la niña— a usted debo todas mis ideas y el odio que tengo a los enemigos de México.

—Algo se mezcla el amor en tu patriotismo, según presumo; pero no lo tengo a mal, y sólo siento que no podamos salir de este atolladero.

—Señor —dijo uno de los mozos— si quiere su merced echaré a correr a Zacoalco, y puede ser que encuentre otro coche, o por lo menos un carpintero que en un momento componga la rueda. Estaré allá a las dos de la mañana y aquí de vuelta poco antes de amanecer, y podremos continuar.

—Bien, vete —dijo el caballero— mira que tú eres nuestra esperanza.

—Pierda cuidado mi amo —contestó el mozo metiendo espuelas a su caballo y alejándose con dirección a Zacoalco.

Entretanto los criados improvisaron allí una especie de tienda, y con auxilio de las hachas que llevaban a prevención armaron los catres de camino para las señoras, que se recostaron en ellos y durmieron mientras que el padre de Clemencia y sus servidores permanecieron en vela, perfectamente armados y dispuestos a defenderse, pues no era nada difícil que por aquel camino, entonces desierto y abandonado de toda especie de tropas, cruzasen algunas bandas de las que siguen por lo regular a un ejército en retirada, o de las que se aprovechan de una situación como aquella para desvalijar a los transeúntes.

Dejemos al respetable y patriota comerciante sentado en una petaca, con una mano en la mejilla y la otra en un soberbio rifle de seis tiros y sigamos al postillón que corre a escape por el camino de Zacoalco.

Bien por mal

A dos leguas de este pueblo el mozo escuchó el ruido sordo de una tropa de caballería que se acercaba.

Poco después fue más distinto el ruido, y a él se mezclaba el que hacen al chocarse los sables. No había duda, era una tropa la que venía. La noche estaba oscura y corría un viento glacial.

De repente el postillón se vio obligado a detenerse en su carrera; le habían dado el *¿Quién vive?* y una patrulla, que venía a la vanguardia de la tropa, había hecho alto cerca de él.

—¡Libertad! —respondió resueltamente el mozo.

—¿Qué gente?

—¡Paisano!

—¡Alto ahí! —le gritó un sargento, y se avanzó a su encuentro.

—¿Correo? —le preguntó.

—No, señor; soy el mozo de una familia que se ha quedado atrás porque el coche en que venía se rompió, y voy a Zacoalco a ver si consigo otro.

—Llévele este hombre al jefe —dijo el sargento— y para que lo reconozca y le pregunte.

El soldado obedeció y se llevó al mozo hasta encontrar al jefe que venía a la cabeza de su columna.

Componíase ésta de doscientos carabineros, y tan luego como el jefe advirtió que su descubierta había hecho alto y que avanzaban hacia él dos hombres, mandó hacer alto también a la columna y se adelantó para saber qué era aquello.

—Mi comandante —dijo el soldado— el sargento me manda que presente a usted este hombre que acabamos de encontrar y que venía a galope.

—¿Quién es usted, amigo? —preguntó el comandante alzando un poco su capuchón para examinarle.

—Señor —respondió el criado— soy un postillón, y me adelanto a Zacoalco para buscar un carruaje o un carpintero, porque el coche en

que venía mi amo el señor R... de Guadalajara se ha hecho pedazos a cuatro leguas de aquí, y allí está toda la familia parada en el camino.

—¿El señor R...? —preguntó con interés el comandante.

—Sí, señor, él mismo con su señora, su niña y otras dos señoritas que le acompañan, y además los criados de la casa con los equipajes.

—¿Salieron ustedes hoy de Guadalajara?

—Sí, jefe, salimos hoy temprano, porque los franceses debían llegar en la mañana y mi amo no quiso aguardarlos.

—De modo que los franceses están hoy en Guadalajara.

—De seguro, mi jefe: en Santa Ana, donde nos detuvimos un rato, supimos por cierto por un mozo de la hacienda que trajo la noticia. Se estaban acuartelando cuando él salió.

—Bueno, y ¿dice usted que la familia del señor R... se quedó en el camino?

—Sí, señor; y figúrese usted con la noche tan fría y el camino tan desamparado, allí están las señoras maltratadas por el golpe del carruaje que se rompió y volcó. Mi amo quería quedarse en Santa Ana, pero la niña no quiso y tuvo el capricho de llegar hasta Zacoalco. ¡Estaba tan inquieta y tan impaciente la pobrecita, y suceder esto!

—¡Ah, no ha podido resistir la ausencia de Enrique! —dijo el comandante en voz muy baja.

El comandante era Fernando Valle que regresaba con su escuadrón, de orden del cuartel general, a situarse en la hacienda de Santa Ana, en observación del enemigo.

Después de meditar un breve instante añadió para sí:

—¡Pérfida! ¡Cuánto le amo y cuánto mal me ha hecho!... En fin ¡volvamos bien por mal!

—Capitán, necesito volver urgente a Zacoalco con este correo que trae despachos importantes de Guadalajara; usted queda mandando la columna que hará alto aquí, mande usted echar pie a tierra y que se estén los soldados brida en mano, hasta mi vuelta que no tardará dos horas. Yo me voy solo con el correo.

—Muy bien, mi comandante.

—Venga usted —dijo Valle al mozo— y sígame a todo galope.

Pasaron a un costado de la columna, donde dio el comandante todavía algunas órdenes brevísimas a dos o tres oficiales, y se alejaron después rápidamente los dos jinetes con dirección a Zacoalco.

Media hora después penetraban en el pueblo y se detenían en la plaza.

—Aguárdeme usted aquí —dijo Valle al mozo, y se dirigió a una casa en cuyo zaguán tocó repetidas veces. Abriósele por fin, entró, se apeó y fue a tocar de nuevo en una puerta interior.

—Capitán, capitán, ábrame usted, soy yo, Valle.

La persona interpelada se levantó apresuradamente y vino a abrir.

—Fernando ¿qué se ofrece? ¿Qué hay? ¿Pues no se había usted marchado a las diez?

—Es verdad; pero he tenido necesidad de volver, y sobre ello, mi viejo capitán; ruego a usted mucho que me guarde el secreto; es una pequeña contravención a las órdenes que he recibido. Marchaba con mi columna para la hacienda de Santa Ana, cuando a dos leguas de aquí me encontré al mozo de una familia de Guadalajara que quiero mucho, el cual me dijo que el carruaje en que aquélla venía se volcó en el camino, y que había quedado detenida por eso; que él venía a este pueblo a conseguir otro carruaje, si era posible, o a llevar un carpintero. Usted comprenderá que ni uno ni otro son fáciles de obtener aquí. Entonces me acordé de que usted había traído un coche porque sus enfermedades no le permiten caminar a caballo; pero pensé que si no venía yo en persona a pedírselo a usted no lo daría, y tiene usted razón, mi viejo capitán, usted lo necesita mucho; pero por nuestra amistad, por lo que usted más quiera, le suplico que me lo facilite para auxiliar a esa familia a quien debo muchos favores...

—¡Hum! Fernando, la cosa es peliaguda... Usted sabe que no puedo moverme, y ¿cómo continúo hasta Sayula desde aquí?

—¡Oh! no hay cuidado, usted prestará el carruaje hasta Sayula, pues de otro modo la familia siempre tendría que detenerse aquí. Pero llegará mañana a ese pueblo y regresará el carruaje a Zacoalco pasado mañana, para que usted continúe su camino. Ya usted ve que lo que le pido es un día de fastidio en este pueblo; pero no olvidaré tamaño sacrificio.

—Bien, muchacho, bien, tome usted el carruaje. ¡Qué diablo! no faltaba más que yo negara un tan pequeño servicio a quien debo la vida y tantos...

—Vamos, no siga usted, mi capitán, recuerde usted que he sido su soldado y que...

—Y que hoy es usted mi jefe, bien merecido, hijo mío; valientes como usted no se encuentran por todas partes...

—Calle usted, mi capitán, calle y reciba mi agradecimiento...

—¿Ya sabe usted que han entrado los franceses a Guadalajara?

—Acabo de saberlo por el mismo criado; pero usted ¿cómo lo supo?

—Ha pasado por aquí un extraordinario que llegó momentos después de que usted salió; ese hombre avisó al alcalde que nos lo dijo a nosotros. Según eso va usted a tener pelotera, porque yo no dudo que ellos destaquen alguna fuerza con dirección a este camino.

—No será tan pronto, mi capitán, y si sucede me alegrará muchísimo, ya tengo deseos por mil razones de encontrarme con ellos.

—Vaya usted con Dios, muchacho, llévese el carruaje; apuesto a que en esa familia viene alguna linda por cuyos bigotes anda usted corriendo a estas horas.

—Algo hay de eso —contestó el comandante, montando a caballo y diciendo adiós al viejo capitán.

Éste llamó al dueño del carruaje, le advirtió que tenía la obligación de volver de Sayula a cumplir su contrato, y que arreglara en cuanto a la gratificación por su viaje extraordinario, con el comandante.

El carruaje se dispuso y salió del mesón con tres tiros de mulas.

—Amigo mío —dijo Valle al del carruaje— va usted a traer una familia que está a cuatro leguas de aquí, y sin detenerse en este pueblo, porque le manifestará usted que le es urgente estar de vuelta pasado mañana de Sayula, para conducir al capitán con quien tiene usted compromiso, la llevará usted hasta esa población, en la que les será fácil conseguir otro coche, de los muchos que se fueron con el general. Ahora usted no recibirá de esa familia gratificación ninguna; aquí tiene usted tres onzas y este reloj de oro que vale tres veces más y que conservará usted en mi nombre.

—Es bastante, jefe, y sobrado, y yo le doy a usted un millón de gracias.

—Partamos, pues.

El carruaje partió a escape.

Pero al llegar a la salida del pueblo, Valle comenzó a sentir que su pobre caballo no podía más y que estaba próximo a caerse.

—Sea por Dios —dijo bajándose— mi pobre, mi único caballo, mi compañero de trabajos... se muere, no hay duda... y era natural... veinte leguas de camino, pocos descansos, tres días de fatigas... y una carrera de dos leguas en media hora, es lo suficiente para que el pobrecillo sucumba, no hay remedio.

No bien acababa de decir esto cuando el infeliz caballo cayó muerto.

Valle gritó al postillón, que se detuvo.

—Grita al cochero que haga alto.

El carruaje se detuvo también.

—Mira, muchacho —continuó Valle— mi caballo ha reventado y no tengo otro; el tuyo está todavía muy bien y me parece muy fuerte.

—Ah, señor, es muy bueno, es de los de mi amo.

—Pues bien, te lo compro.

—Señor... es de él...

—Bien, dile que se lo vendiste al oficial que proporcionó el coche, no lo llevará a mal.

—Costó doscientos pesos, señor...

—Arreglado: te doy diez onzas, y no más porque no tengo; pero te daría una mano por un caballo en este momento.

—Está bueno, señor, vale que el amo no se enojará, porque él también hubiera dado una hacienda por un carruaje, hace dos horas.

El postillón recibió sus diez onzas, que contó minuciosamente, quitó la silla a su caballo, la metió en el carruaje, en seguida se metió él mismo. Valle quitó su montura militar del caballo muerto, del que se despidió con una lágrima, ensilló el caballo que acababa de comprar y se puso a la portezuela del coche que volvió a partir. Una hora después llegaron a donde estaba la columna; allí Valle despidió al postillón, advirtiéndole que el carruaje era de un amigo suyo y que no recibiría paga alguna, porque la familia del señor R... era una familia querida para él, por lo cual estaba advertido el conductor del carruaje de no recibir un maravedí. El postillón le dio las gracias en nombre de su amo, y partió en el coche con toda celeridad.

Fernando mandó montar a caballo y continuó lentamente su camino, con la frente oculta bajo su capucha y en el mayor silencio. Si hubiese habido luz para examinar su semblante, se habría espantado cualquiera

al notar la expresión de profunda tristeza que nublaba sus ojos y que daba a su sonrisa un aire de desesperación concentrada.

Alter tulit honores

—No la veré, no podré verla —murmuró al cabo de un instante— y más vale. Que crea que es Enrique, y será mejor.

Después, volviéndose hacia un muchacho que le acompañaba montado en una jaquita, tan flaca como ligera, le dijo:

—Oye, guía ¿no hay un camino que corte de aquí directamente para la hacienda de Santa Ana?

—Para la hacienda no, pero yo conozco una vereda que va a dar al pueblo de Santa Anita, y como está tan cerca de la hacienda, es lo mismo.

—Pues bien, toma la vereda. ¿Es buena para la caballería?

—Un poco pedregosa; pero muy poco, es un pedazo malo, lo demás es como aquí.

—Bien: adelante.

El guía fue a guiar al sargento, jefe de la descubierta, y la columna comenzó a desfilarse por la vereda. Dejémosla seguir para Santa Anita y volvamos al lugar donde quedó la familia.

Comenzaba a rayar la aurora cuando el padre de Clemencia creyó escuchar el ruido de un carruaje. Le pareció demasiada fortuna para ser creíble; pero un momento después un mozo destacado por aquel lado del camino vino corriendo a decirle que en efecto era un carruaje el que se acercaba, tirado por seis mulas.

El señor R... despertó a la familia alborozado.

—Dios nos proteja, hijas mías; he ahí un coche que viene de Zacoalco.

Las señoras se levantaron contentas. El carruaje llegó y se detuvo. El postillón se apeó.

—¡Ah, señor! ¡Qué fortuna tan grande! Antes de llegar al pueblo encontré una caballería. El que la manda es un joven, según pude ver, y luego que le dije que era su merced el que estaba aquí detenido con su familia por la rotura del coche, se sorprendió mucho, se afligió como si fuera alguna cosa de su merced, y dejó a un oficial encargado de la tropa y se fue conmigo al pueblo. Allí entró a una casa y salió con este

carruaje que dice que es de un amigo suyo, que le suplica a su merced que le lleve nomás hasta Sayula para que de allí se vuelva a conducir a ese amigo suyo, y que no pague nada al conductor, porque tiene orden de no recibir ni un ochavo.

El caballero al oír esto se quedó perplejo. Pero Clemencia, con su viveza de costumbre, dijo conmovida:

—Papá... ese oficial es Flores... estoy segura. ¿Quién más que él es capaz de ese rasgo de galantería?

Isabel frunció las cejas al oír esto.

—Es muy posible que sea él —concluyó el anciano—. ¿Qué señas tiene, muchacho?

—Señor, no le vi bien: tenía cubierta la cabeza con un capuchón que le tapaba parte de la cara; pero es un joven, me pareció alto, y monta muy bien a caballo.

—Es él... no hay duda papá —volvió a decir Clemencia.

—¿Conoce usted al oficial que envía el carruaje? —preguntó el padre de Clemencia al conductor.

—No señor —contestó éste secamente— es la primera vez que le veo ahora.

—Pero ¿no oyó usted si se llama Flores?

—Me parece que sí, señor.

—¡Oh noble corazón! —dijo la madre de Clemencia, mientras que Isabel palidecía y reprimía una lágrima.

—Y ¿vamos a encontrarle? —preguntó Clemencia al postillón.

—Seguramente, porque viene para acá.

—¡Dios mío! —murmuró en voz baja la joven— y ¿a dónde va cuando yo salgo precisamente por estar cerca de él? Y luego añadió en voz alta:

—¿Cree usted, papá, que vayan las tropas liberales a atacar Guadalajara?

—Sería un desatino abandonar una plaza para atacarla después a los tres días. Esto creo yo que se hace cuando se cuenta con otros elementos.

—Pero entonces ¿a dónde marcha esa caballería?

—Iré a observar al enemigo. ¿Pues no sabes que el general Uraga ha dispuesto defender las Barrancas y establecer allí una línea formidable de defensa?

Clemencia se entristeció profundamente.

Pero los mozos habían acabado de arreglar el carruaje y de colocar las cargas en las mulas. La familia se colocó en los asientos y el coche empezó a andar.

—Allá va una tropa de caballería —gritó un mozo que iba delante, señalando en efecto una larga hilera de jinetes que desfilaba a lo lejos por un costado del camino y que se veía muy bien con la luz cada vez más clara del día. Empezaba a amanecer.

Las señoras se asomaron a la portezuela.

—¡Ingrato! —dijo para sí Clemencia—. ¿Y por qué no ha querido verme? ¡Ah, temería por su corazón!

Y la rubia a su vez pensaba que tal vez adivinando o sabiendo que ella venía también, no había querido verla para no sufrir con su presencia.

Y las dos jóvenes se ocultaron una de otra y de las señoras, para no dejar ver sus ojos llenos de lágrimas, y luego volvieron a asomarse a la portezuela hasta que la columna se perdió a lo lejos entre las sombras del lomerío.

Prisión y regalos

Entretanto ocurrían en Zapotlán, donde Uraga había situado su cuartel general, los siguientes cambios.

El coronel del cuerpo de caballería a que pertenecían Flores y Valle había sido ascendido a general y recibido el mando de una brigada. Enrique, como lo dije hace poco, había recibido su despacho de teniente coronel desde antes de salir de Guadalajara, y en calidad de tal se quedó con el mando de su cuerpo. El general en jefe tenía afecto a este oficial por las recomendaciones que hacían de él frecuentemente, tanto el antiguo coronel como otros muchos amigos que el joven tenía en el cuartel general.

Convenía para los nuevos planes que el jefe del ejército del Centro acababa de formar, que algunas fuerzas de caballería avanzaran hasta las cercanías de Guadalajara, con el objeto de observar los movimientos del enemigo. En caso de avanzar éste hacia la nueva línea de defensa, tales fuerzas debían replegarse y unirse al grueso del ejército liberal.

Flores había pedido al general que su cuerpo fuese uno de los avanzados. Se le concedió y se le ordenó asimismo que marchara a situarse con él en puntos cercanos a la expresada ciudad. Enrique con tal objeto marchó llevando el resto del cuerpo, pues ya sabemos que uno de los escuadrones había avanzado hasta Santa Ana con Fernando Valle a su cabeza. Este joven ignoraba hasta el día seis las novedades ocurridas en su cuerpo; pero las supo el día ocho algunas horas antes de que llegara a la hacienda de Santa Ana el teniente coronel Flores con el otro escuadrón.

Fernando, al tener conocimiento de que su mortal enemigo venía a ser ahora su jefe, tuvo un momento de desesperación, y le ocurrió pedir desde luego su pase a otro cuerpo; pero la circunstancia de hallarse frente al enemigo le detuvo, y no halló más remedio que el de resignarse por lo pronto a su suerte.

Enrique llegó, y Fernando con la mayor amargura se vio obligado a presentarse a su jefe y a ponerse a sus órdenes, dándole parte de las novedades ocurridas.

En el momento se le mandó permanecer en la hacienda con cincuenta caballos, mientras que Flores marchó al pueblo de Santa Anita con el resto del cuerpo.

Una vez allí, Enrique, que tenía cerca de Valle oficiales que espiaban todos los movimientos de éste y que le dieron cuenta de ellos, supo que Valle había encontrado en la noche del cinco a dos leguas de Zacoalco, a un correo de Guadalajara, que había hablado con él en secreto, y que había abandonado un rato la columna para irse con él hasta el pueblo, volviendo después con un carruaje.

Todo esto era para Enrique un misterio, pero aunque estaba íntimamente convencido de que Fernando no abrigaba intención ninguna de traicionar, no quiso perder la ocasión de sacar ventaja de tamaña ocurrencia.

Fernando estorbaba para la realización de los planes que Enrique estaba concibiendo desde hacía algunos días, y en los que trabajaba con actividad, como lo sabremos después. La presencia de Fernando en el cuerpo era un obstáculo insuperable, presentábase la ocasión de hacerle desaparecer, y Enrique dio gracias a su fortuna por haberle puesto a punto de concluir su obra.

El extraordinario que llevaba a Zapotlán la comunicación de Flores, partió, y dos días después llegaba a Santa Anita la orden del cuartel general para prender al comandante Valle y remitirle con una buena escolta a Zapotlán.

Eran las seis de la mañana, y el oficial encargado por Flores de ejecutar la orden superior llegó a la hacienda de Santa Ana y no encontró a Valle ni a sus cincuenta jinetes, pero supo que el joven comandante había salido al oscurecer el día anterior de la hacienda, con destino a Guadalajara.

El oficial se quedó contrariado, e iba a avisar a su jefe de lo que ocurría, cuando divisó a lo lejos una polvareda, y un momento después vio aparecer a los cincuenta caballos, que con su jefe a la cabeza regresaban a Santa Ana.

Adelantóse el oficial al encuentro de Valle y le dijo:

—Comandante, buscaba a usted, y me sorprende de no hallarle en la hacienda.

—¡Oh, capitán! —respondió Valle con aire sombrío—. Avancé un poco esta noche, y me alegro mucho de ello. ¿Qué se ofrece?

—Este pliego de parte del coronel —dijo alargándole una comunicación cerrada y sellada.

Fernando abrió el pliego, y apenas comenzaba su lectura se puso pálido, frunció las cejas y no pudo contener un movimiento de indignación, al que sucedió una sonrisa de desprecio.

—Comprendo —dijo con altivez— a tiempo viene esta orden. En fin, obedezco. ¡Capitán! —dijo a uno de los oficiales— queda usted a las órdenes del señor, y yo marchó en este momento.

Diez minutos después, y habiendo arreglado su pequeño equipaje, Valle salió en dirección a Zapotlán, conducido por una escolta de veinte hombres al mando de un teniente. Valle caminaba taciturno; pero de cuando en cuando se dibujaba en su semblante una sonrisa de triunfo.

—Es la primera vez —llegó a decirse en voz baja— que la casualidad me favorece. Era justo; hasta ahora no había sido todo más que un continuo llover desgracias sobre mí.

Habían andado seis leguas cuando encontraron a dos criados conduciendo dos magníficos caballos cubiertos con dos vistosas camisas de lana, y una mula que traía una pequeña caja.

Uno de los mozos se detuvo y preguntó al teniente:

—Señor oficial ¿me hace usted favor de decirme si está en la hacienda de Santa Ana el señor coronel Flores?

—En el pueblo de Santa Anita, muchacho. ¿Son para él esos caballos?

—Sí, señor —replicó el mozo—; se los llevo de regalo de parte del señor R... lo mismo que esa petaquita.

—¿Dónde está el señor R...? —preguntó Fernando.

—El me despachó de Zapotlán, pero siguió su camino hasta Colima con la familia; de modo que allá debe estar ahora.

Los dos grupos se alejaron uno de otro, y el de los mozos del señor R... llegó a la una a Santa Anita, donde estaba el teniente coronel Flores.

Éste recibió la carta que le mandaba el padre de Clemencia, y manifestó la más grande sorpresa al concluir su lectura.

La carta decía poco más o menos así:

Querido amigo mío: Estoy altamente reconocido a la generosidad de usted, y sólo me permitirá acusarle por no haber seguido por el mismo camino que nosotros traíamos, y en el que el encuentro con usted nos hubiera sido sumamente grato, y nos habría proporcionado la ocasión de darle las gracias personalmente por todo lo que hizo esa noche.

Fue usted una providencia para nosotros. Aún tengo que acusarle otra vez por haber permitido que mi criado cometiese una falta que nunca le perdonaré. El caballo de usted cayó muerto en Zacoalco, a consecuencia de haberle hecho correr por prestarnos un servicio.

¿Cómo pudo usted suponer que yo aprobaría la compra de mi caballo que el mozo imbécil no discurrió regalarle?

Yo no supe esta ocurrencia penosa para mí, sino hasta llegar a Zacoalco, pues mi preocupación me impidió observar que el criado llegaba en el carruaje, sin el caballo que antes montaba. Después quise cerciorarme de que era a usted a quien debíamos tantos favores, aunque lo presumíamos y Clemencia lo tenía por seguro; pero una vez sabido en este pueblo por el general que había despachado a usted, lo cierto, y además el punto en que podía encontrarse, me decidí a escribirle enviándole además de las diez onzas que mi criado recibió indebidamente, dos de mis mejores caballos, y una mula que lleva para usted un pequeño botiquín que Clemencia había preparado para nosotros, y un precioso escritorio de campaña que era del padre de Isabel, que esta niña manda a usted como una muestra de gratitud.

Nosotros vamos a Colima. De allá escribiremos a usted frecuentemente; usted haga lo mismo, etcétera.

Enrique comprendió desde luego toda la historia del correo misterioso que hizo volver a Fernando a Zacoalco, y temió, por lo mismo, que su acusación cayese en falso, lo que no podía menos de suceder si se aclaraban los hechos. Pero contentóse por lo pronto con responder al señor R... una carta lacónica, dándole las gracias, y diciéndole que más tarde le explicaría todo lo que había de oscuro en su conducta. Después de lo cual abrió la petaca en la cual encontró el botiquín y el lindo escritorio, que era un verdadero dije, con cuanto había menester un jefe en campaña para el despacho de su correspondencia. Al abrir el primero de estos muebles Enrique encontró un billete que se apresuró a abrir. Era de Clemencia, y en él había puesto la enamorada joven las siguientes palabras:

Enrique mío: ¿Por qué no has querido hablarnos en el camino? He salido de Guadalajara, a pesar de tus instancias para que me quedase. No comprendo todavía por qué te empeñabas en dejarme con tus enemigos. Yo no podía vivir sin ti, y he salido a donde siquiera pueda tener noticias tuyas más frecuentes. Te mando mi botiquín, y la pobre Isabel te envía el escritorio de su padre que ella guardaba como reliquia, pero que desea que uses para que te acuerdes de ella.

Yo pienso en ti continuamente y te amo más que nunca.

CLEMENCIA.

Todo esto fue un motivo de temor y de contrariedad para Enrique, que veía bien claro la equivocación, y que consideraba cuánto bajaría en el concepto de aquella familia, y especialmente de aquella mujer tan apasionada y tan original, en el momento en que se explicase el *qui pro quo*, momento que no veía muy lejano.

Desde luego no dudaba que Fernando fuese el autor de aquella acción, que estaba tan en conformidad con su carácter; y como a sus propios ojos Valle aparecía tanto más generoso esa vez cuanto más desprecios había recibido de Clemencia en Guadalajara, temía que esta joven concibiese por su desdeñado rival una especie de admiración que pudiera convertirse... en simpatía.

—*Sin embargo* —dijo para sí— *la fortuna es mi madre, y la desgracia sigue a ese muchacho como una sombra* .

El traidor

Fernando llegó a Zapotlán de noche, y el primero que le vio fue su antiguo coronel.

—Mal negocio para usted amigo mío, ha sido usted un loco, el general en jefe está indignado contra usted, y Dios le saque con bien de la entrevista que va a tener.

Pronto llegó Valle al cuartel general y fue anunciado al jefe del ejército del Centro, que despachaba en su oficina con su secretario.

—¡Que entre! —dijo con voz seca, y levantando la cabeza con aspecto irritado.

—¿Usted es el comandante Valle? —preguntó, al entrar el joven.

—Sí, mi general; ayer he sido reducido a prisión y recibí orden de presentarme a usted; ignoro qué causa ha habido para esto.

—¿Ignora usted, eh? ¿No le acusa a usted su conciencia de nada?

—De nada, mi general.

—Usted está traicionando, comandante, usted es un mal mexicano. La noche en que usted salió a Zacoalco con su columna, se encontró con un correo que venía de Guadalajara, habló con usted, y entonces usted abandonó su tropa y se fue con él a Zacoalco a leer sus pliegos y a contestarlos, después de lo cual se volvió usted de nuevo en su compañía. Le despachó por delante, y en vez de seguir el camino recto tomó uno de través para dirigirse, no a la hacienda de Santa Ana, sino al pueblo de Santa Anita, contraviniendo las órdenes que se le habían dado. Y era porque una partida enemiga estaba en la hacienda y usted necesitaba que no lo viese su tropa. ¿De modo que usted está espiando nuestros movimientos y dando cuenta de ellos a los franceses? Y ¿sabe usted lo que su conducta merece? ¿Sabe usted que yo deseo dar un ejemplo terrible en el ejército, que quite las ganas a los cobardes o a los traidores de deshonar nuestras banderas? ¿Lo sabe usted, desgraciado?

—Mi general, en el informe que han dado a usted de lo que hice en la noche del cinco, han agregado un hecho enteramente falso, y desnaturalizado los otros. No había tal fuerza enemiga en la hacienda de Santa Ana, y apelo a los dueños de ella, que allí están y pueden declarar. Además, el hombre que yo encontré no era correo, sino un

mozo del señor R... de Guadalajara, que venía a Zacoalco en busca de un carruaje, pues el que traía ese caballero se había hecho pedazos en el camino. Yo tengo motivos de gratitud hacia esa familia y quise sacarla del apuro. El capitán X..., que debe estar aquí ahora, había llegado a Zacoalco en la tarde con un coche; me acordé de esto, pero como desconfié de que con un simple recado el capitán prestara su carruaje, abandoné la columna dos horas, y vine al pueblo a pedir al capitán este favor, que me concedió al fin. Volví con el carruaje, despaché al mozo por delante, como era natural, y si tomé un camino de través para no encontrar a la familia, fue porque no quería hacer conocido de ella mi servicio, y porque deseaba excusar sus manifestaciones de agradecimiento. He ahí mi conducta explicada; en cuanto a la falta que cometí abandonando mi escuadrón por dos horas, es cierta, y merezco castigo. También es cierta la contravención a las órdenes que acababa de recibir, dirigiéndome a la hacienda de Santa Ana; pero no hice más que pasar por el pueblo de Santa Anita, y con una hora de retardo estuve en mi punto.

El general parecía reflexionar con esta explicación dada por Fernando con un acento de verdad.

—De modo —volvió a preguntar— que ese carruaje que se facilitó al señor R... ¿fue usted quien lo consiguió y no el teniente coronel Flores?

—Yo, señor, y no él, puesto que según informa a usted él mismo, yo encontré al mozo la noche del día cinco y regresé a Zacoalco y volví a despacharle con el carruaje.

—Y ¿quién ha dicho a usted que sea su jefe quien me informa?

—Lo adivino, señor; él me odia...

—¿Pero cómo no vio a usted el señor R...?

—Recuerde usted señor que se le ha informado que tomé un camino de través para evitar su encuentro, y esa es la razón de por qué no me vio y de por qué seguramente ignora que yo fui quien le envió el coche.

—Puede que tenga razón —dijo el general a su secretario en voz baja— aquí hay una equivocación seguramente. ¿El señor R... no nos dijo que hubiese visto a Flores?

—No, señor, dijo que había tomado un camino de costado para no encontrarle, recuerde usted.

—Pues es verdad, y el informe coincide perfectamente, y sólo omite lo del carruaje.

—Entonces Flores pecó de ligero en acusar a este muchacho. ¿Recuerda usted qué día nos dijo el señor R... que se había roto su carruaje?

—El cinco, señor, y ese día, nos dijo que había salido de Guadalajara un poco antes de que los franceses entraran.

—¿Qué día salió Flores de Sayula para Santa Ana?

El secretario consultó algunos papeles, y respondió:

—Salió el cinco en la tarde, señor, y no marchó directamente para Santa Ana, sino que antes fue a desempeñar la misión que se le confió; en la tarde del siete regresó según el parte del general Arteaga, en el acto volvió a salir, y el ocho llegó a Santa Ana, según su comunicación que ha venido con el informe respecto de este comandante.

—¿De modo que él no pudo ser quien consiguió el coche para el señor R... en Zacoalco en la noche del cinco?

—No, señor, porque estaba muy lejos de ese pueblo.

—Ni pudo encontrar en el camino al señor R...

—Yo creo que no, porque este señor parece que llegó a Sayula el día seis en la noche, y continuó su camino, llegando aquí el siete; así es que no pudieron encontrarse, porque el coronel no estaba en el camino en esos dos días.

—¿Qué día salió usted para Santa Ana? —preguntó el general a Fernando.

—El cinco en la mañana, señor, llegué a Zacoalco, di un pienso a la caballada y continué mi marcha a las siete de la noche para la hacienda, a donde llegué el seis, como parece que se le informa a usted.

El general volvió a consultar la comunicación de Flores.

No había duda, estaba explicada la conducta del comandante acusado.

Sólo faltaba indagar si había habido fuerzas enemigas en Santa Ana, como parecía asegurarse, y preguntar al capitán X... si había prestado el carruaje.

—Bien —dijo el general— mañana pondremos completamente en claro la conducta de usted, que según sé, no ha inspirado a sus jefes, desde hace tiempo, mucha confianza que digamos. Y de todos modos, usted será castigado por andar consiguiendo coches para las familias, con perjuicio de sus deberes... ya veremos mañana... vaya usted a su prisión...

—Mi general —dijo Fernando resueltamente— esperaba concluir la explicación de mi conducta esta noche, para dar a usted otro informe; pero ese, apoyado en pruebas... El traidor no soy yo, sino el que usted

va a conocer en este momento. Desde la llegada del jefe de mi cuerpo quedé en Santa Ana con cincuenta soldados, y él, como usted lo sabrá, permanece en el pueblo de Santa Anita. Pues bien; antes de anoche me avancé unas cuatro leguas más cerca de Guadalajara, y allí hice alto. Tenía yo noticia de que la noche anterior se había visto venir hasta allí una partida de caballería enemiga. A las doce de la noche, ocultando mi fuerza perfectamente tras de una pequeña colina, me avancé hacia el camino, seguido sólo de un asistente de mi confianza, y como a unos cien pasos me detuve al pie de una arboleda, lugar en que se me había dicho por un vaquero que había estado la partida enemiga en la madrugada del día anterior. Una hora después, como a la una y media, vi que se acercaba un jinete que iba con dirección a Guadalajara. Al llegar frente a nosotros salimos al encuentro y le detuvimos. El se aterrorizó, y preguntándole quién era, nos contestó después de mucha resistencia que era correo del teniente coronel Flores, que iba a Guadalajara a entregar al general enemigo M... un pliego que llevaba oculto. Era un sargento de mi cuerpo, de los favoritos del teniente coronel, y tan luego como me conoció por la voz, me confesó que había ido ya dos veces a la plaza enemiga. Recogí el pliego, y pensando qué haría para ocultar a todos aquella presa y evitar que el teniente coronel tuviera conocimiento de que estaba denunciado, discurrí llamar inmediatamente a otro de mis asistentes, hombre de confianza y le previne, lo mismo que al que había estado conmigo, que maniatando al sargento-correo perfectamente y montando uno de mis muchachos a la grupa de su caballo, marchasen sin pérdida de tiempo para Sayula. Me prometía llegar a la hacienda, escribir al general Arteaga para hacerle saber aquel incidente, y acompañarle el pliego consabido para conocimiento de él y de usted. Aun no podía leer el pliego, pero me presumía lo que encerraba. De todos modos, hice partir a los soldados antes de que hubiese luz, y les advertí que en el camino los alcanzaría un correo mío, que les daría las órdenes que habían de ejecutar. Después, como a las cuatro de la mañana, me uní a mi fuerza y regresé con ella a Santa Ana, donde encontré, con gran sorpresa mía, al oficial que me intimó la orden de prisión y que designó la escolta que me ha conducido hasta aquí. En Zacoalco alcancé a mis dos soldados y al sargento preso, y mientras descansamos hice decirles con mi criado que se adelantasen hasta este pueblo, a donde han llegado hoy antes que nosotros, auxiliados por los jueces de Acordada, a quienes han dicho que era un correo del enemigo que se remitía al cuartel general. El correo está allí, señor, y el pliego es éste.

—Veamos, veamos —dijo el general, que había escuchado con atención el relato de Valle, y dado muestras de una impaciencia extraordinaria.

Abrió el pliego, que era pequeño, muy lleno de dobleces, de modo que formaba un volumen reducidísimo. Le leyó con suma atención, así como otros dos papelitos que estaban adjuntos, y los pasó en seguida a su secretario, volviendo a leerlos con él.

—¿Qué le parece a usted? —dijo al secretario con voz sorda y trémula de cólera— ¡mis órdenes! ¡Mis instrucciones reservadas! ¿Esperaba

usted esto de ese famoso recomendado, de ese imbécil del general X...? ¡Una traición en toda forma! De modo que estábamos vendidos enteramente.

—Lo estamos aún, señor —replicó el secretario— mientras ese hombre esté allí. Ha sido una fortuna semejante revelación. Es preciso arreglar este negocio pronto... esta misma noche.

—Ya lo creo que esta misma noche. ¡Hola! ¡Un ayudante!

Se presentó un ayudante en el acto, el cual recibió órdenes en voz baja y salió apresuradamente.

—¿Pero esta es la firma de ese pícaro?

—Su firma y su letra, señor general; aquí están sus comunicaciones todas.

—¡Y le hemos ascendido! ¡Si tengo yo una confianza!

—Comandante —dijo luego dirigiéndose a Valle— ha hecho usted un servicio a la causa de la República con esto, y no tema usted por sus faltas anteriores. Demasiado grave es lo que hace su indigno jefe para que hagamos alto en las irregularidades de la conducta de usted. Ha hecho bien en manejarse con tal reserva. Está usted libre; llame a sus soldados y tráigame al sargento.

Un instante después Fernando apareció con los tres.

—Aquí están, mi general.

—Acércate, sargento: ¿por qué vienes preso?

—Mi general, aquí mi comandante le dirá a usted; me encontró en el camino de Guadalajara...

—¿Quién te mandaba? ¿A qué ibas?

—Señor, mi teniente coronel Flores me ha enviado dos veces a Guadalajara a llevar comunicaciones al general M... y llevaba yo anteanoche otro pliego cuando mi comandante me hizo prisionero.

—¿Es éste el pliego que llevabas?

—Sí, mi general, ese es, lo llevaba yo cerrado y pegado con lacre.

—Bien ¿tú conoces al general M...?

—Sí señor, he servido con él en tiempo de los mochos, y por eso me escogió mi teniente coronel. Yo le suplicaba que no me mandara a donde

estaban los franceses; pero él me dijo que eran asuntos del gobierno nuestro, y que además me recomendaba el secreto porque no convenía que ninguno lo supiera; y me dio dinero y me prometió hacerme oficial dentro de pocos días.

—¿Y el general M... mandaba también pliegos?

—Sí, señor, yo se los llevé a mi teniente coronel, y la noche antes de que me aprehendieran vino el mismo general a hablar con mi jefe; yo acompañé a éste con otros veinte hombres.

—Y ¿no oíste qué decían?

—No, mi general, nos quedamos lejos; pero yo advertí que los que venían con el general M... eran franceses, porque los oí hablar y tenían una lengua diferente de la nuestra.

—Está bien, retírate bribón, y prepárate, porque te voy a fusilar por traidor.

—Mi general —dijo el desgraciado sargento afligido— yo no tengo culpa; mi jefe me mandaba y yo obedecía... tengo familia, señor...

—Bien; vete. Que ese sargento permanezca incomunicado —dijo el general a un ayudante.

El sargento salió.

—¿Qué tal es este sargento, comandante?

—Es bueno, mi general, cumplido y subordinado. Estoy seguro de que ha dicho a usted la verdad. Es uno de los que quieren más al teniente coronel; pero el pobre tal vez no cree faltar a sus deberes obedeciendo.

—Bueno; retírese usted, y silencio por ahora.

—Pierda usted cuidado, mi general.

El cuartel maestro entró.

—Vea usted lo que pasa —dijo el general alargando el pliego de Flores al cuartel maestro.

—¡Infame! —murmuró éste.

—¿Están listos los cuerpos?

—Sí, señor.

—Pues en marcha ahora mismo. Que estén mañana en Sayula y pasado mañana en Santa Ana. Es preciso que ese bribón no conozca que sabemos su traición, y luego que esté todo arreglado, ya sabe usted, con una buena escolta y caminando día y noche, acá. Nos importa averiguarlo todo y saber a qué atenernos. Ésta es una cadena que tiene eslabones más gruesos de lo que aparecen. Ese cuerpo de caballería no me inspira ya confianza, está minado desde Guadalajara. Así es que por compañías, y bien vigiladas, que se dirija también para acá. Esta noche que quede arrestado el general X... pues me parece algo complicado en el negocio.

—Está bien, señor. ¿No tiene usted nada más qué ordenar?

—Nada más por ahora.

—Con permiso de usted.

—A trabajar nosotros —dijo el general a su secretario.

Y un momento después los dos estaban inclinados sobre la mesa, mientras que los ayudantes dormían sentados y envueltos en sus capas en la pieza inmediata, y los centinelas se paseaban a lo largo de los corredores.

En la plaza de Zapotlán había ese movimiento que se nota cuando va a salir una fuerza. Dos cuerpos de caballería se formaban en columnas, y poco después desfilaban silenciosamente, dirigiéndose por el camino de Sayula. Un general iba a su cabeza, y llevaba las instrucciones más detalladas sobre las órdenes que iba a ejecutar.

Entretanto, allá en la hacienda de Santa Anita el teniente coronel Enrique Flores, que había recibido una nueva comunicación de Guadalajara, no sabía cómo explicarse que su sargento no hubiese venido aún; ni que no le dijese nada acerca del pliego que había enviado con aquel emisario, cuyo pliego era el más interesante quizá de todos, por contener las instrucciones reservadas que el cuartel general había circulado a todos los jefes de la línea avanzada.

¿Habría traición en esto? ¿Pero en qué consistía? Por lo demás, tenía conocimiento ya de que Fernando la noche en que había enviado al sargento a Guadalajara, había estado avanzando hasta cuatro leguas más allá de Santa Ana; pero ninguno le decía más, y estaba tranquilo por ese lado. Sin embargo, la tardanza del sargento le tenía inquieto y agitado por diferentes pensamientos; había mandado tocar *¡a caballo!* varias veces y otras tantas había dado contraorden. No sabía por qué; pero sentía crecer su odio a Fernando cada vez más, y esperaba con impaciencia saber noticias del cuartel general.

Proceso y sentencia

El día 19 de diciembre, al anochecer, un cuerpo de caballería llegaba a la ciudad de Colima, custodiando a tres o cuatro oficiales prisioneros.

Llegó a la plaza, pasó lista y se acuarteló después. El jefe, que era un general, pasó a la casa del gobernador y comandante militar, habló con él largamente, le entregó comunicaciones del cuartel general del ejército del Centro, al cual estaba subordinado el expresado gobernador, después de lo cual el citado jefe volvió al cuartel, se informó de si los presos estaban incomunicados, dio varias órdenes y se retiró a su alojamiento.

Al día siguiente se tuvo noticia de que uno de los presos era un coronel acusado de traición a la patria. Ya se comprenderá que ese coronel era Enrique Flores. El general en jefe había querido que este delincuente fuera procesado en Colima y no en Zapotlán. Para esto había tenido sus razones. Presumía que Flores obraba de acuerdo con algunos jefes más caracterizados del ejército, según se deducía de sus propias comunicaciones, y para dar mayor independencia al fiscal y a los jueces, había querido que este juicio se siguiese en una plaza que, sin estar lejos del cuartel general, estuviese enteramente separada del ejército.

En efecto, en Colima, entonces, a donde yo estaba hacía unos quince días, pues mis enfermos iban en aumento, había una brigada mixta a las órdenes del gobernador del Estado, que se tenía como de reserva por aquel tiempo.

Colima, como la ciudad más importante de las que poseía aún el ejército republicano, y cercana a Zapotlán, donde el general en jefe había fijado su residencia, estaba entonces llena de oficiales, tenía una maestranza en actividad y servía, en fin, de almacén del ejército. Además, estaba llena de emigrados de Guadalajara que, sea por repugnancia o por falta de recursos, no habían querido embarcarse para San Francisco. Había, pues, gran animación en esta linda y coqueta ciudad, tan pintoresca por su fertilidad y su situación, y tan alegre por el carácter de sus habitantes.

Como el general estaba impaciente por descubrir todos los secretos de la conspiración que sospechaba, y como, por otra parte, la famosa Ley de 25 de enero de 1862 no permitía demoras, un fiscal militar que había comenzado desde Zapotlán la causa del teniente coronel Flores, la continuó en Colima al día siguiente de llegar el preso, y la continuó con una actividad febril.

Dos días después la causa se hallaba en estado de verse en Consejo. El reo no había querido reconocer sus comunicaciones desde Zapotlán, y negó obstinadamente haber mantenido relaciones con el enemigo, atribuyendo al odio del comandante Valle todo cuanto se probaba en su contra. No reconoció tampoco los papeles que se le encontraron en sus maletas y en el lindo escritorio que conocemos, y que eran comunicaciones del enemigo, en las que se le ofrecía la banda de general y otras cosas, a nombre de Bazaine y de la Regencia.

Pero estaba enteramente convicto. Ni hubiera podido ser de otro modo, denunciado como estaba por el sargento aprehendido por Valle y por varios oficiales de su cuerpo, a quienes había logrado seducir.

El fiscal pidió a la comandancia la reunión del Consejo; ésta la dispuso, previa consulta del asesor, y en la tarde misma el tribunal militar estuvo reunido. Flores se defendió cuanto pudo, aunque esperaba salvarse, no por alegatos, que ninguno tenía, sino por recomendaciones e influjos con que contaba cerca del cuartel general.

Así es que a las diez de la noche el Consejo le condenó a ser fusilado. La comandancia aprobó la sentencia al otro día, y se ordenó la ejecución para la mañana siguiente.

Debo advertir que con la fuerza que había llegado custodiando a Flores había venido también un escuadrón de su cuerpo, mandado por Valle. Este joven no podía ocultar su disgusto, por venir al lugar en que suponía que iba a ser ejecutado su enemigo.

Su conciencia no le acusaba, es verdad, de haber hecho mal en presentar las pruebas de la traición de Flores. Se había defendido, y en tal caso, ni él era quien le llevaba a la muerte, ni era tampoco para un oficial republicano motivo de pesar el que se castigase ejemplarmente la traición a la Patria en aquellos momentos de lucha y de prueba.

Pero con todo, Fernando, generoso por organización, deploraba aquella circunstancia, pensaba en el pesar profundo que la muerte del gallardo joven iba a causar en el alma de la mujer que él amaba, pesar que iba a llevar hasta el delirio la pasión de Clemencia, y esto sólo bastaba para que le fuera repugnante semejante muerte, y más repugnante aún la consideración de que él estaba expuesto al odio justo o injusto de la enamorada joven y de su familia.

Había más todavía. Enrique que, como sabemos, era adorado de sus soldados que estaban dispuestos a seguirle no sólo a las filas enemigas, sino que le hubieran acompañado hasta en el bandidaje del camino real, murmuraban en voz alta de la conducta del comandante que no contaba aún en su mismo escuadrón sino con muy pocos defensores.

Esta malevolencia, estas consideraciones llenaban de tedio a Fernando, y deseaba que se concluyera pronto aquel horrible asunto, para pedir que se le emplease en otro cuerpo inmediatamente.

Para colmo de fastidio el comandante militar de la plaza, cuando se confirmó la sentencia de Flores, y que se dispuso que éste entrara en capilla, como se acostumbra decir, llamó a Fernando y le dijo:

—Comandante, el general en jefe del ejército acaba de prevenirme que las compañías del escuadrón de usted queden refundidas en los cuerpos de caballería de mi brigada, pues tiene motivos para sospechar que estén minadas por las sugerencias de su antiguo coronel, y es conveniente que los soldados queden perfectamente vigilados y en la impotencia de hacer traición. Hoy mismo dispongo esto en la orden general de la plaza. Pero como usted es un buen jefe a quien el cuartel general quiere distinguir, también dispone que quede usted mandando uno de los escuadrones del cuerpo que ha venido custodiando al reo. He comunicado al general que lo manda, tal disposición, de modo que en este momento va usted a ponerse a sus órdenes, y probablemente le dirá a usted que se haga cargo de la custodia del reo que va a ser ejecutado mañana.

—Mi general —dijo Valle con disgusto— yo suplico a usted que...

—Comandante, es usted soldado y debe saber que no se replica...

—Obedezco, señor.

En efecto, Valle recibió el mando del escuadrón y la orden de custodiar al reo en la capilla.

Su malhumor fue indecible. Casi se le obligaba a vengarse de su enemigo. En realidad, las razones que había para confiarle tan triste misión, eran las de suponerse que él, a causa de sus resentimientos, sería el que vigilase con más rigor al reo. Éste contaba con numerosos amigos, tanto en su antiguo cuerpo como en el que le había custodiado, y se temía cualquier maquinación de su parte.

Colima entera estaba conmovida. Los numerosos emigrados de Guadalajara, en su mayor parte amigos de Flores, y excitados por la familia de Clemencia, que estaba desesperada, hacían esfuerzos inauditos para obtener que se suspendiera la ejecución mientras que se corría a Zapotlán a ver al general en jefe.

No perdonaban medio alguno, acudieron al comandante de la plaza desde que se supo la sentencia del Consejo, hicieron representaciones, empeñaron a los personajes principales de la población cerca del comandante, prometieron gruesas cantidades en cambio de la vida del joven, y no descansaron un momento.

Pero todo fue inútil. El cuartel general estaba demasiado interesado en aquel castigo, para que se suspendiese.

Por último, Clemencia, apasionada hasta la locura, y enérgica por naturaleza, apeló al mayor extremo. Obligó a su padre a marchar en una silla de posta a Zapotlán para obtener el indulto, o al menos la suspensión de la muerte de Flores, y el viejo comandante partió resuelto a ofrecer al general en jefe del ejército la mitad de su fortuna, para cumplir los deseos de su hija. Él veía que, si no lo hacía de esta manera, la impetuosa joven, exaltada por su pasión y por la desgracia de su amante, era capaz de darse la muerte. Corrió el señor R... con tal celeridad que, antes de las seis de la tarde, llegaba al cuartel general.

En capilla

Clemencia estaba loca de dolor, la noticia de la prisión de Flores, que no supo sino hasta que llegó este joven custodiado a Colima, fue para ella un rayo.

Ignoraba la causa, pero no tardó en saberla, y se resistió a creer obstinadamente en la verdad de semejante acusación. El exaltado patriotismo de Clemencia le hacía considerar a su amante como víctima de una atroz calumnia, pues conocía perfectamente el carácter de Enrique y sabía que prefería morir antes que traicionar a sus banderas y hacer causa común con los enemigos de su patria.

No: Enrique no podía ser traidor, no podía degradar su noble carácter republicano, no podía abandonar la defensa de la nación invadida injustamente, no podía perder su heroica posición para aceptar el yugo francés. Semejante idea la irritaba, y la sola consideración de lo que sufriría el orgulloso joven acusado de tamaño crimen, le causaba terror y desesperación.

Quiso ver a su amante para escuchar de sus labios la verdad; pero Enrique estaba incomunicado rigurosamente, y ni aun se permitió entregarle una carta de la joven, ni los ruegos del padre de Clemencia fueron bastantes para vencer la resistencia de los oficiales encargados de custodiar al reo.

En tal situación la familia hizo buscar a los criados del coronel; pero ellos estaban también vigilados y arrestados, y no se pudo hablarles tampoco. La desesperación de la hermosa joven fue indecible.

Pero todavía tuvo creces, cuando supo, a no dudarlo, que la causa de la prisión de Enrique había sido una acusación de Valle.

Entonces Clemencia comprendió todo. Su amor era la causa de la desgracia de Flores. Éste y Fernando eran rivales; el primero había sido preferido, y el segundo, apasionado como parecía estar, y furioso de celos, había maquinado para perderle. No había duda alguna, Fernando era el infame calumniador de Flores, y lo que ignoraba Clemencia era cómo el odioso comandante había urdido una acusación que pudo tener tan buen éxito.

Con este pensamiento fijo, Fernando se le aparecía en todo lo espantoso de su carácter miserable y vil.

Recordaba que aquel joven, aparentemente humilde, devoraba en silencio los desaires que se le hacían, mirando con ojo torvo los triunfos de Enrique, cuya superioridad le humillaba. Poníase a considerar que Valle era de esos hombres en cuya palidez puede leerse la historia de todas las malas pasiones. Indudablemente, el que teniendo igual posición militar que su rival, ve todos los días que este se atrae todas las miradas y simpatías y la predilección de sus jefes, así como comprende la superioridad real de sus cualidades, no puede menos de enfermarse de envidia, a menos que tenga una alma elevada y excepcional.

Valle no daba un paso en unión de Flores, que no recibiese un desprecio; no trataba a una mujer que no tuviese luego mil preferencias por el otro, no lograba superar a su antagonista ni siquiera en el amor de sus soldados, ni siquiera en la estimación de sus compañeros. Era la antipatía personificada junto a la simpatía de que tan digno representante era Enrique, el caballeroso, el *león*, el artista y el hijo mimado de la fortuna. Además, era natural que aquel odio sordo y concentrado, que aquella envidia villana y cobarde hubiesen llegado hasta el extremo, con motivo de lo que había pasado en Guadalajara.

Clemencia, por un juego de coqueta que le había parecido insignificante respecto de Fernando, aunque había tenido por objeto vencer la indiferencia de Enrique, había demostrado demasiado cariño al primero, lo cual había hecho que el pobre diablo se enamorase de ella. Después, cuando Enrique comprendió al fin lo que aquella comedia femenil indicaba y cayó en sus brazos lleno de amor, era seguro que el engañado comandante había sufrido violentamente, puesto que había dado muestras de su irritación en el baile de Navidad, y que había querido batirse al día siguiente, y como la venganza que deseaba no había podido realizarse, había acabado por envilecerse el alma de Fernando hasta el grado de hacerle cometer una acción infame y espantosa. Había calumniado a Enrique, y con su calumnia le llevaba al cadalso.

Todo esto pensó Clemencia, y su cólera contra Fernando no conoció límites. La impetuosa joven habría querido matar al acusador de su amante si hubiera podido, y deseaba su presencia para manifestarle el más hondo de sus desprecios.

Isabel, por su parte, que ya conocía la pasión de su amiga por su antiguo amante, comenzó, como era natural, por tener unos celos que la mataban; pero acabó por callarse y sufrir con esta resignación de las almas débiles que no pueden luchar.

Reflexionaba, además, que Enrique estaba perdido para ella, puesto que no la amaba; y esto, la resolución que había formado de no quererle y el cariño profundo que tenía a su amiga, acabaron por hacer que no viera en Clemencia una rival dichosa, sino una hermana a cuya felicidad era preciso sacrificarse.

Pero cuando supo la terrible noticia, cuando vio a Clemencia llena de angustia; cuando comprendió todo lo horrible de la situación de Enrique, hubo una especie de sobreexcitación en su alma, el fuego mal apagado volvió a encenderse y, sin pensar entonces en que no era amada, sin dar cabida en su pecho a la pasión de los celos, sin abrigar ningún mal sentimiento, sufrió como Clemencia, y como ella estuvo dispuesta a sacrificar hasta la vida por salvar la del hombre a quien tanto amaba.

De modo que Enrique contaba con la protección de esos dos ángeles. Sólo que Isabel se contentaba con llorar y rezar, y Clemencia trabajaba con energía. La una invocaba al cielo llena de esperanza; la otra, sin desesperar de la protección divina, contaba con su fortuna, con su belleza y con el prestigio de su padre.

Cuando Clemencia supo que el fallo del Consejo de guerra se había fundado en pruebas muy patentes de la traición de Enrique, desfalleció. ¡Su amante traidor! Eso hubiera querido decir que él la había engañado vilmente.

—No lo dude usted, Clemencia —le decía una persona—. Le han presentado comunicaciones del enemigo dirigidas a él, ofreciéndole el empleo de general y otros puestos elevados, y comunicaciones también suyas en que daba cuenta de las operaciones del ejército y prometía pasarse con su cuerpo a las filas francesas. Él ha negado todo esto, pero está convicto enteramente, pues las instrucciones reservadas del general en jefe que se le habían comunicado a él solo en su línea, eran transcritas al enemigo para su conocimiento.

Estas aseveraciones arrojaron la duda en el alma de Clemencia; pero apenas acababa de escucharlas y reflexionaba sobre ellas, cuando recibió una carta de Enrique, y su padre recibió otra. En ellas le protestaba su inocencia, aseguraba que Fernando, deseando vengarse de él, había urdido esa infame calumnia en su contra con una habilidad infernal, de modo que las pruebas presentadas le condenaban aparentemente, y por último, rogaba al señor R... que le salvase a toda costa, y a Clemencia la conjuraba por su amor a apurar todos sus recursos para librarle del cadalso. Ofrecía su fortuna y la de su familia a cambio de su vida y, en fin, se mostraba tan angustiado, tan aterrado y, parecía hablar con tal sinceridad, que la familia de Clemencia y la de Isabel se consternaron y decidieron apelar a todos los medios para salvarle.

Entonces fue cuando Clemencia rogó de rodillas a su padre que marchara a ver al general en jefe, a fin de obtener el perdón de Enrique.

Después de partir el anciano, Clemencia invitó, rogó a todos sus amigos que obtuvieran del comandante de la plaza la suspensión del cumplimiento de la sentencia, siquiera por un día más, y conmovió a todo Colima con sus esfuerzos y su aflicción.

Y pálida, convulsa de dolor, trastornada, pero sostenida aún por su indomable energía, después de poner en acción cuanto estaba de su parte para salvar al joven, de recorrer varias calles y obligar a cien personas a acercarse al jefe del Estado, acompañada de su madre y de Isabel se dirigió a la prisión en que Enrique estaba esperando su última hora. Suplicó a la guardia que le permitiera ver a su amante, se avisó al comandante Valle que allí mandaba, como lo he dicho, y éste otorgó el permiso de buena voluntad y con el corazón oprimido, porque preveía la escena que iba a pasar, y sentía de antemano las maldiciones que iban a pesar sobre él.

Clemencia penetró en la prisión con sus compañeras y se precipitó en los brazos de su desgraciado amante. Isabel encontró bastante energía en su naturaleza delicada para no sucumbir en aquella lucha terrible, pero cayó de rodillas y no hizo más que sollozar.

Aquella entrevista fue dolorosísima y no la describiré.

Al cabo de una hora se separaron.

—Clemencia —dijo Enrique oprimiendo contra su corazón a su amada— no olvides mi súplica. Necesito un veneno, yo no quiero salir a la expectación pública y morir en un cadalso afrentoso. Esta idea me hace perder la cabeza. Tráeme un veneno; pero tráemelo tú, porque difícilmente llegaría a mis manos si le enviases con otra persona. Por nuestro amor, no lo olvides.

—Te lo prometo, volveré esta noche; pero no pierdas la esperanza, mi padre obtendrá tu indulto... espera —respondió la joven anegada en llanto.

Salieron, y antes de atravesar la puerta, Clemencia, reponiéndose, enjugando sus ojos y recobrando su continente altivo y enérgico, dijo a sus compañeras:

—Me falta cumplir un deseo; vengan ustedes.

Después pidió a un oficial que avisase al comandante Valle que deseaba hablarle.

Valle, sorprendido de aquella petición, salió de su aposento y vino a encontrar a la hermosa joven, a quien saludó descubriéndose respetuosamente.

—Escuche usted, señor Valle —dijo Clemencia con una expresión de desprecio supremo— comenzó usted por serme indiferente, después me fue usted fastidioso; pero nunca creí que llegase usted a hacerse tan vilmente despreciable como hoy le considero.

—¡Clemencia! —interrumpió el joven, sintiendo correr hielo por sus venas al escuchar aquellas palabras.

—¡Oh! no me trate usted con familiaridad, señor, que nada tengo yo de común con un calumniador miserable, que se venga cobardemente de su enemigo llevándole al cadalso.

—Pero, señora ¿ha venido usted a insultarme de este modo?

—No, señor: he venido a jurar a los pies de ese hombre que va a morir, pero a quien adoro con locura, que le amo, que le amo con toda mi alma, que no morirá para mí, y que no tardaré en seguirle. ¡Oh! usted no sabe de lo que es capaz una mujer de mi temple cuando está apasionada... Usted que se atrevió a esperar de mí otra cosa que una mirada de indiferencia, al verle a él preferido creyó que haciéndole asesinar podría extinguir su amor en mi corazón, usted se ha engañado: mártir, le amo más, mi amor es causa de su muerte; pero me quedo en la tierra unos cuantos días para vengarle. Le pareceré a usted una loca; pero ya me conocerá usted mejor.

—¡Clemencia! —dijeron a una voz la señora Mariana e Isabel, espantadas de la violencia de la joven.

—¡Oh! perdónenme ustedes... estoy extraviada... este hombre cruel ha amargado para siempre mi vida, ha despedazado mi corazón... ha perdido mi alma.

Clemencia no lloraba. Su pecho se levantaba fuertemente, y ella parecía hacer esfuerzos supremos para no gritar y caer desfallecida. La señora la tomó en sus brazos y, dirigiéndose a Fernando, le dijo:

—Aléjese usted, señor, y perdónela, como nosotros le perdonamos a usted. Amaba, y la ha matado usted acusando a Enrique.

—Y a mí también me ha matado usted, Fernando —murmuró sollozando Isabel— porque yo le amo también como ella...

Fernando estaba próximo a desplomarse, y se apoyó en la pared desvanecido. Las señoras se alejaron lentamente, porque Clemencia e Isabel vacilaban. Llegaron por fin a la puerta y subieron con pena a su carruaje, que partió con rapidez.

Antes de la ejecución

A las once de la noche Colima estaba en un profundo silencio, sólo interrumpido de rato en rato por el grito de los centinelas de la plaza y de los cuarteles y por los gritos melancólicos de los guardias nocturnos.

Enrique velaba en su capilla, abatido y lleno de terror. Tenía la fiebre que acomete a los reos de muerte cuando no tienen la fortuna de contar con un corazón templado y un alma estoica.

Aquel joven y brillante calavera había sido soldado más bien por vanidad que por organización, y aunque no se contaba de él ningún rasgo de valor, si no había avergonzado al ejército en algunas batallas a que había asistido, era porque siempre había procurado, con maña, esquivar los peligros más serios, sin por eso dar lugar a que se creyese que los huía.

Pero Enrique Flores no era de esos hombres que sonríen al ver acercarse la muerte. Gastado por los placeres de una vida sibarítica, no tenía en compensación esa fuerza de acero que no se destruye jamás en el espíritu de los valientes, y que no se subordina nunca a los nervios.

Sin creencias de ninguna especie, carecía también de la energía que da la justicia de una causa, que da el amor a la gloria. Él no había tenido más que ambición, y la ambición sólo sirve para sostener la audacia en los caminos de la fortuna; pero cuando está sola no sirve de nada en los negros momentos de la adversidad, y mucho menos en presencia de la muerte.

Enrique estaba desfallecido. Su corazón estaba próximo a estallar, como el de un niño o el de una mujer. No había allí el aliento de un hombre.

También es verdad que la convicción que tenía Enrique de ser culpable, y la consideración de que ante todo el mundo su delincuencia estaba probada, era bastante para quitarle su vigor. Además, un hombre que ha hecho en el mundo numerosas víctimas y que no ha vivido sino para gozar, no llevando en su memoria ese tesoro de consuelo de las buenas acciones que vale tanto como la gloria, no ve acercarse el fin de sus días sin estremecerse y sin abatirse.

Enrique, pues, tenía miedo, y oía el ruido del péndulo que anunciaba constantemente la marcha del tiempo, sintiendo que su golpe acompasado se repetía con indecible tormento en su corazón. Tenía los cabellos erizados y los ojos fuera de las órbitas. Mil visiones mentidas anunciaban que su cerebro era presa del delirio. Ora veía abrirse la

tierra y ofrecerle el escondite seguro de un subterráneo, ora se abría la pared y daba paso a un genio bienhechor que le conducía afuera, ora el techo se levantaba para dejarle salir, y sentía que, convertido en ave, huía, hendiendo los aires, lejos de aquella ciudad maldita.

—Es preciso que esto acabe con un veneno —dijo lleno de amargura— y ¡Clemencia que no viene! ¡Quiere, pues, verme fusilar en la plaza pública!

De repente contuvo su respiración, se apretó con ambas manos las sienes para apagar sus latidos y quedó atento. Acababa de oír los pasos de alguno que se acercaba. Era un oficial, porque los acicates producían un sonido diferente de los del soldado, en las baldosas.

El centinela de vista que estaba junto a la puerta entrecerrada de la prisión hizo chocar la culata de su carabina contra el suelo, en señal de respeto, y la puerta se abrió.

Era Fernando Valle.

Enrique se levantó azorado.

—¿Qué desea usted aquí, Fernando? —preguntó tartamudeando.

—¡Chit! —dijo Valle— hablemos en voz baja y escúcheme usted. Cierro la puerta para que estemos mejor.

—¿Viene usted a asesinarme?

Fernando sonrió con desprecio.

—Vengo a salvar a usted.

—¡A salvarme! ¡Cómo!

—Escúcheme. Si usted no hubiese traicionado, es seguro que yo no habría tenido motivo para acusarle; de modo que la traición de usted es la verdadera causa de que se halle así, próximo a ser ejecutado.

Enrique sintió que un sudor glacial inundaba su frente.

—Pero, en fin —continuó Fernando— yo le acusé; y la causa indirecta de su condenación soy yo. Tengo remordimientos por esto, y la muerte de usted emponzoñaría con su recuerdo mi vida entera. Quiero ahorrarme esta pena y, además, hay una mujer que moriría si lo fusilasen a usted. Quiero que viva y que sea feliz; ella lo ama y a su amor deberá usted su salvación. He aquí lo que vengo a proponerle. Usted se vestirá en este momento mi uniforme, se ceñirá mi espada y mis pistolas; he dicho que voy a salir a ver al general, con el objeto de que nadie extrañe verle a usted atravesar la puerta. Se echará usted el capuchón sobre la cabeza, y nadie podrá reconocerle. Se dirigirá usted a la casa de Clemencia, que

mi asistente que irá con usted señalará, y allí encontrará de seguro caballos para escaparse. Todavía más, aconsejo a usted que no tome el camino de Tonila para Zapotlán, porque usted supondrá que correría peligro, sino el del paso del Naranjo, y de allí, con guías seguros que le dará su amada, puede usted dirigirse a Guadalajara por caminos extraviados, y Dios ayude a usted.

Enrique quedó estupefacto... no podía creer aquello.

—¿Pero esto no es un lazo, Fernando?

—¿Lazo para qué? —respondió sonriendo tristemente Valle— ¿para matarle? No tendría yo sino dejar que pasara la noche, y a las siete de la mañana estaría usted fusilado. Además, cuando un hombre como yo le habla así, no engaña. Yo puedo ser desgraciado, pero no desleal.

—Pero usted ¿qué hará?

—Eso no es cuenta de usted, caballero; yo sabré arreglarme.

—Es que podrían fusilado a usted en mi lugar.

—Puede ser, pero también puede ser que no. Sobre todo, recuerde usted que una mujer le ama, y que moriría si usted muriese.

—¡Oh, Fernando, usted tiene un gran corazón; permítame usted que le abrace y que le dé gracias de rodillas; es usted mi salvador!

—Omita usted eso, señor, y vístase pronto, que los instantes corren y cualquiera cosa podría impedir...

Fernando se quitó su traje militar, es decir, su levita y su sobretodo, su kepí, se arrancó sus acicates de oro, se desciñó su espada y sus pistolas, y Enrique fue poniéndose todo hasta quedar perfectamente disfrazado. Fernando se envolvió en la capa de Enrique y se puso de espaldas a la luz que ardía en la mesa.

Luego que Enrique estuvo listo, Fernando le hizo señas de que saliese ya. Enrique, disimulando su temblor, se dirigió hacia la puerta y...

—¡Adiós! —dijo a Valle.

—¡Adiós! —respondió éste sin volver la cara.

El centinela volvió a chocar la culata de su carabina contra el suelo, el ruido de los pasos y de los acicates se alejó, luego se oyeron los pasos de otra persona, rechinó la puerta grande del edificio y todo quedó en silencio.

Fernando respiró como si algún enorme peso acabase de quitársele del corazón, después de lo cual apoyó los codos en la mesa y la frente en las

manos, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y murmuró con voz ronca:

—¡No creía yo que había de morir así!

Desengaño

Clemencia e Isabel no dormían esa noche; la segunda parecía haber agotado sus lágrimas, y permanecía de rodillas en el retrete de Clemencia, al pie de un crucifijo de marfil y de una Virgen Dolorosa. La primera, con el cabello en desorden y medio envuelta en un mantón negro, consultaba a cada momento el péndulo y abría con frecuencia la ventana como si aguardase a cada instante un correo.

Su pobre madre, con los ojos inflamados de llorar, rezaba a ratos, y en otros hablaba con Mariana que sufría horriblemente de la cabeza y que veía con angustia a su pobre hija que tenía el aspecto de una moribunda.

Acababan de dar las doce de la noche, y Clemencia rompía un pañuelo de batista entre sus manos con impaciencia febril, cuando llamaron fuertemente a la puerta de la casa.

El criado velaba y fue a preguntar quién era.

—Abre, abre pronto —dijo afuera una voz.

El criado corrió los cerrojos y abrió.

Era una casa baja, como lo son generalmente en Colima. Oyéronse pasos en el corredor y ruido de acicates.

—¡Un oficial! ¿Será enviado por Enrique? —dijo Clemencia levantándose apresuradamente.

Llamaron a la puerta de la sala, todas las señoras corrieron allá, y abrieron. Un militar se precipitó adentro con aire azorado. Echóse abajo el capuchón que cubría su semblante, era Enrique.

Isabel cayó desvanecida, las señoras temblaban, Clemencia, con los ojos fijos en su amante, quedóse pasmada y no pudo hablar.

—Soy yo, Clemencia ¿estamos solos?

Clemencia hizo señas afirmativamente sin poder articular palabra.

—No hay que espantarse, amor mío, seré breve: he aquí lo que ha pasado; pero antes de todo ¿hay un criado de confianza en la casa?

—Sí hay —respondió por fin Clemencia repuesta de su emoción.

—Pues que me ensille un caballo, pronto, y si hay otro, que me lo prepare para llevarle de mano; es preciso que yo huya ahora mismo.

La señora salió a dar las órdenes luego, y volvió.

—He aquí lo que ha pasado. ¡Fernando ha sido mi salvador!

—¡Fernando! —dijeron a una voz las cuatro señoras.

—Sí, Fernando, que tiene una grande alma, una alma inmensa, el alma que se necesita para morir en lugar de un enemigo.

Clemencia sintió que le faltaban las fuerzas.

Enrique contó brevemente lo que acababa de pasar en la prisión, refiriendo palabra por palabra lo que le había dicho Fernando. El asombro de las señoras crecía a cada instante. Enrique añadió:

—Yo no conozco el camino del Naranjo, y me perdería; necesito primero disfrazarme con traje de paisano, y luego llevar un guía que, después de atravesar el paso, me dirija a Guadalajara.

—¿A Guadalajara? —respondió Clemencia.

—Sí, Clemencia, a Guadalajara, yo no estaré seguro sino allí.

—Pero allí están los franceses.

—Precisamente por eso. Éste no es el momento de ocultar la verdad ya. Sepan ustedes que, en efecto, los pliegos que cogió Valle eran míos. Yo estaba en comunicaciones con aquella plaza, y ahí se me brinda con una banda de general. Debí pasarme con todo mi cuerpo y con algunos otros, pero desgraciadamente me retardé y fui descubierto.

—¿Luego usted traicionaba? —preguntó Clemencia interrumpiéndole con violencia.

—Traicionar no es la palabra, vida mía; en política estos cambios no son nuevos, y el rencor de los partidos los bautiza con nombres espantosos. Pero el tiempo vuela y es preciso salvarme. Señora ¿tendría usted la bondad de traerme un traje y de arreglar lo de los caballos?

—Sí, señor, todo.

Sacáronle un traje completo, que Enrique se vistió con una prontitud maravillosa. Luego el criado, dispuesto también, avisó que los caballos esperaban.

Enrique abrazó de prisa a las señoras y a Isabel, que apenas tuvo fuerzas para moverse; pero al llegar a Clemencia, a quien alargaba los brazos con ternura, la joven, irguiéndose con una altivez que iluminó su semblante con el brillo de una hermosura divina, alargó una mano para rechazarle.

—Vaya usted con Dios, señor Flores —le dijo— vaya usted con Dios, y que él le salve.

—Pero, Clemencia, ¿qué es esto? ¿Me rechaza usted? ¡Dios mío! ¿Por qué?

—Quisiera morirme esta noche, caballero, mejor que saber todo esto. Aléjese usted: todo lo comprendo.

—¿De modo que no podré esperar ver a usted pronto en Guadalajara?

—No me verá usted nunca, señor, nunca.

—Señor, huya usted —dijo la madre de Clemencia empujando a Enrique.

Éste salió vacilando como un ebrio, montó a caballo seguido del criado, atravesó el zaguán y se alejó al paso por la calle, y momentos después se oyó el galope de los caballos que acabó por perderse en el silencio de la noche.

Las cuatro señoras habían quedado mudas y cabizbajas. Clemencia no pudo más, y cayó desplomada en una silla.

—¿Es que le amas todavía? —le preguntó tímidamente Isabel.

—Es que le desprecio con toda mi alma. Aquí no hay más que un hombre de corazón, y es el que va a morir —respondió Clemencia, convulsa y próxima a desmayarse.

—¡Qué horrible es todo esto! —dijo después de un instante Mariana.

—¡Qué horrible es —dijo Clemencia con una indignación que le volvió toda su energía— haber amado a semejante miserable, haber corrido por Colima, como una loca, suplicando y llorando, y haber expuesto todos los días la dignidad de un padre anciano para salvar a un hombre que ha acabado por aceptar el sacrificio de la vida de otro, y por confesar con vanidad que es un traidor! ¡De modo que ese infeliz Fernando no era un calumniador, de modo que le hemos ultrajado injustamente, de modo que habrá tenido un infierno en el corazón, y que va a morir asesinado por nuestra crueldad...!

Y Clemencia, que hasta allí había contenido sus lágrimas, rompió a llorar; pero con tanta violencia que las señoras se acercaron a ella y la estrecharon entre sus brazos.

Isabel lloraba también silenciosamente.

—Esto es verdaderamente para morir, madre mía —continuó Clemencia bañada en llanto—. El desengaño ha sido terrible; pero él no me destroza el corazón, como la idea de que soy yo la que va a matar a ese noble joven. Antes creí que era yo también la causa de que Enrique fuese calumniado por su rival celoso; pero ya veo que no fue así; su crimen le condenaba. A Fernando, sí, yo soy quien le mata.

Después de estas palabras ya no hubo más que silencio, sollozos y abatimiento de Clemencia, que mesaba en su dolor sus hermosos cabellos negros, que devoraba sus lágrimas y que daba las señales de la más frenética desesperación.

Sacrificio inútil

Amanecía cuando se oyó el galope de un caballo en la calle, y a poco llamaron de nuevo en el zaguán. Era un correo del padre de Clemencia, que apenas pudo hablar de fatiga.

—He corrido como nunca —dijo— aquí está una carta.

El señor R... decía a su hija:

He cedido la mitad de mi fortuna en favor del ejército, pero Enrique ha sido indultado. ¡Qué trabajo costó! Adjunto la orden para el comandante; que se lleve luego. ¡Ojalá que sea tiempo!

Clemencia enseñó la carta a su madre moviendo la cabeza con amargura, y arrojó en una mesa la orden del cuartel general.

—Que se ha de llevar ese pliego, me dijo el señor.

—Es inútil —contestó Clemencia— vete.

—El llegará aquí a las ocho —añadió el correo.

—Bien: vete.

Como a las diez llegó el carruaje del señor R... y él se bajó fatigado y entró lleno de ansiedad.

—¿Llegó a tiempo? —preguntó—. ¿Se salvó?

Clemencia se arrojó llorando en los brazos de su padre.

—¡Cómo! ¡Cielos! ¿Fue tarde?

—Ah, no padre mío ¡fue inútil!

El señor R... un momento después supo todo lo acontecido, y fue indecible lo que pasó en su alma.

Aquella fue una escena atroz. En los corazones se sucedían diversos sentimientos, la tristeza, el arrepentimiento, el dolor, pero sobre todo el tedio, el tedio que produce el esfuerzo inútil y el sacrificio tributado a la maldad.

—Y aun hay más —dijo después de un momento el padre de Clemencia—. He sabido en el cuartel general muchas cosas que me han causado una pena profunda. El hombre generoso que nos proporcionó el carruaje en el camino de Zacoalco, no fue ese infame, sino ese pobre Fernando a quien tanto mal hemos hecho. Me lo dijo el general en jefe, pues que precisamente por eso Enrique le acusó, suponiendo que el postillón era un correo de Guadalajara, y además allí, en Zapotlán, tomó otro carruaje por la inutilidad en que estaba el mío, a causa del viaje, y el conductor, que es el que viene conmigo y a quien reconocí, me dijo que el joven oficial le dio aquella noche tres onzas de oro y un reloj que no había examinado; pero que después registrándole encontró el nombre de su dueño, que era *Fernando Valle*, y me lo enseñó y lo he visto yo, no me cabe duda. Así es que a su nobleza de conducta debe agregarse que no quiso que supiéramos que él era nuestro protector. De modo que yo regalé al otro mis caballos, y le tributamos nuestra necia gratitud, y ese infeliz mató su caballo, se quedó pobre, y va ahora tal vez a morir sin llevar de nosotros ninguna muestra de reconocimiento.

El dolor de aquellas desgraciadas señoras aumentó con este relato, como era natural, y Clemencia no sabía qué hacer. Estaba aturdida.

—Pero, en fin —exclamó el señor R... con resolución— señor, he sacrificado por ese villano la mitad de mi fortuna, aún me queda la otra para ofrecerla por este muchacho tan valiente, tan patriota y tan noble. Sólo que ¿cómo hacerlo? Me es imposible volver a Zapotlán. Escribiremos; ustedes se quedarán pobres, hijas mías, pero no tendrán un remordimiento.

—Trabajaré, padre mío, como una obrera, con tal de salvar a Valle. Su vida será mi herencia.

El salvador

—¿Saben ustedes lo que pasa? —dijo entretanto uno de los amigos de la familia.

—Ya lo sabemos —dijo el señor R...— Ahora ¿qué sucederá con ese oficial?

—Que lo fusilan sin remedio; el comandante está furioso. Ustedes comprenderán su cólera. Al amanecer, ese pobre joven que estaba encerrado en la prisión del coronel Flores hizo llamar con gran sorpresa de todos a su general, y le dijo simplemente que él había hecho escapar al reo.

—Y ¿sabe usted lo que ha hecho, desgraciado? —preguntó el general.

—Sí;
ponerme en su lugar —dicen que respondió con serenidad el oficial—.
Estoy listo, y cuanto más pronto mejor.

El comandante, sin embargo, acababa de despachar un extraordinario a Zapotlán.

—Le he encontrado —interrumpió el padre de Clemencia.

—Pues bien, aguarda la contestación del jefe, y creo que esto acabará pronto...

A las nueve de la noche el extraordinario volvió.

El general en jefe, indignado hasta el extremo, contestó luego dando orden de que al día siguiente en la mañana ejecutaran al comandante Valle, sin más fórmulas.

Con esta comunicación venía otra para el señor R... que decía:

Este Cuartel general releva al señor R... de todas sus ofertas y compromisos con el erario, pues queda satisfecho con castigar al criminal que dejó escapar al ex-teniente coronel don Enrique Flores.

Así pues, para colmo de dolor, la familia del señor R... volvía a recobrar la mitad de su fortuna comprometida para salvar a Flores, a costa de la vida del infeliz Fernando Valle.

El señor R... escribió al general en jefe, ofreciéndole todo su capital por la vida del desdichado joven; pero era preciso obtener una suspensión de la orden, de ejecutarse a la mañana siguiente, y el comandante se negó a concederla.

La fatalidad

Eran las diez de la noche y Valle me hizo llamar. Costó trabajo que me permitieran verle, pues lo sucedido con Flores hacía desconfiados a los jefes; pero lo conseguí al fin, y fui al calabozo del prisionero.

Apenas me vio cuando vino a abrazarme.

—Doctor —me dijo— perdone usted la molestia de un moribundo; tengo que pedir a usted otro favor, y me parece que será el último.

Yo no pude responderle, lloraba y se me anudaba la garganta. Aquella desgracia me había conmovido. El crimen de aquel joven era la más sublime generosidad.

—Hombre —continuó— agradezco a usted esta prueba de afecto, que es la única que habré recibido, pero vale para mí un mundo. No se aflija usted por mí, le aseguro que creo una fortuna que me fusilen. Estoy fastidiado de sufrir, la vida me causa tedio, la fatalidad me persigue, y me ha vencido, como era de esperarse. Me agrada que cese una lucha en que desde niño he llevado la peor parte. Voy a contar a usted algo de mi vida en cuatro palabras; usted indagará lo demás, y cuando se acuerde de mí procure usted añadir el estudio de lo que me ha pasado a los demás que haga, procurando descifrar esto que en la tierra llamamos *la mala suerte*. Yo no sé si en buena filosofía estará admitida la influencia de la Fatalidad, yo ignoro esas cosas; pero el hecho es que, sin haber hecho nada que me hubiese acarreado el castigo del cielo, que sintiéndome con una alma inclinada a todo lo noble y bueno, he sido muy infeliz y he visto cernirse siempre la tempestad de la desgracia sobre mi humilde cabaña, al mismo tiempo que he visto brillar el cielo con todas sus pompas sobre el palacio del malvado, que se levantaba frente a mí, insolente en medio de su fortuna.

Creo que es la primera vez que uso el estilo figurado, y pido a usted perdón por él, en gracia de que no volveré a usarle más.

No hay misterios en mi vida, como todo el mundo ha sospechado, no sé por qué. Soy hijo de una familia rica de Veracruz, vecindada hoy en México; pero el hogar paterno me negó desde niño su protección y sus goces, a causa de mis ideas y no de mi conducta.

Mi padre es un hombre honrado, pero muy austero en la observancia de sus principios religiosos y políticos. Es enemigo de las ideas liberales. Mi madre es un ángel de bondad, pero sumisa a la voluntad de mi padre, le obedece ciegamente.

Tengo tres hermanos y tres hermanas; usted conocerá a los unos y a las otras, y quedará usted contento. No piensan como yo los primeros; pero valen mucho, y son un modelo de belleza y virtud las segundas.

Desde muy pequeño vine a educarme a un colegio de México, mientras que dos de mis hermanos se educaban en Europa y otro más pequeño permanecía en casa. Yo conocía de religión las prácticas del culto y las ideas de mi tierna madre; y de política había yo oído a mi padre anatematizar los principios progresistas.

Pero a los tres años de estudiar me encontré un amigo ¡ay, el único cariño profundo de mi vida solitaria! Era un muchacho pobre, pero de un talento luminoso y de un corazón de león. Él no jugaba, no paseaba, no tenía visitas; en vez de distraerse, pensaba; cuando todos hablaban con sus novias él hablaba con los muertos, como decía Zenón, estudiaba de una manera asombrosa. Así es que el joven era un sabio, en la época en que todos son regularmente ignorantes.

Pues bien, este amigo me inspiró las ideas liberales, que abracé con delirio. Mi tutor, hombre que opinaba como mi padre, se espantó de este giro que tomaban mis aspiraciones, y me prohibió la amistad de aquel hermano mío. Yo me negué a separarme de él. Primer motivo de disgusto para mi familia. ¿Qué quiere usted? Cuando uno sacrifica un sentimiento noble como el de la amistad, a las preocupaciones, no merece tener amigos. Yo fui leal.

Después me retardé en ir a Veracruz a las vacaciones. Era que la madre de mi amigo se moría, y él estaba solo. Aquella señora pobre que vivía en una casa miserable carecía de todo, y su hijo sufría espantosamente al verla llena de privaciones. Yo vendí lo que tenía y le ayudé a asistirle; había sido para mí una madre; me adoraba... Me quedé, pues, unos días de diciembre para acompañarla hasta que murió. Llegué tarde a mi casa, atribuyéronlo a despego mío hacia la familia, y mi padre me trató con severidad. Yo fui a expiar mi falta a la casa, y los goces de la distracción y del cariño me fueron negados.

Mi adorada madre lloraba e imploraba el fin de mi castigo. Por fin lo obtuvo, pero no volví al colegio. Me dedicaron a aprender un oficio y estuve en una armería un año. Usted ve que soy débil, los trabajos del armero me fatigaban y, por otra parte, deseaba yo estudiar, tenía sed de saber, y sabía yo con envidia, con noble envidia, que uno de mis hermanos se recibía de ingeniero en París y que otro estudiaba medicina en Alemania. ¿Me dirá usted que por qué eran tan severos conmigo en mi casa y por qué era yo el hijo despreciado? Yo no lo sé. No había ninguna de esas razones dolorosas que suelen en una familia condenar a un hijo al papel de víctima. No; jamás los celos habían emponzoñado mi hogar; y, por otra parte, mi semejanza con mi padre, lejos de hacerme odioso, parece que me hacía acreedor, al menos, a la igualdad en el afecto.

Así, de armero, yo procuraba ganar la ternura paternal. Me acuerdo de una famosa espada que hice para ofrecerla a mi padre en su cumpleaños. ¡Cómo trabajé en forjarla y en cincelarla!

Llegó el día, y entre los regalos enviados por mis hermanos de Europa y ofrecidos por mis hermanas, creí que mi espada y mis otros dijes de herrería me alcanzarían una sonrisa, un abrazo y el perdón de mis faltas. No fue así: el carácter de mi padre para mí se ennublecía cada día más; apenas vio mis regalos y los arrojó con desdén en un rincón. Yo derramé lágrimas en silencio, y no me consolé sino cuando mi madre, a hurtadillas, vino a hacerme una caricia y me dirigió algunas palabras de ternura.

Algunos amigos de mi padre le hicieron reflexionar que era demasiado severo con un muchacho tan endeble y tan enfermizo como yo, y a moción suya me envió a una casa española de Veracruz para dedicarme al comercio.

Pero el comercio me fastidiaba, estaba yo consumiéndome de tristeza. En esa época llegó el gobierno liberal e hizo de Veracruz su baluarte. A poco el ejército reaccionario vino a poner sitio a la plaza. Qué quiere usted, doctor, el fastidio que me causaba el comercio, las ideas liberales que me entusiasmaban, los toques de guerra que me hacían hervir la sangre, el peligro que me seducía, todo influyó en mí y, después de escribir una carta muy respetuosa a mi padre, en que le pedía perdón por seguir otros principios que los suyos, me alisté como soldado raso, y desde entonces pertenezco al ejército. Quise comenzar mi carrera desde esa clase. Ascendí a sargento y luego, cuando triunfamos y fui a México, he visto frecuentemente a mis hermanos en su carruaje pasar junto a mí, dirigiéndome una sonrisa de lástima.

Intenté una vez ver a mi padre y a mi madre para arrodillarme delante de ellos e implorar su perdón y su gracia, y escribí con tal objeto; pero recibí la orden de no presentarme jamás en casa. Por eso he vivido apartado de mi familia, sin verla ni aun en momentos en que me moría del pecho. Esperé la muerte solitario; mi buen amigo había muerto también de tifo, y yo no tuve más asistencia que la del hospital militar. Entonces pedí mi licencia, se me concedió y viví trabajando como armero de día, y estudiando de noche; pero vino la guerra extranjera y volví a presentarme de soldado raso. Por eso muchos creen que he comenzado a servir hace dos años. Concurrí el 5 de Mayo, después al sitio de Puebla, a las órdenes del general Herrera y Cairo, que hoy está en el interior, y he ganado mis ascensos merced al deseo que he tenido de distinguirme en las armas.

He ahí mi historia, historia de dolor, de miseria y de resignación; jamás me he sublevado contra la dureza de mi suerte, jamás he manchado mi vida con una acción innoble. He sido liberal, he ahí mi crimen para mi familia, he ahí el título de gloria para mí. Mi padre sabrá que he sido un soldado oscuro en el ejército republicano, pero jamás un criminal. Conservo su nombre puro, y aun el motivo que me lleva al cadalso es un

motivo de que se enorgullecería cualquiera. ¡He faltado a las leyes militares, pero no a las de la humanidad! Quizá hago un mal a la patria, pero para mí ahorro lágrimas y evito la desventura a un corazón que ama con delirio.

En cuanto al estado de mi corazón, confieso a usted que nunca he amado antes de llegar a Guadalajara, porque francamente no he sido simpático a las mujeres; y alguna vez que me he inclinado a alguna, pronto su desvío me ha hecho comprender que la molestaba, y, tímido por carácter, pero altivo en el fondo, me sentía humillado y me retiraba pronto.

En Guadalajara tuve mi primera pasión. Usted lo sabe tal vez; esa joven tan hermosa y buena, que ha estado ayer loca de dolor por Flores, fue la que yo amé. Ella fue la causa; me miraba de una manera que me engañó; creí que podría llegar a quererme, quizá por una originalidad de su carácter, o quizá porque adivinara que yo tenía un corazón sensible y bueno. Pero fue un error mío, que no conocía sino cuando ya estaba perdido y ciegamente enamorado. Y aún lo estoy, doctor; crea usted que hacía tiempo que no experimentaba un dolor tan amargo como el que sentí ayer al oírla dirigirme, en su justo sentimiento, palabras que aún me despedazan el corazón.

Deseo que me haga usted un favor. He escrito esa carta para mi padre. Tenga usted la bondad de enviársela para que sepa que su pobre hijo ha dejado de existir. Hoy me han traído un libro para leer. Eran los cuentos de Hoffmann. He leído dos; y como un desgraciado busca siempre en lo que lee los pensamientos que están en consonancia con sus penas y sus propias ideas, he copiado en ese papel esos dos; guarde usted ese papel en su cartera, y cuando le vea, recuérdeme. Me es grato pensar que usted me recordará. La memoria de un alma compasiva es la más santa de las tumbas.

Ahora, adiós, doctor. ¡Ah! acepte usted también mi caballo como un obsequio humilde; le compré en diez onzas a un criado del señor R..., el padre de esa joven, de esa mujer a quien muero amando. No tengo más que dejar, pues he dado mis armas a Flores anoche.

Ahora deseo recogerme un instante; tengo que rogar a Dios que me perdone mis faltas y fortalecerme con la idea de que en la otra vida no sufriré como aquí.

No ocultaré a usted que estoy triste; la tristeza es la sombra de la muerte cercana. ¿Por qué me había de escapar de esa ley de la naturaleza? Además, amigo mío, no hubiera yo querido morir así. Yo soñaba con la gloria; yo anhelaba derramar todavía más mi pobre sangre en los altares de la patria; yo me hacía la ilusión de sucumbir con la muerte de los valientes; a la sombra de mi bandera republicana.

Al decir esto, dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Fernando, y sus labios se agitaron un momento en un temblor convulsivo; pero él se apresuró a enjugarse los ojos y añadió sonriendo:

—Pero ¿qué hemos de hacer? Puesto que es ya tarde para volver al pasado, pidamos a Dios para nosotros la paciencia y el reposo. Mañana dormiré para siempre. Adiós, amigo mío.

Yo sofocaba mis gemidos. Le estreché en mis brazos y le dije tartamudeando:

—Usted merecía vivir y ser grande.

Bajo las palmas

Al día siguiente, al dar las siete de la mañana, una columna de doscientos caballos escoltaba un carruaje que se dirigía hacia ese rumbo pintoresco y hermosísimo de Colima, que se llama la Albarradita, lugar lleno de extensas huertas donde la exuberante vegetación de la tierra caliente se muestra con todos sus encantos. Millares de palmeras elevan sus gigantescos penachos sobre las cercanías cubiertas con inmensas cortinas de verdura y de flores, y los naranjos, los limoneros, los zapotes dan sombra a los cafetos inclinando sobre las flores de nieve o los rojos frutos de estos arbustos, sus ramajes recamados de oro.

A esa hora las aves cantaban regocijadas entre los árboles, corría una brisa tibia y cargada con los aromas del azahar y de la magnolia. El cielo estaba azul y limpio, y apenas algunas nubecillas como vellones transparentes se alejaban para perderse del lado del mar. El volcán elevaba hasta el cielo su punta de nieve en que parecían romperse chispeando los rayos del sol naciente.

La naturaleza toda parecía elevar un himno a Dios, solemne y dulce. Y en medio de esta alegría del cielo y de la tierra, debajo de ese manto infinito de zafiro y de luz, atravesaba aquel cortejo militar silencioso y terrible.

Allí iba un reo de muerte que iba a mezclar sus últimos suspiros a los cantos de fiesta con que la naturaleza saluda al Creador al aparecer el nuevo día.

La columna atravesó todo lo largo de la hilera de cármenes de la Albarradita, y cerca de un grupo de palmeras que se alzaban solitarias sobre un prado gracioso, y en que el invierno no había podido tostar el manto de la primavera, el cortejo hizo alto. Allí estaba el cuadro de infantería formado y un gentío inmenso aguardaba. El carruaje se detuvo afuera del cuadro, abrióse la portezuela y Fernando bajó tranquilo, y con paso seguro y firme avanzó entre una doble hilera de soldados, conducido por un oficial.

Llevaba abrochada su levita militar, puestas sus botas fuertes y su kepi inclinado graciosamente hasta los ojos.

Al tiempo de entrar en el cuadro, otro carruaje llegaba a galope por el lado opuesto, y de él se apeaban apresuradamente tres señoras vestidas de negro cubiertas con largos velos, y un caballero de edad.

Eran Clemencia, su pobre madre que no quería abandonarla, Isabel y el señor R... que, no teniendo más voluntad que la de su hija, se dejaba arrastrar, y entonces lo hacía con toda su voluntad. La apasionada hija de Jalisco, cuyos sentimientos se desbordaban luego de su corazón y no podían permanecer disimulados un momento, había procurado inútilmente penetrar en la prisión de Fernando para pedirle perdón de rodillas y asegurarle que le admiraba hoy, y quizá le amaba ya tanto como el día anterior le había ultrajado y aborrecido. Entonces determinó hacerlo a la hora de la ejecución. ¿Qué importaba esto a aquella joven que desafiaba a la sociedad con tanto valor, y que estaba acostumbrada a imponer su voluntad como una ley?

Dirían que era una loca; y bien, sí, tenía esa sublime locura del corazón cuyas extravagancias, la admiración popular convierte en leyendas, eterniza en cantos y adora en el santuario de su alma. ¿Acaso Clemencia era la primera mujer que se abrazaba al cadalso de un ser querido? Desde el Gólgota, desde antes, ha habido mujeres santas que han perfumado con sus lágrimas el pie del patíbulo en que han expirado los mártires.

Así, pues, Clemencia se precipitó entre la multitud, impetuosa, palpitante y pugnando por penetrar en el cuadro. Pero el gentío era inmenso y estaba tan compacto, que a no ser una columna, nadie podía atravesarle.

La pobre joven, seguida de sus acompañantes y arrastrando a Isabel que iba casi desfallecida, rogaba, empujaba, prometía oro, gritaba llorando que la dejaran pasar, que era de la familia del reo, que quería hablarle por última vez, que quería verle.

En vano; la muchedumbre tal vez por compasión le cerraba el paso. Y el cuadro se conmovía, y se escuchaba una voz seca e imperiosa ordenar un movimiento. ¡Gran Dios! Fernando iba a morir y Clemencia ni le vería siquiera.

De repente reinó un silencio mortal.

—Por piedad —gritó Clemencia— paso, yo necesito verle... por el amor de Dios... lo suplico.

La muchedumbre asombrada y triste abrió paso, pero aún quedaba que atravesar la fila de soldados.

Clemencia iba a suplicar a un granadero que la dejara pasar, cuando quedó clavada en el suelo, y muda de horror y de dolor.

Estaba frente a frente a Fernando, aunque a lo lejos. El joven estaba hermoso, heroicamente hermoso. No había querido vendarse, se había quitado su kepí que había puesto a un lado en el suelo y, pálido pero con

la mirada serena y con una ligera y triste sonrisa, elevando los ojos al cielo, esperaba la muerte.

Los cinco fusileros estaban a dos pasos de él y le apuntaban. Las palmeras a cuya sombra se hallaba, estaban quietas, como pendientes de aquella escena terrible.

Clemencia quiso gritar para atraer siquiera sobre ella la última mirada de Fernando; pero no pudo, la sangre se heló en sus venas, su garganta estaba seca, era el momento terrible... Se oyó una descarga, se levantó una ligera humareda que fue a perderse en los anchos abanicos de las palmas, y todo concluyó.

Fernando había caído muerto con el cráneo hecho pedazos y atravesado el corazón.

—Levanten a esta señora que se ha desmayado, mujeres —gritó el soldado a cuya espalda había estado Clemencia.

Un grupo de mujeres del pueblo levantó a la joven, y luego su padre la tomó en brazos y la condujo al carruaje adonde Isabel estaba escondida y llena de terror con la madre de su amiga.

Los fusileros se retiraron llorando: ¡era tan valiente aquel joven oficial!

La tropa se volvió a la ciudad y la gente se dispersó. Sólo el carruaje de Clemencia permaneció allí todavía. Unos soldados quedaron junto al cadáver para recogerle; pero esperaban la camilla y pasó media hora.

De repente Clemencia bajó otra vez de su carruaje, pero su padre la retuvo con fuerza, y ella, abatida y débil, sucumbió, y volvió a entrar en el coche, donde la recibieron desmayada su madre y amiga.

El señor R... llegó junto al cadáver y, pidiendo permiso, sacó de su carterita unas tijeritas y cortó un mechón de cabellos de Fernando, que guardó cuidadosamente, después de lo cual volvió al carruaje, que partió para la ciudad.

Clemencia volvió de su nuevo desmayo en su casa, y ya recuperada y más tranquila.

—Padre mío —dijo— ¿dónde está eso?

—Aquí, hija querida, aquí; pero por Dios que no nos hagas sufrir.

Y le alargó los cabellos que había cortado.

—¡Ah! —dijo Clemencia tomándolos con delirio y besándolos repetidas veces—. A ti era a quien debería haber amado —dijo—, y cayó sobre sus almohadas desecha en llanto.

La familia del señor R... recogió después el cadáver de Valle, y le dio sepultura con la adoración que se debe a un mártir.

Epílogo

Algunos meses después estábamos derrotados y perdidos en aquel rumbo. Todo el mundo había defeccionado o huía. Los franceses eran dueños de Jalisco y de Colima.

Yo vine a Michoacán como pude; pero después, las enfermedades que me tenían agonizante me obligaron a venirme a encerrar a México, a mi pesar.

Al día siguiente de mi llegada era la fiesta de Corpus, y yo sin creer que hacía mal pasé a la casa de la familia de Fernando y entregué al portero la carta que había traído guardada, encargando que la subiera en el acto.

¡Ah! amigos míos, eso fue atroz. Era el cumpleaños del padre de mi pobre amigo. Se llamaba Manuel. Estaba la familia en el banquete, que había concluido, y era la hora de los brindis. Las hermanas de Fernando con numerosas amigas suyas estaban en el balcón viendo desfilan la columna, pues había habido gran parada y se hallaban muy divertidas. Yo me detuve en el zaguán para ver pasar también aquella tropa para mí aborrecida. Llegaba frente a nosotros un cuerpo de caballería, y a su frente venía un gallardo coronel que caracoleaba un soberbio caballo, y veía al balcón con ese aire de *don Juan* que acostumbraban usar los militares buenos mozos.

Era Enrique Flores, el miserable autor de la muerte de Fernando. Al pasar debajo de los balcones saludó graciosamente, y se quedó mirando un instante a las hermosas.

Éstas le devolvieron un saludo con una deliciosa coquetería.

Pero no bien acabaron de saludar, cuando se metieron espantadas. Era que el viejo aristócrata había tomado la carta, y al leerla había dado un gran grito de dolor.

—¿Qué es eso? —preguntó la señora.

—¡Han matado a Fernando! —pudo apenas gritar el anciano, y se quedó clavado en su silla.

La señora leyó la carta también y se desmayó; las hermanas de Fernando llegaron, y un momento después, en aquella casa que antes resonaba con las alegrías del festín, no se oían más que sollozos y gritos de desesperación.

En cuanto a Clemencia, la hermosa, la coqueta, *la sultana*, la mujer de las grandes pasiones, pudieron ustedes conocerla el año pasado. Era hermana de la Caridad en la Casa Central; allí la visité; pero ¡cuán mudada estaba! Hermosa todavía, pero con una palidez de muerta.

—Poco me falta que sufrir doctor, me dijo: esto se va acabando.

Y mostrándome un pequeño relicario oculto debajo de su hábito:

—He aquí lo que me queda —me dijo—, un hábito que me consagra a los que sufren, y esto que me consagra a la muerte... ¿Sabe usted?... son sus cabellos... espero que él me habrá perdonado desde el cielo.

Y los ojos de la infeliz joven se llenaron de lágrimas.

Algunos meses hace que partió para Francia.

Nota

El menor de los defectos de esta pobre novelita es que para cuento parece demasiado larga. Pero no hay que tomar formalmente la ficción de que el doctor relate esto en una noche. Es un artificio literario, como otro cualquiera, pues necesitaba yo que el doctor narrara, como testigo de los hechos, y no creí que debía tener en cuenta el tamaño de la narración. Además, a pesar de mi pequeñez me amparan, para hacer perdonable lo largo del cuento, los ejemplos de Víctor Hugo en *Bug-Jargal*, de Dickens en varios de sus *Cuentos de Navidad*, de Erkmann Chatrian en sus *Cuentos populares*, de Enrique Zschokke en sus *Cuentos suizos*, y de Hoffmann en muchos de los suyos. En lo que sí no tengo amparo es en lo demás, y no me queda más recurso que apelar a la bondad de los lectores.

EL AUTOR

FIN DE

«CLEMENCIA»

CUENTOS DE INVIERNO

JULIA

La estrella del amor faltó a mi cielo

JUAN CARLOS GÓMEZ.

I

—A propósito de noches lluviosas, como ésta, debo decirte que me entristecen por una razón más de las que hay para que nublen el espíritu de los otros.

(Declamó esto hace pocas noches, mi amigo Julián, nombre tras el cual me permito esconder la personalidad de uno de nuestros más distinguidos generales).

—¿Cuál es esa razón? —le pregunté.

—Vas a saberla —me respondió—. Es una historia que pertenece al tesoro de recuerdos de mi juventud; a ese archivo que nunca registramos sin emoción y sin pesar. No te encojas de hombros; por desgraciada que pueda haber sido tu juventud, las memorias que ella debe haberte dejado son gratas hoy para ti, lo aseguro. En la primavera de la vida, hasta las espinas florecen y hasta las penas tienen un sabor de felicidad. Ese es el tiempo en que *baila delante del carro de la vida un cortejo de risueños fantasmas: el Amor con su dulce premio, la Fortuna con su corona de oro; la Gloria con su aureola de estrellas; la Verdad con su brillo de sol*, como dice el poeta Schiller. Entonces, hasta los días negros tienen un rayo de luz; es la esperanza, amigo; la esperanza, que no suele alumbrarnos cuando llegamos a la edad madura sino como una estrella pronta a ocultarse en la parda nube de la vejez.

De mí sé decir que nunca evoco los recuerdos de aquellos años que se han ido, ¡ay!, tan pronto, sin experimentar un sentimiento de agradable tristeza, no de dolor ni de amargura, porque, francamente, como no puedo decir que soy desventurado del todo ahora, así como no puedo envanecerme de haber sido feliz cuando joven, no tengo derecho de hacer la exclamación de la *Francesca* del Dante. Siento, al recordar las historias de mi juventud, algo como el vago perfume que suele traernos la brisa al dirigir la última mirada a los jardines de que nos alejamos.

—Bien —repliqué—; me convences, Julián, tanto más cuanto que has apoyado tus razones en poéticas citas que es necesario respetar.

Pero vamos a tu historia.

II

—Tenía yo veinte años y era un simple ingeniero de minas. Pobre, huérfano y deseando adquirir por mi trabajo el primer dinero de que me sentía ávido para gastarlo sin el permiso sacramental del viejo tutor, para comprarme vestidos que substituyeran a mis harapos de colegio; para pensar, en fin, en tener novia, por que me avergonzaba de haber alzado mis atrevidos ojos para mirar a algunas chicuelas, sin tener con qué comprar un ramillete; resuelto, lleno de vida y de ambición, procuré colocarme lo más pronto posible.

La fortuna me favoreció. Un caballero inglés, dueño de una negociación de minas y amigo de mi tutor, me ofreció emplearme como ingeniero en su empresa. Acepté, como era natural, y salí de México lleno de alborozo, porque me parecía que los dorados sueños con que había poblado durante muchos años mi cuarto de colegio, iban, por fin, a realizarse.

Con todo, al decir adiós a esta hermosa ciudad, donde había pasado mis primeros años; al ver por última vez sus numerosas cúpulas y torres, sus extensas arboledas y los risueños pueblecillos que la rodean por todas partes; al trasponer las últimas colinas que en breve iban a ocultarme el valle de México, sentí que el corazón se me oprimía espantosamente, ¿lo creerás?, lloré. Comenzaba a saber lo que era la nostalgia, enfermedad que, sin embargo, en la juventud pasa pronto, como una jaqueca.

Era muy justo que me diese pena salir de México. La ciudad en que uno se ha educado, es una segunda madre.

La negociación de minas se hallaba en Taxco; por consiguiente, me dirigí a Cuernavaca, población que no hice más que atravesar para llegar pronto al lugar de mi destino. Me consagré al trabajo, me capté el aprecio de todo el mundo, pero en particular el de mi inglés, que me estimaba grandemente. Mi vida económica me permitió atesorar en pocos meses alguna cantidad. Yo no pensaba más que en labrar mi fortuna.

Un año hacía que vivía de esta manera, cuando los intereses de la empresa obligaron al inglés a marchar a Puebla precipitadamente y quiso que yo le acompañase. Pasamos por México como dos exhalaciones, y un día después estábamos en la ciudad de Los Ángeles.

Esto era en julio de 1854.

III

Permanecimos en Puebla cuatro días, y en la noche del cuarto, víspera de nuestro regreso a Taxco, fuimos invitados a comer en casa de unos comerciantes franceses. Concurrimos, en efecto, y tomando sendas tazas de té y apurando buenos vinos, nos estuvimos hasta medianoche, hora en que mi inglés consideró conveniente que nos retirásemos al hotel de Diligencias, en que nos habíamos alojado. La noche había estado horriblemente lluviosa, y tal era el ruido que hacía el agua por fuera, que muchas veces apagó los rumores de nuestra alegre conversación.

Los franceses nos detenían en su casa; pero como era de suponerse, teníamos que arreglar nuestras maletas para partir al día siguiente. Así es que, contentándonos con aceptar unos paraguas y unos capotes que entonces se llamaban *mackintosh*, nos lanzamos a las calles inundadas a la sazón.

Caminábamos apresurados y taciturnos en medio del chubasco, cuando al desembocar a una calle vimos con no poca sorpresa que una mujer, que desembocaba también por otra calle, y que parecía venir corriendo, se detenía asustada de vernos y procuraba excusarse de nosotros. Creyéndola sospechosa, nos dirigimos a ella, y antes de que pudiera escapársenos, la detuvimos y le preguntamos afectuosamente quién era y por qué corría a esa hora por las calles.

Ella no pudo responder al principio, llena de terror. A pesar de las tinieblas, conocimos que era una joven. Tenía un traje oscuro, y desde luego comprendimos que no era una *perdida*; pero también sospechamos que podría ser una mujer casada o hija de familia que huía de su casa por algún motivo grave, porque en tal noche y tan a deshoras sólo así podría una mujer joven y decente aventurarse de aquel modo.

La pobre muchacha, reponiéndose prontamente luego que conoció por el acento del inglés que su interlocutor era extranjero, respondió, aunque todavía tartamudeando:

—Señores, piedad; tengan ustedes piedad de una infeliz a quien persigue el hombre más abominable que hay en el mundo. Soy joven, huérfana de padre, pertenezco a una familia decente, aunque desgraciada, y me ven ustedes huir así porque mi casa es una horrible prisión en que se me había encerrado como a una reclusa desde hace tres meses, para hundirme en un convento... Pero... alejémonos, señores; alejémonos de aquí —añadió arrastrándonos consigo—, porque tiemblo de que me busquen y tal vez ustedes no serían bastante poderosos para librarme de mi perseguidor. ¿Son ustedes de aquí?

—No, señorita; somos forasteros; el señor es un inglés rico que ha venido a Puebla a negocios; yo soy empleado en sus minas; mañana debemos salir de Puebla.

—¡Dios mío! —exclamó la joven con desesperación—. ¿De modo que ustedes no tienen aquí casa en qué darme asilo? ¿Qué haré, entonces, Virgen santa?

—Señorita —repliqué—; nos hemos alojado en el *hotel de Diligencias*; allí tenemos dos cuartos, y de todas maneras puede usted contar con un asilo que le ofrecen dos caballeros, al menos por algunas horas. Temprano podremos ver a la autoridad y...

—¡Ah! ¡Dios me libre! —repuso vivamente la joven—; la autoridad me haría volver a mi prisión.

—Pero ¿cómo es eso?, ¿cómo podría la autoridad dejar de amparar a usted?

—Es que ustedes no saben que quien me persigue tiene potestad sobre mí y yo no podría tampoco revelar su conducta...; es el marido de mi madre, ¿lo oyen ustedes?, de mi madre, que lo idolatra, a quien es difícil convencer de que él es un infame, y que moriría de pesadumbre si yo lo arrastrase ante los tribunales y revelase los planes que ha puesto en juego para arrebatarme del mundo y despojarme de mis bienes. Prefiero huir, no sé a dónde; pero me alejaré siempre de esa casa y de la ciudad; y ya que he encontrado a ustedes les pido que me protejan, en nombre de Dios. Yo contaré a ustedes toda mi historia luego que lleguemos; importa que yo pase como una persona de la familia de ustedes; de lo contrario, todos correríamos peligro.

—¡Extraña aventura! —murmuraba en su idioma el inglés, en cuyo brazo iba apoyada la joven.

Estábamos atónitos, efectivamente, y el lance no era para menos.

Por fin llegamos al hotel; todo el mundo dormía, como es de suponerse, y nadie reparó en nuestra compañera. Como tomamos dos cuartos, la introdujimos en uno de ellos. Yo encendí la luz con una impaciencia que no podía disimular.

Estaba ansioso de ver el semblante de la joven desconocida que se nos echaba en los brazos de una manera tan romancesca. Temía mucho encontrarme con una criatura fea, y por momentos hubiera preferido que la oscuridad no cesase para mantener mi ilusión oyendo la voz fresca, dulcísima y conmovida de la joven.

Hacía algunos instantes que al pasar junto a un farol que despedía un fulgor moribundo, había podido entrever un brazo desnudo de la

desconocida, y ese brazo me había parecido de una blancura y belleza admirables; pero podía haberme engañado, y esto era de temerse.

Encendí, pues, una luz, y alcé los ojos tan pronto como pude. El inglés se quedó absorto y con la boca abierta. La desconocida era hermosa hasta deslumbrar. Figúrate una joven de dieciocho años, alta, perfectamente desarrollada, esbelta como una estatua antigua, blanca y pálida, porque entonces la emoción había hecho desaparecer el color de sus mejillas, con ojos rasgados, negros y velados por grandes pestañas; una boca divina, y un cuello de diosa griega.

No es exageración de mi fantasía enamorada; aquella mujer era ideal de un poeta o de un pintor. Pocas veces había yo visto reunidas en tan alto grado la belleza majestuosa con la gracia que subyuga.

Su cabellera negra y enortijada caía en desorden por sus hombros y espalda, porque, naturalmente, con la carrera se había descompuesto su peinado. Su agitación la embellecía más en aquel momento y le daba un tinte poético y extraño. Para nosotros, aquello era un sueño delicioso.

Estuvimos contemplando a tan perfecta hermosura algunos minutos, probablemente en una actitud que no debió de parecerle ni muy galante ni muy propia de hombres civilizados; pero no pudimos remediarlo: nos fascinaba.

IV

Le rogamos que tomara asiento, y el inglés, volviendo en sí de su éxtasis, le dijo:

—No extrañe, usted, señora, nuestro asombro; pero esta aventura no tiene nada de común y menos lo tiene la persona de usted. Es usted la hermosa heroína de una novela.

—Soy la desgraciada víctima de una trama infernal —respondió ella deshaciéndose en llanto.

Cuando llevó sus manos al rostro para enjugarse las lágrimas con su pañuelo, pudimos observar que llevaba en un dedo un soberbio anillo de brillantes que lanzaba fulgores extraordinarios. Aquélla era una riquísima joya que no podía hallarse en poder de una persona que no fuese rica.

—Ustedes son los que deben perdonarme —continuó—; estoy casi loca; la desgracia me ha puesto así, y el miedo que tengo al miserable que me persigue me hubiera hecho cometer todavía mayores cosas. Doy gracias a Dios por haberme encontrado con dos personas como ustedes, que me compadecerán y me ayudarán a salir de esta situación.

—Puede usted contar enteramente con nosotros —le dijimos—. Tranquilícese usted y crea que a nuestro lado nada puede sucederle. Pero si no es indiscreción —añadió el inglés—, desearíamos saber algo más acerca de usted para poder ayudarle en este trance.

—En efecto, necesitan ustedes saber quién soy, quién me persigue y por qué, y voy a decirlo en breves palabras, porque pronto será de día y antes es preciso que ustedes me aconsejen.

Me llamo Julia y soy hija de un rico propietario que residió aquí y murió hace ocho años. Mi madre, que es joven todavía, y bella, se enamoró a poco de haber muerto mi padre, de un hombre perverso de aquí, que fue bastante diestro para fingirle una pasión sincera a la que mi madre concluyó por corresponder frenéticamente. No bastaron las súplicas de sus amigas, que le hacían advertencias sobre el carácter sospechoso de su amante, a quien juzgaban, y con razón, más bien interesado que realmente afectuoso. Nada importaron mis lágrimas y las de un hermano más pequeño que yo. Mi pobre madre estaba enamorada perdidamente y el matrimonio se realizó, por fin.

El nuevo marido, como todos los que se hallan en su caso, se manifestó en los primeros días intachable en su cariño y en su conducta. Parecía idolatrar a mi madre, y como era natural que la halagase el amor que

mostrara a sus hijos, el p \acute{e} r \acute{f} ido nos llenaba de caricias y nos fing \acute{i} a una adoraci \acute{o} n tanto m \acute{a} s exagerada cuanto era m \acute{a} s falsa y serv \acute{i} a para esconder sus proyectos.

De esta manera no s \acute{o} lo consigui \acute{o} subyugar el coraz \acute{o} n de mi madre, sino apoderarse en el acto de la administraci \acute{o} n de todos sus bienes; de modo que a pocos d \acute{i} as de matrimonio, mi madre hab \acute{i} a depositado completamente su dicha y sus intereses en manos de aquel hombre, cuyo amor la ocupaba de una manera absoluta.

As \acute{i} han pasado seis a \acute{n} os, tiempo en que el amor de mi madre lejos de disminuirse ha crecido, porque ese hombre, con una habilidad sin igual, ha sabido mostrarse cada d \acute{i} a m \acute{a} s amartelado. Pero yo, que desde el primer momento he sentido hacia \acute{e} l una repugnancia invencible, que tambi \acute{e} n se ha aumentado cada d \acute{i} a, he cre \acute{i} do leer en su semblante la revelaci \acute{o} n de sus siniestros proyectos.

Por fortuna o por desgracia, los esposos han tenido ya dos hijos; y yo no s \acute{e} , pero se me figura que esto es lo que ha dado m \acute{a} s empe \tilde{n} o al marido de mi madre para poner sus planes en ejecuci \acute{o} n. Ustedes comprender \acute{a} n, como yo, que no teniendo \acute{e} l bienes ningunos, los que dej \acute{o} mi padre deb \acute{i} an pasar todos a poder de los hijos del primer matrimonio.

Entre tanto, yo hab \acute{i} a crecido, y seguramente el no encontrarme fea fue un motivo para que el miserable pensase en quitarme de en medio pronto.

Yo no hab \acute{i} a amado nunca; pero hab \acute{i} a entrado en la edad en que el alma comienza a sentir la imperiosa necesidad de buscar otro cari \tilde{n} o que el de la familia. Muchos j \acute{o} venes comenzaron a galantearme y a dirigirme cartas. Yo prefer \acute{i} a uno, ¡cobarde!, ¡que nunca hubiera pensado en \acute{e} l!

No le amaba con pasi \acute{o} n, francamente; pero me parec \acute{i} a m \acute{a} s guapo que los dem \acute{a} s y me lisonjeaba de que pronto llegar \acute{i} a a quererlo con cari \tilde{n} o entra \tilde{n} able.

En las primeras entrevistas que tuvimos en los bailes o en la casa de algunas familias amigas, porque \acute{e} l no era recibido en la m \acute{i} a, me atrev \acute{i} a confiarle, luego que cre \acute{i} que pod \acute{i} a hacerlo, mis penas y las sospechas que ten \acute{i} a acerca de los proyectos que parec \acute{i} a abrigar mi padrastro para hacerme desaparecer.

Mi novio, despu \acute{e} s de reflexionar, me confirm \acute{o} en ellas y me hizo temblar con sus observaciones. Seg \acute{u} n \acute{e} l, el peligro que corr \acute{i} a era inminente y era preciso evitarlo cuanto antes. Lo anim \acute{e} a que me pidiese en matrimonio, pero \acute{e} l, demasiado t \acute{i} mido a pesar de que era mayor que yo lo menos cinco a \acute{n} os, no quiso resolverse. No era pobre; as \acute{i} es que no pod \acute{i} a alegar su situaci \acute{o} n. Era muy querido en su familia, as \acute{i} es que tampoco pod \acute{i} a pretextar el disentimiento de sus padres. Llor \acute{e} sin consuelo cuando sent \acute{i} la amargura de este desenga \tilde{n} o, que me hac \acute{i} a

más triste la permanencia en mi casa, y tal me puse, que mi amor ya no fue un secreto ni para mi madre ni para su marido.

Comencé a sufrir por esta causa; pero después, por consejo de mi novio mismo, fingí que me tranquilizaba y que olvidaba mi desencantado amor.

Repentinamente, todos los amigos de la casa, todos los viejos y viejas que llevaban relaciones con el marido de mi madre, comenzaron a hablarme de las dulzuras de la vida del convento, de la falsedad de los hombres, de la miseria de los placeres mundanos, de la dificultad de ser feliz con el amor de un marido, de las graves pesadumbres que acarrea el matrimonio. Refirieronme los ejemplos de cien jóvenes tan bellas como ricas, y que habiéndose casado eran terriblemente desventuradas. Me encarecieron la paz santa del claustro y me aseguraron que si después de pasados algunos meses en un convento no me agradaba la existencia que se llevaba allí, podría salir otra vez al mundo. En suma: yo no oía hablar por todas partes más que de la felicidad que me aguardaba siendo monja.

Yo me arrojaba llorando en los brazos de mi madre pidiéndole consejo, porque el destino que se me estaba encareciendo me repugnaba atrozmente. Pero ella me hacía los mismos razonamientos y procuraba inclinar mi ánimo para sepultarme en el claustro.

Así pasaron algunos meses; pero hace tres que la conducta que se observa conmigo en mi casa se me ha hecho insoportable, y se me ha puesto en la dura alternativa de escoger entre el convento o casarme con un sobrino de mi padrastro, un individuo que parece una momia: enfermo, casi idiota y más repugnante para mí que el convento mismo.

Lo he pensado bien y mi resolución ha sido muy premeditada. No acepto ni el convento ni al idiota, y puesto que mi herencia es el motivo de que se me quiera condenar a prisión perpetua, dejo la casa de mi madre, abandono la tal herencia y me voy en busca de una existencia humilde, pero libre y tranquila.

Esta noche, por su lloreguez y su lluvia, ha sido muy favorable a mi evasión y no he querido perder la oportunidad, a pesar de que nada había prevenido. Salí de mi casa aprovechándome del sueño de todos, y por medio de una llave de que me apoderé momentos antes. Me dirigí luego a la casa de un antiguo criado de mi padre, en cuya honradez y afecto a mí confiaba mucho; pero, desgraciadamente, ha abandonado esa casa hace poco tiempo; y entonces, desesperada, me puse a vagar por las calles, sin saber dónde ir; pero lo repito: resuelta a no volver de ningún modo a mi casa. Yo querría antes morir que volver a la presencia de ese hombre, que además de ser mi verdugo ha acabado hasta por arrebatarme el amor de mi pobre madre.

—¿Y el novio de usted, señorita? —me atreví a preguntarle.

—Ese tonto —contestó—, después de haberse negado a pedirme en matrimonio, fue obligado a olvidarme por mi padrastro, que lo intimidó con amenazas de que sólo un pecado puede espantarse. ¡Qué hombre! No merece hoy más que mi desprecio.

Así habló la hermosa joven, y silenciosas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Era preciso tomar una resolución pronta para salvarla.

V

—Usted no puede quedarse en Puebla de ninguna manera —dije yo—. Mañana sería usted buscada y hallada; la Policía es hoy eficaz, y además del escándalo que la evasión de usted causará en la ciudad, tendrá usted la mortificación de volver al lado de su tirano.

—Nunca, nunca —murmuró ella resueltamente.

—Pero ¿qué piensa usted hacer entonces? —me preguntó el inglés en su lengua.

—Llémosla —le respondí.

—¡Llémosla!, ¿y adónde?

—A México, primero, y después, veremos; pero ¿dejaremos acaso a esta desgraciada niña entregada a los furios de un malvado, cuando se ha puesto bajo nuestra protección?

—¡Hum! —murmuró el inglés—; esto de robarnos a una hija de una familia distinguida es algo peligroso; yo no me atrevo.

—Pues yo estoy decidido —repuse.

La joven, que comprendió por la animación de nuestro diálogo, que vacilábamos, nos dijo:

—Si ustedes, que no me conocen, no fían en mi palabra y creen que los engaño, o bien no quieren exponerse a los peligros de salvarme, no quiero comprometerlos..., déjenme abandonada a mi suerte; pero al menos, recomiéndenme ustedes con alguna familia conocida que me pueda ocultar y no me denuncie. Yo veré después qué hago.

Y se puso de nuevo a llorar.

El inglés se conmovió y acercándose a ella:

—No la dejaremos a usted, señorita; Julián: piense usted qué es lo que hemos de hacer; dentro de dos horas amanecerá y no tenemos tiempo que perder.

—Lo he pensado ya —respondí—. Los negocios de usted le obligan a no detenerse al pasar por México. Yo iré solo, con esta señorita.

—De ningún modo —replicó él—; correremos juntos todo el peligro.

—Pues bien: entonces, hay que salir de aquí a pie, hablando antes al conductor de la diligencia para que sepa que lo aguardamos fuera de la ciudad. Pero usted tiene una figura muy marcada; quizá se extrañaría no verlo entrar desde aquí en el coche. Yo saldré solo con la señorita y aguardaré en los suburbios.

Mi plan fue aceptado.

Quedábanos la pena de no poder hacer cambiar a la joven sus vestidos, porque no podíamos pedir otros sin hacernos sospechosos. Hubo que resignarse.

VI

Un poco antes de las cuatro de la mañana nos dirigimos Julia y yo al lugar designado.

—No tenemos riesgo aún —me dijo—, porque mi fuga no será conocida sino hasta las ocho. Todos se despiertan en casa muy tarde, y hasta entonces, cuando entren en mi cuarto, no conocerán lo que ha sucedido, y todavía tendrán que preguntar en las casas de nuestros amigos, porque no han de figurarse que he tenido valor para marcharme a México.

—Magnífico, entonces —dije—; y mientras indagan, nosotros llegaremos a México, y Dios nos protegerá.

Poco después de las cuatro de la mañana, la diligencia se acercó, el inglés la hizo detenerse y entramos en ella, habiéndose cubierto perfectamente Julia con su mantón negro y además con mi *pasamontaña*, que le había hecho ponerse. Así nadie la habría reconocido, pues no dejaba ver más que los ojos. El viaje fue feliz, aunque tuvimos durante él no pocos sobresaltos. A cada paso, en los lugares donde había una oficina telegráfica, temblábamos de que un *telegrama* de Puebla nos hiciese detener por las autoridades; pero al llegar a México, respiramos. Nos habíamos salvado.

El inglés tenía una casa magnífica, pero no se atrevió a alojar en ella a Julia. Así es que tomé para la joven y para mí dos cuartos en el *hotel del Bazar*. Por la noche, el inglés vino a vernos, y llamándome aparte:

—No conviene —me dijo— que esta señorita siga con nosotros, por su propia honra y por nuestra seguridad. Si por acaso se llega a saber que se ha venido a México, cosa nada difícil, porque el conductor de la diligencia mañana llegará allá, y contará que una señora ha venido a esperar el coche en los suburbios de la ciudad, mandarán, como es natural, la noticia a México, y se darán órdenes a la Policía. Entonces usted será considerado como raptor, y excusado es decir la suerte que le espera, que será tanto más desagradable cuanto que usted no tiene la culpa. Así es que procure usted colocarla con una familia respetable, y aconséjele que llame a un abogado para que la patrocine y la liberte de las amenazas de su familia. Esto es lo razonable.

En efecto, era así; pero ¿acaso se hace lo razonable en la juventud? ¿Por ventura no suelen salir mejores los consejos tumultuosos del corazón que los fríos cálculos del espíritu?

En esta ocasión influyó mucho la casualidad —la fatalidad, diría un musulmán.

El inglés añadió:

—No me es posible detenerme más en México; salgo mañana para Taxco, y le doy a usted sólo un día para que arregle el asunto de esta linda joven; pasado mañana me seguirá usted.

Yo comprendí que lo que el inglés deseaba era evitarse compromisos y ahorrármelos también a mí. Aún no sabía cómo saldría yo de la situación en que me había metido; pero él dejaba a mi confianza juvenil el cuidado de arreglarme, y no gustaba de romperse más la cabeza.

En cuanto a mí ¿para qué es ocultártelo? Estaba ya profunda, terrible y locamente enamorado de Julia. Antes creía yo que se necesitaban días, meses, años, para apasionarse de una mujer. Esta vez conocí que bastan algunas horas; que basta una mirada. Aunque yo no hubiera sabido de boca de la joven la historia de sus desgracias, habría, desde luego, adivinado en su belleza, en su porte, en su mirada, a la mujer de alma ardiente, pero de corazón puro. Era demasiado altiva para mentir. El amor podía vencerla; pero la maldad se estrellaría contra su virtud.

El inglés se despidió de ella, diciéndole que ya me había hecho sus encargos y que en todo procedería de acuerdo con él. Ten presente esto, porque semejante declaración me hizo sufrir mucho.

Es tiempo ya de decirte que el inglés era un hombre de treinta y cinco años, de hermosa y noble figura, y con ese aspecto majestuoso y digno que tienen todos los ingleses, aun los de condición mediana. Su conversación, difícil en español, era, sin embargo, agradable y delicada, y sus maneras distinguidas predisponían algo en su favor.

Así es que ese conjunto feliz de figura, carácter y edad, había hecho una impresión muy perceptible en el ánimo de una joven tan inteligente, tan distinguida y tan apasionada como era Julia. Yo lo había notado desde Puebla, lo confirmé en todo el camino y no tuve ya duda en México, porque al despedirse el inglés de ella, diciéndole que iba a partir al día siguiente, le preguntó con una ansiedad en que se mezclaba mucho el temor:

—¿Y no volveremos a vernos?

—Es poco posible, señorita, porque mis negocios requieren mi presencia lejos de aquí y mis viajes a México son muy raros. Pero usted escribirá a Julián, dándole noticias de sus asuntos, y nosotros mandaremos a usted nuestros saludos con frecuencia.

Al oír esto la joven, palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento —repuso, balbuciendo como lo hace todo el que está enamorado y teme decir mucho—; lo siento, yo querría volver a verlo a usted; pero tal vez es imposible; ¡qué hemos de hacer!

—¡Oh!, imposible no —dijo el inglés—; la vida es larga, el asunto de usted se arreglará pronto y quizá la veremos a usted en su casa alguna vez.

El inglés se despidió; Julia se quedó abatida y sofocando sus sollozos. Yo no me quedé tampoco muy feliz. Amaba, y estaba seguro de que no se me comprendía y de que sólo se me hacía caso por suponerme dependiente del otro; más aun: la mujer cuya dicha hubiera yo comprado a costa de mi vida, amaba a ese otro, que por cierto no se curaba de semejante cariño.

Esto último se explicaba fácilmente. El inglés estaba enamorado también, hacía tiempo, de la hija de su socio, bella y rica heredera, que iba a traerle en su próximo enlace una dote de un par de millones. Así es que, primero por su afecto, y luego por temor de que la más pequeña sombra de *calaverada* viniese a empañar el cielo de su esperanza, el dicho inglés profesaba a su futura una fidelidad que hubieran envidiado Leandro y Romeo, Abelardo y Marsilio.

Pero Julia ignoraba esto. La hermosa e inocente joven, cuyo corazón se abría como una flor de la mañana, ansiosa de recibir el beso de las auras y la luz del Sol, se entregaba sin reservas a todos los pensamientos, a todos los sueños inefables, a todas las esperanzas que le inspiraba su nuevo amor. También ella, como yo, amaba por primera vez, y para sentir esa pasión no había necesitado muchos días. Vio al joven inglés y eso bastó.

—¿Qué era yo, pues, para ella, gran Dios? —este pensamiento me destrozaba el corazón como si fuese una garra de fuego.

Pero ella tenía razón.

En cuanto a ventajas físicas, ya ves que hubiera sido una locura sostener ni por un momento la comparación con mi rival. Además, era yo muy joven. Parecía el segundo siempre, y esto es fatal. Aunque con una carrera noble e independiente, el hecho de recibir un sueldo del rico minero me ponía una especie de librea que francamente quita mucho de la altivez propia de un hombre. Al menos, de soldado, hijo mío, llevo el uniforme de la Patria y soy esclavo de la gloria; pero entonces, ¡triste me parece decirlo! era yo el *criado sabio* de un hijo de la *pérfida Albión*.

Por todas estas razones, Julia me trataba muy bien; pero en su acento, en su sonrisa, en su manera de hablarme, conocía yo que establecía una gran diferencia entre el inglés y yo. Hasta en la confianza que me otorgaba, había algo de humillante; algo que me parecía decir: *no tengo cuidado de abandonarme a ti, porque tú tienes el deber de respetar a la protegida de tu señor*.

Esto me desesperaba.

Entre tanto, *mi señor* intencionadamente no pensaba en que era preciso gastar algún dinero en la hermosa prófuga. Desde Puebla, yo había echado mano de mi tesoro y había sufragado todos los gastos. En México sucedió lo mismo; pero esa satisfacción era la única que me hacía feliz. Julia no llegaría a saberlo, y la consideración de que atribuiría al inglés todos esos servicios me producía una especie de amarga voluptuosidad. Y si llegara a saber alguna vez, su triste sorpresa, porque sería triste, sin duda, me causaba también una delicia amarga anticipadamente.

Como Julia se había venido de Puebla, según he dicho, sólo con su traje negro, que estaba echado a perder por la lluvia, me ocupé en procurarle vestidos y los mejores que pude conseguir de pronto, pagando a una modista precios extraordinarios con tal de que en dos días le arreglase los muy urgentes; le proporcioné también ropa blanca finísima, calzado de seda, perfumes, un *necesar*, un costurero y todo, en fin, lo que necesita una mujer elegante y joven.

Ella recibió, sonriendo, todo; pero en su manera de darme las gracias conocía yo que creía ser deudora de todas esas atenciones al inglés.

El segundo día de nuestra permanencia en México, me dijo:

—Deseo ver a una familia de parientes míos para saber si quieren recibirme. En la situación especial en que me hallo, esta presentación ante mis parientes es demasiado penosa para mí; pero no tengo otro recurso, puesto que el señor Bell (llamaremos así al inglés) cree que es preciso arreglar mi asunto, como él dice.

Julia hablaba así con el acento turbado y los ojos húmedos de lágrimas.

Bien hubiera yo querido decirle que el inglés debía tenerla sin cuidado, que yo era su protector y que no tenía necesidad de pasar la vergüenza de ver a la familia de sus parientes; pero ¿cómo decirle esto? ¿Y si entonces rehusaba mis beneficios? No, no; preferí callar y verla afligida. Sin embargo, le pregunté:

—¿Y si esos parientes rehusaran recibir a usted, lo cual es posible?

—Ya se ve que es muy posible; conozco, por desgracia, a los tales parientes, y sé que no querrían por nada de esta vida atraerse el enojo de mi padrastro ni de mi mamá. Entonces yo también pregunto a usted, ¿qué haremos? ¿El señor Bell no ha dado a usted instrucciones para ese caso?

—Julia —le dije—: vea usted a esa familia; y si no la recibe, no tenga usted cuidado: ya sabré lo que he de hacer.

Parece que ella respiró entonces; comprendió que su Providencia no la abandonaría, y ya no tuvo inquietudes sobre su situación.

—Fácil me sería —añadió— procurarme trabajo como costurera; yo no tengo vergüenza de aceptar esa condición humilde. Soy rica; pero la pobreza no me espanta y el trabajo tiene para mí atractivos muy grandes. Sobre todo, seré libre, y conservándome honrada como hasta aquí, no temo el porvenir. Pero ¿estaría yo segura en México?; ¿no me perseguiría mi familia?, ¿no me harían sufrir nuevos sinsabores?

—No piense usted en nada de esto, Julia —dije, para concluir—; acompañaré a usted a ver a esa familia y veremos.

Un momento después hice traer un carruaje y nos dirigimos a la casa de los parientes de Julia.

VII

Al llegar, la joven bajó y penetró en el patio. Yo la aguardaba en el carruaje.

Un cuarto de hora después salió de la casa con el rostro descompuesto por la indignación y el dolor.

—¿Qué pasa Julia? —le pregunté.

—Dé usted orden de que volvamos al hotel. Ya le diré a usted.

Di la orden, en efecto; el carruaje se puso en marcha y Julia pudo llorar con toda libertad. Comprendí todo. Aquellas gentes habían rehusado recibirla.

—Miserables —dijo Julia—; ¡y así entienden estas gentes el parentesco y la caridad! Pues si yo hubiese abandonado mi casa por el olvido de mis deberes, ¿vendría yo a buscar el asilo de una familia? Creen que estoy perdida; y como les he explicado todo, van a preguntar a Puebla, estoy segura, y ahora sí es preciso tomar precauciones, porque mañana estarán aquí las órdenes para perseguirme.

—Casi me alegro de eso, Julia, porque así no queda otro recurso que el que usted se vaya con nosotros a Taxco.

—¿Es posible? —preguntó ella alborozada—; ¿el señor Bell no cree eso inconveniente?

—Y aunque lo creyera, cedemos a la necesidad.

—Es cierto: a la necesidad. Pero mire usted: si tal determinación disgustara al señor Bell preferiría yo quedarme en México y correr todos los peligros de mi mala posición.

—¡Oh!, no; créalo usted: no se disgustará.

—Pues entonces, acepto, y allá en Taxco, que supongo será una población regular, me pondré a trabajar, no estorbaré a nadie, no seré gravosa, y mi conducta dirá si merezco o no lo que ha hecho por mí ese hombre generoso.

Debes considerar que cada palabra de éstas era una puñalada para mi pobre corazón enamorado; pero yo disimulaba, y en esa especie de resignación a que lo reduce a uno un amor no comprendido, tenía yo por mejor dejar a Julia que creyera en la protección del inglés para que

se prestara a seguirme, que declararle la verdad y exponerme a que, desesperada, prefiriese quedar en México a ser protegida por mí.

Así, todo lo dispuse para el viaje. Al día siguiente, es decir, al tercero de nuestra permanencia en México, partimos en la diligencia para Cuernavaca.

Llegamos a esta risueña y linda ciudad, en que Julia estuvo loca de contento; primero, porque se acercaba a su amado inglés, y luego, porque en la brisa embalsamada que respiraba entre los fértiles huertos que embellecen esa población, parecía recibir el aliento de vida del amor y la libertad.

Estaba lejos de sus enemigos, se acercaba al hombre que iba amando con delirio, había dejado el ruido opresor de las ciudades populosas y encontraba dulce refugio en las modestas poblaciones del campo, que sólo pueden ofrecer en su seno la serena alegría de la paz y la virtud.

Las gentes de Cuernavaca que me conocían se quedaban admiradas viendo a mi lado a una joven cuya belleza extraordinaria y cuya gracia revelaban desde luego a la mujer superior. Preguntábanme si era mi esposa, y como yo lo negara, se quedaban estupefactos, no sabiendo qué pensar de mí. Pero pronto supieron que era una señorita distinguida que iba a pasar una temporada a Taxco, y se explicaron esta manera de viajar sola por semejantes rumbos, con la introducción de las costumbres extranjeras en ciertas familias.

Como Julia no había caminado jamás por aquellas montañas y como pudiera serle molesto seguir a caballo, conseguí una litera, y a pesar de ser fastidiosísimo este antiguo vehículo, se resignó a aceptarlo, a falta de otro mejor.

La esperanza le hacía dulce la lentitud del camino.

Al segundo día de haber salido de Cuernavaca llegamos a Taxco, al oscurecer. Julia, asomándose a las ventanillas de la litera, pudo distinguir desde lejos el gracioso caserío del antiguo mineral, cuyas azoteas desiguales y calles tortuosas y empinadas como las de Guanajuato, Pachuca y todos los pueblos formados en los lugares mineros, presentan un aspecto pintoresco y singular. Taxco es un pueblo simpático, y su temperamento elogiado por el barón de Humboldt; y la circunstancia de haber sido la cuna del gran poeta don Juan Ruiz de Alarcón, así como la no menos importante de haber derramado en el mundo, desde los primeros años de la conquista, la plata de su seno a torrentes, hacen interesantísima para el viajero esta población, escondida entre las arrugas argentíferas de una montaña del Sur.

Taxco a lo lejos y en el crepúsculo de la tarde, con su hermosa iglesia de agudas y esbeltas torres, que se eleva gallarda en la cumbre de una colina; con su pardo caserío, por entre el que sobresalen las copas agudas de algunos árboles; con las arcadas de sus acueductos y con las

sombras que se proyectan en su terreno escarpado y anguloso, parece una enorme estalagmita bajo la bóveda de oscuras nubes que la cubren en las tardes de julio, o bien un inmenso grupo de castillos de la Edad Media trepados en las alturas por el genio de la rapiña y de la soledad.

Desde que se sale del risueño pueblecillo de Acamixtla, y particularmente al llegar a la cumbre en que está asentada Taxco, un raudal de aromas frescos y delicados acaricia al viajero. Es el que vierte la flor del chirimoyo, abundantísima en aquellos alrededores y bien cultivada en los pequeños pero lindos huertos que circundan al mineral. A diferencia de Guanajuato, Pachuca y demás lugares de minas, en cuyo terreno, inútil para la vegetación, apenas se tuerce una que otra yedra y se adormecen tísicos los arbustos, Taxco, situado en una zona templada y fértil, ofrece entre sus riscos de plata y oro abundantes pliegues en los que una gruesa costra de tierra vegetal puede sustentar, auxiliada por cien manantiales de agua cristalina, numerosos cármenes y jardincitos, en que se ven crecer juntos el nopal y el naranjo, el membrillo y el limonero, el girasol y el jazmín. Aún hay en las barrancas que circundan a la población, extensos platanares, como en Cuernavaca y en Tlaltizapam, así como esmaltan las veras del camino y las arrugas del oscuro lomerío, las caléndulas rojas y amarillas que recaman las extensas praderas del vecino y ardiente valle de Iguala.

Taxco es alegre, bullicioso y fértil; y si la paz hubiese permitido a los capitalistas emprender grandes obras para trabajar las viejas minas abandonadas hoy, Taxco, el pueblo que prometió hacer la cúpula de su iglesia de plata; Taxco, donde un labrador de los Pirineos, Borda, pudo elevarse un trono de millonario en menos de una década, volvería a ser el emporio de la riqueza mexicana.

Pero me abandono a digresiones inoportunas, y he dejado a mi hermosa Julia asomada a las ventanas de su litera y aspirando con voluptuosidad el perfume de los chirimoyos y de los jazmines.

—¿Qué le parece a usted su nueva mansión?

—Que estoy encantada; esto es nuevo para mí, hija de los valles de las ciudades populosas. ¡Qué hermoso debe de ser este retiro, respirando el aire de la libertad y amando y siendo amado!

La comprendí, y quedé mudo de dolor y de celos.

Tocaban las oraciones en la parroquia y en el convento de San Diego, cuando llegamos al centro de la población. Después de seguir por un momento aquel laberinto de calles estrechas y accidentadas, la litera se detuvo frente a una casa de modesta apariencia y que no tenía más lujo que un jardín, lo cual es bastante en una ciudad minera. Esa casa era la mía; es decir: la que había alquilado para mi habitación, no queriendo vivir en la gran casa de los empresarios. Un criado viejo y honrado, y una criadita hija suya, muchacha bonita y honesta, me aguardaban en el umbral, contentísimos de verme. Invité a Julia a salir de su litera y la

introduje en la casita, orgulloso de abrigoarla bajo mi techo. Pronto el orgullo se tornó en humillación.

—¿Aquí vive el señor Bell? —me preguntó la joven.

—No, Julia —le respondí—; el señor Bell vive en una casa muy espaciosa y buena que se halla situada al extremo de esta misma calle. Ya la verá usted.

—Pues, entonces, ¿de quién es esta casita?

—Es la que yo ocupo, Julia; pero la destinamos a usted porque en la otra donde vive el señor Bell hay mucho ruido, muchas oficinas; allí están los escritorios, allí se alojan todos los dependientes, allí están las caballerizas, etcétera; de modo que usted no viviría contenta ni se hallaría independiente. Por eso le hemos destinado a usted esta casa, que habitará sola; con esos criados, que son honradísimos y que están al servicio de usted. En cuanto a mí, que ocupaba la casa, me voy a alojar a la otra con los dependientes; pero la veré a usted todos los días para pedir sus órdenes y vigilar por que nada le falte.

—Mil gracias, Julián; ahora le pido a usted el favor de que avise al señor Bell que he llegado y explíqueme usted todo para que no lo tome a mal.

—Pierda usted cuidado, Julia, que nada diré.

Corrí en el acto a la casa de la dirección.

El inglés me recibió con un abrazo, y justamente al dármele, me preguntó en voz baja:

—¿Y ella?

—Aquí está; la he traído.

El inglés me rechazó con espanto.

—Muchacho; ¿qué ha ido usted a hacer? —me dijo—. ¡Por Dios, por Dios, qué tontería!

—No tenía remedio —le respondí—; era preciso.

—Vamos a verla —dijo tomando apresuradamente su sombrero.

—Pero ¿conoce usted, joven, el zarzal en que se ha metido? —me preguntó cuando estuvimos en la calle.

—Sé —le respondí— que la casualidad impone a veces más sagrados deberes que la propia voluntad. Yo soy ahora la Providencia de esa

joven; pero ella cree que está bajo la protección de usted y es preciso no desengañarla para que esté tranquila.

—Siempre que esto no me comprometa, así se hará. ¿Usted sabe mi situación?

—Lo sé.

—Pues bien: siempre que no sea un obstáculo para mí, esa hermosa niña creerá que la protejo; pero ella no más, ¿lo entiende usted?; para todo el mundo pasará como la esposa de usted o como su hermana. En cambio, doy a usted mi palabra de caballero asegurándole que esa joven será sagrada para mí. Lo contrario sería querer que usted aceptase un papel indigno, bajeza que jamás acostumbro con mis amigos, porque no sería tampoco amigo mío quien la soportara.

—¡Naturalmente!, y conociendo el carácter de usted me parecía inútil hablarle de ello. Nos conocemos bastante para comprendernos.

En esto llegamos a la casa.

Llamamos.

El criado abrió la puerta, y Julia, que se había recostado en un sofá, al ver al inglés se levantó apresurada, y ya sin reserva se arrojó en sus brazos, que la estrecharon cordialmente.

Julia no podía hablar; los sollozos agitaban su pecho y un torrente de lágrimas bañaba sus mejillas.

Parecía que el inglés era su esposo o su amante y que volvía a verlo después de largos años.

El amor de Julia había crecido asombrosamente en menos de una semana. Y es que para el amor que nace poderoso, los minutos y las horas son siglos, y en las almas enérgicas la vehemencia suple al tiempo.

VIII

El inglés pareció sorprendido de aquella extraña manifestación de Julia, tanto más cuanto que era de suponerse que habiéndose quedado sola conmigo en México y viajando de la misma manera, debía haberse establecido entre nosotros relaciones de una intimidad demasiado tierna. Ni le vino a la memoria, seguramente, lo que acababa yo de decirle; esto es: que Julia estaba en la inteligencia de que era protegida por él, y que era preciso no desengañarla.

Con recordar mis palabras se hubiera explicado la causa de la afectuosa acogida de la bella prófuga, de sus miradas llenas de pasión y de sus palabras entrecortadas por los suspiros.

Referimos al inglés todo lo sucedido en México, y nos empeñamos en demostrarle la necesidad en que nos habíamos visto de apelar al recurso de la venida a Taxco, tanto para no dejar en el desamparo a Julia como para ponerla fuera del alcance de sus perseguidores.

Él disimuló perfectamente su disgusto por nuestra loca determinación, y aseguró a la pobre joven, que estaba pendiente de su mirada y de su gesto con la mayor ansiedad, que nada tenía que temer, ya que aprobaba cuanto habíamos hecho, puesto que las circunstancias no habían permitido arreglar mejor sus asuntos, como pudo esperarlo por un momento.

Julia pareció respirar. Ella no había temido el abandono, puesto que en México me indicó su resolución de trabajar para vivir; pero sí había temblado de que su presencia desagradase al hombre a quien amaba.

Así que cuando vio al inglés que la recibía con muestras de exquisita bondad, y aun con la efusión de un amigo cariñoso, el semblante de la joven perdió la expresión de tristeza y de inquietud que la había nublado durante el camino, y se iluminó con todos los esplendores de la felicidad.

—No puedo ocultar a usted —le dijo— que he pasado siglos de tormento pensando en que tal vez hubiera usted desaprobado mi venida a Taxco; pero puesto que usted es tan bueno como me lo figuré, ahora soy dichosa tanto como antes fui desgraciada.

—No debía usted haber dudado de mí ni por un instante, Julia —respondió el inglés—. Una feliz casualidad nos hizo encontrarnos; yo bendigo esa casualidad, porque me proporciona la ocasión de ser a usted útil y de protegerla contra las asechanzas de sus enemigos.

Esta fraseología banal, fría, no era, en verdad, bastante para satisfacer a una mujer menos enamorada que Julia; pero ella atribuyó

seguramente la sequedad de semejante estilo al carácter del inglés, por lo regular muy reservado, y además a las dificultades con que luchaba todavía mi rival para expresarse en español. De manera que Julia se creyó calurosamente aceptada, y no tuvo zozobras respecto al porvenir.

—Ahora —añadió el inglés—, lo que importa es arreglar la situación de usted y prever todas las eventualidades que puedan ofrecerse. En cuanto a lo primero...

—En cuanto a lo primero —interrumpió Julia con cierta gravedad—, ya he indicado mis intenciones a Julián. A pesar del atolondramiento propio de mi edad y de mi carácter, conozco todo lo delicado y excepcional de mi situación. He querido emanciparme del poder de mi familia y escapar a una suerte a que otras se someten sin replicar. Bien sé que en el mundo mi conducta tendría una calificación muy severa: ¡una hija de familia que se escapa de su casa...! Esto es un crimen que la sociedad condena fácilmente; tanto más fácilmente cuanto mayor es la indiferencia con que ve los dolores que devoran el corazón de una mujer infeliz, obligada a sepultar una vida llena de ilusiones y de esperanzas, en las tinieblas de un convento. El mundo no cree, o aparenta no creer, en esas violencias sordas que se ejercen a veces en el seno de una familia opulenta, y por causa de las cuales un huérfano sin defensa se ve forzado a renunciar a sus derechos, a su porvenir, a su cariño, hasta a su vida. Y todo esto con la sonrisa del contento, con el silencio de la resignación, sin permitirse hacer comprender a los demás que aquel sacrificio cuesta la felicidad; que aquel sacrificio está desmentido en lo íntimo del alma por una protesta desesperada, inútil.

»El mundo no comprende semejantes horrores, o acaso, hipócrita, los prefiere a lo que él llama escándalo con una dura severidad que indica su falta de virtud.

»Pues bien: lo he pensado mucho. No tenía más recurso que la fuga y he apelado a ella sin cuidarme de las opiniones del mundo. Quería mi libertad y mi dicha antes que todo. Sin éstas, ¿qué me importaban las consideraciones sociales? En el convento habría sido tenida por una santa; pero ¿de qué me servía eso? Hubiera sido infeliz y hubiera llevado a los altares de Dios un alma devorada por la desesperación. Una mujer humilde quizá habría acabado por conformarse, por olvidar la vida y por conseguir una tranquilidad poco distante del idiotismo. Pero ¡yo! Yo no tengo organización para aceptar el papel de víctima. Abandonada a mí misma desde la niñez, nutrida con los principios de mi padre, y sobre todo, heredera de un carácter impetuoso, firme y resuelto; carácter que había acabado de formarse con el alimento de mis propias ideas y de robustecerse con las muchas que había sostenido en el seno de mi familia, yo nunca hubiera doblado el cuello, particularmente cuando se trataba de sacrificarme al capricho de un hombre aborrecido y codicioso. Yo, nacida en la riqueza y educada en medio de las comodidades, estaba dispuesta a renunciar a todo eso; pero nunca a mi libertad y a mi dicha. Todavía he hecho más: he renunciado a mi reputación, porque es indudable que a esta hora no se

creo en Puebla que me he escapado sola de la casa paterna; que la casualidad, que me ha protegido, me ha hecho encontrarme con dos caballeros como ustedes que con un afecto desinteresado y noble me han dispensado protección; sino que va a decirse que un seductor me ha arrancado de mi familia y que me arrastró en pos de sí como a una insensata. ¡Ay!; mi nombre a estas horas es la fábula de aquella ciudad mojigata y maldiciente. Lo siento mucho; pero no puedo ser de otra manera. Acudir a la autoridad hubiera sido duplicar el escándalo en perjuicio de mi familia, y quizá no remediar nada. Mi pobre madre tal vez me maldiga, porque con mi conducta inconsiderada he amargado sus días; pero estoy segura de que esta desgracia ha sido para ella bien menor que la de verse obligada tal vez a perder a su marido por causa de una acusación mía. Porque conozco a ese hombre, y sé que en mi infeliz madre habría descargado toda la ira provocada por mis revelaciones; y sé también que ella no ha amado a nadie como al malvado que ha conseguido a fuerza de arterias, dominar su corazón de una manera inaudita. Mi madre está apasionada hasta el delirio. Así, pues, la división que hubiera yo provocado habría tenido espantosas consecuencias; mientras que mi fuga las tendrá menores, porque yo le explicaré cómo y por qué la he llevado a cabo; y sabiendo que me mantengo honrada, sufriré menos.

»He hecho a ustedes una nueva explicación que les habré dado, mejor que la primera, la idea de mi carácter. Ahora bien: conozco lo que he hecho y lo que me debo a mí misma de hoy en adelante. Que hable el mundo, con tal de que mi conciencia me absuelva; que descargue los golpes de su severidad sobre mi frente; no por eso dejaré de levantarla menos erguida, porque sé que todavía está pura. Soy de esas mujeres excepcionales que no necesitan de su familia para defender su virtud, porque les basta su dignidad. Soy de esas mujeres que piden, para vivir tranquilas, la aprobación de su conciencia y que desprecian lo demás. Rica, quizá mi posición me impondría tiránicas exigencias a que tuviera que acceder; pero hoy, pobre, quedaré más independiente, y el trabajo me resguardará de todo peligro. Soy joven, soy fuerte, tengo la energía varonil que he bebido en los consejos de mi padre, que era un hombre de corazón; he recibido una educación esmerada y nada común, y, sobre todo, ¡tengo confianza en Dios! Puedo, merced a la aplicación con que me he dedicado a aprender varios de los ramos que me han enseñado, no tener necesidad de acudir al mezquino medio de la costura en una población como ésta, peligro que sí tenía en México por mi falta de relaciones y por la abundancia de personas iguales a mí. Así es que respecto a mi situación, yo sólo rogaré a ustedes que me hagan conocer de algunas familias, y de este modo comenzaré a trabajar, cosa que deseo... por ustedes y por mí» —incluyó la joven, mirando tímidamente al inglés.

Éste, aunque admirado, como yo, del carácter singular de Julia, parecía meditabundo, y aún después de que ella acabó de hablar se quedó reflexionando en silencio.

En cuanto a mí, no reflexionaba: admiraba. Ya había tenido ocasión, desde que nos encontramos a la hermosa joven en Puebla, de apreciar su valor, la independencia de sus ideas, la originalidad de su talento y, sobre todo, su resolución, que a su edad y en sus circunstancias era rarísima en una persona de su sexo. Pero a mí no me había sorprendido tanto todo este conjunto extraordinario de cualidades, porque debo decírtelo francamente: conocía yo a la mujer por las novelas y no por el trato del mundo, y Julia, a juzgarla según los tipos romancescos que yo conocía, no era una mujer rara. Después, cuando he entrado completamente en la vida real, cuando he tratado a las mujeres de México, he podido comprender que Julia era una excepción. Su tipo es rarísimo, y sólo de tarde en tarde suele dibujar la crónica uno semejante.

IX

Como quiera que sea, al acabar de hablar esta vez Julia, yo me sentía más subyugado aún que antes. Aquella naturaleza enérgica y ardiente influía en mi alma de una manera irresistible; Julia era la mujer de mis sueños; esa mujer hermosa, inteligente, apasionada, que yo había evocado con frecuencia en mis delirios de joven y que se me había aparecido también, divina creación de mi fantasía ardorosa, bañándome con las llamas de su mirada, haciendo estremecer mi pobre corazón con las promesas de su sonrisa, iluminando mi existencia oscura y pobre, con todas las esperanzas del amor y de la felicidad.

¡Oh, sí! Julia era mi ideal: una mujer-leona incapaz de someter su cuello de reina a las cadenas de ninguna servidumbre; incapaz de sacrificar su corazón como una hostia impura, en aras de ningún interés miserable; bastante soberbia para romper y hollar bajo sus pies de diosa esos grillos que se llaman las exigencias del mundo. Julia quería ceñir su altiva y blanca frente, no con la corona de oropel que alarga la mano arlequinesca de la preocupación, sino con la corona de azucenas que la conciencia invita a aceptar de mano de la virtud verdadera, de esa virtud que desprecia el certificado de la sociedad, porque cuenta con el sello de Dios.

Todo lo tenía para mí esa joven extraordinaria. Una belleza poética y majestuosa; una inteligencia magnífica y elevada; un corazón ardiente y resuelto; una dignidad que no por estar unida a una dulzura inmensa era menos firme; una franqueza incapaz de velar sus sentimientos. Esta última cualidad la hacía más adorable aún, porque la alejaba de esa pobre y vulgar coquetería que obliga a las mujeres a fingir una amabilidad que no tienen, y también de esa reserva gazmoña y antipática que las obliga a ocultar sus afectos bajo una máscara de nieve.

Nunca me han agradado las coquetas, amigo mío; y eso no porque carezcan de ciertos atractivos, sino porque siento junto a ellas algo parecido al perfume alcohólico que exhalan las flores de trapo, a las que se empapa de esencia para darles mayor semejanza con las flores naturales.

Las coquetas son flores de trapo. Prefiero las naturales, como debes suponer.

En cuanto a estas mujeres que se imponen por orgullo o por educación el deber de reservar sus sentimientos, aunque desborden de su alma, las compadezco cuando son víctimas; las detesto más que a las coquetas cuando hacen sufrir; y me parecen tan infames como el médico que mirase impasible a un enfermo estando en su mano curarlo; como el

nadador que se divirtiese en ver desde la orilla del mar a un náufrago perecer entre las olas, por falta de auxilio.

Julia no era así; era incapaz de ser así. La conocía yo hacía pocos días; pero eso me bastaba para asegurarlo. Además, había en el fondo de su carácter algo de tristeza, dulce y sublime tristeza, eterna compañera de las almas elevadas y de las naturalezas enérgicas.

Así, el semblante de Julia, tan juvenil y fresco, tan radioso y altivo, se nublaba a veces con una expresión de súbita tristeza que le daba un aspecto de una de aquellas heroínas de Byron, martirizadas por tremendas pasiones.

¡Ay, amigo mío! ¡Qué mujer era Julia para adorarla! Y ¡qué mujer para ser amado por ella!

Comprendo ahora por qué una mujer así, que se encuentra uno en los primeros senderos de la vida, decide fatalmente de nuestros destinos, de nuestras creencias, de nuestra dicha. Si ella quiere, si ella nos ama, convierte para nosotros la vida en un paraíso constante. Si deseca nuestro corazón con su desprecio o con su perfidia, hace de la existencia un desierto fastidioso y eterno, del que desea uno salir cuanto antes.

X

Pero me parece que he perdido el hilo de mi narración.

Te decía que el inglés se quedó reflexionando luego de que Julia acabó de hablar.

Pues bien, después de aquella generosa y franca manifestación de la joven no se podía menos que ser caballeroso y delicado, so pena de pasar por un imbécil o un miserable. El inglés lo comprendió, y dijo a Julia, sonriendo:

—Estoy admirado de oír hablar a usted así, Julia, porque sus palabras respiran valor y virtud; pero de ningún modo puedo admitir las resoluciones de usted. ¡Permitirle que trabaje para vivir! Esto es muy noble para usted, pero sería indigno para nosotros. Los vínculos que nos unen a usted no son los de la familia; pero son los de la amistad, tan sagrados como aquéllos, y por eso nos creemos en el deber de velar por usted. Además, Julia, si fuésemos pobres, si la substancia de una débil criatura como usted viniese a disminuir nuestro pan, todavía nos consideraríamos afortunados en poder ofrecérselo, aunque usted tendría más razón en querer rehusarlo; pero nuestra posición está fuera de ese peligro, somos ricos, y la obligación que nos imponemos con usted nos es tan grata como poco onerosa. Por lo demás, mis relaciones en México son poderosas y bastantes para arreglar sus asuntos de familia, como lo espero, sin dificultad y sin escándalo, poniéndola a usted fuera del peligro que temía, y asegurándole el porvenir a que tiene usted derecho por sus virtudes y por su posición social. Ahora descanse usted confiada y tranquila; mañana hablaremos más todavía. Julián se encargará, como un hermano de usted, de arreglar todo lo necesario a su bienestar para que no se hastíe pronto de este destierro, al cual sólo los negocios pueden confinar a uno.

Julia pareció conformarse en todo con las intenciones del inglés, y se quedó alegre, feliz y llena de esperanza. Nos despedimos en seguida y cuando salimos, el inglés me heló con las siguientes observaciones.

—¡Singular muchacha es ésta, Julián! Me parece que es buena en el fondo; pero Dios quiera que no venga a traernos con su presencia aquí complicaciones y dificultades que nos hagan maldecir la hora de haberla encontrado, como un fantasma, en las calles de Puebla. En lo que yo escribo a México, a mis amigos y abogados, para que procuren arreglar el asunto con su familia, cuide usted de que no salga. Su presencia daría lugar a multitud de rumores y comentarios. Se diría que era querida mía o de usted, y ni usted ni a mí puede favorecer esto. A mí, particularmente, me perjudicaría en gran manera; el hermano de mi prometida está aquí, como usted sabe, empleado; llegaría a su noticia la

venida de Julia; su hermosura extraordinaria le llamaría la atención; él es joven, curioso; se empeñaría en verla; sabría, quizá, nuestra aventura de su propia boca; conocería, además, porque la joven no lo disimula, que me tiene gran cariño; la malicia complementaría sus sospechas, y ¡adiós matrimonio! Ni mi futuro suegro ni mi futura esposa son personas que pueden dejar de hacer un gran escándalo de ello. Me creerán un libertino y se disiparán como humo mis proyectos de felicidad. Vea usted a cuántos peligros me ha expuesto, Julián, con sus ligerezas de joven. Pero, en fin; una vez que no tienen remedio, tratemos de remediarlas en lo posible. Haremos esfuerzos para que pronto se vuelva a México; porque si eso no se pudiera, yo me vería obligado a ir allá para alejar sospechas sobre mi conducta.

—La decidiré —contesté yo al inglés.

Había yo tomado una resolución, porque de todas las palabras anteriores había yo deducido que él prefería expulsarme juntamente con Julia que correr el peligro de que se desbaratase su matrimonio.

A pesar de todo, tenía razón.

¡Figúrate qué tumulto de ideas se levantó en mi alma orgullosa y enamorada! El inglés estaba disgustado de la venida de Julia a Taxco; ella estaba enamorada de él con todo el fuego de su corazón virgen; yo adoraba a la hermosa joven con todo el ardor de mis veinte años y de mi corazón, virgen también, porque entonces creí que amaba verdaderamente. Ahora bien: era preciso salir de Taxco. Y ¿cómo convencer a Julia de que debía seguirme, si no me amaba? Yo no me sentía capaz de herir su alma revelándole el disgusto del inglés; esto me lo aconsejaban la dignidad y el temor de hacerla sufrir. Y si a pesar de no amarme se resolvía a seguirme, ¿adónde podría yo llevarla?

Por fin, me dije: a México; allí la ocultaré; y si nos persiguen, mejor; sufriré por ella, pero la salvaré. Quizá me tengan por su raptor; para eso sí es preciso preguntarle, porque equivaldría a aceptar por compromiso una situación que le repugnaría. Pero era necesario alejarnos a toda costa de Taxco.

Aquella noche no dormí, pensando en todas las dificultades que mi amor a Julia había venido repentinamente a amontonar en el camino llano y alegre de mi vida.

XI

Al día siguiente fui a verla. Eran las ocho de la mañana, y ella, que se había despertado muy temprano, se hallaba en el jardincito de la casa y se ocupaba en hacer un ramillete con las flores más bellas.

¡Qué hermosa estaba! La felicidad había aumentado sus encantos, y no pude menos que detenerme en el umbral para verla detenidamente y para sofocar los latidos de mi corazón, que parecía salirse del pecho. La amaba entonces con desesperación, porque la noche pasada había acabado de confirmarme en la creencia de que ella amaba a mi rival.

Se hallaba vuelta de espaldas, y tenía un lindo vestido blanco y *fresco*, propio de aquella estación y de aquel clima. Julia estaba en la florecencia de la juventud; así es que su traje dejaba ver en toda su riqueza y su elegancia las formas de aquel cuerpo ligero y airoso que hubiera envidiado una Venus antigua.

Cuando acabó de hacer su ramillete, se volvió y corrió hacia mí, sonriendo.

—¡Ah!, es usted, Julián —me dijo, alargándome la mano—; buenos días, amigo mío; ¿y el señor Bell?

—Está bueno —le contesté—, y envía a usted sus saludos; se fue a la mina, pero vendrá a ver a usted esta tarde.

—¿Cómo esta tarde? ¿Y por qué así? No hay tanta distancia de la casa de ustedes a ésta para dar unos pasitos y venir a darme los buenos días...

—Tal vez —repliqué— no creía a usted levantada a la hora en que se fue. Supuso que estaría usted fatigada y que dormiría hasta muy tarde.

—¡Oh!, no; yo me levanto temprano, como usted ha visto, y aquí no me perdonaría el quedar en la cama, cuando la salida del Sol es tan hermosa en Taxco. ¡Qué bello clima!; ¡qué bello temperamento! Pero ¿sabe usted, Julián, que este destierro es lindísimo? Yo no sé como ustedes se aburren aquí, pues yo no me figuraba que estaría tan contenta en este pueblo, como lo estoy. Sobre todo, ¡qué casita tan graciosa tiene usted! Es una jaula de canarios. Por dondequiera, muebles ligeros y elegantes, aseo y comodidad. Y afuera, ese jardincito es un primor. Allí me encuentro muchas flores extranjeras que ya conocía; pero hay otras que no he visto nunca y que son preciosas.

—Sí, Julia; son flores del país; flores silvestres y desconocidas en México, que yo he recogido en las gargantas de estas montañas y en las

llanuras de Iguala, y que cultivo cuidadosamente para trasplantarlas a México. Habrá usted notado, por ejemplo, que toda la cuesta que está empedrada con enormes peñascos, desde el tiempo de Borda, y que tanto molestó a usted ayer, está lujosamente decorada por una cerca de bellísimas flores. Pues todas esas se hallan aquí y las he clasificado en mi herbario. En fin; el jardincillo es un puñado, pero él alegra siquiera la humilde ermita del desterrado.

—¡Ah!, pero repito que es linda la ermita. Aquí tiene usted de todo para distraerse. Acabo de registrar los hermosos libros de ese estante... Ahí hay muchas ciencias que no entiendo; pero también hay poetas; yo he leído a muchos poetas.

—¿Le agrada a usted la poesía?

—Es claro; ¿se tiene, acaso, un carácter como el mío sin haber bebido un poco de esas fuentes? Y están aquí todos los poetas que adoro. El Dante, el Tasso, Víctor Hugo, Lamartine, Alfredo de Musset, Quintana, y éstos que son los que traducen en la lengua de fuego de la América los sentimientos de fuego de nuestras almas ardientes... José Mármol, Gómez, Lozano y Plácido. Yo adoro a estos poetas, y no extrañe usted que no conozca a estos otros porque no sé latín, ni inglés, ni alemán. Harto es ya que me hayan permitido estas lecturas los que deseaban que no leyese más que *El Año Cristiano* y los insoportables versos del P. Sartorio.

—En efecto, Julia; veo que tiene usted una instrucción poco común en su sexo, y sobre todo, buen gusto.

—Sobre todo, afición al estudio...; tengo sed. ¡Ah, si no hubiera tenido que luchar con las preocupaciones de familia! Pero vamos a otra cosa; he arreglado la casita, porque, amigo mío, se notaba desde luego la ausencia de usted. Ya verá usted en todo que ha andado por allí la mano de una mujer. Y a propósito: ¿qué empleo tiene usted aquí, Julián, si no es indiscreto preguntarlo?

—Soy el ingeniero director de la mina —respondí— y el jefe de la casa cuando el señor Bell no está aquí, lo que sucede casi todo el año.

—¡Ah!, ¿es usted ingeniero...? —dijo Julia algo sorprendida; y como recordando, luego añadió—. Pues entonces perdóneme usted, amigo mío: quizá le he tratado con poca atención creyendo que era usted un dependiente de un rango subalterno. De ningún modo debía hacerlo así; pero ¿qué quiere usted?, son los prejuicios con que nos educan. Y luego, es usted tan joven que no creí que pudiera usted ser un empleado de alta categoría con el señor Bell, ¿y lo quiere a usted mucho?

—Mucho; es mi amigo además de ser mi jefe, y me ha prestado excelentes servicios.

—¿Es verdad que es muy generoso, muy noble?

—Ciertamente; y muy guapo, además, y de modales muy distinguidos.

—Es verdad; y... ¿vive aquí solo?

—Es decir: sin familia, porque no la tiene. No es casado, y en cuanto a sus padres y hermanos, parece que están en Inglaterra.

Julia no disimuló su alegría.

Ésta era la oportunidad de revelarles lo del próximo casamiento; pero, lo repito, me había propuesto callar para no herirla en lo más profundo del alma.

—Julia... —dije con acento turbado, interrumpiendo la meditación en que parecía haberse sumergido repentinamente.

—¿Qué Julián?; pero ¿qué tiene usted que palidece y luego se ruboriza?; ¿qué va usted a decir?

—Nada en particular; pero como es preciso prever todas las eventualidades que pueden ocurrir, me atrevo a preguntarle a usted: si nos persiguieran hasta aquí, si el cochero de la diligencia de Puebla contara, como habrá contado ya, lo de la escapatoria, y por esa causa nos siguieran la pista y averiguaran, lo que no es difícil, que se había usted venido a Taxco, y la autoridad tomara cartas, ¿qué responderíamos en caso de que nos interrogaran? ¿No piensa usted que me atribuirían a mí el rapto y que me acusarían de ser el seductor de usted?

Julia se sobresaltó y respondió vivamente.

—¡No lo quiera Dios, no!; es preciso decir la verdad pura. El señor Bell y usted declararían cómo me encontraron y por qué razón me he venido con ustedes. Precisamente, para evitar toda sospecha, deseaba yo trabajar aquí en una situación independiente. Insisto en ello, y creo más que nunca que necesito la sombra y el amparo de una familia honrada para que en cualquier caso dé un testimonio fiel de mi conducta. ¡Oh!; no, Julián; no tema usted ser acusado como mi raptor porque yo lo desmentiría en el acto.

¿Lo creerás, amigo?; me dio pena que Julia se apresurara a decirme todo esto. Su honra se lo aconsejaba así; pero yo habría deseado que no me lo hubiese dicho tan pronto.

—Hay el peligro, entonces —añadí—, de que tomen por seductor al señor Bell, cosa que lo comprometería.

—Nunca, nunca, porque yo lo negaré, aceptando como acepto, la responsabilidad toda de mis actos. Pero ¿acaso teme usted o el señor Bell que eso llegue a suceder?

—Temerlo, no; pero conviene estar preparados. Y ¿qué le parece a usted de volver a México? Yo creo que allí estaría usted más a cubierto.

Julia se sobresaltó y preguntó dolorosamente:

—¿El señor Bell quiere que yo me vaya?

—No, Julia; nadie quiere eso; pero le pregunto yo únicamente para saber la opinión de usted.

—Pero ya sabe usted mi resolución; quiero quedarme aquí, vivir lejos de mi familia, trabajar tranquilamente..., a no ser que ustedes se vuelvan allá, porque entonces tendría que seguirlos para no quedar sola aquí, sin protección alguna.

—En cuanto al señor Bell, es posible que se vuelva...; yo me quedo.

—Y ¿será pronto? —preguntó con ansiedad Julia, cubierta de una palidez mortal.

—Tal vez —repuse yo—; sus negocios de México exigen su presencia allí. Anoche ha recibido cartas...; le llaman.

—Entonces iré y procuraré vivir oculta.

—Pero ¿no le convendría a usted mejor quedarse?

—No; decididamente, comprendo las dificultades en que mi presencia ha puesto a ustedes; y me resuelvo a sufrir sola las consecuencias de mi conducta. Partiré, Julián, dentro de pocos días, y yo ruego a usted que arregle mi viaje.

Julia decía esto sofocando los sollozos que hinchaban su pecho.

—Anoche —añadió— he tenido un momento de felicidad; ¡cuán poco debía durar, Dios mío, pues que esta mañana tan radiante y hermosa se ha trocado para mí en una noche de dolor!

—Pero, Julia —dije acercándome a ella—; no se aflija usted por mis palabras impertinentes. El señor Bell nada ha dicho de eso; debe usted descansar en las seguridades que le dio anoche. Yo soy solo el que, sin pensar afligir a usted, le he dirigido estas preguntas para conocer su voluntad; para saber si estaba usted contenta aquí.

—Julián: pues ¿para qué me hace usted sufrir de esta manera? Si no les hago mal, ¿por qué me atormenta usted haciéndome sospechar que me rechazan? En mi situación se vuelve uno susceptible hasta el extremo.

En este momento, un caballo se detuvo en el zaguán. El jinete se apeó y penetró en la casa. Era el inglés.

Julia lo recibió risueña y amable; pero en su semblante se notaba la tristeza que nuestra conversación anterior le había causado.

—¿Qué pasa, hija mía? —le preguntó el inglés saludándola cariñosamente—. La veo a usted triste... ¿Ha pasado usted mala noche? ¿Está usted fastidiada en este poblacho?

Entonces yo expliqué todo al inglés, que aparentó reñirme por mi impertinencia, y aseguró a la joven que nada tenía que temer. Después le indicó que le sería grato almorzar con ella, y me detuvo para que los acompañase. Acepté; Julia ofreció su pequeño ramillete al inglés y volvió a lucir el sol de la dicha. De manera que yo, que había ido a la casa de Julia con la intención de inclinarla a salir de la posición humillante en que el desagrado del inglés la colocaba, había empeorado mi causa y trabajado para la de mi rival.

XII

Así pasaron ocho días. Yo venía a ver a Julia todas las mañanas, y en las tardes volvía casi siempre con el inglés, que exigía que lo acompañase, seguramente para librarlo de caer en la tentación de enamorarse de la bella niña, que cada día adquiría a nuestros ojos nuevos encantos.

Yo no pensaba ya más que en ella; ni quería ni podía hacer otra cosa. ¡Amarla! He aquí, resumida en esta palabra, toda mi vida.

De día, su imagen me impedía consagrarme al trabajo. De noche, su imagen presidía implacable a mi insomnio doloroso. Perdí el apetito, me hice misántropo y se apoderó de mí una tristeza desesperada. Cuando iba a verla experimentaba una sensación desconocida, monstruosa: mezcla de felicidad y de amargura; brebaje envenenado que, sin embargo, era el único que parecía alimentarme. Dejar de verla hubiera sido morir.

Y, sin embargo, yo sabía que no me comprendía o no quería comprenderme, porque ella, a su vez, estaba más enamorada cada día del joven inglés. Cada tarde veía yo una nueva prueba de su amor, que el inglés aceptaba con exquisita finura, pero sin conmoverse; cada noche sabía yo por mis criados que ella lloraba cuando nos alejábamos. Hacía constantes preguntas a la criadita sobre el inglés; con respecto a mí, no preguntaba nunca.

Una vez fui a verla solo en la tarde, y como era mi costumbre, me senté en un sillón de bejuco junto al lugar que ella ocupaba regularmente. La tarde estaba triste: llovía. Como ella estaba en su cuarto y había mandado decirme que tuviera la bondad de esperarla, me levanté del sillón y fui a la puerta que daba al patio para ver el jardín. ¡Qué tristes me parecían los árboles inclinando sus copas por la lluvia! Parecióme que lloraban. Las pobres flores caían deshojadas, y sus pétalos eran arrastrados por las corrientes que inundaban el pequeño patio. El jardín presentaba un aspecto de desolación, y era la imagen de lo que pasaba en mi alma. Allí permanecí inclinado unos instantes con la frente abatida y las lágrimas hinchando ya los párpados, cuando oí que hablaban cerca de mí, y me volví apresuradamente.

Era Julia.

—¡Qué entretenido está usted con el aguacero! —me dijo alargándome una mano cariñosa.

Después fuimos a sentarnos.

No me preguntó por el inglés, y esto me hizo feliz; ¡qué niñería!

Luego comenzamos a hablar de muchas cosas; de esas muchas cosas que se precipitan en los labios como para ocultar un pensamiento que está en el fondo de la conciencia. Ella también parecía distraída. Yo tenía la inexplicable costumbre de hablarle siempre muy bien del inglés; y en mis palabras, éste, que era un hombre *comme il faut*, pero que estaba lejos de ser un héroe de novela, tomaba proporciones colosales. Mi pasión me daba elocuencia, y la joven me escuchaba extasiada. Todavía tenía yo una costumbre más singular: como la conocía bastante, comprendía sus propensiones, sus afectos, los recuerdos que le eran más caros, y procuraba manifestar mi odio a todo esto, con una especie de encarnizamiento que debió haberle llamado la atención. ¿Qué objeto tenía yo? Quizá herirla y hacerme aborrecible a sus ojos; quizá obligarla que me dijera algo que, ajando mi amor propio, disminuyera mi pasión; en fin: no sé qué deseaba, a punto fijo; pero yo experimentaba una especie de goce salvaje en ello. Y, como era natural, había logrado mis deseos. A los ojos de Julia yo era un hombre singular; yo la detestaba. De modo que no podía yo haber escogido mejor manera de elevar ante ella el carácter del inglés. Pues bien: esto me desesperaba; ya que no tenía la mirada bastante penetrante para leer lo que pasaba en mí, estaba resuelto a no decirle nada jamás. Sufría yo mucho; pero no sabía entonces que con este sufrimiento se arranca para siempre un amor, por profundas que sean las raíces que haya echado en el corazón.

Esa tarde, Julia me hablaba con una dulzura singular que me hizo estremecer; sonreía tristemente y me miraba con fijeza, como procurando leer en mi alma.

—Julián: usted tiene una enfermedad moral, ¿no es esto? —me preguntó con un acento tan suave, tan conmovido, que no pude menos de temblar y de sentirme agitado.

Sin embargo, procuré tomar un aire de indiferencia, y le respondí:

—No, Julia; no tengo nada, que yo sepa...; fastidio de estar aquí, es verdad; me figuré al principio que no extrañaría a México, que me acostumbraría a este trabajo monótono y duro y que el estudio me distraería.

—Y ¿no ha sido así?

—No; he resistido cerca de un año; pero este tiempo de aguas me ha hecho insoportable la vida aquí. Me muero de aburrimiento. Tengo nostalgia.

—Pero ¿es que México le interesa a usted porque allí ha pasado sus primeros años, o porque tiene allí algo que afecta especialmente su corazón?

—Le diré a usted: extraño a México, no porque tenga allí nada que afecte especialmente mi corazón. Hasta ahora no he amado a nadie... Pero México es una ciudad de placeres y yo estoy ávido de ellos.

Conozco que mi organización exige esa fiebre de goces que aturden y que...

—Y que matan.

—Y que matan, en efecto. ¡Qué me importa!

—¡Cómo!; ¿no le importa a usted morir?

—No mucho. Hay veces en que la vida me hastía precisamente porque soy joven; se me figura que aún me falta que andar mucho, y ese largo camino que tengo frente a mi vista me causa desaliento.

—¡Oh!, no diga usted eso, Julián; no piense usted así...; destierre de su alma esa horrorosa enfermedad de tedio, que es peor que la muerte.

—Y ¿cómo, Julia?

—Amando; ¿por qué no ama usted?

—¡Ah!; porque temo ser despreciado.

—Pero eso no puede ser; tal vez una persona resista a las muestras de amor que otra le dé; pero si ellas son sinceras, el corazón acaba por abrirse conmovido.

—Julia: es usted muy niña y no sabe que amar no es precisamente el mejor medio para ser amado. Si eso fuera...

—¿Si eso fuera? —preguntó, sobresaltada, Julia.

—Si eso fuera, yo no sufriría.

—¿Usted? Pero ¿en qué quedamos: ama usted o no ama?

—¡Oh, sí!; amo con delirio, con ceguedad. Amo como se ama sólo una vez en la vida, mi alma hace el último esfuerzo.

—¡Julián! —me dijo Julia, trémula y agitada—; y ¿quién es la que inspira semejante amor?; ¿quién merece ser amada así?

—Julia —le respondí, delirante ya—, Julia: ¿no lo ha adivinado usted todavía? Pues ¿necesito decir a usted el nombre?; ¿necesito confesar a usted que no tengo ya vida sino para amarla, y que muero de pasión y tristeza viendo que usted no me comprende?

Y diciendo esto, estreché convulsivamente una de sus manos entre las mías, y quise apretarla contra mi corazón.

¡Insensato de mí! Había guardado mi doloroso secreto en la caja de hierro de mi orgullo. Abríla, engañado por la ilusión de un momento, y he aquí que estaba perdido. ¡Maldito instante aquél!

Julia retiró su mano vivamente y se levantó pálida y triste.

—Julián —me dijo—: no había yo comprendido, se lo confieso a usted con sinceridad. Preocupada con mis propias penas, no había creído que la tristeza de usted fuera causada por mí. Es usted noble y generoso, joven, digno de ser comprendido y amado. Pero yo... no puedo amar a usted ya...; la fatalidad lo ha dispuesto de otro modo.

—Todo lo sé, Julia —dije volviendo en mí, otra vez conducido al terreno de la razón por mi orgullo traicionado hacía un momento.

—Todo lo sé —continué—; usted ama a Bell..., ¿no es así?

—Sí, Julián —me respondió deshaciéndose en llanto—; también yo merezco piedad; también yo soy infeliz; ¡le amo más que a mi vida!

Hubo un momento de silencio. Después, Julia enjugó sus lágrimas, procuró serenarse y sonreír, y alargándome una mano, me dijo:

—Pero seamos razonables. Nuestras almas no pueden unirse con los lazos del amor; pero sí pueden estarlo con los lazos de la amistad. Seré amiga de usted; seré su hermana... ¿Acepta usted esta amistad tierna? ¿Quiere usted ser mi amigo único?

* * *

¿Has amado alguna vez, hijo mío, y al declarar tu amor te han respondido ofreciéndote amistad? Si es así, te compadezco, y puedes comprender lo que sufrí; si no te ha sucedido esa desgracia inmensa, entonces no puedes tener idea de la mía, como un hombre que no tiene hijos no puede tener idea de lo que se sufre cuando muere uno de ellos. ¡Amistad! Esta palabra resonó lúgubre en mi alma, llena de tinieblas en aquellos momentos en que acababa de ponerse en ella para siempre el sol de la esperanza. ¡Amistad! Esta palabra, tan dulce y tan consoladora en la boca de un amigo, es áspera y amarga en los labios de la mujer a quien se ama. Es de preferirse la indiferencia o el odio. La *amistad* es entonces la limosna de la compasión, así como la compasión es la limosna del alma.

Así, pues, aquella palabra sublevó mi orgullo y me dio una fuerza suprema, porque me sentía desfallecer. Entonces, arrancando una voz firme, aunque débil, de mi garganta anudada, y soltando aquellas manos hermosas que estrechaban las mías, respondí a la joven, que me miraba con los ojos húmedos de lágrimas:

—Gracias, Julia; pero no la acepto. El amor se paga con amor. La amistad lo profanaría. ¡Adiós!; ¡perdóneme usted! y me levanté, vacilando, y me dirigí hacia la puerta.

Julia me detuvo, suplicante.

XIII

No quise escucharla, y casi loco me lancé a la calle. Seguía lloviendo a cántaros; pero apenas pude advertirlo y llegué a mi alojamiento sin hablar a nadie.

Una vez que estuve en mi cuarto, caí a los pies de mi cama acometido de un acceso de desesperación. Hubiera deseado derramar lágrimas a torrentes para aliviar mi corazón, que sentía estallar; pero no pude, y creí morir por el violento dolor que sufría.

Era yo joven, amaba por primera vez, y así se explica la vehemencia de mis sentimientos. Si eso me hubiese acontecido ahora, habría yo parecido risible, aun a mis propios ojos.

En un estado próximo a la insensibilidad, debí de haber permanecido mucho tiempo, porque hasta llegada la noche, cuando mi criado vino a mi cuarto a encender luz, y notó con sorpresa que me hallaba tendido a los pies de mi cama, recuerdo haber cambiado de situación. El pobre criado me creyó enfermo; me levantó del suelo, me hizo meter en la cama y llamó al médico.

Éste declaró que era yo presa de una fiebre violenta, cuya causa se atribuyó al aguacero que había yo recibido.

La enfermedad fue tan terrible, que no volví a recobrar el sentido sino hasta cuatro o cinco días después, y eso con tal debilidad, que apenas podía darme cuenta de lo que pasaba.

En vano preguntaba yo con voz moribunda qué era lo que tenía y por qué me hallaba así. Nadie quería responderme sino para recomendarme silencio, del que no salía yo, por fin, sino para ser acometido de un delirio penosísimo para los que me escuchaban y para mí mismo, porque me fatigaba.

Por último, merced a los esfuerzos y a la inteligencia del médico que me asistía, pude salvarme, y a los doce días estaba convaleciente, aunque incapaz de hablar ni de pensar. El aniquilamiento de mis fuerzas era sumo, y mi horror a toda clase de alimentos lo prolongaba.

Al fin comencé a recordar y a ver con lucidez las cosas: pero aún no me atreví a preguntar nada particularmente acerca de Julia, de miedo de revelar el estado de mi alma; estado que, sin embargo, era conocido de todos, a causa de las palabras que se me habían escapado durante mis delirios.

A los veinte días me creyeron capaz de leer mi correspondencia de México, y me la entregaron. Abrí varias cartas y las dejé porque eran largas y hablaban de negocios; pero al tomar una en mis manos no sé por qué me estremecí. La letra del sobrescrito era de mujer, y desconocida para mí. Abríla temblando. Era de Julia y estaba fechada en México. No pude reprimir un grito y caí desfallecido en las almohadas. ¡Julia en México! ¿Qué había pasado, pues, durante mi enfermedad?

Recobrado a pocos momentos, volví a tomar la carta y la devoré en un segundo. Julia me decía que el señor Bell me diría todo lo que había pasado; que se había visto obligada a partir con la pena de dejarme enfermo gravemente, y tal vez por causa suya; que sabía que estaba yo fuera de peligro, pero que deseaba que la perdonase y que no conservara de ella un recuerdo doloroso.

Quise saberlo todo, y llamé.

El inglés se presentó y vino a abrazarme.

—Tal vez hice mal en creer —me dijo— que estaba usted ya capaz de leer esta carta; pero consulté con el médico y él me aseguró que no había peligro en enseñársela. Sé cual ha sido la causa de la enfermedad de usted porque en su delirio nos la ha hecho conocer. Ahora bien: era preciso que supiera usted de una vez lo que ha pasado con Julia; esa carta debía dar la ocasión para referírsele.

—Diga usted, diga usted —contesté yo con viva ansiedad.

—Pues bien: cosa de ocho días después de que usted cayó enfermo, dos parientes respetables de Julia se presentaron aquí con cartas que traían para mí y para otras personas de Taxco. Ya sabía usted que yo había procurado con empeño que se arreglaran las dificultades que había entre esta joven y su familia. La cosa no fue difícil, pues la madre de Julia había llegado a México en seguimiento de ella, sabiendo que se había venido acompañada de nosotros. Por fortuna, no se pensó mal de esta compañía; no se creía que habíamos cometido un rapto, como me lo temí, sino que se dio a la fuga de Julia su verdadero carácter, de lo que debemos felicitarnos. La señora fue a mi casa; habló a mis amigos, que justamente tenían ya encargo de explicar a la familia de Julia todo, y de procurar con ella un arreglo; la señora supo que su hija, cuyo carácter conoce perfectamente, no creyéndose segura en México, había continuado bajo nuestra protección hasta aquí; al mismo tiempo recibí una carta de la joven, bastante explícita, y como debe usted suponer, el arreglo no fue difícil. La señora se adelantó hasta proponer a mi abogado condiciones muy favorables para Julia, en vista de su repugnancia para permanecer con su familia y de su resolución manifestada tan enérgicamente. Así es que la joven vivirá en México con una familia de parientes suyos; se le nombrará un curador que administre los bienes, que le pertenecen por su herencia paterna, y de este modo no habrá ya disgustos ni dificultades. Vea usted, Julián, qué ventajas ha obtenido nuestra hermosa heroína con su conducta, que

mucho temí la hubiera perdido para siempre. Su padrastro bien hubiera querido aprovecharse de la inconsiderada fuga de la joven para arruinarla, y aún procuró trabajar en ese sentido; pero debemos hacer justicia a la madre; ella no lo consintió, y aquel amor maternal, un tiempo apagado, volvió a encenderse de nuevo, con la ausencia, haciendo que la señora comprendiese cuál era su deber. Entonces fue cuando la señora, en compañía de dos parientes suyos, uno de los cuales es ahora el curador de Julia, se dirigieron a Cuernavaca; allí la señora aguardó a su hija y ellos vinieron a llevarla. Como debe usted comprender, Julia se sorprendió de este arreglo; no lo podía esperar tan ventajoso. Así es que, aunque triste por separarse de sus amigos y más triste aún porque lo dejaba a usted enfermo, partió sin poder despedirse de usted, que justamente en esos días se hallaba usted más grave. Ahora, amigo mío, acabe de aliviarse, trabaje, y yo creo que los proyectos de usted respecto de ella se arreglarán a pedir de boca; porque usted la ama, Julián, ¿no es así?

—Es verdad —le respondí, todavía distraído por los pensamientos que me había sugerido la narración del inglés.

—Pues bien: valor y que la esperanza termine pronto esa convalecencia que aún me admira. Sepa usted que hubo momentos en que no contamos para nada con su vida. Fue una fiebre tremenda de que no lo ha salvado a usted más que su juventud.

—Y es una lástima —repuse—, porque no valía la pena vivir; ella no me ama.

—¿Cómo es eso? ¿Julia no lo ama a usted?

—Amigo mío, demasiado la conoce usted, ¡y aún me lo pregunta...! Julia no ama sino a usted con toda su alma.

—¿A mí?, ¿es posible?

—¿No lo ha visto usted claramente en todas sus acciones, en todas sus palabras? Pero, hombre...; entonces, ¿usted no sabe leer en el corazón?

—Confieso a usted, Julián, que he tenido mis sospechas acerca de ello; pero que luego las he desechado, reflexionando sobre el carácter original de Julia, y más que todo en la intimidad de usted con ella, intimidad que yo había creído establecida por el amor. Ustedes eran jóvenes de la misma edad; usted ha hecho por ella lo que sólo un amante o un hermano habrían podido; usted había arrojado todos los peligros para salvarla, y además la había acompañado solo de México a Taxco; ¿cómo dudar de que sus corazones hubieran permanecido tranquilos? Así es que las manifestaciones, a veces demasiado extrañas, que advertí en Julia, si bien me dieron en qué pensar, no me decidieron a darles otro origen que el de una amistad entusiasta y juvenil. Cuando un hombre ha salido de los primeros años de la juventud, como yo, no puede tener ya esa tan consoladora como fértil presunción que hace al adolescente

creerse idolatrado porque se le concede una sonrisa común, o porque se contempla con atención la corbata que se lleva, o el chaleco que estrenó. Además, yo siempre fui, por carácter y por educación, frío y desconfiado. Natural era que por todo lo que he dicho a usted no me fijara largo tiempo en las acciones de Julia ni adivinara su origen. Pero, ciertamente, ¿usted lo sabe?

—Ella es quien me lo ha confesado.

Entonces referí en pocas palabras al inglés todo lo que había pasado aquella tarde fatal en que caí enfermo. Mi amigo se sorprendió grandemente y concluyó diciéndome:

—Más vale que yo haya ignorado la pasión de esta pobre niña. Habría yo sufrido sin poder hacerla feliz. Yo amo a otra, usted lo sabe, y mi próximo matrimonio formado por el afecto, por los intereses y por compromisos sagrados, habría fracasado, lo cual hubiera sido un golpe espantoso para mí, Julia es hermosa: diez veces más hermosa que mi novia; es inteligente y amable; pero ¿qué quiere usted, amigo mío? En mi corazón y en mi pensamiento ya no hay lugar más que para la mujer a quien estoy unido por promesas inviolables desde hace tres años. Todavía más: usted no puede comprender cuál fue mi temor al ver llegar a Julia a Taxco. Me creí perdido, y ha sido necesaria toda mi inteligencia, ayudada de la intimidad de usted con Julia, para hacer entender a mi maligno cuñado que la bella Elena no era para mí. Con todo, su venida provocó explicaciones serias por parte de mi novia, indagaciones por parte de mi suegro y hablillas entre los parientes, aspirantes y toda esa corte que rodea siempre a las familias como la de mi futura. Pero han quedado satisfechos todos, y la ida de Julia a México ha puesto punto a la historia.

Todavía seguimos hablando el inglés y yo por espacio de una hora, y cuando me dejó, animándome siempre con reflexiones consoladoras, me sentí aliviado de un gran peso.

Julia había partido; pero era feliz. Yo procuraría olvidarla; lo creía difícil, pero iba a hacer esfuerzos y me lisonjeaba de antemano de poder triunfar de aquella pasión tan dominadora como funesta.

A los pocos días estaba yo en pie y en el trabajo procuraba olvidar mis penas.

XIV

Pero el amor desgraciado impide trabajar o hace desfallecer pronto. Además, el trabajo es impotente para producir el olvido. Es una desdicha; pero el bálsamo bendito del trabajo no cura las heridas del alma. Yo me río de todos esos consejeros inexpertos que recomiendan a los que han sufrido alguna gran desventura de amor, que se refugien en el trabajo. Eso está bueno para las novelas; y aun cuando suele ser un remedio eficaz sólo puede aplicarse a ciertas gentes.

Los que aman como yo, no se curan así. Es preciso que otra gran pasión, tan dominadora como la que nos ha abatido, venga a levantarnos de nuevo en el camino triste de la existencia y esta gran pasión tiene que ser diversa del amor, porque será mentira para los que tienen un corazón *por partida doble*; pero yo creo que el árbol del amor no florece más que una vez en la vida. Después suelen brotar en él algunos retoños; pero caen marchitos al nacer.

¡Se puede ser *Don Juan* muchas veces; pero *Romeo*..., sólo una! Eso explica, quizá, la existencia de los libertinos y de los descorazonados.

Algo de esto pensé por aquellos días; pero me consagré al trabajo con asiduidad. Al cabo de dos meses, me aburrí.

Mi pasión crecía; mi tedio a la vida me daba miedo; el insomnio me quitaba la salud; pensaba en Julia en todos los instantes; y cuando en las altas horas de la noche, sin haber cerrado los ojos, la veía aparecer delante de mí, más hermosa que nunca, rechazándome triste, como aquella tarde fatal, te confieso que más de una vez descolgué mi revólver de la cabecera y acaricié el gatillo con cierta alegría febril. Allí estaba el fin de mis padecimientos.

Pero la esperanza me hacía soltar el arma. ¡Esperanza!; ¿en qué?, me preguntarás. Pues bien; sí, esperanza, no en Julia, sino en la Patria. Gracias al cielo, comenzaba a romper las tinieblas de mi alma algo parecido a un fulgor, cada vez más creciente. Era el amor a la libertad. En mis paseos solitarios por los alrededores de Taxco, en mis horas de silencio en mi casa, mezclados a los recuerdos de Julia, solían cruzar por mi mente pensamientos extraños y que me habían asaltado otras veces en mis tiempos de estudiante. Ya sabes que los alumnos de la escuela de Minería siempre fueron liberales. Yo había pensado muchas veces en el *pueblo*, en su opresión, en sus miserias; como yo era hijo de su seno, me identificaba con él en sus dolores y en sus odios. Pero el género de mis estudios, la juventud, las distracciones, me impedían dejar crecer estos pensamientos en mi espíritu y pronto los olvidaba.

Yo no sé por qué, en aquellos días de sufrimiento para mí, tales ideas se renovaron con una fuerza extraordinaria. Tal vez contribuyó a esto en mucha parte la circunstancia de hallarse entonces la guerra del Sur en todo su furor. Las tropas del dictador Santa Anna atravesaban frecuentemente por nuestro rumbo, y las noticias de la campaña nos ocupaban sin cesar.

Tal vez la situación especial de mi espíritu, que me hacía buscar en emociones fuertes el olvido de mis dolores íntimos, fue la verdadera causa, o, más bien, la esperanza, aunque remota, de abrirme paso a una posición mejor por medio de la gloria. Yo no sé; pero lo que al principio fue una vaga preocupación, después tomó creces y rivalizó en mi espíritu con el amor a Julia.

Como te he dicho, al cabo de dos meses me aburrí y dije al inglés que no podía continuar en la mina; que mi salud quebrantada me obligaba ir a México, y que tal vez no volvería.

El inglés lo sintió mucho; pero sospechando, quizá, que lo que me obligaba a salir de Taxco era verdaderamente mi pasión por la hermosa joven, me dejó partir.

XV

Llegué a México y me propuse no preguntar nada acerca de Julia. Pero el primer día que salí, que fue el segundo después de mi llegada, iba yo bien triste, por cierto, atravesando, a eso de las tres de la tarde, el espacio que hay de la que es hoy esquina del café de la Concordia a la esquina de la Profesa, cuando tuve que detenerme para dejar pasar un magnífico carruaje tirado por dos caballos frisonos y que venía de la calle de San José el Real con dirección a la del Espíritu Santo. Miré, como era natural, a las personas que venían dentro, y el corazón me dio un salto. Allí venía Julia, hermosa como un ángel, lujosa como una reina. Bajé los ojos y me aparté estremeciéndome, como si tuviera miedo. Ella me vio también y dejó escapar un ligero grito; los caballos iban con rapidez; pero Julia se asomó a la portezuela para mirarme, y en el momento en que yo volvía la cabeza para seguir con la vista el carruaje, ella me saludó; un momento después vi que el carruaje se detenía; pero sea por un sentimiento de orgullo o de temor, yo atravesé a pasos apresurados la calle de la Profesa y di vuelta en el momento por el callejón de Santa Clara. Como era de suponerse, no me siguieron.

Pero aquel incidente me hizo olvidar mi propósito y entonces comencé a preguntar a mis amigos lo que sabían acerca de Julia. Contáronme que la joven era a la sazón una de las *lionas* de México; que se sabía que era la hija de una familia opulenta de Puebla, que por ciertos disgustos con su padrastro se había venido a vivir a esta ciudad en compañía de otra familia de parientes suyos (lo de la fuga y la ida a Taxco se ignoraba); que frecuentaba los mejores círculos, asistía a los grandes bailes, concurría al teatro y estaba rodeada de adoradores, atraídos por su belleza como por la fama de su herencia. Esto se comprendía fácilmente. Aquí, como en todas partes, apenas aparece una mujer que se dice es rica heredera, cuando se precipitan a sus plantas los muchachos ricos y los muchachos simplemente buenos mozos, que todos son una especie de *catadores de minas*, sin corazón, para quienes la virtud y la belleza consisten nada más que en el filón de oro. Julia era rica, y he aquí que, previo cálculo sobre su dote, la rodeaban e idolatraban dos docenas de tontos vestidos a la *dernière*. Sin embargo, parecía que ella no había preferido a ninguno de ellos.

Estas noticias me helaron. Hoy menos que nunca podía acercarme a la joven, que no era ya la modesta habitante de mi casita de Taxco, sino la opulenta hija de una casa aristocrática que vivía rodeada de una corte de pretendientes y de lacayos.

Poco después del encuentro que he referido, fui una noche al teatro Nacional. Entre ya comenzada la pieza, y apenas tomé asiento en mi luneta, junto a un amigo, cuando éste, que revisaba todos los palcos con su antejo, me dijo:

—Chico: del palco que está a nuestra derecha te está mirando con mucha atención una muchacha linda como un cielo.

Alcé la vista y volví a bajarla apresuradamente. Era Julia, que me veía con sus gemelos. Estaba radiante de belleza.

Yo no podía quedar tranquilo. Sentía sobre mi semblante algo abrasador y terrible; era su mirada.

—¡Qué bárbaro eres! —volvió a decirme mi amigo—; esa señorita te saluda y tú te portas como un payo miserable. Alza la cara.

—Déjame —le respondí—; tú no sabes lo que me pasa.

Al día siguiente me paseaba por la Alameda, por nuestra hermosa y poética Alameda, hoy tan desdeñada por las gentes que no buscan la bellezas naturales, sino las miradas del concurso. Era una tibia y tranquila tarde de otoño, pues estábamos en noviembre; los árboles comenzaban a cubrirse con un manto de hojas amarillentas; la brisa arrastraba suavemente a nuestros pies las hojas secas; el Sol se ponía, y todo me obligaba a pensar en mis esperanzas desvanecidas, en mi juventud herida de muerte, en mis sueños de amor perdidos, cuando de repente, vi aparecer al extremo de una calle, y en dirección a la glorieta principal, a un grupo de señoras que platicaban alegremente.

Conocí una voz fresca y argentina; no podía engañarme: era también Julia, que venía, que iba a encontrarme, que me había visto ya pasearme meditabundo y abatido.

Inmediatamente di la vuelta y fui a perderme en otra calle, me dirigí a una de las puertas y salí de la Alameda corriendo.

Si seguía por otros días aun en México, era darme por perdido. Sentía ya el huracán de la pasión rugir dentro de mi alma. Era preciso huir.

Así es que, escuchando los consejos de un excelente amigo mío, que es hoy uno de los más altos personajes del Estado, y que entonces trabajaba contra el dictador y en favor de la revolución, dejé a México y fui a unirme en el Estado de Veracruz a las fuerzas que, acaudilladas por el valiente general De la Llave, enarbolaban la bandera de la libertad.

XVI

Había encargado en México a un amigo que me transmitiera las noticias que juzgara importantes, que recibiera mi correspondencia y, sobre todo, que me hablara algo de Julia.

Era una debilidad bien perdonable en quien se alejaba para tomar parte en los peligros y para no volver, quizá.

Este amigo me escribió algunos meses después diciéndome: que tenía para mí una carta importantísima de Julia; pero que ignorando mi paradero no creía conveniente aventurarla; que se había visto obligado a hablar con ella y que tenía también cosas interesantes que comunicarme, y que si podía venir a México, lo hiciera.

Pero esto sí era difícil; estaba yo demasiado comprometido para que mi venida a México fuese segura para mí. Además, francamente, la guerra, mis nuevas esperanzas, mis nuevos pensamientos, habían amortiguado mucho mi amor y no me quedaban, por decirlo así, sino los dejos amarguísimos de aquella pasión que había comenzado a envenenarme.

Por fin, la guerra concluyó, el dictador se fue y ocupamos a México. Entonces vine a esta ciudad en diciembre de 1855, y tan pronto como pude fui a casa de mi amigo y le pedí la carta. Me la alargó, diciéndome:

—No es, con todo, lo más interesante; pero lee.

La carta decía esto:

Julián: Hace tiempo que no le veo a usted, y no comprendo por qué huye de mí. Estoy curada ya de aquella pasión que me arrepiento de haberle confesado. Conozco toda la nobleza de la conducta de usted para conmigo, que había ignorado hasta aquí. Venga usted a verme y hablaremos. No pronunciaré, lo prometo, la palabra amistad. JULIA.

Esta carta me hubiera enloquecido de gozo un año antes. Entonces no me produjo sino una alegría mediana; ¿qué me había sucedido?

Después, mi amigo me refirió lo siguiente: Julia, en aquellos tiempos en que vivió entre la mejor sociedad de México, tuvo oportunidad de conocer y aun de relacionarse con la novia del inglés, quien, por su parte, también procuraba conocer a la que por algunos días le causó celos. Ya entonces, y poco antes de que yo viniera a México, la madre de Julia había escrito al inglés manifestándole su profundo agradecimiento por los servicios que había prestado a su hija; pero el inglés, sincero antes que todo, había contestado a la señora que, en verdad, no era él quien había prestado los mejores servicios a Julia, sino yo, que desde

Puebla me había resuelto a protegerla a toda costa; de modo que para no atribuirse un mérito que no tenía, declaraba que yo había obrado en eso con entera independencia de él, y que había llevado mi delicadeza hasta el punto de no haber acudido a su bolsillo para nada. Pero advertía que siendo yo demasiado susceptible en esta materia, no era conveniente hablarme nada de ello. Tal fue la razón que hubo para no escribirme entonces y Julia se limitó a procurar que yo la viese, para manifestarme que sabía cuanto yo había hecho por ella.

Después, como indiqué al principio, se hizo amiga de la novia del inglés, y ésta, en una de sus conversaciones, le refirió las explicaciones que aquél le había dado a propósito de sus celos, explicaciones que la dejaron satisfecha, porque su novio la convenció de que nada tenía que temer. Con este motivo, la amiga había enseñado a Julia una carta del inglés en que éste ponía en claro la conducta de la joven prófuga, y qué sé yo qué frases contendría la carta, que indignaron a Julia y le dieron a conocer cuáles eran las opiniones del inglés acerca de ella. Lo cierto es que la malignidad de la novia de mi rival, enseñando la carta a Julia, produjo su efecto. Julia, que aún conservaba en silencio y sin esperanza un amor leal y apasionado al inglés, quedó curada de él instantáneamente y no volvió a mencionar su nombre.

Entonces fue cuando me escribió.

—¡Ah!, ya comprendo —interrumpí yo, disgustado—. Quería vengarse; el despecho la hacía buscarme y quería dar celos al inglés haciéndome instrumento de su venganza.

—No —replicó mi amigo—; no seas injusto ni ligero. Julia no quería hacerte instrumento de venganza ninguna. Julia es demasiado noble y demasiado ingenua para engañarte. Y para que te convenzas, escúchame hasta el fin. Hace cinco meses, y cuando nadie sabía tu paradero ni se tenía por segura la conclusión de la guerra, hubo un gran suceso que vino a poner en claro los sentimientos de Julia.

»El socio del inglés y padre de su novia, quebró y quedó arruinado; de modo que la muchacha, cuya dote importaba antes unos dos millones, quedó reducida a una condición tan mediocre que apenas podía ofrecer con su blanca mano lo suficiente para no morir de miseria. El golpe fue terrible para el inglés, pues por la sociedad que tenía con su futuro suegro, sus intereses tenían que sufrir, y además perdía la esperanza de una pingüe dote, como la que esperaba con su novia. Por lo tanto, el matrimonio se desbarató. El inglés fue quien renunció a la mano de la pobre niña. Justamente en esos días, y por una singular coincidencia, el padrastro de Julia murió, dejándola por eso en plena posesión de sus cuantiosos bienes, sin que nadie le pusiera ya obstáculos. Debes suponer que al saberse esto en México, la linda joven se vio literalmente asediada por los pretendientes; ¡cómo la importunaron!

»Pero lo particular fue que el inglés, que antes la había desdeñado por la heredera de dos millones, ahora, viéndola como mejor partido que su

antigua novia empobrecida, con la frente alta y la mirada de conquistador, se dirigió a ella, fiado en el conocimiento que tenía acerca del amor que la joven le había profesado.

»El fracaso del inglés no pudo ser más completo; Julia le contestó con mucha amabilidad, pero con una frialdad glacial, que no lo amaba y que no podía, por lo mismo, otorgarle su mano.

»—Pues ¿a quién ama usted, Julia, entonces? —le preguntó el inglés—; porque nuestro amigo Julián me ha asegurado que usted misma le reveló que yo no le era a usted indiferente y aun que era usted desgraciada a causa de mi reserva.

»—Es verdad —contestó Julia—; así era entonces; tal vez consistió en que no conocía a fondo el carácter de Julián y en que no veía claro el estado de mi propio corazón. Hoy sé a qué atenerme, y aseguro a usted que me pasa lo contrario.

»—¿Es posible? ¿De modo que hoy ama usted a Julián?

»—Tal vez —repuso Julia.

»Como era natural, el inglés no volvió; de modo que por esto comprenderás si Julia te ama».

Yo me quedé pensativo y callado, como si esperase oír la voz de esa sibila que se llama la conciencia.

—Veremos —contesté—. ¿Y dónde está ahora Julia?

—En Puebla; ¿irás a verla?

—Más tarde; por ahora voy a los Estados Unidos en comisión de gobierno, y luego vendré a sentarme en la Cámara de Diputados, según todo me lo hace esperar.

Partí, en efecto, a la vecina República; en seguida, a Europa, después vine al congreso de 1857, primero constitucional; y que apenas comenzó a celebrar sus sesiones cuando fue disuelto por el golpe de Estado del general Comonfort.

XVII

Comenzó entonces la guerra terrible de los tres años contra la reacción. Yo estaba completamente consagrado a la política. No pensé, pues, más que en la compañía y sufrí todas sus vicisitudes, hasta concluir. En 1861 era yo coronel de ingenieros. Ocupado en comisiones importantes y aún en empleos de muy elevada categoría, me encontró la guerra extranjera. Serví en ella durante el hermoso año 1862, y en 1863 trabajé en la fortificación de la plaza de Puebla y tomé parte en su defensa heroica. Concluida ésta, como todo el mundo sabe, y conociendo la resolución de entregarnos prisioneros a los franceses, yo no quise aceptar ese sacrificio y me resolví a arriesgar mi vida más bien que caer en manos de nuestros enemigos de semejante manera.

Estaba gravemente herido, y hacía cuatro días que luchaba con la muerte, cuando llegó la hora de entregarnos. Los amigos me avisaron en el hospital; yo me levanté desesperado, y sin escuchar consejos me salí arrastrando: y mientras que los franceses entraban a la plaza por una parte, yo procuraba buscar asilo en la casa de algún vecino pobre y oscuro, a fin de poder salir de Puebla después, aunque fuera con peligro.

Pero mi energía era inferior a mis fuerzas; había andado apenas dos o tres calles cuando me acometió un vértigo y caí en el empedrado. Un carpintero generoso vino a levantarme, conoció por mi uniforme que era yo un oficial superior, y aventurándolo todo me llevó, ayudado de un hijo suyo, a su miserable vivienda, que era una accesoria incómoda y malsana. Su mujer le dijo que podría yo estar mejor en la gran casa vecina, cuyos dueños eran muy bondadosos, y yo, para evitar un compromiso a aquellos pobres artesanos, me dejé conducir.

Llegamos al zaguán; el carpintero tocó; abrieronle, y fue a hablar a las señoras, llevando mi tarjeta para que supiesen de quién se trataba. Yo estaba desfallecido y no podía hablar ni tenía fuerzas para nada. El carpintero volvió, furioso.

—¡Mal hayan estos ricos! —dijo—; ¡no tienen entrañas, ni quieren a sus paisanos, ni sirven para nada! Pues en mi pobre vivienda estará usted, mi jefe, y aunque pobres, le serviremos a usted hasta morir.

Me conmoví ante el patriotismo del generoso artesano y volvimos a la accesoria, en donde me tendí en un pobre jergón, deseando morir para dar fin a mis penas y a las molestias de aquellos infelices.

No podía yo soportar aquel horrible estado. Oía el galope de los caballos franceses; oía la confusa gritería del ejército enemigo; cada

rumor era para mí un tormento, y la cólera, el dolor físico y el aniquilamiento moral me hacían ansiar la muerte.

Estaba yo postrado y delirante; pero recuerdo que dos o tres horas después llamaron a la puerta de la vivienda. El carpintero y su mujer fueron a ver quién era, y apenas habían entreabierto la puerta cuando se precipitó por ella una señora muy hermosa y muy bien vestida, preguntando con una ansiedad dolorosa:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Los artesanos señalaron el lugar en que me hallaba apenas alumbrado por la débil claridad de una ventanilla medio cerrada, y cuando la dama me vio, se arrodilló, y tomándome las manos entre las suyas, dijo llorando:

—¡Ah!; ¡por fin, por fin!

Era Julia. Julia, ya no la tierna joven de 1854, sino la mujer; una mujer de veintisiete años, en todo el brillo de su belleza, pero con la melancólica gravedad que imprimen en el semblante de una mujer inteligente los sufrimientos de una vida agitada y la energía de un espíritu independiente y firme.

Julia estaba hermosa e imponía respeto. Yo la vi en medio de mi abatimiento como la aparición de una madre o de una hermana.

—Gracias, Dios mío —añadió Julia— gracias que he encontrado a usted y que puedo velar a su cabecera, como debí hacerlo en otro tiempo.

Luego explicó que cuando los artesanos me llevaron a su casa, ella no estaba allí, y que su familia, sin saber quién era yo, me habían rechazado; pero que al volver ella y ver mi tarjeta, todo lo había comprendido y había volado a reparar la falta de su familia.

XVIII

Desde luego, quiso llevarme a su casa; pero aquellos artesanos se resistieron tanto, y yo, por mi parte, les estaba tan agradecido, que por fin se decidió que me quedaría y que sólo se me enviarían medicinas, hilas y todo, de la casa de Julia.

Así se hizo, y ella venía a sentarse junto a mi cama largas horas en compañía de sus hermanos y de sus criadas. Pasaron dos meses. Mi convalecencia, gracias a los cuidados que se me prodigaron, fue rápida y buena. El cirujano que me asistía declaró que ya podía yo caminar, y que con ciertas precauciones podía ir a San Luis Potosí, donde se hallaba a la sazón el gobierno de la República, o a Querétaro y Guanajuato, donde estaban nuestras tropas todavía.

Comuniqué mi resolución a Julia. Ella la escuchó con profunda tristeza.

—Julián —me dijo—: nada me ha dicho usted en nuestras horas de conversación de cierta carta que debe usted haber recibido en México, si es que no la recibió en el Estado de Veracruz en 1855; ¿la vio usted?

—Sí la vi, Julia.

—Y bien: ¿por qué no procuró usted verme?

—No pude, Julia; el gobierno me envió a varias comisiones; después vino la guerra; mi suerte estaba enteramente identificada con la política; me envolví en ese torbellino, y, sobre todo... ¿qué quiere usted? deseaba aturdirme y olvidar mis pesares de Taxco.

—¡Olvidar! Pero ¿tenía usted, acaso, necesidad de olvidarlos en la guerra? ¿No creía usted que podía haberlos olvidado más pronto cerca de mí...? —concluyó Julia, ruborizada.

—¡Ah!, no —repuse yo—; cerca de usted hubiera vuelto a nacer mi pasión con mayor intensidad; y ¿qué habría yo logrado con eso? Una nueva humillación me hubiera matado.

—¡Nueva humillación! ¿Qué quiere usted decir? Si en Taxco no había comprendido a usted, y un sentimiento que me duele mucho haber abrigado en el alma por algún tiempo, me ponía una venda en los ojos, ¿no creía usted posible que eso se terminara? ¿No era bastante decir a usted que estaba arrepentida? ¿No adivina usted en las palabras de mi carta el cambio que se había operado en mis pensamientos...?

—¡Oh!; eso no es posible; ¿qué clase de corazón tiene usted si no comprende esas cosas? ¿Qué más quería usted que le dijera?

Yo sentía que me iba conmoviendo de una manera alarmante.

—Julia —le dije—: ahora comprendo que fui desconfiado en demasía. ¡Había sufrido tanto!

—No recuerde usted aquello, Julián; me hace usted mal y es usted injusto. Pero en fin, amigo mío; sólo hay la circunstancia de que soy menos joven; pero soy libre, soy rica y no he amado a nadie después de usted... Los sentimientos que abrigaba usted hacia mí hace nueve años, ¿habrán cambiado, por ventura?

Yo quedé en silencio unos instantes; pero al oír aquella palabra *amigo mío*, que me recordaba la *odiosa amistad* que se me ofreció en Taxco; al oír esa otra: *no he amado a nadie después de usted*, que me traía a la memoria el *le amo más que a mi vida*, hablando de mi rival; al pensar que Julia pudo, en efecto, no haber amado a ninguno después de mí, pero que sí amó con pasión antes, y sólo se curó por un desprecio que le hizo el inglés; sobre todo, el sentir esa palabra, al sentir esa frase que Julia pronunció indiscretamente: *soy rica*, se despertó mi orgullo, mi indomable orgullo, que no se sacrifica ante nada. Tomé, pues, una resolución:

—Julia —le dije estrechándole las manos—: vea usted cuán desgraciado soy en no poder tocar la felicidad que el amor de usted me ofrece.

—¿Por qué? —preguntó ella asustada y palideciendo.

—Porque es tarde, Julia; es tarde ya; ¡estoy casado!

—¡Casado! —pudo apenas balbucir Julia—. ¡Dios mío...!

Y contuvo los sollozos que la ahogaban, haciendo un supremo esfuerzo. Entonces se levantó pálida y procurando sonreír tristemente, añadió:

—La fatalidad se atravesó entre nosotros desde un principio; ¡no hay más que resignarse! ¡Ay, qué triste es la vida así! ¡Cómo decide una palabra de la felicidad o de la desdicha! Es por palabras, Julián, por simples palabras, que nos ha separado la suerte.

Y tenía razón: *palabras que hieren el amor propio*; he aquí la clave misteriosa de muchas desgracias.

—En fin, Julián; adiós; que el cielo le ampare a usted y que sea feliz en su viaje...; no nos veremos más...; adiós —concluyó la joven ya sin poder contener el llanto. Y salió, echándose el manto sobre la cabeza y cubriéndose los ojos con el pañuelo.

—¡Pobre señorita! —dijeron el carpintero y su mujer—. Y vea usted, jefe; tiene fama de muy orgullosa.

Yo me entristecí también. Los sacrificios que impone el orgullo cuestan a veces la vida.

Al día siguiente salí de Puebla, y ocho días después me hallaba en San Luis Potosí.

XIX

—Pero sepamos —pregunté yo a Julián—: ¿por qué dijiste a Julia que eras casado?; ¿es que realmente lo estabas?

—No, hombre —me respondió—; ¡qué casado!; yo soy incapaz de cometer esa debilidad. ¿No has comprendido que dije eso para destruir de una vez toda probabilidad de unión entre Julia y yo?

Es preciso que leas bien en ciertas almas. Julia, amada por mí con una pasión frenética, terrible, la única de mi vida, me hizo en un momento de coquetería confesarle lo que yo guardaba en silencio por no exponerme a una humillación. Yo, engañado por sus palabras, en las que creí vislumbrar una esperanza, abrí mi corazón y recibí una herida en mi amor propio. Esa mujer se sorprendió de que yo la amara: luego le parecía imposible que me atreviera a tanto; ¿por qué? Después me confesó que amaba a mi rival *más que a su vida*, y eso era mucho para un orgulloso como yo. Ella lo hacía llorando de pena también; pero aun esa pena tan inmensa parecía humillante para mí.

Sufrí mucho a consecuencia de tal desengaño; estuve próximo a morir; luché largos días con mi pasión; pero eso acaba con la fuerza del alma, con la savia juvenil que se necesitaba para seguir amando. La hoguera ardió voraz, pero se convirtió en ceniza prontamente. Corazón herido, corazón muerto.

Más tarde no quedan más que los sentidos. Verdad espantosa, pero indudable. La novela puede decir otra cosa; pero la vida real no admite esos fantasmas de la imaginación.

Así, pues, yo había dejado de amar a Julia. Los amores ligeros de soldado que he tenido han sido mariposas que han agotado la poca esencia que pudo haberme quedado en el cáliz del alma. Ahora no puedo amar.

Por otra parte, la consideración de que ella dejó de amar al inglés por una frase desdeñosa que vio en una carta de éste, era también una consideración desconsoladora. Yo hubiera querido deber la preferencia a mi amor, no al orgulloso desprecio de mi antagonista.

¿Y la riqueza de Julia? Yo no estoy organizado para cometer el *acto de abnegación* que consiste en casarse uno, siendo pobre, con una rica, lo cual da a la coyunda matrimonial el aspecto de una librea. Si Julia hubiera sido pobre, no hubiera vacilado a pesar de las otras consideraciones; ¡pero rica! ¡No; jamás!

He aquí lo que me ha hecho apartar de mis labios voluntariamente la
copa de la felicidad.

XX

Ahora, para concluir: hace cuatro años que Julia se casó, dicen que todavía apesadumbrada y llevando al lado de su marido su virtud intachable, pero su corazón despedazado.

Dicen que él la adora; que ella es buena mujer y que cumple con sus deberes noblemente. Yo no entiendo así las cosas. No me alegraría de estrechar contra mi pecho un corazón que latiese al recuerdo de otro hombre.

Y agregan que la pobre Julia ha sabido perfectamente que yo no era casado. La cosa pasó de esta manera:

Díjose hace tres años que iba a casarme con una señorita que había yo dado en visitar (solamente para practicar el inglés que ella hablaba como su lengua). Pues bien: un día se platicaba acerca de esto en casa de Julia.

—¿Saben ustedes —dijo uno— que se casa el general R... con la señorita S...?

—¡Cómo —exclamó Julia, asombrada—, si ese caballero es casado!

—No, señora, no es casado; ¿quién le ha dicho a usted semejante cosa?

—No sé quién; pero me lo han asegurado.

—Pues no hay tal; yo soy su amigo íntimo y puedo asegurar a usted que no se ha casado nunca y que ni siquiera le hemos conocido un amor formal. Parece que tuvo una pasión de joven y que fue desgraciado; desde entonces no tiene corazón.

Me han contado que Julia se puso pensativa, que estuvo sombría durante la tertulia y que se retiró pronto, pretextando un fuerte dolor de cabeza.

Yo estoy seguro de que a esta hora me odia mortalmente.

En cuanto a mí, ni la amo ya ni la aborrezco; pero le estoy agradecido porque me curó en mis primeros años de esa horrible enfermedad del amor que acosa mucho en la edad madura. El amor es como el vómito: se cura la primera vez y no vuelve a atacar nunca.

IDILIOS Y ELEGÍAS

(Memorias de un imbécil)

A Gustavo G. Gostkowski

Mi querido amigo:

El pobre muchacho con cuyo carácter diabólico tanto hemos luchado usted y yo, ha partido por fin hoy, resuelto a seguir nuestros consejos. ¡Quiera el cielo que ellos le curen y le libren de ir a un hospital de locos, o de arrojarse al mar, lo que sería para nosotros doblemente sensible!

Al despedirse, me encargó enviase a usted, pues se lo dedicaba, el consabido cuaderno en que ha escrito sus impresiones en forma de novelitas, a las que ha puesto un título digno de su extravagante numen: *Memorias de un Imbécil*. El bardo de esta aldea se permitió hacerlo preceder de otro un poco poético que escribió con letras grandes en la primera hoja. Si se decide Ud. a publicar eso en *El Domingo*, no vendrá tan mal, porque al menos los lectores tendrán una historia pequeña pero completa en cada número.

Además nuestro amigo dejó a usted su retrato: ¿para qué diablos lo quiere usted? He preferido regalarlo a mi vecina, que al leer el título del cuaderno que le enseñé derramó un lagrimón enorme, diciendo: ¡No era tan bestia!

Si los lectores repiten un elogio semejante, el miserable autor debe arrojarse al mar, ahora que van a presentársele las más bellas oportunidades.

Sabe usted que le quiere su afectísimo: P. M.

Mixcoac, Mayo 23 de 1872.

ANTONIA

Even as one heat another heat expels,

Or as one nail by strenght drives out another,

So the remembrance of my former love

Is by a newer object quite forgotten.

SHAKESPEARE, *The two gentlemen of Verona* .

I

—Decididamente voy a emplear el día escribiendo... ¿Y para qué? Nadie me ha de leer. Mi vecinita... Pero mi vecinita no hace más que dormir todo el día, y cuando suele despertar, tiene siempre los párpados cargados de sueño. Es seguro que al comenzar a recorrer estas páginas del corazón, abriría su linda boca en un bostezo preliminar del cabeceo más ignominioso para mí. ¿Quién piensa en la vecina?

No importa, debo escribir, aunque no sea más que para consignar en este papel los recuerdos que dentro de poco va a cubrir la negra cortina del idiotismo en el teatro de títeres de mi memoria. ¡Estoy aterrado! Anoche he soñado una cosa horrible... ¡horrible! Mi memoria, bajo la forma de una matroncita llorosa y agonizante de fatiga, se me presentó abrazada de la última joven bacante, a cuyo lado pasé horas deliciosas en México.

Todavía se hallaba ésta acicalada como en aquella famosa cena. Crujía su hermoso vestido de seda azul de larga cola, al recorrer ella mi cuarto solitario. Sentía quemar mis ojos con la mirada de aquellos ojos azules y cargados de un fluido embriagador. Aún escuché una voz suave, pero cuyo acento extranjero conocía... que murmuró en mi oído: ¡Despierta!

Y entonces mi memoria, inclinándose sobre el cuello blanco de la bacante, como una ebria, me decía...

—¡Te abandono, me voy... abur!

Y desaparecieron.

Yo me senté en mi lecho y me puse a decir varias veces: *¿Es posible?* con el mismo aire de asombro con que un chico se hace alguna pregunta en las *Lecciones de Historia* de Payno.

Después volví a dormirme; pero son las siete de la mañana y heme aquí despierto y pensando todavía si será posible que mi memoria se vaya, a pesar de que todavía recuerdo el sueño en que ella vino a decirme adiós.

¡Oh! ¡Simplezas...!

Sin embargo, es posible que yo pierda la memoria; tan posible como que don Anastasio Bustamante fuera presidente de la República por la segunda vez.

Entonces preparémonos: aún quedarán, lo supongo, algunos días, y pienso aprovecharlos, comenzando por el de hoy.

Un rayo de sol naciente penetra alegrísimo por la ventana abierta. Una oleada de aire fresco me trae el aroma de los árboles del parque vecino y el gorjeo de los pájaros que me importunaba otras veces. Todo me invita a levantarme y a trabajar. La campana de la aldea llama a los fieles a misa. Iré a misa, después hundiré mi cuerpo miserable en las quietas y cristalinas aguas del estanque. Dicen que el agua fría es un buen lazo para retener a la fugitiva memoria: luego, después de un desayuno frugal pero sano, me marcharé a recorrer los campos vecinos, y si es posible me entretendré en oír piar a los guinderos, rebuznar a los asnos del pueblo y mugir a las vacas que se dirigen a San Ángel. Recogeré también las flores del espino blanco y de la pervinca que se extiende humilde a orilla de los arroyos. Con esas florecillas haré un ramillete para colocarlo al pie del retrato de uno de los veinte verdugos que han torturado mi corazón y que conservo como una acusación palpitante de mi estupidez. Al volver del campo, almorzaré como un espartano y me pondré a trabajar, si trabajo puede llamarse a reproducir en algunas cuartillas de papel todos los disparates que me han amargado la vida. El trabajo sería olvidarlos completamente. Pero mi sueño, mi sueño me causa terror, y debiendo alegrarme por lo que él me prometía, he sentido al contrario un cierto dolor al considerar que pronto van a alejarse de mí aquellos recuerdos que me han hecho fastidiarme de la vida muchas veces. ¡Qué absurdo! ¿Es ésta acaso un capricho del carácter humano? ¿Hay cierta complacencia en recordar los sufrimientos? Ya había yo observado que los que han tenido una larga y penosa enfermedad se entretienen en referir a todo el mundo las terribles peripecias de ella; que los que han pasado largos años de prisión o han experimentado las negras angustias del destierro, se deleitan en referir a otros, o a sí mismos en sus horas de soledad, toda la historia de sus infortunios, de sus dolores físicos.

De seguro hay algo de amarga complacencia en recordar los tiempos desgraciados, cuando uno está ya libre de ellos.

Francesca, abrazando a su amante en las profundidades del infierno, deteniéndose delante del poeta para narrarle entre suspiros la historia de sus goces delincuentes, decía lo mismo, diciendo lo contrario.

* * *

He vuelto del campo, y la vista del cielo, y la soledad han avivado mi memoria.

II

Tenía yo trece años y vivía en un pueblecito de oriente, donde nací, y cuyo nombre no importa. Mi padre tenía algunas fanegas de tierra que sembraba cada año, un rancho pequeño y una huerta, con todo lo cual era pobre: primero, porque eso no produce por ahí gran cosa, y luego, porque se había propuesto ser benéfico, y mantenía a una legión de parientes haraganes que no le servían, si no es para consumir los escasos productos de su miserable hacienda.

Yo, que era hijo primogénito, constituía su esperanza, y ¡pena me da decirlo! tenía ya trece años y era tan ocioso como mis parientes; y no es eso lo peor, sino que sentía grandes propensiones al *far niente* y a la independencia, dos cosas que nunca pueden unirse, si no es en el gitano o en el mendigo. Verdad es que sabía yo leer y escribir, de manera que tenía la educación más completa que puede recibirse en la escuela de aldea; pero eso no me servía sino para leer algunos libros místicos y una que otra novela que alguna vieja solterona me prestaba a hurtadillas, para pagarme así el trabajo de escribirle cartas que despachaba por el correo al pueblo vecino, donde residía un antiguo amante que venía cada tres meses a verla, y siempre de noche.

Esta amable señora, que había sido bonita, y que conservaba aún algunos rasgos que eran como el crepúsculo de su belleza que se ponía con rapidez, era mi confidente y mi amiga, y bien puedo asegurarlo, mi primera preceptora en las cosas del mundo, aunque debo hacerle la justicia de declarar que no me enseñó más que algunas tonterías que ya había yo adivinado por instinto. Sus conversaciones, con todo, me parecían sabrosas. A esa edad, una frase manifiesta ilumina con un rayo de picardía la imaginación aún envuelta en las oscuridades de la inocencia infantil. Una reticencia acompañada de una sonrisa, es bastante para hacer pensar; y la sangre de la pubertad, que comienza a hervir, ayuda eficazmente al pensamiento.

Mi excelente amiga, revelándome algunas de sus aventuras, acabó de justificar las sospechas que una amatividad precoz me había hecho concebir desde hacía tiempo. Además, aunque lo contrario digan los defensores de las virtudes bucólicas, yo sé de cierto que la tierra de una aldea es la menos a propósito para cultivar por muchos días, después de la época de la dentición, las flores de la inocencia. ¡Se ven tantas cositas en una aldea!

Yo sentí, pues, al cumplir trece años, una necesidad irresistible de amar. Esta necesidad se explicaba por un humor melancólico y extravagante, por una opresión de pecho que me obligaba a salir de mi casa frecuentemente en busca de aire puro que respiraba a bocanadas, y por

una constante y desenfadada propensión a ver a las mujeres y a contemplar sus pies, sus brazos, su cuello y sus ojos.

Ya varias veces la mujer del administrador de rentas, que era una gordita muy risueña, había reparado con cierta complacencia en mi manera de mirarla fijamente; y aun la respetable esposa del alcalde municipal, jamona rechoncha que respiraba con estrépito y movía con alguna pretensión de coquetería su voluminosa persona, robustecida por la energía de sus cuarenta otoños, al ver una vez que examinaba yo su seno temblante y sus labios frescos y rojos, había fruncido el entrecejo murmurando:

—¡Ha visto usted qué muchacho!

Ninguna mujer se escapaba de mis pícaros ojos; y en el *tianguis*, en la iglesia, en las procesiones, en las calles, siempre encontraba yo abundantes motivos para mis análisis y mis reflexiones. La blanca túnica de la adolescencia iba desapareciendo día a día, como si fuese una película de cera derretida por el calor creciente de mi corazón que, mariposa del deseo, comenzaba a revolotar devorada por una sed inmensa.

Desde entonces comprendí que la aurora del amor es el deseo. Después he tratado en vano de convencerme, leyendo a los poetas platónicos, de que sucede lo contrario.

Puede que sea cierto, pero a mí no me sucedió así, y creo que a nadie le sucede; sólo que la hipocresía social y literaria impide que estas cosas se confiesen ingenuamente.

A pesar de mis aficiones, que me hacían grato el pueblo, yo prefería el campo, las montañas vecinas, las orillas de los ríos y el lago, y ahí gustábame contemplar las bellezas de la naturaleza, entre las que no me olvidaré de enumerar a las jóvenes labradoras que solían andar, como Ruth, medio desnudas, recogiendo mazorcas, ni a las lavanderitas o bañadoras que jugueteaban en los remansos, semejantes a las ninfas antiguas. Ahí comprendía yo la sensación de Adán al encontrarse con Eva; sólo que las Evas que se ofrecían ante mis ojos no estaban consagradas a mí por sus creadores, y temblaba yo ante el riesgo de sufrir una paliza si me permitía con ellas las confianzas de nuestro primer padre.

Con todo, algo me decía que en esos lugares había de encontrar al fin el ansiado objeto de mis aspiraciones, vagas aún, de mis deseos aún no definidos, de mis esperanzas halagadoras. La sombra de la mujer amada, invisible todavía para los ojos, pero no para el corazón que la palpa en su pensamiento, suele pasarse así, de antemano, en los sitios que más tarde la suerte consagra en nuestra existencia.

Así se paseaba la sombra de Antonia entre aquellos sauces del río, entre aquellos nogales de la cañada, sobre aquella grama olorosa y menuda que cubría el llano como una alfombra de terciopelo.

Y ciertamente, ahí le vi por la primera vez.

Era una mañana del mes de julio, radiante y hermosa. Había llovido la noche anterior y los árboles aún sacudían de sus hojas brillantes las últimas gotas que los rayos del sol convertían en rubíes, en topacios y en amatistas.

Yo desperté con los pájaros, y sintiendo también la voluptuosa influencia del tiempo, salí al campo para ver los sembrados de mi padre y para pensar en mis sueños; porque después de algunas horas de insomnio, en las que había luchado con mis proyectos de independencia, me había dormido dulcemente, escuchando el ruido monótono del agua, y había soñado que abrazaba a alguien llamándola *bien mío*, precisamente como mi amiga la solterona me había referido que se llamaban mutuamente los amantes.

Así, meditando y predispuesto al amor, llegué hasta el pie de dos pequeñas colinas, enteramente cubiertas con los maizales de un labrador viejo y riquillo del pueblo, a quien apenas conocía yo. Entre una y otra colina serpenteaba un arroyo, entonces un poco crecido y pintorescamente bordado por dos hileras de amates y de sauces, cuyas copas formaban una espesa bóveda sobre él. En la cumbre de una de estas colinas había unas cabañas cómodas y de alegre aspecto; era un rancho, es decir, la habitación de la familia del labrador.

Yo quise pasar de una a otra colina y descendía al arroyo, deteniéndome un momento a la sombra de los árboles para observar el vado. De repente, vi aparecer del lado opuesto una figura que me produjo una especie de desvanecimiento: era una joven como de quince años, morena, muy linda, y estaba sola.

Se inclinaba para observar también el paso del arroyo, y por eso no pude mirar bien su semblante, pero sí vi lo demás. Levantábase el vestido lo suficiente para poder pasar sin mojarlo, y en esta desnudez, tan común en las vírgenes antiguas, pude admirar sus bellísimas formas. Un estatuario habría tenido deseo de reproducir en una Venus aquel pie pequeño y arqueado, y aquella pierna mórbida y blanca que parecía modelada por el cincel de Praxíteles.

Jamás había yo contemplado un espectáculo semejante, y aquél me enloqueció por la primera vez. Llegó por fin la hora del amor. Repuesto de mi emoción, di un grito, y la joven alzó la cara y me vio con sorpresa, pero ni soltó su falda, ni dio muestras de hacer gran caso de mí. Entonces pude examinarla. Era muy bella, tenía ojos negros como su cabello, hecho trenzas tejidas con flores rojas y amarillas. Sus labios eran bermejos y carnosos, y su cuello robusto y erguido le daba una

cierta semejanza con la Agar y la Raquel, que había visto en las estampas de la Biblia de mi amiga la solterona.

Pero la muchacha no podía pasar; en vano había buscado una línea de piedras donde apoyarse para atravesar sin riesgo. La creciente de la noche anterior las había cubierto. El vado era profundo, y hubiera sido preciso hundirse hasta la cintura para llegar a la margen opuesta.

Entonces, un instinto que más tarde había de desarrollarse en alto grado, me inspiró mi primera galantería. Me eché al río, y en un momento estuve al lado de la hermosa niña que me vio llegar sonriendo.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

En los pueblos todos los muchachos se tutean.

—Vengo a ayudarte a pasar el arroyo —le respondí.

Tenía yo miedo de que ella rehusara mi auxilio, pero con gran contento mío repuso:

—Pero ¿me aguantarás? Yo peso mucho.

—No, ¡qué vas a pesar! Tan delgadita y tan ligera.

—Sí, pero tú eres más chico que yo.

—No, mira, te llevo lo menos una cuarta, y además, soy fuerte.

—Bueno, pues ahora verás, voy a abrazarme a tu cuello; tú me cargarás, tomándome de la cintura y de las piernas, y así no nos caeremos; si el vado está más hondo, me subes más, y aunque me moje los pies y las pantorrillas, no le hace.

Y diciendo y haciendo, la linda muchacha me abrazó y pegó su rostro contra el mío, y sentí su aliento fresco y puro soplar en mis mejillas, y aun toqué con mi labio uno de sus hombros, redondo y suave. Yo la tomé de la cintura, que enlacé perfectamente con uno de mis brazos, mientras que con el otro abarqué las piernas dejando colgar sus pies a la altura de mis rodillas.

Y me lancé al arroyo y temiendo caer con carga, porque sentía golpear la sangre en mis sienes y desfallecer mi corazón. En medio del arroyo vacilé y me detuve para no caer. Entonces ella me apretó contra su seno, y me dijo riendo y juntando su rostro con el mío:

—¡Cuidado! ¡Cuidado! me vas a tirar.

Esto, que pudo acabar de perderme, me hizo cobrar fuerzas y llegué a la orilla opuesta, donde ella se apresuró a saltar y a sentarse sobre la

yerba, no sin arreglarse antes el vestido. Yo me puse a contemplarla extasiado. Tenía dos lunares en las mejillas y uno sobre el labio superior.

Decididamente, era linda.

—Ven, siéntate, me dijo, y luego subiremos a donde está la casa. ¿Por qué me ves así?

—Porque eres muy bonita —le respondí tartamudeando.

—Pero, qué ¿no me conoces?

—No, o puede ser que te haya visto, pero no como estás ahora.

—Ya lo creo, aquí ando en el campo, pero me has de haber visto en la iglesia o en la plaza, con mi madre, sólo que llevo allá mis vestidos de fiesta y me tapo la cara con mi rebozo porque así me lo mandan. Yo sí te conozco bien y te he visto muchas veces.

Después he podido notar en el largo curso de mi vida que siempre que una mujer que nos agrada y a quien amamos nos dice que nos conoce y que nos ha visto, nos causa un intenso placer. Con esto nos indica que no le hemos sido indiferentes, puesto que se ha fijado en nosotros. Algunas coquetas usan este recurso aun cuando no digan la verdad, y hacen bien, porque pocos hombres dejan de ser sensibles a semejante homenaje.

—¿Me has visto?, y ¿en dónde?

—Te he visto en la casa de doña...

Ésta es otra galantería sabrosa. Decirle a uno que le han visto con una mujer, aunque esa mujer sea una vieja, es manifestarle un interés que casi provoca una confidencia. Yo apelo para confirmar esta verdad, a todos los hombres.

—Sí —añadió— te he visto platicando con ella en la ventana, y te conozco mucho, te llamas Jorge.

—Es verdad, y tú ¿cómo te llamas?

—¿No lo sabes? Me llamo Antonia.

—¡Antonia! —repetí muchas veces con fruición, como siempre que se repite el nombre de la mujer querida. Ella se levantó, y cogiéndome de la mano, me indicó que la siguiera.

—Pero —le dije deteniéndome—; ¿no estará tu padre o tu familia allá arriba?

—No hay nadie —me contestó—, mi padre se ha marchado con mi madre esta mañana al pueblo; mis hermanos están trabajando en el maizal, y yo voy a prepararles el almuerzo. Ven y te daré de almorzar.

La seguí.

Llegamos a las casitas, y ahí ella hizo lumbre, yo me puse a soplar; y mientras ella preparaba rápidamente un asado de gallina, huevos y un jarro de leche, y amontonaba en una gran jícara pintada de verde, olorosas y provocativas frutas, yo arreglé, también por indicación suya, algunos platos que colocamos después en un canasto. Una vez que todo estuvo dispuesto, almorzamos ella y yo alegremente.

Parecía que éramos amigos hacía diez años. No me acuerdo de cómo le declaré mi amor, y lo siento, porque aún hoy me divertiría con las bestialidades que debo haberle dicho; ni recuerdo tampoco si ella se puso colorada, si sonrió o frunció las cejas; en fin, se ha perdido, entre las nebulosidades que envuelven a veces los más grandes momentos de la juventud, esta escena; pero sí me viene a la memoria, lúcidamente, lo que ella hizo después. Me abrazó y me presentó una mejilla que yo devoré a besos. Poco a poco fui acercándome a la boca, pero ella al sentirlo retiró el semblante y me dijo con alguna solemnidad, en que había ya una tremenda coquetería:

—No, déjame; eso será después...

¡Ah! la niña de aldea era en esto, como en muchas cosas, igual a la mujer de corte. Un hombre se impacienta y quiere apurarlo todo de una vez. Una mujer tiene energía para enfrenar sus deseos, y no se concede sino por grados, aun a costa de sus propios tormentos. ¿Es cuestión de virtud, de vanidad, de expectación, o simplemente un artificio? Quién sabe; pero si hay en ello una dosis de cada una de estas cosas, entiendo que de la primera la dosis es pequeñísima.

—¿Te casarás conmigo? —me preguntó Antonia, cargándome la canasta con el almuerzo.

—Sí me casaré; si no me casara yo contigo, me moriría.

A los trece años, y aún a doble tiempo, promete uno casarse con todo el mundo con una facilidad asombrosa, y lo peor es que suele hacerla como lo dice. A los trece años también, cree uno que si no le dan a la muchacha que le gusta, puede morirse. No es sino más tarde cuando llega uno a comprender que de amor no se muere jamás, a no ser que se haya interesado el orgullo.

Cuando bajamos al arroyo, lo encontramos ya muy disminuido, y pudimos atravesarlo fácilmente; pero al llegar a la otra orilla, Antonia, tomando la canasta, me dijo:

—Ahora sí, no conviene que nos vean juntos; anda, vete, y no le digas a nadie lo que hemos hecho, porque mi padre me pegaría, y haría que tu padre te pegara también. Esta noche dormiremos en el pueblo, me irás a ver por la cerca de mi casa, y saldré a hablarte. No hagas ruido al arrimarte, porque hay perros, y además mi padre tiene el sueño ligero. Mis hermanos duermen aquí.

La aldeanita me daba una instrucción completa. La mujer de la ciudad, la mujer de mundo, hace lo mismo. Observad que es ella siempre la primera que legisla, sea joven o vieja.

El hombre no ejerce la dictadura sino después, a no ser que sea un papanatas, porque entonces se quedará en eterno vasallaje, y cuidado, que no será ya en su provecho, sino en el de otros.

Antonia se puso a mirarme amorosamente, me ofreció otra vez su mejilla sonrosada y aun sus lunarcitos, y me dijo adiós tomando con ligereza un sendero que se ocultaba a pocos pasos entre las cañas del maíz.

Yo me quedé abatido, y por la primera vez también comprendí lo que era ese horroroso desierto que se hace en derredor nuestro cuando se ausenta la mujer amada. Parecía que me había quedado sin alma y sin aliento; que el arroyo estaba inmóvil; que los árboles no tenían vida; que el cielo no tenía luz, y que mi casa, mi padre, mi madre y la aldea entera, no eran más que vanos fantasmas. Aquella joven se había llevado mi mundo.

III

Pasé aquel día soñando y *rumiando* las sensaciones que había tenido en la mañana. Como mi familia estaba acostumbrada a las excentricidades de mi carácter, no paró la atención en aquella agitación extraña de que me sentía sobrecogido, ni en aquel aparente mal humor que me hacía permanecer obstinadamente callado. Por otra parte, yo procuré estar el menor tiempo posible en mi casa, y según mis inclinaciones, volví a salir al campo, sólo que esta vez tomé un rumbo opuesto a aquél en que se hallaba el lugar querido en que había pasado mi primera escena de amor.

Me dirigí por las escarpadas orillas de otro riachuelo a una montaña vecina. Tenía deseos de estar absolutamente solo, y de entregarme a mis pensamientos en el silencio de los bosques. En pocos momentos comencé a trepar por las rocas, y fui a escoger una punta desde donde podía dominar el pueblo, y el hermoso y pequeño valle en que está situado, y que verdegueaba entonces con los sembrados, divididos simétricamente. A mi lado y a mi espalda se extendían grandes y espesos bosques de encinas y de pinos, en los que reinaba un silencio solemne, apenas turbado de cuando en cuando por el blando rumor de las hojas agitadas por el viento suave del mediodía.

A mi frente y abajo de mí, tenía el pueblo y el valle. Muchas veces había contemplado este mismo panorama, pero jamás me había parecido tan bello. Era que faltaba algo que lo animara a mis ojos.

Entonces me pareció encantador. Y realmente mi pueblo era bonito. El caserío era humilde, pero gracioso; la pequeña iglesia, que a mí se me figuraba el edificio más gigantesco del mundo, tenía dos torrecillas pardas, que juntamente con la fachada, en que había dos ventanas laterales y una puerta aplastada y deforme, daban al conjunto un cierto parecido a la cabeza de un burro en estado de meditación. A orillas del pueblo y por todos lados, había huertos, y allá al Oriente se extendía, coqueto y azul, un lago formado por las vertientes de las sierras que se levantaban en círculo en derredor del pueblo.

Aquel día, el pueblo, el lago, las llanuras, los trabajadores que en grupos veía entre las sementeras, los ganados que pastaban en los ejidos y que estaban divididos de aquéllos por una gran cerca de piedra, que se extendía serpenteando entre los arroyos, todo me parecía iluminado con una nueva luz. Había alma en ese cuadro antes mudo. Si alzaba la cabeza para contemplar el cielo, lo veía azul, radiante y risueño, con sus nubecillas blancas y transparentes que se tendían en el espacio formando figuras caprichosas.

Yo sentía que se elevaba por todas partes un himno melodioso y solemne, que despertaba en mí sensaciones desconocidas.

¡Ay! El himno se elevaba dentro de mi propio corazón. El amor es un sol que anima con sus rayos todo lo que se halla en derredor nuestro, y a cuyo contacto todos los objetos, semejantes a la antigua estatua de Memnon, producen un sonido armonioso.

Yo amaba, y eso era todo.

Después de mi primer arrobamiento en aquella soledad, mis ojos se dirigieron, como es de suponerse, hacia el lugar en que aún estaba Antonia, hacia aquellas dos pequeñas colinas que apenas se distinguían entre el mar de esmeralda del llano.

Apenas las había distinguido, cuando me acometió el irresistible deseo de volar a aquella parte, y sentí no tener alas para hacerlo con la rapidez del pensamiento, y aun envidié a las águilas, que levantándose en enormes espirales, dominaban majestuosamente el espacio que cubría aquel lado del valle.

Sin embargo, y a pesar de la distancia y de la hora, bajé de prisa de mi peñasco, y con la ligereza de mi edad y de mi organización de montañés, me puse en el instante en la llanura y tomé una vereda que debía conducirme en la dirección de las deseadas colinas.

El sol declinaba ya, cuando llegué al gran camino que conducía de aquellos lugares al pueblo, y fui encontrando a numerosos trabajadores, que con sus instrumentos de labranza se dirigían a sus hogares, aunque no era muy tarde.

Avancé, no sé si con temor de encontrar a la familia de Antonia, pero sí arrastrado de un frenético deseo de volver a verla, como si aún dudara de que existía, y necesitara contemplarla de nuevo para convencerme de que la entrevista de la mañana no había sido un sueño de mi fantasía juvenil y ansiosa.

De repente, y al dar vuelta a un recodo, oí voces y me detuve, porque el corazón me palpitó de una manera terrible. Tuve necesidad de apoyarme en el débil tronco de un arbusto para no caer desplomado.

No tardó en aparecer un grupo. Por delante, y montado en una gran mula venía el viejo padre de Antonia, labrador robusto y frescote que a pesar de sus sesenta años presentaba un aspecto bastante vigoroso. Estaba vestido como los labradores y rancheros riquillos; con su zamarra de cuero rojo adornada con agujetas de plata, calzón corto de panilla azul, botas de campana, también de cuero rojo, y mangas de paño azul cruzadas en la silla y forradas de indiana de grandes flores. Detrás de él venía la madre de Antonia, gruesa matrona de cincuenta años, pero que montaba muy lista una yegua de pasito. Y al último apareció Antonia, que montaba una jaquita muy ligera, trayendo en las

ancas a un hermano pequeño. A pie y a los lados caminaban dos mancebos, trabajadores en el maizal.

Antonia estaba vestida como en la mañana, sólo que venía calzada con zapatos bajos de mahon verde, lo que hacía encantador el piececito que pude ver posado en el estribo. Traía la cabeza descubierta y flotando sobre sus hombros sus cabellos ensortijados y negros. Platicaba con sus padres y reía alegremente.

Al distinguirme medio cubierto por el arbusto, la mula del viejo, pajarera como lo son la mayor parte, se detuvo, y aun se hizo atrás con cierta brusquedad; el viejo arrugó las cejas, clavó sus grandes espuelas de rodaja con campanillas en el vientre del estúpido animal, y siguió adelante, no sin echarme una mirada de curiosidad.

—Parece loco ese muchacho —dijo a su mujer que me contempló a su vez.

Yo no veía sino a Antonia. Ésta, sin embargo, pasó delante de mí en su jaquita ruborizándose imperceptiblemente, pero sin dirigirme siquiera una mirada. El muchacho, su hermanito, me arrojó una fruta silvestre, y se cogió riendo de la cintura de Antonia.

Yo no pude caminar más; y ¿para qué? Quedéme triste otra vez y más aún que en la mañana, porque ni había tenido el consuelo de ser gratificado con una sonrisa por mi amada. Ella se había visto obligada a disimular, evidentemente, pero a mí me pareció desprecio el disimulo. ¡Necio de mí! Desde entonces, y a pesar de mi conocimiento del mundo y de las mujeres, y de la necesidad en que se ven las pobrecillas de cubrir sus sentimientos bajo la impasible máscara de la serenidad, yo no he podido acostumbrarme a su disimulo, y siempre me hace mal. Figúraseme que tienen el deber de publicar por todas partes su amor, y que deben anteponer mi satisfacción a todas las consideraciones sociales. ¡Impertinencia del orgullo! El caso es que a todos los hombres nos sucede lo mismo, y que amamos siempre más a la mujer que, atropellando todo, nos hace dondequiera que nos encuentra una distinción, aunque la comprometa. No es sino en circunstancias muy especiales cuando preferimos el más profundo misterio, y nosotros mismos, menos aptos para disimular, las ayudamos con todo nuestro esfuerzo a enmascarar su semblante.

Aquella mañana había tenido mi primer goce amoroso; aquella tarde también tuve mi primera contrariedad, y cuando el sol acabó de trasponer las montañas y me vi obligado a volver al pueblo, ya inclinaba yo con inquietud la frente y sentía en mi corazón la primera gota de amargura. Veía acercarse la noche con impaciencia, pero abrigaba ya el mal pensamiento de hacer sufrir un poco a Antonia por aquel disimulo que, a pesar mío, no podía perdonarle.

IV

En efecto, sonó el toque de oración en el campanario del pueblo, en una de aquellas torres que parecían orejas de asno. Yo acompañé a rezar hipócritamente a las personas de mi casa; después comí de mala gana la colación de la noche, y al oír la queda fingí recogerme, pero me salí calladito de mi casa y me dirigí por el camino más corto, a la de Antonia, a tiempo en que el pueblo entero dormía y el silencio no era turbado más que por el ladrido de los perros. Ya se sabe que en los pueblos del campo, la gente se acuesta a la misma hora que las gallinas.

De puntillas, y conteniendo la respiración por miedo de los perros y del viejo de la mula, que se me figuró formidable para dar una paliza, me arrimé junto a la cerca de la casa patriarcal donde vivía Antonia, allí esperé acurrucado que ella saliera a buscarme.

Tenía yo un miedo atroz; ese miedo hace siempre muy voluptuosas las entrevistas; es la mostaza del manjar que se devora ansiosamente después. En tales momentos, el hombre es el débil, la mujer es la que tiene la fuerza protectora de su parte. No se tranquiliza uno hasta que no la ve.

Yo esperé una hora, lo menos. La noche estaba oscura; en la casa no se veía ya una sola luz. Aquella gran cabaña, con sus anchos camarines, sus trancas y sus árboles y flores, me causaba terror. Dentro de ella dormía el viejo de la mula que me causaba el efecto de un ogro.

Cuatro perros, que me parecían una legión entera de diablos, dormían acurrucados por allí cerca, y cada gruñido que se les escapaba en su sueño o al menor ruido de las bestias que había en la cuadra, me hacía saltar el corazón.

¡Qué difícil se me figuró aquella entrevista! ¡Cómo me pareció blando y tranquilo el lecho que había abandonado en mi casa por andarme arriesgando en aquellas aventuras peligrosísimas! Sentí que el amor era una cosa muy mala, puesto que tenía uno que esconderse así de las gentes.

Pero un rumorcillo, que apenas distinguí mi oído alerta, hizo circular mi sangre apresuradamente; el corazón me ahogaba.

Me pareció escuchar que se abría quedito una puerta y que se volvía a cerrar lo mismo. Luego distinguí entre las sombras un bulto que andaba cautelosamente, después los perros gruñeron, pero volvieron a callarse, el bulto se dirigió por el lado en que yo estaba, y se detuvo y percibí que me hacían con los labios:

—¡Pst! ¡Pst!

Yo respondí de la misma manera y entonces el bultito corrió apresuradamente hacia mí.

—¿Jorge?

—¿Antonia?

—No hagas ruido; mi padre ha estado malo de la cabeza y no ha podido dormir bien. Creí que no vendrías.

—¡Cómo no! —contesté—; y mira, pensaba yo no venir porque estaba yo sentido. Ni siquiera me viste hoy en la tarde.

—¡Ah! ¿Cómo querías que te viese? ¿No iban allí mi padre y mi madre? ¡Dios me libre de verte y de hablarte delante de ellos! ¿Y por eso te enojaste?

—Por eso.

—¡Tonto!

Y diciendo esto, la muchacha me abrazó con ternura. Yo me desenojé, la enlacé al cuello los brazos y le di muchos besos. Volví a insistir en mi deseo de besarle la boca. Pero ella se apartó bruscamente y me dijo:

—No; todavía no, todavía no.

—¿Pues hasta cuándo?

—Hasta que seas mi marido. Mi madre dice que no se debe uno besar la boca hasta que sea casada, porque si no, peca uno.

—¿Y por qué?

—Yo no sé, pero peca uno.

—Pues mira, será pecado, pero yo tengo muchas ganas de hacerlo.

—¡Jesús! ¿Quieres condenarte? ¿No ves que es el diablo el que te da esas ganas?

Antonia se puso seria. Yo callé: a esa edad, en ese pueblo, con aquella educación y a semejante hora, tal argumento me parecía poderoso. Pero debo decir en descargo de mi conciencia, que se me figuraban más terribles los perros, y sobre todo, el viejo de la mula, que el diablo. Así es que aguardé un poco. Mientras, abrazaba a la joven que se había sentado sobre la cerca y junto a mí. Tal aproximación me incendiaba, y

no sabía yo, lo digo candorosamente, lo que deseaba y lo que quería hablar.

—Oyes —me preguntó Antonia—, y qué ¿quieres mucho a doña Dolores?
—Así se llamaba mi amiga la solterona.

—Sí la quiero —respondí—, platica conmigo mucho y me hace regalos.

—Es mi madrina de confirmación —me replicó— y no la voy a ver porque mi padre está enojado con ella; pero si tú quieres iré allá seguido, para que nos veamos con más seguridad, y así será mejor.

—¡De veras! —contesté alborozado—, como ella vive sola, podemos vernos en el patio, en la huerta, en la sala, cuando ella vaya a visita o esté rezando, y así estaremos mejor.

—Pues hasta mañana —me dijo, y abrazándome, buscó mis labios con los suyos carnosos y ardientes, y los oprimió de tal modo, que temí desmayarme. ¡Tal fue la sensación que experimenté y que jamás había adivinado! Ella también se puso como temblorosa y se quedó callada y respirando con dificultad. Yo me repuse primero, y le dije:

—¡Qué te pasa!

—Quién sabe —respondió—; déjame.

—Y ¿el diablo?

—¡Ah! —dijo bajándose de la cerca—. ¡El diablo! ¡De veras! ¡Jesús! Hasta mañana, hasta mañana.

El acento burlón con que Antonia hizo estas exclamaciones, me hizo comprender desde entonces que las mujeres no convierten sus escrúpulos en fantasmas sino para darse el gusto de reírse de ellos en la primera ocasión.

La muchacha corrió a meterse en su casa: los perros la conocieron y no hicieron ruido; pero yo, todavía agitado por aquel beso terrible, no puse mucho cuidado al bajarme de la cerca de piedras; rodaron algunas, y los perros que no necesitaban tanto para confirmar sus atroces sospechas, se dirigieron hacia mí como demonios, ladrando furiosamente. El terror me volvió con toda su fuerza; fié a mis piernas mi salvación, y corrí como un desesperado; pero los perros me alcanzaron y tuve que arrojarles mi sombrero para satisfacer su rabia. Llegué a mi casa jadeando y medio loco; pero una vez acostado y después de saborear todavía el dejo punzante y desconocido de aquel beso, me dormí, no sin dar terribles saltos a cada momento soñando que los perros afianzaban mis pantorrillas.

V

Si es verdad que el amor florece muchas veces mejor a la sombra protectora de un confidente, también es cierto, por desgracia, que otras, y son las más, se marchita y muere pronto. Es difícil hallar un amigo desinteresado que no venga con su influencia a envenenar el sentimiento que se nutre con la savia de dos corazones puros.

Antonia y yo pensábamos encontrar en la casa de la solterona, mi amiga, un santuario para nuestro amor naciente. Yo creí encontrar en ella una protectora, puesto que había yo sido el depositario de algunos de sus más caros secretos.

Pues bien, Antonia y yo nos engañábamos.

Al día siguiente de nuestra sabrosa entrevista nocturna, la muchacha fue a visitar a su madrina, y pasó en su compañía la tarde. Yo me hice el aparecido también, con cualquier pretexto, y fingí no conocer a mi amada, a quien contemplé, sin embargo, con mucha atención, entablado con ella una de esas conversaciones de muchachos, que establecen desde luego una gran intimidad.

Antonia estaba más bonita que nunca aquella tarde, pues se había puesto muy maja, y aún su madrina le elogió su belleza creciente y su lindo traje aldeano. Antonia estaba ligeramente pálida, y bien se conocía que había dormido mal. Era claro; debió haber sentido las mismas novedades que yo, después de nuestro coloquio sobre la cerca de su casa.

Ese día, sin embargo, ni la solterona tuvo nada que observar de extraordinario en nosotros, ni le dimos tampoco motivo para alimentar una sospecha, pero Antonia siguió visitándola asiduamente, y daba la casualidad de que yo concurría a la casa a la misma hora, y que me retiraba pocos momentos después de que Antonia había partido.

La joven alegaba como pretexto para sus frecuentes visitas, el cariño que tenía a su madrina; pero ésta era demasiado perspicaz para no ver en aquella ternura inesperada un motivo diverso. Además, estudiaba nuestros ojos, que se buscaban a cada instante; que se inflamaban con la llama del amor, que entablaban entre sí esos diálogos que los amantes inexpertos creen indescifrables, pero que son claros, clarísimos, para quien ha usado de ellos durante veinte años.

Dolores adivinó fácilmente lo que había entre nosotros, y dejándonos solos varias veces a fin de tendernos un lazo, en el que caímos por supuesto, pudo cerciorarse de nuestra intimidad. Nunca quiso sorprendernos, porque eso no le convenía; de modo que nosotros nos

avanzamos hasta a creer que nos protegía decididamente, y le tributamos por ello una candorosa y sincera gratitud.

Sin embargo, ella parecía preocupada frecuentemente, y algunos días su mal humor inmotivado me causó una viva impresión. Antonia me confió por su parte, que varias veces la había recibido con extraña frialdad, a la que había seguido luego un arranque de afecto entusiasta.

Atribuimos, como era natural, esta variedad de humor, a los cuidados y pesares que debía tener una señora como ella, que se permitía conservar relaciones amistosas con un amante que venía a verla cada mes como un fantasma, y que partía a la media noche galopando en un caballo negro, como lo había yo visto muchas veces.

Siempre al otro día de cada una de estas entrevistas tenebrosas, la solterona padecía jaquecas y nos hablaba poco; y aunque es verdad que esto no solía prolongarse por mucho más tiempo del acostumbrado, nosotros queríamos creer que no había otras causas que las ya mencionadas.

Y seguíamos confiados cada vez más en nuestra intimidad, a la que debía yo diariamente nuevas concesiones que no traspasaban, sin embargo, los límites de la inocencia infantil.

Antonia era menos candorosa que yo, pero era candorosa; y a los quince años, aunque presentía todas las exigencias que puede tener el amor, no las conocía, ni yo que era menos instruido que ella podía hacérselas comprender. A los trece años se hace más comúnmente el papel de *Pablo* que el de *don Juan*, y he ahí precisamente en lo que consiste la desgracia de los amantes muy jóvenes, y lo que hace insípido, soso y deleznable el primer amor.

La niña busca un preceptor en su amante. Sólo cuando ha llegado al otoño de su vida amorosa, gusta algunas veces, como Calipso, de encontrar un educando; pero esta afición extraña acusa infaliblemente un estado de decadencia en la mujer. La vieja, desdeñada ya por los Ulises, se refugia en los Telémacos. Es la peor desgracia que puede acontecer a una mujer galante. Pero, lo repito, la jovencita busca el atractivo punzante de lo desconocido; y como el inocente que ha prendado su corazón por la primera vez no puede ofrecérselo, ella espera siempre con inquietud al que vendrá en seguida; es decir, al perito en las cosas de amor. De manera que un primer amante joven es siempre un interino.

Entonces lo supe, bien a costa mía.

Tenía yo en contra esta circunstancia, y además otra no menos poderosa y que descubrí con terror, cuando no podía evitarla ya. La solterona, nuestra mentida protectora, me quería. Había entrado ya al maldito período en que las mujeres sienten con la llegada de su invierno un deseo insensato de rejuvenecerse. En tal momento, ¡ay del polluelo que se halle al alcance de una cotorra!

La mía tenía un amante, es verdad, pero éste no la encontraba ya ni bella, ni amable seguramente. Dolores lloraba, pasaba días enteros hundida en el tedio y en el desaliento; había agotado inútilmente todos los recursos con que una mujer experimentada y sagaz cuenta siempre para retener a un hombre. Pero el espectro aquel que apenas habíamos entrevisto algunas noches, se le iba de los brazos, y las últimas entrevistas eran los *adioses* de un amor fatigado.

La cotorra se resignaba a pesar suyo, y pensó en mí.

¡Pensó en mí! Y todas sus cavilaciones tuvieron desde entonces por objeto desbaratar el frágil castillo de mis amores inocentes con Antonia. No era muy difícil la empresa, y la casualidad ayudó maravillosamente a la solterona.

VI

Era el mes de octubre del año venturoso de 1847, y algunas tropas del ejército se retiraban a los Estados, orgullosas y satisfechas de dejar la capital en poder de los *yankees*, que no debían desocuparla, sino en virtud del Tratado de Guadalupe que les dio media República.

Acertó entonces a pesar por mi pueblo una cursi brigada mandada por un generalote de aquel tiempo, de los más allegados a Santa Anna, y que en unión de tan famoso capitán había hecho prodigios de valor en la campaña contra los americanos. Era el tal, a lo que pude juzgar en aquella época, uno de esos espantajos del antiguo ejército, que fueron por mucho tiempo el coco del pueblo bobalicón, y que debía sus ascensos, a lo que he averiguado después, a los gloriosos títulos de haber dado el ser a una hermosa joven que el dictador encontró digna de su gracia. Ya se sabe que en las administraciones de Santa Anna esto no era un caso raro, y que numerosas bandas rojas y verdes fueron ceñidas a los talles de hermanos y papás por las manecitas blancas de varias niñas, cuyos nombres asentó en sus registros el implacable lápiz de la maledicencia pública.

Pues bien, mi general, el que pasó con gran pompa a la cabeza de su brigada victoriosa, por mi pueblo, era uno de esos *papás*. Y no solo, sino que tenía un hijo a quien probablemente las mismas manos condecoraron con una banda de coronel. Era un joven de treinta años, gallardísimo, y mandaba un croquis de batallón compuesto de doscientos soldados macilentos y haraposos, que ellos sí llevaban retratada en el semblante la historia íntegra de las desdichas de la patria. Y digo *ellos sí*, porque el coronelito parecía muy orondo, muy fanfarrón, muy pagado de sus hazañas; y quien hubiera creído ver un *boletín* en su cara de mata-moros, habría leído en él el orgullo de cincuenta victorias obtenidas *a lo hombre*, como dicen los malditos.

La verdad es que semejante fisonomía y aspecto tan belicoso, fue común entonces a todos los generales, jefes y oficiales que *corrieron*; y lo que más me asombra es que hasta hoy, los que aún quedan para dar fe de la grande utilidad de aquel ejército llamado *permanente*, todavía se enorgullecen de haber pertenecido a él, y se ponen muy ufanos cuando recuerdan aquella época de gloria y de honor.

Ni entonces, siendo yo chico, ni ahora que tengo el chirumen ya maduro, he podido comprender nunca el verdadero motivo de tan descompasada soberbia. La historia me dice que hubo héroes en esa campaña que sellaron con su sangre bendita la honra de México; pero la historia me dice también que esos héroes no se cuentan por centenares, al menos entre los caudillos del ejército, que eran los responsables directos del éxito de la guerra.

Pero repito, esto no impedía que el señor general y el señor coronel, su hijo, se diesen al entrar en mi pueblo toda la importancia de los antiguos vencedores romanos, a quienes el Senado concedía los honores del triunfo.

Así es que cuando se anunció su llegada, todo fue alboroto en el vecindario. El desventurado alcalde, con sus regidores y ministriles, corría por todas partes preparando alojamientos y señalando a los vecinos la cuota con que habían de contribuir para el *préstamo*, las raciones para los soldados y el forraje para la caballada. Además, obligaba a todo el mundo a adornar el frente de sus casas con ramas verdes, guirnaldas y cortinas; y cuando todo esto se halló listo, la tambora sonando en la plaza convocó a los individuos que componían nuestra mala murga, llamada música de viento, la cual música, por más señas, tocaba sólo cinco sonatas que estaba yo oyendo desde que tuve orejas.

Como es natural, aquella novedad me causó un alborozo indecible, lo mismo que a todos los muchachos de mi edad; y como mi casa estaba en un barrio lejano, corrí luego a la de mi amiga la solterona, que estaba situada en la calle *Real*, por la que debía pasar la tropa.

Cuando llegué a ella, encontré a Doloritas afanada en preparar los adornos con que debían engalanarse las ventanas, y Antonia le estaba prestando un auxilio eficaz. Habían hecho guirnaldas con las flores del huerto, y arcos con ramas de fresno y con manojos de trébol. La solterona había sacado de su ropero dos colchas y una sobrecama lindísima, con largos flecos. Todo ese adorno rústico y urbano iba a colocarse en puertas y ventanas con el mejor gusto posible, y yo fui el artífice a cuyo ingenio se confió semejante tarea.

Lo hice muy bien; encaramándome en una escalera me estuve una hora larga amarrando y clavando aquellas colas, dirigido por la solterona, y cuando bajé, tanto ella como Antonia parecieron satisfechas de mí.

A las once pasó la comitiva del pueblo que iba a recibir al señor general. El digno alcalde, el señor cura, el vicario, el administrador de rentas, los regidores, dos o tres dueños de tienda y otros honrados vecinos que se habían puesto sus mejores ropas, precedidos por la *música* y por los alguaciles que llevaban sendas *gruesas* de cohetes, atravesaron la calle Real y se dirigieron a la orilla del pueblo por donde debía entrar la tropa.

Un momento después, estos cohetes, los tamborazos desaforados que se oyeron, y el sonar de las cometas, anunciaron que la columna llegaba; la gente se apiñó en las bocacalles y en puertas y ventanas, que como las de la casa de Doloritas, estaban hechas un altar de *Viernes de Dolores*. Las campanas de la parroquia repicaban a vuelo y todo era alboroto y expectativa en la calle.

La comitiva de las autoridades y de los *particulares* venía por delante, trayendo en medio al señor general, viejo sargentón bigotudo y terrible, vestido con un dormán azul, en el que se ostentaban las enormes divisas, y montado en un caballo magnífico y que parecía buen corredor. La música venía dando unos pitazos descomunales; y como los ciudadanos que lo componían andaban a pie y al paso de la cabalgata, aquellos sonecitos salían de los demonios.

La comitiva se dirigió a la plaza, y el general fue alojado en la casa de un rico tendero, que era la mejor.

Pero la brigada venía atrás, y era a ella a la que esperaban con mayor ansiedad las gentes. Se me olvidaba decir que Doloritas se había puesto de veinticinco alfileres, y aun creo que se había encajado en los cabellos algunas viejas flores de trapo que eran el tesoro de su tocador. Esperaba seguramente llamar la atención de los oficiales, y atrapar a alguno de esos galanes de uniforme grasiento, que son el encanto y la delicia de las *románticas* de los poblados y aun, de las ciudades.

En cuanto a Antonia, estaba como siempre, linda, con su fisonomía virginal, sonrosada y fresca, y con su traje sencillo y gracioso. Ella no necesitaba flores de trapo para sus cabellos negros y brillantes. Sus quince años eran una corona de rosas que poetizaba su frente juvenil. Sus ojos grandes y curiosos animaban su semblante, y su boquita sensual y encarnada lo hacía irresistible.

Decididamente, la solterona había escogido una mala compañera para mostrarse.

La primera banda de tambores y de cometas pasó frente a nosotros, y detrás de ella ¡oh! detrás de ella venía el citado coronel, hijo del general, mandando la columna y acompañado de su ayudante y de su cometa de órdenes.

Ya se supondrá que el bravo militar venía mirando a todos lados con extremada insolencia, guiñando el ojo a las muchachas buenas mozas, con aire conquistador, y haciendo caracolear su caballo tordillo como un centurión en *Jueves Santo*. También se supondrá que las mujeres se fijaban en él de preferencia. Traía su cachucha, una levita militar, pantalón con franja y botas fuertes. Todo estaba lleno de bordados, y empuñaba con suma bizarría la valerosa espada que él se imaginaba teñida en sangre de invasores.

El carmín de la navidad tiñó las mejillas de la solterona luego que distinguió al garboso coronel. Alisóse el cabello, arregló su pañoleta, y con un descaro singular dijo a Antonia, estirándole el vestido:

—¡Ay, Antonia, mira qué coronel tan buen mozo! ¡Y qué garbo! ¡Y qué ojos!

El coronel, que notó que se fijaba en él con admiración, lanzó a la solterona una mirada flechadora; le dirigió una sonrisa; pero reparando luego en la linda aldeana, se sorprendió visiblemente, la devoró con ojos de tigre y no pudo menos que señalarla a su ayudante con una sonrisa preñada de amenazas.

Antonia, al verse mirada así, se ruborizó y se cubrió el semblante con su chal, pero mi coronel, aún cuando se alejaba con su columna, volvía la cara frecuentemente para seguir mirando.

La solterona, irritada al ver esta preferencia, disimuló, sin embargo, y dijo a la joven:

—¡Ay! Antonia, ¡cómo me mira el coronel!

Antonia no dijo nada; pero yo, ardiendo ya de celos, había comprendido perfectamente que no era a la jamona a quien veía el pícaro militar, sino a la muchacha de quince años que me pertenecía.

¡Entonces conocí por primera vez el sabor delicioso de este rico manjar que el mundo llama *celos*, y que te deseo, ¡oh lector!, para que endulces con él tu querida existencia!

Desde ese momento me pareció que rugía sobre mi cabeza algo como una tempestad. Probablemente era el zumbido de los oídos que ocasiona la sangre alborotada de todos los celosos. Vi a Antonia, me estremecí, la odié, y tuve ganas de que se muriera. Es seguro que la solterona sintió lo mismo que yo, aunque no por la misma causa. En ella había la vanidad herida de la coqueta vieja; en mí había la horrorosa inquietud del amor alarmado.

¡Ay!, ¡pobre del que tiene corazón!

VII

Después de haberse acuartelado las tropas, alojándose el general y oído con una cara de *Federico el Grande* el discurso elocuente que el Secretario del Ayuntamiento le dirigió en nombre del vecindario, felicitándole por las glorias de la Patria, los jefes y oficiales se diseminaron por la población para buscar sus alojamientos y comenzar sus conquistas.

Yo no sé cómo diablos se arregló el coronel con el alcalde, pero el caso es que le tocó de alojamiento la casa de Doloritas. De manera que aún no había transcurrido media hora de la entrada y estábamos todos nosotros en las ventanas, cuando vimos llegar a un ayudante seguido de asistentes, caballos y mulas de carga. Un alguacil traía la boleta de alojamiento, y notificó a la solterona, de orden del alcalde, que recibiera en su casa al señor coronel.

Cualquier otra persona se habría puesto de mal humor, calculando las molestias que aquella carga le imponía; pero la jamona, todavía no enteramente desengañada acerca de las intenciones del coronel, recibió sonriendo al ayudante, y ordenó a sus criados que indicaran a los asistentes la cuadra y los demás departamentos de la casa, yendo ella misma a preparar su recámara para que sirviera al militar.

Como es de suponerse, Antonia fue ocupada por su madrina en estas faenas, y yo, temblando de inquietud y de cólera, me aproveché de tales momentos para acercarme a mi amada y decirle casi llorando:

—Oye, te suplico que luego que acabes te vayas a tu casa, y no vuelvas aquí.

—¿Sí?, ¿por qué? —me preguntó ella con aire burlón.

—¿Cómo por qué? Pues qué, ¿no tienes miedo a los soldados?

—Yo no... ni tantito.

—¿Ni tantito? ¿Es posible Antonia? ¿Y si te roban?

—¡Qué me han de robar! No seas tonto.

—Oye: he oído decir que los soldados son muy malos; ese coronel te miró con unos ojos...

—¿A mí? No... sería a mi madrina.

Ahora era la niña la que ocultaba la verdad, que había comprendido tanto como nosotros.

—No, fue a ti —repuse colérico—; a ti que eres más bonita que doña Lola.

—¿De veras?

—¡Oh! Antonia, no me hagas enojar; vete para tu casa, por vida tuya.

Yo dije esto saltándoseme las lágrimas. La muchacha pareció sorprenderse al notar mi sentimiento, y enternecida me dio un beso, diciéndome:

—No tengas cuidado, no tengas cuidado.

Pero en ese instante oímos un ruido ocasionado por la llegada del coronel, que como todos los animales de su especie, no entraba jamás a una casa sin causar un estrépito escandaloso. Pisaba con brutalidad para que sus acicates repiquetearan, y arrastraba su sable de cubierta metálica para producir un curioso terror en las mujeres y en los niños. Además, hablaba con voz de Esténtor y de una manera imperiosa e insolente, tratando a todo el mundo como trataba a sus reclutas. Todos los que hayan conocido al antiguo ejército recordarán este tipo, que va perdiéndose de día en día, pues aunque algunos oficiales de esta época, a los que se han incrustado por hambre en las filas liberales, pretenden algunas veces reproducirlo, nuestras burlas lo hacen insostenible.

Antonia me abandonó para ir a la sala. Yo la seguí. Ya la solterona estaba haciendo los honores al coronel, que aún no tomaba asiento. Parecía que buscaba algo. Luego que vio a Antonia, sonrió con satisfacción y la saludó con una familiaridad descarada.

—¡Hola! ¡Qué linda niña! ¿Es algo de usted, señorita? —preguntó a Dolores.

—Es mi ahijada, señor coronel.

—¿Ahijada de usted?

—Sí; era yo muy niña cuando la confirmé. Es muy encogidita, porque ya sabe usted lo que son las gentes del pueblo. Yo también así soy, aunque me he educado en México.

—¿Ha estado usted en México, eh?

—Sí; desde chica, allí estuve en un convento, y después con mi familia hasta que mamá, que estaba curándose, tuvo alivio, y nos vimos obligados a venirnos a este pueblo donde papá tenía sus fincas. En aquel tiempo murió papá.

—¿Y su mamá de usted vive todavía?

—No señor, a consecuencia de la muerte de papá nos vimos enredadas en un pleito, y mamá, quizá a causa de las pesadumbres que tuvo y de las infamias que nos hicieron, murió también —la solterona aquí suspiró y se llevó el pañuelo a los ojos.

—Vamos, no se entristezca usted, señorita, con esos recuerdos —dijo con aire indiferente el militar.

—¡Ay, señor coronel!, ¡cuán desgraciada he sido! Pues señor, desde entonces vivo aquí sola, lejos del mundo, sin distracciones, porque ¿qué distracciones quiere usted que haya en este poblacho? Y hasta me estoy volviendo tonta; me ha de encontrar usted muy tonta, acostumbrado como estará usted a tratar a las señoritas de la Capital.

—¡Oh! no lo crea usted, la encuentro muy amable y muy graciosa, y me alegro de encontrarme por estos rumbos una joya como usted, cuyo trato me recuerda la sociedad en que he vivido siempre. Además, la hermosura de usted...

—Coronel —repuso la jamona mirando tiernamente al jefe—, usted es muy galante, usted me hace mucho favor... ¡Yo hermosa! ¡Si en estos pueblos se pone una hartito fea, y luego los pesares...! ¡Si estoy inconocible...!

—Y ¿esta niña vive con usted? —preguntó el coronel que había estado mirando frecuentemente a Antonia.

La solterona hizo una mueca de disgusto y se apresuró a contestar:

—No; no vive aquí sino con su padre que es un labrador; y de veras, Antonia se me pasaba decirte que ya es tarde y te estarán aguardando en tu casa; no vayan a regañarte.

—¡Cómo! —dijo impaciente el militar—, ¿esta niña nos abandonará cuando es tan graciosa, señorita? Espero que no me privará usted de su presencia.

Yo devoraba a señas a Antonia, pero esta bribonzuela respondió con mucha seguridad, aunque ruborizándose.

—No, madrina, mi padre me dijo que podía yo estar todo el día con usted.

Dolores hizo una mueca nueva, el coronel movió la cabeza con satisfacción, yo me desesperé y quise arrancarme los cabellos.

—Ya lo ve usted, señorita —añadió el soldado—; está autorizada, y por consiguiente comerá con nosotros y nos platicará. ¡Qué candorosa es! ¿Cuántos años tienes linda?

—Quince, señor, ya los cumplí.

—¡Quince! —repitió él, atusándose los bigotes con marcada fatuidad—. ¡Muy bien...! —y la devoró con una mirada de sátiro.

No había remedio: la solterona, al oír hablar de comer, se había levantado para dar sus órdenes.

—Usted dispensará, coronel, la asistencia; va usted a comer muy mal.

—¡Oh, señorita, no lo creo así! Pero no se moleste usted por mí; cualquiera cosa; un soldado como yo se contenta con nada... ¡con tal de que ustedes me acompañen, me parecerá divina cualquier cosa!

Este *ustedes* acabó de malhumorar a Dolores, que se marchó llevando el diablo adentro. En cuanto a Antonia, quedóse mirando de soslayo al guapo militar, y poniéndose colorada a cada momento. El coronel la hizo señas de que se sentase junto a él; Antonia obedeció, y sentóse en el canapé jugando con los flecos de su chal. Yo me arrimé también.

—Y este picarillo, ¿es tu hermano?

—¿Quién? ¿Éste? No, no es nada; es Jorge, un muchacho de aquí que viene a ver a mi madrina.

Ni la negación de San Pedro me pareció tan infame como esta negación de mi amada.

El coronel, mirándome con burla, me dijo:

—¡Qué bueno estás para tambor, muchacho! ¿Quieres irte con la tropa?

Yo me encogí de hombros confuso y aterrado. ¡Tambor! Ésa es una amenaza terrible para los muchachos de pueblo.

—Vamos, te voy a llevar de tambor; ¿no te enojarás tú, linda mía? ¿Qué dices?

—Si él no ha de querer —contestó sonriendo Antonia.

Ésa fue la única observación que se le ocurrió.

Yo me olvidé por un momento de mi amor, de mis celos y de Antonia, por no atender más que al peligro que estaba corriendo. El coronel me miraba como un tigre; sentí correr hielo en mis venas a la sola idea de que me cogiesen de tambor y me quebrasen las manos, como me habían

dicho que se hacía con los muchachos. Así es que, espantado y sacando los ojos, me escurrí poco a poco de la sala; y sin decir adiós a nadie, eché a correr con todas mis zancadas en dirección de mi casa, y busqué el rincón más oscuro para acurrucarme.

Hasta que estuve en salvo, no reflexioné que había yo dejado a la tórtola en las garras del gavilán.

VIII

Decir cómo pasé aquel día maldito, es inútil. Transcurridos los primeros momentos de cólera y terror, reflexioné con profunda humillación que estaba yo derrotado física y moralmente.

¿Qué podía yo hacer, pobre muchacho, aldeano insignificante, contra aquel militar, superior a mí bajo mil aspectos, y que se me figuraba un semidiós o algo semejante? Tan grande era mi impotencia, y tal la distancia que la casualidad había querido establecer entre mi rival y yo.

Naturalmente, esta distancia y esta impotencia se marcaban dolorosamente a mis ojos, a propósito de mi amor a Antonia; porque en otro caso, y con otro motivo, la comparación no me habría preocupado un solo instante.

En el mundo tiene uno, día a día, y momento a momento, ocasiones de comprender la inferioridad de su situación, si la compara con la de otras gentes más afortunadas; pero estas observaciones rápidas y comunes no inquietan el ánimo para nada, y sigue uno su camino indiferente y resignado, sin sentir las amarguras de la desigualdad social.

Pero llega un momento en que, a causa de algún asunto que interesa vivamente al orgullo, esta desigualdad toma proporciones colosales a nuestra vista, y entonces se siente todo el dolor, toda la indignación de la debilidad humillada. En tal ocasión, los espíritus débiles miden temblando sus fuerzas, y encontrándolas miserables, sufren la agonía de la desesperación y mueren en el abatimiento. Son atletas afeminados que se doblegan al primer empuje, y caen en la arena cubriéndose la cara con las manos. Pero los espíritus altivos y templados para la lucha, sienten entonces nacer o despertarse en ellos algo desconocido y terrible que los transforma y les hace comprender su fuerza. Es el gigante del orgullo, que nace desafiando al mundo con una mirada, y que desde su cuna, como Hércules, alza los puños para ahogar entre sus manos a las serpientes que le amenazan.

Aquel instante decide el porvenir. Basta un arranque de esos para romper las cadenas de la debilidad humana, y emprender con paso firme los caminos más difíciles de la vida.

Esa revolución se operó en mí aquel día, y le doy gracias; porque habiéndome hecho conocer mi debilidad, despertó en mí la ambición de ser algo más que un pobre aldeanito, asustadizo y expuesto a ser tratado con desprecio por el primer sayón insolente que quisiera divertirse con él.

Mis propensiones a la independencia y a otra vida superior, largamente acariciadas, se fortificaron entonces de tal manera, que mi resolución quedó tomada irremisiblemente. ¿Cómo iba yo a ponerla en práctica? No lo sabía, y esperé con ciega confianza que el destino, por uno de sus agentes misteriosos, me tomase por los cabellos como al profeta Ezequiel para colocarme en mi nuevo camino.

Por lo demás, tuve el buen sentido de comprender que en el asunto de Antonia había otros mil motivos fuera del de mi humilde posición, para que ella me juzgase inferior al coronel. El primero era seguramente mi edad. Tenía yo trece años; mi rival treinta. El prestigio que ejerce la virilidad cuando está en plena florescencia sobre el corazón femenino, me faltaba por completo. Yo era un niño inexperto y candoroso, y esta inexperiencia y este candor que tienen tanto atractivo para la vieja, no son más que virtudes sosas y desabridas para la joven.

Y si ésta siente una repugnancia invencible por el anciano, o por el hombre cuya edad está en gran desproporción con la de ella, en cambio adora y se somete al hombre que reúne en su persona el ardor de la juventud con la energía de la madurez. Esta década de treinta a cuarenta años, que suele prolongarse en las organizaciones privilegiadas, es la poderosa en los hombres y peligrosa para las mujeres.

Yo no me explicaba esto tan claramente como hoy, pero comenzaba a comprenderlo, merced a una rara y precoz disposición a reflexionar.

Los otros motivos de mi inferioridad eran mi humilde posición y lo insignificante de mi carácter. Pero cuando yo pensaba en ellos, era cuando se sublevaba mi indignación contra Antonia, porque era entonces, también, cuando consideraba yo que su fragilidad no tenía razón alguna para hacerse perdonar. Yo la amaba y mi amor era bastante para llenar ante sus ojos los vacíos que la casualidad había puesto en mi vida. Ella me había correspondido; es decir, me amaba, me encontraba digno de ella y debía encontrarme preferible a todos los demás. Haberme sacrificado en la primera comparación, era una cosa infame, era indicarme o que su amor era mentido, o que su corazón que así desalojaba el cariño, no valía un ardite.

Como es natural, cualquiera de estas conclusiones me ponía fuera de mí y me obligaba a formar proyectos de venganza a cual más disparatados.

Entonces sentía yo una necesidad irresistible de confiar a alguno mi pena y mis deseos; pero ¿a quién abrir mi corazón? La solterona era rival de Antonia, cuando no su cómplice, y por ese momento también ella se hallaba demasiado ocupada en hacer la conquista del coronel para que tuviese tiempo de consagrarme su atención. A ningún otro me resolvía yo a darle participio en aquel asunto.

Así es que me encerré en un silencio sombrío y triste, y como siempre, fui a buscar en la soledad el oráculo que debía guiarme.

—Mañana —decía yo—, seré otra cosa; procuraré salir de la esfera humillante en que me hallo, y no correré el peligro de que me amenacen con hacerme tambor; podré ver frente a frente a los fanfarrones y a los soberbios de la estofa de este militar; pero entretanto, ¿qué haré con Antonia? ¿Cuál debe ser mi conducta con ella después de haber renegado de mí?

—Después de todo —añadía yo como para consolarme—, tal vez estoy construyendo sobre arena el edificio de mi propia desgracia; tal vez estoy atormentando con fantasmas mi pobre imaginación. ¿Pues qué, porque mi amada con la timidez de su edad no ha podido dar otras respuestas que las que le he oído, y ha sonreído avergonzada a un soldado buen mozo y terrible, puedo creer ya que se ha dejado conquistar y que me ha sido infiel? Antonia y yo somos unos niños apenas. ¿Qué sabemos nosotros de estos asuntos? Yo, sobre todo, soy un injusto en pensar así, y este sentimiento de cólera contra mi amada es una cosa ruin. Por la primera vez, como lo he dicho, conocía yo los celos, y es una verdad que el corazón que jamás los ha sentido, los rechaza siempre avergonzado cuando brotan por primera vez. La credulidad lucha desesperadamente antes de sufrir la primera derrota.

De manera que al tremendo arranque de celos, de cólera y de tristeza, sucedió luego un momento de confianza y de sabrosa tranquilidad. Renació mi cariño hacia Antonia, y a su impulso me dirigí ya adelantada la noche y con paso seguro, a la casa de la solterona, donde supuse que aún encontraría a mi amada.

IX

Eran las nueve de la noche cuando penetré en la casa por el zaguán, dirigiéndome al pequeño patio que estaba todo sembrado de flores, para observar desde allí un momento lo que podía verse en las piezas de asistencia.

Con ese objeto entré de puntitas y sin hacer el menor ruido. Lo primero que oí fue el punteo de una guitarra y el principio de una canción ridícula, entonada con voz tabernaria. Era un ayudante del señor coronel que procuraba en la sala lucir sus talentos musicales delante de la solterona. Era probable también que ésta hubiese cantado algunas antigüedades que sabía, y con las cuales estaba hechizando a la gente de mi pueblo desde hacía diez años. De manera que se divertían, y no pude dejar de reírme, figurándome los esfuerzos que la vieja coqueta estaría haciendo para parecer amable. Pero a todo esto, ¿y el coronel dónde estaría? Y Antonia ¿qué había sido de ella?

Apenas acababa de hacerme estas preguntas, cuando oí sonar a mi espalda dos magníficos besos tan tronados, según se dice aquí, como los que dan las nodrizas a sus nenes.

Volví la cara con rapidez, y me quedé helado. Era el coronel que parecía perseguir a Antonia, que la había alcanzado, la había cogido por el talle; y le había aplicado en la boca aquellos dos ósculos escandalosos.

La muchacha presentó muy leve resistencia, y murmuraba por fórmula algunas palabras que el militar ahogó con sus labios.

—¡Oh! déjeme usted, déjeme usted —dijo ella al coronel que aún la enlazaba con sus brazos.

—Espérate, mi vida, espérate linda... —le decía éste— estoy enamorado de ti y voy a robarte.

—Sí, ¿verdad? y ¿mi madrina?, ¡también está usted enamorado de ella!

—¡Qué he de estar!, ¿de esa vieja? Vamos, no seas tonta... ven.

—No, no; suélteme usted.

Y acabando de desasirse, la muchacha corrió medio desmelenada a refugiarse en la sala. El coronel la siguió a paso lento, y un instante después le oí puntear a su vez la guitarra y entonar una canción amorosa con una voz de sochantre endemoniada.

Sabido es que los valientes del antiguo ejército eran muy aficionados a cantar, acompañándose con la vihuela, lo cual constituía uno de sus principales atractivos a los ojos de las mujeres de aquella época. Lo hacían de los perros casi todos, pero ellos sabían sacar partido de esta cualidad, por más que presentasen una abominable figura, vestidos de uniforme y con sendos bigotes, abriendo una boca enorme para entonar con voz áspera y forzada una tonadilla generalmente desapacible. Ya se acabó también esta familia de *trovadores*, y los pocos miembros de ella que aún quedan, tienen la boca desamueblada por los años, y no cantan ya.

Pero volvamos a Antonia. Si al lector (lo cual no sería raro) le ha acontecido alguna vez presenciar la escena *desgarradora* que yo presencié, puede formarse una idea de mi indignación y de mi desaliento.

Acababa yo de sentir en mi alma una ardiente reacción cariñosa en favor de Antonia, merced a las razones tranquilizadoras que yo mismo me di para alejar mis sospechas. Venía yo dispuesto a repetirle que la seguía amando, y a arrancarla, si era posible, de los peligros que la cercaban. Pero al ver lo que vi, toda aquella expectativa risueña se había disipado. Volví a caer en un abismo.

Es verdad que lo que oí me indicaba que aún la joven no había concedido cosa mayor al coronel, y éste había tenido que sorprenderla para arrebatarse aquellos besos; pero también me constaba que la muy bribona se había dejado alcanzar fácilmente, y no se había muerto de ira al sentir sobre la suya la boca atrevida del militar; lejos de eso, ni siquiera había gritado pidiendo socorro; y sobre todo, a las solicitudes del coronel sólo había contestado con una frase de celos y de reproche.

¡También está usted enamorado de mi madrina! había dicho. Eso indicaba que para ella no había más obstáculo ni más razón de resistir, que la doble galantería de su seductor. Y ese obstáculo que entonces sólo era un pretexto a mi modo de ver, hoy que lo analizo con mayor experiencia, era justamente un incentivo más para la muchacha, como para toda mujer.

Arrebatarse un amante a una amiga, a una parienta, a una conocida siquiera, he aquí el manjar de los dioses para el orgullo femenino.

Todas estas amargas reflexiones hechas después que salí de mi dolorosa estupefacción, me produjeron un arretrato tal de cólera, que determiné marcharme a mi casa sin volver siquiera la vista hacia aquella casa odiosa que escondía a tan miserable criatura.

Pero en este momento el coronel había acabado de cantar y recibía los aplausos de la vieja coqueta, cuya voz chillona recorría todas las notas de la adulación.

Seguramente se acercaba la hora de la cena, porque inmediatamente después, Doloritas salió de la sala y se dirigió con paso ligero a la cocina. Yo me le atravesé en el camino.

—¡Ah!, ¿eres tú, Jorge? —me dijo al verme—, ¿qué andas haciendo?

—Venía a ver qué se le ofrecía a usted.

—¿Sí? pues precisamente te estaba deseando. Corre a la casa de Antonia, y dile a su padre de mi parte que venga por ella. Ya es de noche y es tiempo de que se vaya. Además, yo no quiero ser responsable de lo que le suceda a la muy...

—¡Cómo! —exclamé yo, haciéndome el asombrado—, ¿pues qué le pasa algo?

—Le pasa que es una indecente, una provocativa. Ha estado haciendo todo el santo día los ojos tiernos al coronel, y éste que no se hace de rogar va a acabar por trastornármela; pero no será en casa, ¡no faltaba más! ¡Como si yo no hubiera quedado ya más que para eso!

—Pues yo creí a Antonia muy buena muchacha, muy candorosa.

—Linda está tu candorosa y tu buena muchacha... tiene unos modos que, ¡Dios me ampare! pero va a parar en... ¡Cállate boca! Anda, anda Jorge, dile a su padre que venga por ella en el instante, y que le mando llamar porque hay ahora soldados en el pueblo, no me atrevo a enviarla sola, ni contigo. Ya es hora de cenar, y no quiero que se sienta con nosotros a la mesa.

Yo volé con las alas de mis celos, alegre de poder pagar a Antonia con la contrariedad que iba a sufrir, el mal que me había hecho.

X

Di el recado de Doloritas al viejo de la mula, y el buen hombre, encontrando muy cuerda la disposición de su comadre, se envolvió en su manga y se dirigió, en unión mía, a la casa en que se hallaba su picarona hija.

Yo quise hacerle aguardar en el zaguán; pero él, contra lo que yo esperaba de su timidez de campesino, quiso entrar para conocer a los oficiales, como él decía, y se entró muy ceremonioso en la sala.

—Santas noches, mi señora comadre —dijo saludando a la solterona—: ¿dónde está ese señor coronel para que yo le salude?

El coronel estaba tan pegadito a Antonia y tan entretenido, que el ranchero se admiró de aquella familiaridad. El coronel, contra su carácter, se levantó muy atento y vino a abrazar al viejo, cuando supo que era el padre de la muchacha.

—Amigo —le dijo—, tengo muchísimo gusto de conocer a un tan honrado vecino y padre de una niña tan hermosa como Antoñita.

—¡Ah! sí, señor —respondió el estúpido—, eso sí señor, muy hombre de bien, es lo único que yo tengo; y en cuanto a la chica, es regular, señor, regular, no hay que alabarla. ¡Válgame María Santísima, señor coronel! Y su merced ha estado platicando con esta mocosa de mis pecados, que no tiene palabra, ni modos... Fuera mi comadrita, señor, esa sí que lo entiende, como que se ha criado en la capital y se ha rozado con caballeros y con licenciados, y con frailes y demás gente copetona. Ésa sí, señor, que se la recomiendo deveritas; porque no es porque sea mi comadrita, pero aquí es la que hace raya...

El coronel se reía abrazando burlescamente al ranchero; la solterona hacía muecas de desagrado, aparentando sumo despejo para con el militar; Antonia procuraba ocultar la cara, y los ayudantes se reían de la figura y de las palabrotas del viejo. Sólo yo examinaba aquel cuadro con simple curiosidad. El viejo entabló después conversación con el coronel. Éste, que tenía interés en familiarizarse con el padre de Antonia, le prodigó mil frases lisonjeras, en las que, sin embargo, se podía notar una mofa mal disimulada. A las preguntas que el ranchero hizo sobre la campaña con los Norteamericanos, cualquier hombre pundonoroso se habría visto singularmente embarazado; pero el coronel, como todos los hombres de su clase, no tenía sino una idea muy mediana de la vergüenza militar; y en consecuencia, comenzó a ensartar con el mayor desenfado del mundo, tantas y tan estupendas mentiras sobre su propio heroísmo y el de su ilustre padre, que todo el auditorio escuchaba en silencio y asombrado, como el auditorio de Eneas. Sólo el

ayudante sonreía a hurtadillas, lo que observado por el valiente narrador, no le inquietó sin embargo.

Antonia escuchaba extasiada. Figurábasele su nuevo amante uno de los doce pares de Francia. Muy lejos estaba de pensar la pobre aldeanilla que el tal coronel no era más que un solemne embustero, gran figurón de parada, y más, gran corredor todavía a la hora de los cañonazos.

En cuanto al ranchero, movía la cabeza de cuando en cuando en señal de admiración, y en su boca enormemente abierta, y en su semblante todo, que presentaba las señales de la petrificación, se traslucía el rústico entusiasmo de que estaba poseído el muy bestia.

Doloritas, que por su trato con los militares en México, sabía ya a qué atenerse respecto del valor temerario de que hacían gala siempre, no se mostraba muy convencida; pero en su empeño de hacer la conquista de aquel héroe, aparentaba creer todas sus hazañas, y a cada peligro que refería el *valiente* haber corrido, ella se estremecía, juntaba las manos con angustia, para concluir, al oír el desenlace afortunado, lanzándonos un *¡ah!* tiernísimo, respirando como un fuelle, y gratificando al coronel con una mirada y una sonrisa dignas de la *Gran Duquesa*. La misma Dido no hizo tantas coqueterías escuchando la narración del héroe troyano, como la jamona, mi amiga, oyendo los embustes del gallinón de mi coronel. Por mi parte, debo declarar que en esa época no tenía yo la más ligera idea de lo que valían realmente estos Fierabrás del ejército, a quienes apenas conocía por su aspecto arrogante y por sus fechorías en los pueblos inermes. Pero por simple instinto había yo comprendido que todo lo que había confiado nuestro paladín, era un tejido de mentiras apropiado para embaucar a la muchacha, al viejo, a la solterona y a mí.

Y me asaltaron vivísimos deseos de reírme a carcajadas y de decirle al coronel que no era más que un podenco, pero me contuvo el temor de exponerme a una paliza soberana, y de ir a aumentar la banda de haraposos y hambrientos tambores que había visto entrar al frente del batallón que mandaba su señoría.

A esta sazón, el ranchero, como si coincidiera conmigo en pensamientos, o bien reflexionando con su rudo buen sentido, que el resultado de todas aquellas heroicidades no era precisamente el que debía esperarse de ellas, se atrevió a decir con voz en la que la duda se traslucía a leguas:

—Bueno, señor coronel, usted es muy valiente, y todos los que andan con usted son muy valientes, y así me gustan los hombres; pero dígame usted, mi señor, dispensando la llaneza, y no haga usted caso de mis palabras, porque yo soy un animal que no rebuzno porque Dios es grande, dígame usted ¿por qué con todas esas *redotas* que les ha pagado usted a los *yankees*, ellos se han metido hasta México y ustedes andan por aquí? Tal vez será para cogerlos a toditos acorralados; eso me pienso yo; pero quiero que usted me saque de ese engaño, para mi gobierno.

El maldito viejo había dado en el clavo, y el coronel se fastidió de aquella pregunta, mientras que el maligno ayudante tarareaba una cancioncilla para no reírse tal vez.

—Amigo —respondió el héroe—: usted no entiende de cosas militares, y sería inútil que yo le explicara cómo está eso; pero sépase usted que así está bien hecho, y que lo que ha dispuesto el gobierno es muy hábil. Ha pensado usted algo de lo que va a suceder. Los *yankees*, derrotados como están, y en tierra ajena, y en medio de una población que no los puede ver, van a llevar su merecido. Ni uno solo ha de salir de México, yo se lo aseguro a usted; pero el cómo no puedo decírselo a usted, porque eso sólo nosotros los soldados lo sabemos.

—Cabal —repuso el viejo—, usted me convence. Ya le dije a usted que yo soy un animal; pero me alegro de haber acertado en parte. Con eso me sobra. Con que quiere decir que los *yankees*, aunque parece que están ganando, están perdiendo. Pues bendita sea su boca, señor coronel, que eso que nos dice es precisamente lo que deseamos saber para nuestro consuelo. Ahora, si su señoría me hace la honra de ir por aquella mi casa, yo se lo estimaré mucho. Es una casa de rancheros, pero su señoría será recibido como quien es, y no faltará por allí una pobre comida que ofrecerle. Quién sabe si le gustará la carne de los pobres.

—¡Ah! —se apresuró a responder el coronel—, y cómo si me gusta la carne de los pobres. Yo la prefiero muchas veces a la carne de los ricos, porque es más sazónada y se come con mejor apetito y con menos peligro de indigestarse. Figúrese usted, amigo, si no habré comido la carne de los pobres en esta carrera militar, en que tiene uno que contentarse con lo que encuentra más a mano. Le he tomado gusto y le probaré a usted con cuánto placer acepto sus ofertas. Mañana pasaré el día con usted.

—Corrientes —concluyó el rancharo, levantándose—; pues mañana aguardo a su señoría a almorzar, y si gusta echaremos una correría por esos campos, en que tengo mis labores, y mi rancho y mi huerta. Se divertirá usted.

—¿Y nos acompañará Antoñita?

—Nos acompañará, mi señor, que ella para andar a caballo es tan buena como un hombre; usted la verá.

—Muy bien, Antoñita, hasta mañana, yo seré el caballero de usted en ese paseo, que espero será delicioso. No sabe usted, amigo, cuánto me ha simpatizado su hija.

—Favor de usted, mi señor, ella no merece.

—Compadre —interrumpió la solterona, que había escuchado este capítulo de cumplimientos con el más visible enfado—, ¿y a mí no me invita usted?

—Con mucho gusto, comadrita, y le mandaré ensillar a usted aquel caballito canelo que tanto le gusta.

Entonces el ranchero y su hija se despidieron; Doloritas abrazó a su compadre y a su ahijada con un mal humor infernal, el coronel se restregó las manos, pensando en el día siguiente, y yo seguí a Antonia con un puñal clavado en el corazón.

El viejo, cuya locuacidad se había despertado con la conversación del coronel, charló en el camino de una manera fastidiosa. Antonia, preocupada, apenas contestaba una que otra vez, y yo caminaba en silencio mordiéndome los labios de cólera.

Al llegar a la casa, el viejo me invitó a entrar, pero yo rehusé, pretextando que era muy tarde; el viejo se metió, y Antonia iba a hacer lo mismo, cuando la detuve temblando de ira y de celos.

—Antonia —le dije—, ¿ya no cuento contigo, no es verdad?

—¿Por qué? —me preguntó a su vez con una frialdad que me la hizo odiosa.

—¿Cómo por qué? ¿Y lo que he visto esta noche, y esos besos que te dio el coronel, y el paseo de mañana? Tú estás enamorada de él, y va a perderte.

—¡Qué me ha de perder...! no seas tonto. En lo que has visto esta noche no tengo yo la culpa, y bien viste que corrí para que no me abrazara; lo del paseo fue cosa de mi padre, ¿qué quieres que yo haga? No estoy enamorada del coronel: pues qué ¿somos iguales? El es un señor muy caballero, yo soy una pobre muchacha: ¿qué caso me había de hacer? Mi madrina es a la que él va a querer; ya verás.

Antonia dijo estas palabras con una cierta tristeza de muy mal agüero para mí.

—Además —añadió pensativa—, si al coronel le parezco bonita, y quiere hacer de mí una cosa que no convenga, yo sé cuidarme, y eso de que él me dejara así, para que fuera yo después la burla del pueblo... ¡no!, ¡eso no!

—Antonia, cuídate —le dije tomándole la mano y próximo a llorar—. Mira que si te sucede algo me voy a morir.

—¿Tú...? —replicó la joven, como interrumpiendo sus reflexiones—. ¿Tú morirte? ¡Vaya que tienes unas cosas, Jorge! ¿Y por qué te habías de morir si me sucediera algo?

—Porque te quiero con todo mi corazón, Antonia; porque no quiero que seas de otro.

—Vamos, vete a acostar, no seas tonto, no tengas cuidado. ¡Hasta mañana!

—Oye una palabra. ¿Quieres que venga yo mañana para ir con ustedes al paseo?

Antonia pensó un momento y me contestó resueltamente:

—No: será mejor que no vengas, porque el coronel ha dado en que te ha de meter de tambor, y no se le vaya a antojar mandarte desde mañana. Además, nosotros iremos a pasear a caballo, y tú no podrías venir a pie. No nos veremos hasta pasado mañana.

—Está muy bien —dije yo derramando lágrimas de indignación.

Antonia se entró a su casa; yo me alejé desesperado para ocultar en las tinieblas mi primer tormento de celos. ¡Ay! Las horas de esa noche fueron las primeras en que el insomnio calcinó mis ojos y mi cerebro por causa de una mujer.

Aquel quebranto de mis primeros amores, exprimió la primera gota de duda en el blanco cáliz de mi alma.

XI

Al día siguiente me levanté muy temprano, y fui a situarme a una huerta vecina de la casa de Antonia desde donde podía observarlo todo sin ser visto.

En la casa se hacían los preparativos correspondientes al rango de la ilustre visita que venía a honrarla. Los criados iban y venían muy afanados. El viejo comprendía, quizá por instinto, que los héroes ordinariamente están dotados de una voracidad bestial, y con esa convicción mandó sacrificar un buen número de víctimas. Gallinas, pavos, carneros, lechoncitos, todo esto se asaba en el horno, se freía en sendas cazuelas o se cocía en las ollas; amén de la nata que los vaqueros habían traído del rancho y que se ostentaba en grandes fuentes, de los dulces de leche que la madre de Antonia preparaba con cierto orgullo, y de las sabrosas y aromáticas frutas que la joven colocaba con esmero en limpios canastillos.

Aquello parecía un banquete de bodas.

El viejo bonazo aparecía de cuando en cuando por el patio dando órdenes a sus criados para el arreglo de la casa. Habíase puesto sus mejores ropas: su camisa llena de randas y bordados; su corbata de colores chillantes atada con una sortija, calzoneras con grandes botones de plata, chaqueta de paño oscuro, y botas de venado color verde olivo.

Antonia también apareció acompañada de algunas primas que estaban ayudándola en sus tareas. Para mi desesperación, la muchacha estaba más linda y más provocativa que nunca. Su vestido tenía siempre la sencillez encantadora, que ella, por un instinto de buen gusto, sabía dar a todo lo que se ponía. Había colocado hábilmente entre sus espesas y negras trenzas, algunas flores del campo rojas y exquisitas. Sobre su camisa de finísimo lino y para cubrirse el seno, se había cruzado el más precioso pañuelo de punto que puede imaginarse; sus mangas bordadas y llenas de encajes dejaban en toda su desnudez sus hermosos y torneados brazos, adornados de hoyuelos y cubiertos de un vellito suave y apenas perceptible, como el de un melocotón. (Aunque no pude ver por la distancia esto último, me lo figuré; ¡había yo besado tantas veces esos pícaros brazos!)

Sus enaguas eran de seda de bonitos dibujos y colores, y como en aquel tiempo precisamente no se usaban largas, dejaban ver a la perfección unos pies arqueados y pequeños, calzados con zapatitos de raso verde, y el principio de dos piernas que había yo visto, ¡ay! la primera vez desnudas en su mayor parte, pero que entonces se me figuraron desconocidas y por lo mismo terriblemente hermosas. ¡Lo que es la privación!

Yo me mordía los puños y los brazos, como debió sucederle a Tántalo siempre que tenía delante la fruta provocadora que no podía devorar. Ardientes lágrimas surcaban mis mejillas, y ardía en mi corazón una sed de venganza espantosa.

¡Antonia, Antonia, perdóname si más tarde la ejercí con una crueldad tan terrible! ¡Sufrió tanto entonces, que nunca creí que pudiera llegar hasta la saciedad y el arrepentimiento!

Pero no anticipemos: yo continué observando desde la atalaya que me había formado entre los árboles y arbustos de la huerta susodicha.

Las viejas campanas y rotos esquilonos de la iglesia parroquial daban las doce, cuando llegó a la casa de Antonia la gran comitiva.

Componíase ésta del valiente general, a quien había invitado su hijo el bizarro coronel, de algunos oficiales y de Doloritas, a quien ofrecía galantemente el brazo el viejo jefe, y que venía emperejilada con todos los ridículos arreos que una vieja coqueta, ignorante de la moda de la ciudad, se envanece de ostentar en un poblacho.

El padre de Antonia salió a recibir a sus visitantes con profundas cortesías, y la linda muchacha se sonrió, poniéndose como una grana al ver al coronel.

Éste se sorprendió al encontrar tan bella a Antonia, y la devoró con una mirada de sátiro. No se contentó con eso, sino que pasando de la contemplación más impertinente a la familiaridad más indebida, ciñó con sus brazos el talle de la niña y levantándola hasta la altura de su rostro, la estrechó contra sí, de un modo que hizo dar un brinco al viejo, lanzar un chillido a la jamona, reír a los oficiales y decir al general con una severidad zumbona:

—¡Hombre! ¡Hombre!

Pero ya estaba hecho: el coronel tomando las manos de la aldeanita, se entró con ella en la casa seguido de los demás, y para mí cayó la horrorosa cortina de lo invisible, tras de la cual iban a ocultarse misterios cuyo solo presentimiento me hacía temblar y oprimírseme el corazón. Caí desplomado sobre mi asiento de yerba; los árboles que me rodeaban me parecieron odiosos, y aun aquella luz del mediodía, que tomó a mis ojos un color verdoso, no logró calentarme los huesos. La bilis comenzaba a mezclarse en los asuntos del corazón.

Así quedé por espacio de dos horas, enderezándome a veces al oír las carcajadas de los militares, la risa chillona de Doloritas, o la voz armoniosa de la infame aldeana, que me punzaba como un puñal agudo.

A las tres de la tarde concluyó la comilona; y debieron haber bebido bastante aquellos sujetos porque, cuando salieron al patio en espera de

los caballos, algunos de ellos, particularmente el general y el viejo de la mula, vacilaban y reían como insensatos.

Los caballos llegaron un momento después. Los de los militares, que habían sido traídos por asistentes, venían ricamente enjaezados. El caballito canelo prometido a Doloritas, y cuya silla plateada estaba cuidadosamente envuelta por un blando cobertor para que no se lastimara la gordinflona, fue sacado en triunfo por el viejo rancharo, que levantó en sus robustos brazos a su comadrita y tardó diez minutos en acomodarla.

La madre de Antonia no era de la partida, porque tenía que recoger el campo del festín; pero la joven, habiéndose colocado un gracioso sombrero de paja, de alas anchas, montó con gallardía y ligereza, y sin ayuda de nadie, en un potro retinto de hermosa estampa y de mucho brío, que apenas sintió su carga cuando comenzó a caracolear impaciente.

—Ajá —exclamó el general con voz de borracho—. ¿Con que esas tenemos, eh? ¡Caramba, y qué bien monta la chica! Pues es un tesoro de gracias la bribonzuela, amigo; debe usted estar vanidoso con semejante alhaja.

—Mil gracias, mi general; usted la pondera, señor. Es regular, no hay que alabarla —contestó el rancharo con su fraseología de siempre.

Después de lo cual montó a su vez en un caballo magnífico, el mejor de sus dehesas seguramente, y se puso a la cabeza de la comitiva para guiarla.

Entonces yo, como todos los celosos, deseando apurar el cáliz hasta la última gota, sin haberme desayunado, pero fuerte con mi cólera, puse los pies en alas de mis celos, y seguí a la cabalgata hasta llegar a orillas del pueblo. Allí, adivinando adonde se dirigía, tomé un camino de través, me hundía en un bosque contiguo a la casa del rancho. Luego, trepando a veces en las rocas que elevaban sus picos por sobre la cima de los grandes árboles, procuraba yo encontrar con la vista a la comitiva.

Ésta llegó a la casa, descansó en ella un momento, y volvió a salir para continuar el paseo, pues ya pardeaba la tarde.

El viejo rancharo se había apoderado del general y le mostraba todas sus riquezas agrícolas y pecuarias, cosa que maldito lo que importaba al sargentón, haragán de oficio y poco afecto al honrado trabajo de los campos, del que no tenía noticia sino por los productos que muchas veces había saqueado durante su *honrosa* carrera militar.

Yo procuré colocarme cerca del camino que tenía que atravesar la comitiva, a fin de cerciorarme por mis propios ojos de la liviandad de Antonia. No tardé en satisfacerme.

Apenas me había escondido entre la grieta que formaban dos riscos, y que estaba oculta bajo una cortina de maleza, cuando pasaron el ranchero y el general, después Doloritas, en compañía de los oficiales. La jamona venía muy encarnada, y sus cabellos flotaban en desorden bajo su gorrito viejo de terciopelo, del que pendía un gran velo descolorido.

Al último, y una distancia considerable, caminaban paso a paso Antonia y el coronel, conversando, al parecer con extraordinaria animación.

Después de sentir un horrible estremecimiento, causado por el temor y el disgusto, fijé sobre ellos una mirada de odio. Venían muy juntos, al grado de que los caballos parecían encadenados estrechamente el uno al otro. El coronel se había puesto, como era natural, del lado en que podía contemplar a su sabor la parte inferior del cuerpo de Antonia, y aun tomarse algunas libertades, sin riesgo de ser visto.

Ella parecía abandonarse a las caricias del militar libertino, con todo gusto. De repente vi una mano de éste coger una cosa blanca que estrechó y atrajo, de manera que imprimió con esta acción un movimiento oblicuo al caballo de su compañera. La cosa blanca era el pie de Antonia calzado todavía con el zapato de raso verde, y que pertenecía a la pierna que iba cruzada en la cabeza de la silla.

La muchacha sonrió soltando las riendas, lo que permitió al coronel atraerla hacia él y estamparle el beso más voluptuoso en la boca, beso que ella correspondió con un entusiasmo superior a sus conocimientos. Esto hizo que se le cayera el sombrerillo de paja. El coronel, después de repetir sus ósculos, se bajó para alzar el sombrero.

Entonces no pude reprimir mi cólera, y encontrando a mano un guijarro, lo lancé con la destreza que me era habitual, y con tal fuerza, que silbando como una bala fue a estrellar precisamente aquella mano atrevida que acababa de acariciar el hermoso pie de mi infiel amada.

El movimiento que el coronel hizo al sentir aquella pedrada maestra, fue tan grotesco, que me obligó a lanzar una carcajada, la cual aumentó la sorpresa y la confusión de los dos amantes. Antonia lanzó un grito; el militar, engarabatado todavía por el dolor, y sacudiendo frenético la mano lastimada, alcanzó a duras penas su caballo, lo montó y echó a correr como si una legión de diablos le persiguiese. Antonia, menos asustada, porque probablemente me había visto, se apresuró a seguirlo, sin embargo, procurando tranquilizarlo.

Yo no creí conveniente continuar mi persecución, temiendo que el viejo ranchero viniese a buscarme; y alejándome por una vereda escabrosa, me alejé de aquel lugar, sin querer entrar tampoco en el pueblo hasta que fuese de noche.

Hice muy bien, porque al acercarme a mi casa a cosa de las ocho, distinguí junto a las puertas a una patrulla de soldados, y una criada de mi familia me detuvo por el brazo tan pronto como me conoció.

—Jorge, por Dios, anda, vete —me dijo temblando—; esos soldados vienen a cogerte para tambor, y te andan buscando por todas partes los alguaciles. Dice tu madre que te huyas al monte hasta que se vaya la tropa. ¡Corre!

Todo lo comprendí; la traidora Antonia había seguramente descubierto que era yo el que había herido al coronel. Habían venido al pueblo rabiosos y me perseguían. No pensé ya entonces más que en salvarme.

Me apresuré a ganar una montaña vecina; y sería la medianoche, cuando habiendo llegado a lo más escarpado de aquella sierra, resolví descansar, pues estaba ya fuera del alcance de mis perseguidores. Rendido por la fatiga y el sueño, dormí, como se duerme a esa edad, y cobijado por el manto de la madre Naturaleza.

XII

A los primeros albores de la mañana siguiente, desperté, y pude darme cuenta de mi situación. No era, en verdad, muy favorable. En mi casa ignoraban el rumbo que había yo tomado; no tenía provisiones, y me hubiera sido difícil dar con un camino que me condujera a alguna ranchería. Pero mi carácter enérgico y el peligro que estaba corriendo, sostuvieron mi ánimo, y no desesperé.

Vagando entre las selvas pasé dos días, manteniéndome como el Bautista, con frutas y miel silvestre, que se convertía en rejalgar cuando pensaba yo que Antonia, a esa hora, pertenecía ya al coronel.

En la mañana del tercer día logré encontrar un sendero que iba a parar hasta lugares conocidos, y respiré cuando distinguí la torre de la iglesia, el caserío del pueblo y los jardines que lo rodean.

Contemplaba yo con una emoción gratísima este espectáculo, del que me parecía haber estado ausente por muchos años, cuando al mirar abajo de la colina montuosa en que estaba yo situado, distinguí primero una polvareda y luego una columna de tropa que serpenteaba subiendo por un camino ancho y cercano al lugar en que yo estaba.

Era la brigada; vi brillar las armas, conocí los uniformes, aunque no pude, por la lejanía, distinguir a las personas. Mi primer deseo fue el de correr para salvarme de mis enemigos; pero después, comprendiendo que nada podían hacerme en aquel terreno, me atreví a acercarme hasta llegar a un flanco del camino para examinarlo bien todo. Poco a poco, y aprovechándome de los accidentes de la montaña, me acerqué tanto, que pude ponerme a algunos pasos de la columna.

El general marchaba por delante con algunos oficiales y precedido de una pequeña guerrilla. Luego seguían los croquis de batallones, y a retaguardia, venía mi coronel; pero ¡oh rabia! no venía solo, sino con Antonia, que ya vestida con una túnica mal forjada y cubierta la cabeza con un sombrero gris y un paño de sol, montaba un gran caballo flaco y amarillento de su ilustre raptor.

No me habían engañado mis celos. El pícaro militar había acabado por robarse a la muchacha, que firme en sus principios, no había prometido entregarse sino a condición de ser sacada de la casa paterna y del pueblo.

Así pues, al desventurado viejo de la mula, el estúpido anfitrión que había tenido a mucha honra el ofrecer un banquete a aquellos soldados cobardes, había él mismo preparado su deshonor, y a aquella hora lamentaba la desenvoltura de su hija y la ingratitud infame del coronel.

Pero sobre todo, yo estaba furioso. Jamás había sentido el dolor punzante que sentí al ver a mi primera amada huir con su raptor.

¿Conque así se cumplían las promesas? ¿Así se guardaba la fe jurada? ¿Esto ocultaban aquellas palabras tranquilizadoras de la última noche?

¡Pérfida! ¡Infame!

Y pasaba junto a mí, platicando con su aborrecido amante, que aún traía envuelta en un pañuelo la mano herida por mí. Yo no pude contenerme, y asomé el cuerpo de tal manera, que lo dos me reconocieron. Antonia palideció. El coronel, enfurecido, sacó una pistola, me apuntó y disparó; pero no era un buen tirador, y la bala pasó lejos de mí.

Entonces gritó a sus asistentes:

—¡Ea, pronto, a coger a ese bribón! Ahora verás si te escapas de llevar el tambor o de que te cuelgue de un árbol...

Yo quise responder algo terrible que tradujese mi odio y mi cólera; pero no encontré más que esta frase, muy de mi edad y de mi inexperiencia:

—¿Yo tambor? grité... ¿Sí? ¡Su madre!

El coronel se torció de ira, los asistentes quisieron lanzarse en mi persecución, pero el flanco del camino era montuoso, muy escarpado y lleno de cortaduras. A caballo era imposible seguirme; a pie, tenía yo ventaja. Así es que me alejé lentamente y con toda seguridad, aun cuando oí algunos tiros sonar a mis espaldas. La columna entera había hecho alto, comunicóse la novedad al general en jefe, pero después de haber reconocido este ilustre veterano la imposibilidad de perseguirme con buen éxito, y de haberme contemplado con su anteojo suficientemente, mandó continuar la marcha con gran despecho de su valeroso hijo, que dos veces se había visto burlado por un chico delante de su joven dama.

Sin embargo, de este triunfillo, que me envaneció por algunos momentos y calmó algo mi dolor, cuando desde una nueva altura miré perderse a lo lejos la columna, me sentí desfallecer; me senté sobre una piedra, incliné la cabeza y lloré.

Todo el mundo, en mi caso, al conocer que está consumada la primera perfidia de la mujer que se ama, se pregunta con voz sorda y ahogada por una convulsión dolorosa: *¿Es posible?* Yo también me pregunté *¿Es posible?*

¡Ay! Largos años de perfidias y decepciones iban a responderme en seguida, que para las mujeres todo es posible.

XIII

Por la tarde bajé por fin al pueblo, y lo encontré mudo, triste y vacío. No estaba allí Antonia.

La mujer querida es la que alegra y hace vivir todo en derredor nuestro. El pueblo, mi casa, mi familia, todo me parecía insoportable. Apenas la ternura de mi buena madre que me creía salvado de un gran peligro, y la severa bondad de mi padre que me dio muchos consejos, pudieron derramar un poco de bálsamo en las heridas de mi corazón.

Después de algunos días en que anduve arrastrando por las soledades mi tristeza, me sentí con deseos de ver a la solterona para hablar con ella de mi mal.

Doloritas me recibió sonriendo y al parecer satisfecha.

—No te aflijas, Jorge —me dijo—, prodigándome extrañas caricias; ya has conocido cuán bribona era la Antoñita; yo me alegro de que te hayas desengañado.

—¿Se alegra usted? —le pregunté sorprendido.

—Naturalmente, hijito, porque tú eres un buen muchacho, muy amoroso, muy tierno, muy niño, y no merecías a esa perdularia, que lo que deseaba era que se la llevara el diablo, como se la llevó, con un militar que va a dejarla en el primer pueblo del camino. Tú mereces otra cosa, tú mereces un corazón que sea siempre tuyo, que te quiera como tú deseas y que no sea capaz de dejarte por el primer advenedizo. Además, tú eres muy jovencito, y aún no conoces bien lo que es verdaderamente amor. Déjate de miraditas, de suspiros y de niñadas que no tienen objeto, y que no te han de traer más que tristeza y fastidio. Hay otras cosas en el amor que tú no conoces, y que necesitas que te enseñen... Pero eso no puede hacerlo una criatura que todavía tiene la leche en los labios. Te hace falta una mujer que tenga más experiencia que tú. Yo te aseguro que con ella olvidarás a tu Antonia en el término de tres días, y hasta te reirás de haberla sentido tanto.

—Pero, Lola —le respondí—; si eso es verdad, ¿en dónde encontraré ese corazón de que usted me habla?, ¿dónde está esa mujer de experiencia que necesito para consolarme? Si ella me prometiera curarme, yo la amaría toda mi vida...

Doloritas se puso como una amapola; sus ojos despedían llamas, su boca estaba seca, y su pecho se agitaba. Abrió los brazos, me estrechó contra su corazón, y me dijo con voz trémula:

—¡Ah! si tú me prometieras ser reservado, si tú me quisieras como querías a Antonia.

—¿A usted? —le pregunté azorado.

Por más señales que hubiese visto antes, de la extraña afición que la jamona me tenía, mi inexperiencia y mi amor a Antonia me habían impedido darles su verdadero carácter. Aquella tía me inspiraba una repugnancia invencible. Además, yo la creía muy culpable en el rapto de Antonia.

A mi brusca interpelación, la jamona me alejó de sí; pero pareció calmarse, y leyendo en mi semblante mi absoluto desamor y mi sorpresa, que no ocultaba mi repulsión hacia ella, me respondió:

—Sí, a mí, niño, a mí para ser tu consejera en estos asuntos, para que no te vuelvan a engañar. Te digo que sería necesario que me quisieras como a Antonia, porque así nada me ocultarías y tendrías suma confianza en mí. No lo digo por otra cosa, Jorge, ni tú lo vayas a entender de otra manera, porque bien sabes que yo, teniendo otra edad que tú, y habiendo querido mucho (aquí suspiró) a un hombre digno de mí, no puedo querer ya a nadie, ni menos a un niño como tú.

Respiré. Doloritas se replegaba, ahorrándose un compromiso ridículo. Aquella declaración llevada hasta su último extremo, me hubiera causado horror.

Me alejé y no volví a la casa de la solterona, que por otra parte, lejos de extrañarme, me tomó ojeriza. Sabido es que las mujeres se convierten en enemigas, después de una contrariedad de esta naturaleza.

Seguí viviendo triste en aquella aldea, por espacio de ocho a diez meses, sin querer dedicarme a nada, ni trabajar en nada.

Mi familia estaba alarmadísima, hasta que mi pobre padre, llamándome un día, me preguntó:

—Hijo, ¿quisieras irte a estudiar a México?

Yo di un salto de gozo, jamás me hubiera atrevido a solicitar semejante cosa, pero la verdad era que esa idea me halagaba desde hacía tiempo.

—¿A estudiar? ¿Y en dónde?

—En un colegio; aunque somos pobres, aplicándote, te podemos sostener y serás lo que tú quieras.

—Con mucho gusto, padre. Ése es mi deseo.

—Pues arreglado; partiremos pronto.

Desde aquel día no pensé en otra cosa. Dar a mi espíritu una ocupación conforme con mis esperanzas y mis ambiciones; ir a México, entrar en otro mundo, poner el pie en los primeros peldaños de una escala que yo había soñado... ¡qué orgullo y qué dicha!

Quince días después, acompañado de mi padre y de algunos parientes, y montado en un caballejo pacífico y meditabundo como yo, me dirigía a la famosa capital de la República, con la cabeza llena de ilusiones y el corazón casi enfermo por las constantes palpitaciones de alborozo.

Los *yankees* habían evacuado ya la República, y la vida mexicana iba volviendo a su curso normal.

A medida que me aproximaba a la gran ciudad, nuevas sorpresas y más bellas ilusiones acariciaban mi joven imaginación. Un recuerdo me asaltó al entrar en la hermosa calzada que debía conducirnos hasta las puertas de México.

¡Antonia!

Este amor no se había apagado enteramente, y de sus cenizas tibias aún brotaban de cuando en cuando algunas chispas. Antonia tal vez estaba en México; tal vez iba a encontrarla. ¡Qué curioso estaba yo de conocer su nuevo estado! ¡Qué deseos abrigaba de vengarme de ella!

¡Desgraciada!

El destino iba a ponérmela delante más tarde ¡y de qué manera iba yo a verla otra vez!

Pero esa segunda parte de esta historia de mi adolescencia, pertenece a otro tiempo, y allí tendrá su lugar.

Mi padre me sacó de mi meditación cuando estábamos frente a la garita, y veíamos las grandes calles de la capital por las que hormigueaba la gente. Diome un golpecito en el hombro y me dijo:

—Muchacho, ¡ya estamos en México!

Mis recuerdos y preocupaciones se disiparon como por encanto, en presencia de este espectáculo terrible para un niño de aldea. ¡MÉXICO!

IDILIOS Y ELEGÍAS

(Memorias de un Imbécil)

BEATRIZ

In Venice do let heaven see the oranks. They dare not show their husbands; their best conscience. Is, not to leave undone, buy keep unknown.

SHAKESPEARE, *Othello*

... Other women cloy. The appetites they feed, but she makes hungry.

Where most she satisfies: for viles things.

Become themselves in her; that the holy priest.

Bless her when she is riggish.

I

Un destino singular, semejante a un guía burlón, iba a iniciarme desde muy temprano en todos los misterios de la vida, y lo que es más extraño aún, por una serie maravillosa de contrastes, que hacían para mí doble el tiempo y más rápido el aprendizaje. Mi primer amor fue un lampo de aurora; mi segundo amor fue un incendio. Todavía atónito por las volubilidades de la cervatilla, me encontré, cuando menos lo pensaba, en las garras de la tigre. Mi corazón, excitado apenas con el aroma de la margarita silvestre, se atosigó bien pronto con el perfume letal de la rosa, reina de los jardines.

He dicho que Antonia, en su calidad de niña, necesitaba un mentor que fuese niño. A mi vez, yo no sé si la necesitaba; pero el hecho es que, como Juan Jacobo Rousseau, me encontré con una mamá; ya sabéis que así llamaba él a la buena Madame de Varens.

Mi maestra era una mujer cuyo tipo existe todavía, como un resto edificante de la antigua educación que recibió esta sociedad cuando era colonia, y que se encargó de modificar la vida moderna.

Pero no anticipemos, y hagamos la historia desde el principio.

Estudiaba yo; ya recordaréis que mi buen padre me trajo a México con la intención de meterme en un colegio. Así lo hizo, y por dos años me estuve inocentemente estudiando, confesando y comulgando, como lo acostumbraban los jóvenes que en aquel tiempo tenían la dicha de ilustrarse en esa especie de redil que se llamaba, pomposamente, *un colegio*.

¡Un colegio!, ¡qué mundo de recuerdos evoca este nombre para mí! Tristes y alegres, gratos y fastidiosos, todos pasan en tropel por el campo de mi fantasía en las horas silenciosas de la noche en que escribo esto. Yo en el colegio fui alternativamente feliz o desdichado. Allí dejé el pelo de la dehesa, allí comencé a deletrear en el gran libro del mundo, allí contraí numerosas amistades de las que he perdido muy pocas, y allí por último se me apareció entre las sombras de la meditación, la encantadora imagen de Beatriz, como una realización inesperada de mis deseos juveniles.

Es preciso decir lo que era entonces un colegio, para hacerla conocer bien a los muchachos que hoy disfrutaban el beneficio de educarse a la moderna, y más todavía a los que mañana no encontrarán en las escuelas ni un solo espectro de los que espantaban a los jóvenes de mi época, ni una sola ranciedad de las que nos fastidiaron a nosotros sin lograr por eso hacernos amar a las antiguallas.

Un colegio era una gran casa parecida a un convento, y en la que bajo la advocación de un santo cualquiera, se enseñaban las ciencias a la juventud. Esta gran casa tenía un aspecto amable, y el más propio para cautivar el espíritu de los muchachos y hacerles gustar del estudio.

Figuraos tres o cuatro patios generalmente sombríos, más bien a causa de la altura del edificio y del color de las paredes y de los corredores, que de la falta de luz. El hermoso sol de nuestra tierra no penetraba allí sino velado; los hombres de aquella época juzgaban a propósito pintar de negro los nidos, para no hacer peligrosa la alegría de los gorriones que en ellos se educaban.

En estos tres o cuatro patios, circuidos todos por oscuros corredores, se alojaba aquel mundo que se llamaba un colegio. Arriba vivían los estudiantes; abajo estaban las cátedras, el refectorio, la capilla, el general, la cocina, la despensa, los cuartos de criados, etc.

Las habitaciones de los estudiantes eran magníficas, pues se hallaban modeladas según las que se destinaban a los criminales en las cárceles de aquel tiempo. Consistían en una pieza pequeña que comunicaba con el corredor por una puerta, y que además solía tener una ventanilla con una reja de hierro.

En esa pieza vivían generalmente cuatro o cinco estudiantes. A veces el número era mayor, aunque el de puertas y ventanas era el mismo, de manera que la ventilación era excelente.

La higiene preocupaba muchísimo a los directores de semejantes establecimientos, y no pocos de los antiguos educandos deben la robusta salud de que disfrutaban hoy a los solícitos cuidados de que fueron objeto, y a la sana alimentación que recibieron en la época feliz de su juventud.

Por lo demás la vida de colegio era encantadora, como que estaba enteramente calcada sobre la vida monástica, la de los tiempos de la Tebaida, se entiende, porque ni por todo el oro del mundo se nos hubiera permitido imitar la edificante conducta de los virtuosos anacoretas que en ese tiempo honraban nuestra santa religión con sus evangélicas virtudes.

Así pues, nuestra vida giraba en el eterno círculo del ayuno, del rezo, del estudio, de la contemplación y de la taciturnidad. A las cinco de la mañana, en el verano como en el invierno, el toque de una campana nos despertaba del sabroso y pesado sueño de la juventud. Una mano poco ceremoniosa abría la puerta de nuestro cuarto, y la cabeza de Medusa del padre maestro o prefecto de estudios, abrigada bajo un birrete negro y grasiento, se introducía para gritarnos con voz cascada, el sacramental ¡*arriba!*

A esta palabra nos levantábamos sobresaltados, nos poníamos de prisa los desgarrados vestidos del colegial, y nos lanzábamos al corredor a recibir al agradable fresquecillo de la mañana. En algunos de esos

colegios donde los estudiantes dormían en un largo salón, el susodicho padre maestro o prefecto obligaba a todo el mundo a saltar del lecho a medio vestir, persignándose y rezando en voz alta el himno aquel:

Jam lucis orto sidere

Deum precemur supplices

Ut in diurnis actibus

Nos servet a nocentibus, etc.,

después de lo cual salíamos a los corredores a murmurar con voz soñolienta y tiritando de frío, nuestra lección del día. A las siete, poco más o menos, otro campanazo nos mandaba ir a misa. Bajábamos a la capilla de dos en dos, en silencio, y con una compunción que nos habría envidiado un claustro de capuchinos. En la capilla nos aguardaba ya el capellán, revestido y acompañado de sus acólitos, muchachuelos escogidos entre los más decentes del colegio. Nos poníamos de rodillas bajo la mirada paternal y tierna del prefecto, y presenciábamos el *santo sacrificio*, sin que nos fuera dado sentarnos una vez siquiera en las bancas, que para mortificar nuestro miserable cuerpo se colocaban a nuestro lado. Algunas pelotillas de pan lanzadas por alguna mano irreverente sobre el augusto altar, y que por acaso solían pegar en el cerviguillo del venerable ministro, eran un pretexto suficiente para castigar al colegio privándolo del desayuno. Estos castigos eran las gangas de la mayordomía.

De misa, cuando no había castigo, pasábamos al refectorio. El padre maestro decía el *benedicite*, y luego nos sentábamos; circulaban entonces los portaviandas con las jícaras de chocolate, de un chocolate succulento de pepita de calabaza, capaz de nutrir el estómago más rebelde; un panecillo sabroso e invariable, era el compañero del fingido *soconusco*, y después de devorar todo eso, salíamos a hacer nuestra *toilette* que consistía, como es de suponerse, en arreglarnos pasablemente los cabellos, y en anudárnoslo más graciosamente posible el descolorido arambel que nos servía de corbata.

Después, la campana otra vez nos prescribía el estudio. ¡El estudio! ¡Ah! entonces sí que se estudiaba; entonces sí que se conocían los buenos libros, y no se era, como ahora, *erudito a la violeta*. Los estudios preparatorios debían ser, y eran, en todos los colegios, los siguientes: gramática latina, por Nebrija o por Iriarte; este estudio estaba dividido en cuatro clases, a saber: mínimos, menores, medianos y mayores. Todo hombre que deseara tener una carrera científica, debía comenzar entonces por saber latín. El latín era indispensable, y aun los ricos, los viejos ricos que pretendían hacer de sus herederos alguna cosa grande en el mundo, opinaban como el Mr. de la Jeannotière de Voltaire, que debían éstos saber su poco de latín. Por supuesto que el tal latín no era el conocimiento de la literatura latina, ¡ca! no; reducíase a algunas traduccioncillas que se aprendían automáticamente, a algunos

retruécanos que venían repitiéndose desde el tiempo de Luis Vives, y algunos diálogos que hubieran hecho exclamar a Pedro Gringoire, con más razón que en los tribunales del viejo París: ¡*Eheu!*, ¡*bassa latinitas!* Del latín se pasaba al estudio de la lógica.

Stuart Mill no había aún publicado su método, y si hubiera sido conocido, habría quedado quemado por la mano del portero, entre la rechifla de aquellos grandes sabios. Se estudiaba entonces Lógica por Jacquier; por Bouvin; y los más ilustrados profesores escogían por texto la Lógica de Heineccius. Aquello sí que enseñaba a discurrir. Meses enteros se consagraba uno a la gravísima cuestión de las *ideas innatas*, resolviéndola lindamente por medio de los silogismos en *Bárbara* o en *Celarent*, *Darii*, *Ferrioque*, *Baralipton*. El *ergotismo* enfrentaba los indiscretos ímpetus del espíritu, y entonces sí que no se conocía la palabrería de la actualidad; la charla estaba proscrita, y al concluir el estudio de la lógica podía uno muy bien vanagloriarse de no haber fatigado en vano ni su lengua ni su garguero.

Ya que estaba uno convertido en *cocuyo* con la luz de la lógica, se lanzaba atrevidamente en los tenebrosos abismos de la metafísica. ¡Oh, la metafísica! ¡Qué ciencia tan positiva y tan útil! ¡Cómo siento que nuestros legisladores inficionados por el veneno de los principios modernos, hayan suprimido en las escuelas nacionales el estudio de la metafísica que por tantos años había sido la antorcha del género humano! ¡Qué discusiones aquéllas sobre los *entes*! ¡Qué argumentos en favor de la existencia de Dios, como que sin ellos era imposible decir una palabra razonable sobre el asunto! ¿Y la Psicología? Si después de aquellas lecciones sentía uno de veras el alma del cuerpo... ¿y el tratado de los ángeles?, ¿y el otro sobre el alma de las bestias? Todo era admirable. Medio año se empleaba en adquirir tan bellos conocimientos, y aún parecía poco; así lo decían los profesores, así lo repiten aún hoy los espíritus ilustrados que han emprendido la buena obra de querer volvernos a aquellos tiempos, y así lo creo yo también, que me hallo muy satisfecho de haber consagrado los mejores días de mi juventud a esas graves materias, de que saqué un indisputable provecho.

Por este orden seguían los demás estudios: la Moral, la Ideología, un poquillo de Matemáticas, como que era lo que menos se necesitaba para ser ilustrado en aquel tiempo, y aún hoy, según he oído decir recientemente a algunos diputados en el Congreso de la Unión. Así opinaba el excelente ayo de Jeannot, hijo. Después venían la Física en dosis homeopática y sin necesidad de tener un gabinete; la Geografía en diez lecciones, y no más. Tales eran los estudios preparatorios, de los cuales he querido hablar porque la historia que va a seguir tuvo su curso durante ellos; de modo que los recuerdos del colegio en esa época, están inevitablemente ligados con los recuerdos de una mujer y de una serie de sucesos íntimos inolvidables.

Pero aún no está concluida la descripción de la vida de colegio.

Quedamos en el estudio de la mañana. Una vez concluido éste, entrábamos a cátedra. Allí un profesor lleno de sabiduría nos explicaba el texto bostezando, y nos ponía de rodillas de cuando en cuando, si no sabíamos la clase, o bien nos hacía encerrar en una cárcel, o nos ponía a pan y agua. En algunos Colegios, como en San Gregario, el castigo era todavía más enérgico. Se aplicaban al alumno, cualquiera que fuese su edad, sendos latigazos, correctivo de que, sea dicho en verdad, no tuvimos el gusto de ser partícipes.

De cátedra salíamos a tener un rato de solaz. Se conversaba entonces, se reía, se jugaba. Algunos muchachos que amaban la lectura sacaban entonces librillos sabrosos para devorarlos; novelillas francesas, y algunos poetas españoles hacían el gasto. En casi todos los colegios había una biblioteca más o menos grande y buena, pero en ninguna de ellas se permitía leer a los estudiantes un solo libro. ¡Feliz aquél que a hurtadillas podía recrearse con un clásico, griego o latino! Los estudiantes no debían saber más que lo que se les quería enseñar. Recuerdo que una vez, durante nuestro estudio de latinidad, un amigo mío fue encontrado leyendo un bello ejemplar de Tibulo. ¡Horror! El libro le fue arrebatado de las manos, y el pequeño criminal fue encerrado, ni más ni menos que como un conspirador contra el orden público. El rector creía muy peligrosas para la imaginación de un joven, las ardientes elegías consagradas por el más sensible de los poetas del tiempo de Augusto a la hermosa Delia. En cambio, nada encontraba el severo pedagogo de reprehensible en la famosa bucólica de Virgilio, que comienza:

Formosus pastor Corydon ardebat Alexim

Delicias domini, ne quid speraret habebat.

Y tenía razón, puesto que una mano venerable y consagrada había colocado expresamente este bello modelo en la colección de los autores latinos, que se había escogido, como el mejor texto, para la juventud.

Al mediodía, otra vez la campana invitaba al colegio a pasar al refectorio, donde una comida succulenta esperaba al alumno para restaurar sus fuerzas. La bondad de este banquete diario es todavía un motivo de recuerdo delicioso y grato para los que se educaron en otro tiempo. En la cuaresma se comía rigurosamente de vigilia, como era debido.

Después de comer se estudiaba, porque precisamente a esa hora el espíritu, sobre el cual para nada influye la materia, se hallaba en la mayor aptitud para pensar y retener. Las cátedras vespertinas eran iguales a las de la mañana. En la noche se escuchaba devotamente en la capilla la vida del *santo del día*, después de la cual se rezaba el rosario con su correspondiente letanía, antífonas, etc., etc. Con esta devoción se cerraban los trabajos del día y se acostaba uno a las nueve o diez de la noche en medio del mayor recogimiento.

Los domingos se salía a la calle después de misa, y se entraba al colegio a las oraciones de la noche. Afortunadamente los días de fiesta eran frecuentísimos, de modo que en todos ellos se encontraba el apetecido descanso. Cada mes se comulgaba, consagrándose dos días antes a preparar la conciencia, a cuyo efecto se ponía en manos de los jóvenes el piadoso libro del padre Jaen, cuyas lecciones acababan de aclarar prontamente las dudas que hubieran podido abrigar los muchachos sobre ciertas materias. Los ejemplos del padre Jaen completaban en castellano las lecciones latinas de Virgilio, y aun ilustraban la conciencia juvenil sobre nuevos y más complicados asuntos.

De esta manera se iba ascendiendo en la escala de los conocimientos humanos, y pasando de la infancia a la adolescencia, de la adolescencia a la pubertad. Cuando solía uno entrar en los círculos mundanos, ya iba armado con un arsenal de teorías. La imaginación podía descarriarse antes de la salida al mundo, pero la devoción había sido enseñada como un antídoto infalible, de modo que entonces la inmoralidad no hacía estragos, y si los hacía, quedaban conjurados con las poderosas armas de la fe.

No debe olvidarse que estoy hablando de un colegio tal como era antes de 1857, época en que, sin embargo, ya los principios modernos habían inficionado la enseñanza. Allá, al comenzar el siglo, el régimen escolar era todavía más agradable, y sobre todo, más ajustado a las santas reglas de la honestidad.

Como unos diez años antes de ese famoso en que se proclamó la Constitución, y como lo he dicho en otra parte, poco después de la invasión norteamericana, yo hacía mis estudios preparatorios en el colegio de... en la manera y forma que dejo apuntadas.

II

Mi padre, previendo que yo necesitaría en México de algún amparo, y sobre todo, de una persona a quien respetar y a quien acudir en demanda de consejo, me recomendó, al dejarme en el colegio, a un pariente suyo, eclesiástico venerable y que por su saber y sus virtudes había obtenido una canongía en la *Colegiata de Guadalupe* .

Este santo personaje, que había sido cura en el Estado de Veracruz hacía cosa de treinta años, poseía junto a mi pueblo precisamente, un rancho de los mejores del rumbo y unos grandes terrenos en que sembraba tabaco, todo lo cual había sido el fruto de sus trabajos en el cuidado de las almas.

Como el canónigo residía en México, había confiado a extrañas manos la administración de aquellos cuantiosos bienes que le producían una renta pingüe, pero había tenido que acudir muchas veces a la honradez de mi padre para que en su calidad de inteligente campesino, ranchero, y pariente suyo, le arreglase varias dificultades y ejerciera cierta vigilancia sobre los administradores. Así es que debía grandes consideraciones a mi padre, y éste pudo, en esa virtud, solicitar de su respetable pariente protección para mí.

El señor prebendado la ofreció muy amplia, no sin exigir de mi padre que cuidase, a su vez, de los becerros, de la ordeña, del herradero y de las cosechas de tabaco. Así es que en virtud de este contrato *facio ut facias* , como diría un jurista, hubo encargo recíproco de tutelas, y yo quedé bajo la del piadoso sacerdote.

Era éste un grave personaje de cincuenta y tantos años, de elevada talla, robusto, coloradote y bien conservado. Mantenía, como todos los hombres de su profesión y de su posición, numerosas relaciones en México con las grandes familias y los más famosos próceres de la política. Así es que, cuando él no pasaba el día en el seno de una familia aristocrática, recibía en su casa a un gran número de personas: generales, senadores, diputados, jueces, ricos tenderos españoles, agiotistas célebres, opulentas y viejas devotas, y otras muchas gentes de ambos sexos.

De manera que en las primeras visitas que le hice, me formé una gran idea de su influencia y de su saber, y desde su antesala, en que aguardaba con mi timidez de catorce años a que me llamara para disfrutar el honor de... saludarle, y viendo pasar delante de mí a una tan abigarrada falange de cortesanos y cortesanas, me figuré buenamente que el señor canónigo era un semidiós.

Por supuesto que las audiencias que me concedía eran brevísimas, y en ellas respondía yo en pie a las tres o cuatro preguntas que hacía sobre mis estudios y alimentos, después de lo cual me observaba un momento fijando en mí una mirada altanera a través de sus oscuros anteojos de oro y bajo sus espesas cejas grises, y concluía recomendándome que fuese devoto, y amenazándome con la ira de mi padre si no obedecía.

¡Qué impresión tan terrible me producían estas audiencias! El canónigo me inspiraba al principio una especie de terror místico. Yo comprendo que esto provenía de su sequedad al hablarme y del aparato de que le veía yo rodeado, porque me recibía en su gabinete de estudio, que estaba arreglado a la manera eclesiástica. Era amplio, pero iluminado débilmente por una ventana estrecha y cuyos cristales estaban cubiertos con cortinas descoloridas y sucias; el tapiz era también oscuro y viejo; el mueblaje consistía en seis grandes libreros de madera negra llenos de pergaminos *in folio* y de otros libros viejos eclesiásticos de pastas desagradables. Algunos sillones antiguos de cuero mostraban sus cojines y respaldos destripados junto a una gran mesa cubierta con una carpeta de bayeta verde, sobre la cual se mostraba el enorme e indispensable tintero de plomo o de cobre con su haz de plumas de ave, y en medio de libros colocados simétricamente, y de papeles, y de cuadernos forrados en badana oscura, se destacaba un enorme crucifijo de madera chorreando sangre, pero adornado con su corona y potencias de plata, con su cendal de lino, encarrujado y sucio, y sus flores de trapo manchadas de tinta. Esta mesa estaba colocada junto a un librero, y entre éste y ella se hallaba el gran sillón del canónigo, en el que se mostraba el austero personaje medio oculto entre las sombras de aquel santuario. Descansaba generalmente los brazos sobre una carpeta de hule, a cuyas orillas se mostraba abierta una petaquita grasienta rellena de grandes tabacos, o bien una gran caja de oro para polvos, el brasero de plata con su pequeño cono de ceniza ocultando la braza, y junto a él un gato enorme, el favorito de su reverencia.

Sobre los estantes de libros colgábanse diez o doce cuadros espantosos, y no sé si de la escuela española o mexicana, pero que representaban suplicios de vírgenes desmelenadas, frailes desollados, escenas de la Pasión, y quién sabe cuántos horrores más, pero que según los peritos en el arte de la pintura, eran *de un gusto excelente*.

Tal era el cuadro no menos desapacible ante el cual me encontraba yo, casi todos los domingos en que iba a saludar al venerable prebendado de la Villa.

¿Qué extraño, pues, que yo saliera de allí hastiado y sintiendo oprimido el corazón? Parecíame, al respirar el aire libre de la calle, que salía yo de una cueva.

Así pasaron dos o tres años, y durante ellos jamás me vino el menor deseo de pedir consejo sobre nada a tan santo varón. Me hubiera llevado el diablo más bien que acercarme a aquel *pozo de sabiduría* que se me presentaba rodeado de ortigas, a aquella seráfica virtud metida

en el zurrón de un jabalí disecado. Por otra parte, el viejo canónigo, asaz ocupado con sus compañeros de conspiración contra el orden público (porque era conspirador) y con sus viejas devotas, maldito el caso que hacía de mí, y nunca se dignó humanizarse hasta el grado de invitarme a comer una vez siquiera. En vano yo, por orden de mi señor padre, le hacía partícipe de los regalos que solía enviarme al colegio, y consistían en sendos *ponites* de mangos y de plátanos de Orizaba, o en algunas docenas de aromáticas piñas de Córdoba, o en algunas arrobas de carne cecina de Nopalapan, obsequios todos muy apreciados en esta capital. El glotón prebendado se contentaba con enseñarme un diente, formulando una especie de sonrisa protectora, mandaba recibir el obsequio, que se apresuraba a devorar en unión de sus hijas de confesión; hablándome de las frutas que le llegaban a él del mismo rumbo, y me despedía con su frase de siempre *¡aplicarse!, ¡aplicarse!*

Y en tanto, mi confiado y laborioso padre, creyendo que el canónigo me dispensaba mil consideraciones, se afanaba para captarse más su voluntad, y aun descuidando sus propios intereses, en cuidar los becerros, la ordeña y el herradero en los ranchos del egoísta viejo, y yo me guardaba bien de escribir al autor de mis días dándole la noticia de *la benevolencia* con que trataban a su recomendado. Por otra parte, yo no había ido a pasar las vacaciones a mi tierra, prefiriendo mi padre, según me decía, privarse de verme en todo ese tiempo, con tal de que me quedara divirtiéndome en México y pasándome buena vida en la casa del canónigo, donde él suponía que yo habría tenido el buen gusto de ir a alojarme. Entretanto, yo soportaba los tristes días de diciembre encerrado en el colegio, en unión de los pocos muchachos perdidos que se quedaban allí, castigados por su holgazanería durante el año escolar.

Pero un domingo de los primeros del mes de enero, al hacer mi visita de costumbre al prebendado, éste, desarrugando el ceño y encendiendo un enorme puro, me mandó sentar en uno de los destripados sillones, y me habló así, con un acento un poco meloso:

—Jorge, deseaba que vinieras para decirte que mañana entrará en tu colegio un niño muy decente, muy bueno, muy juiciocito, hijo de padres muy recomendables, y a quien yo quiero con entrañable cariño. Como tú eres antiguo allí y debes conocer el modo y tener muchos amigos, te lo recomiendo mucho, muy mucho, para que seas su protector, su defensor, y no permitas que le hagan las maldades que acostumbran con los niños nuevos. Tú eres fuerte, tengo idea de que te haces respetar, porque seguramente te pareces en el genio a tu padre y a tus tíos, a quienes he conocido en otro tiempo como hombres valientes y resueltos, ¿no es verdad?

—Señor —le respondí—, al principio yo padecí mucho como todos los colegiales nuevos, con la guerra que me hacían los antiguos, pero como no han logrado dominarme, acabaron por ser mis amigos, y yo le respondo a usted de que no le harán nada al niño de que usted me habla.

—¡Magnífico! —replicó el canónigo—. Cuento entonces contigo, y me alegraré de poder escribir a tu padre diciéndole que te portas bien en todo lo que te mando. Como te iba diciendo, el niño que va a entrar es inocentísimo, y no ha oído en su vida ni una mala palabra, porque los ejemplos que ha visto en su casa son todos de virtud, de recato y de temor a Dios; de modo que cuidarás de que no tenga malas amistades y de que no oiga conversaciones pecaminosas; además, como es un niño muy fino y muy delicado, es preciso que lo cuides mucho; evítale trabajos y sírvele como de hermano mayor. Sus padres y yo te lo agradeceremos mucho, y su mamá, que es una santa, un ángel del Señor sobre la tierra, se tranquilizará sabiendo que hay en el colegio quien proteja al niño, y aun te protegerá en lo que pueda.

Mañana, yo mismo lo llevaré en compañía de su mamá, y te llamaremos para presentártelo. Se llama Luisito.

Yo prometí al canónigo cuidar de Luisito con esmero, y después de esto, el viejo me despidió más bondadosamente que de costumbre, diciéndome como siempre:

¡Vaya, pues, hasta luego, y aplicarse, aplicarse!

III

Maldita la cosa que me importaba a mí el tal Luisito, tanto más, cuanto que había visto que la protección del eclesiástico no me había servido de nada, pero me proponía, sin embargo, cumplir lo ofrecido, siquiera para aprovechar la oportunidad de proteger al débil. Era la primera ocasión que se me presentaba de prestar mi apoyo contra la indolencia característica de los colegiales, y en defensa de una criatura enclenque.

Al siguiente día me desperté con cierta curiosidad. Los colegiales estaban llegando de vacaciones, y hacían meter en sus cuartos respectivos la clásica cama de madera pintada de verde, el baúl forrado de cuero peludo, la cómoda llena de raspaduras, el colchón sucio y enrollado, la sombrerera de cuero, y otras zarandajas que formaban su pobre menaje. Los recién llegados saludaban con efusión a los que les habían precedido, y se contaban mutuamente sus aventuras de vacaciones. Esta vuelta de las vacaciones es uno de los recuerdos más risueños del que ha sido estudiante, y pocos hay que no sientan conmovirse aún su empedernido corazón al volver los ojos al pasado y recordar aquellos días de enero en que se esperaba con impaciencia la llegada de los hermanos de colegio, hermanos quizá más queridos que los hermanos de sangre. Colocábanse generalmente los colegiales en el patio, para ver entrar a los amigos y a los *nuevos*. Los cargadores, que eran los primeros en entrar con el susodicho equipaje, hacían palpar de curiosidad a los que esperaban. A poco llegaba el amigo riendo estrepitosamente, gritando por sus nombres y apodos a sus amigos y abrazándolos de una manera ruda. Todo era risotada, tumulto y barahúnda a cada entrada de estudiante.

Con los *nuevos* era otra cosa. Si se veía llegar un equipaje recién comprado y flamante, se comprendía luego que pertenecía a un *nuevo*: éste llegaba como azorado, como espeluznado, mirando por todas partes y recelando de todo, pegándose mucho a su padre o tutor, que generalmente le servía de patrono para entrar en la terrible casa. Los colegiales figaban, criticaban sin piedad, discutían los apodos que iban a ponerle y concertaban las espantosas travesuras de que iban a hacer víctima al susodicho *nuevo*.

Esa mañana de que estoy hablando llegaron muchos antiguos y algunos nuevos, pero no aparecía aún Luisito, y eran las diez de la mañana.

Fuéronse todos a estudiar, pero yo me di maña para quedarme esperando en el primer patio, seguro de que el canónigo no tardaría en llegar con el chico.

En efecto, a las once oí acercarse un carruaje; el empedrado de la calle resonaba con las herraduras de dos caballos frisonos, y un momento

después, éstos se pararon frente a la puerta del colegio. El carruaje era magnífico y revelaba pertenecer a una familia opulenta. El cochero y el lacayo vestían una lujosa librea. Los soberbios frisonos tordillos rodados ostentaban guarniciones riquísimas.

Yo me asomé a la puerta para ver bien: el lacayo bajó del pescante, abrió, descubriéndose, la portezuela, bajó y aguardó inclinado. Entonces el canónigo salió recogiendo el luengo manto de paño, apoyando con cuidado el largo pie calzado con chinela de hebilla de oro en el estribo, y sacando con dificultad el gran sombrero acanalado, todo lo cual formaba el hermoso arreo de los ministros del Señor en aquella época, arreo por lo cual suspiran todavía algunos aficionados a las usanzas carnavalescas.

El canónigo, luego que se hubo colocado su gran sombrero a la don Basilio y acomodándose los anteojos de oro, fue a ofrecer galantemente la mano a una dama, para ver a la cual todo yo me volví ojos.

¡Ah! y valía la pena. ¡Qué aparición! ¡Qué mujer! ¡Cómo me sonrío todavía esta encantadora imagen después de tantos años, y de tantas vicisitudes, y de tantas mujeres!

La dama era hermosísima y vestía lujosamente a la española, como la mayor parte de las grandes señoras de México en aquel tiempo. Yo no vi por lo pronto más que un bello rostro que se inclinaba para ver el estribo, una rica mantilla negra que ondeaba sobre los hombros y velaba el semblante y el cuello blanco y majestuoso, una ancha falda de moaré negro que crujía al desplegarse fuera del coche; una manga también negra, de la que se destacaba entre un círculo de finísimos encajes un puño de alabastro, rematando en una mano aristocrática cubierta con un guante color de caña y llevando un devocionario con pasta de marfil y un rosario de pequeños corales entre los dedos. Otra mano igual se alargó al canónigo buscando su apoyo; luego asomó entre la falda un hermoso pie calzado con zapato bajo de seda (no usaban botitas entonces) de color oscuro, con lindas cáligas; después el principio de una pierna robusta y elegante, cubierta con una media bordada de seda color rosa. Y luego sufrí una especie de vértigo: la sangre juvenil, mi sangre virgen y ardiente me había puesto una venda roja en los ojos. Creí que iba a caer. Ni vi bajar al niño, ni me importaba después de haber visto a aquella diosa.

Detuviéronse un instante para que la dama arreglase su tocado y el jovencito su chaleco, pantalones y corbata. En este tiempo pude reponerme y colocarme, desde mi escondite pude contemplar a mi sabor a la dama. Tendría de treinta y cinco a treinta y ocho años; sí señor, era una beldad, *un po matura*, como entre el claroscuro de un corredor, de modo que no fui visto por ninguno. Pero dice Mephistófeles en la ópera, pero ¡qué hermosa! y ¡qué fresca! y ¡qué provocativa! Tenía todos los encantos punzantes de las frutas del trópico en plena sazón.

Conducida por el canónigo atravesó el primer patio para dirigirse a la sala rectoral, y entonces pude admirar toda la esbeltez de su talle que le hubiera envidiado una joven de quince años, toda la gracia, toda la *soupplesse* de sus movimientos, toda la opulencia de sus formas, perfeccionadas por el genio de la voluptuosidad. Volvió por casualidad el semblante hacia el lado en que yo me encontraba, y al mirarlo de nuevo, me pareció más bello todavía. Cabellos rizados sobre una frente blanca y tersa; ojos negros, dulces y apasionados, revelando inteligencia y energía; nariz altiva; labios de granada, sensuales y húmedos; un cuello erguido; todo, en fin, me hizo conocer por instinto que aquella mujer no era vulgar. Sentí desfallecer mi corazón. ¿Qué significaba eso?

¡Qué diablo! Siempre que alguna mujer ha tenido que influir algo en mi vida, me ha producido al verla semejante impresión. ¿Es el aviso misterioso del Destino? ¿Es el aletazo de esa procelaria invisible que se llama *el agüero*? No lo sé, pero la experiencia me ha enseñado a conocerlo, y jamás ha fallado.

El señor rector, avisado de la llegada de tan extraordinaria visita, salió a recibirla apresurado, y la condujo a su sala. Algunos momentos después fui llamado.

Era la primera vez que iba a verme frente a frente de una dama distinguida y hermosa, y se apoderó de mí una emoción terrible. El corazón me palpitaba fuertemente, la sangre me subía a la cabeza y se me doblaban las piernas. A esta primera turbación sucedió rápidamente una especie de miedo; debí haber palidecido espantosamente. Así me acerqué a la puerta de la sala rectoral, y toqué.

—¡Adentro! —dijo con voz imperiosa el rector.

Y me encontré entonces frente al temible grupo, al cual no pude distinguir; tal fue el vértigo que sufrí; apenas pude inclinarme y balbucir un saludo incomprensible.

—Jorge —me dijo el rector—, el señor canónigo ha llamado a usted para presentarle a este niño.

—Vamos —añadió el eclesiástico—, aquí tiene usted a Luisito.

El chico se quedó viéndome como un imbécil y nada habló, permaneciendo sentado en el sofá entre su mamá y el canónigo.

—Niño —dijo entonces la dama—, abraza a tu amigo, al que va a ser tu amigo y tu compañero en el colegio.

Luisito se levantó y vino a abrazarme. Yo correspondí con una amabilidad automática. La presencia de la bellísima señora, el sonido de su voz dulce y penetrante me tenía arrobado.

Yo no sabía más que mirarla e inclinar la vista dominado por aquellos ojos ardientes y lánguidos.

—El señor doctor me ha dicho —añadió ella—, que usted es un niño muy bueno y muy aplicado, y eso me ha dado mucho gusto, porque Luis tendrá en usted un amigo como yo lo deseo; ¿no es verdad que lo va usted a querer mucho?

—Sí señora, mucho —respondí con vivacidad—: en mí va a tener un hermano, y ustedes, no se arrepentirán jamás de haber confiado en mí.

—Gracias, gracias, jovencito —replicó la dama—; estoy muy tranquila.

Y luego, volviéndose al rector y al canónigo, les dijo en voz baja, pero de modo que yo lo oyese:

—¡Qué simpático es!

Evidentemente aquella frase había sido dicha para halagarme; iba a ser el amigo y el protector de su hijo, y natural era que procurara captarse mi voluntad; el hecho es que yo me sentí dulcemente lisonjeado, y al acabar de pronunciar ella aquellas palabras, le dirigí una mirada muy atrevida para un colegial de dieciséis años.

—No tenga usted cuidado, Beatriz —dijo el canónigo—: este Jorge es un excelente muchacho; él sabe que me está recomendado por su padre, que es un honrado amigo mío y pariente; de manera que viéndome a mí como su protector, en México, él hará por darme gusto todo lo posible en favor de Luisito.

—En cambio, yo seré para él una amiga tierna, una madre que lo querrá mucho y que procurará hacerle menos amarga la ausencia de su familia.

Beatriz, que se levantaba, dijo esto con acento conmovido y mirándome dulcemente; me alargó una de sus manos hechiceras que yo me apresuré a tomar entre las mías trémulas, y aun la habría besado mil veces si la presencia de aquellos dos viejos no me hubiera quitado en el acto la tentación fuerte que me vino. Luego me preguntó:

—¿Usted tiene aquí alguna familia conocida en cuya casa pase los domingos y días de fiesta?

—No señora —respondí—; la única persona respetable a quien estoy recomendado en México es el señor canónigo, a quien visito todos los domingos un momento, y me vuelvo al colegio.

—Usted sabe, Beatriz —interrumpió el canónigo—, la casa de una persona como yo, que vive sola... no puede ofrecer atractivos a un joven

deseoso de distraerse, de pasear... por eso no detengo jamás a Jorge, que preferirá pasear un poco.

—Pues bien, Jorge —dijo la dama—, desde hoy sabe usted que tiene una casa en la calle de* * * número* * * y espero a usted en ella todos los domingos. Vendrá el coche por usted y Luis, y por nada deje usted de acompañarle. Señor rector, yo espero que usted no tendrá inconveniente en permitir a Jorge que vaya con mi hijo a casa, ¿no es verdad?

—Ciertamente, señora —contestó el rector— y yo me alegro de que este muchacho tenga la oportunidad de frecuentar una casa tan respetable como la de usted, en la que se encontrará siempre un círculo de personas distinguidas, con cuyo trato irá familiarizándose con la sociedad, puliendo sus maneras y dejando ese encogimiento que es propio de un joven campesino. ¡Oh! es una fortuna para usted, Jorge, esta que se le ofrece, y yo espero que sabrá usted agradecerla y aprovecharla.

—Sin duda, señor rector, yo agradezco con todo mi corazón tamaño bien, y procuraré hacerme digno de él —contesté yo inclinándome ante la señora.

Entonces ésta, con los ojos inundados de lágrimas, abrazó a Luis y le besó en las mejillas, diciéndole:

—Tú te quedas, mi Luis; dentro de una hora te enviaré tus cosas.

El rector indicó que podíamos Luis y yo acompañar a la señora hasta la puerta referida. Allí Beatriz volvió a abrazar y a besar a su hijo, procurando ocultar el llanto, y luego volviéndose a mí con una amable sonrisa, aunque con las lágrimas temblando en sus largas pestañas, me dijo apretándome la mano:

—Hasta el domingo, Jorge; mire usted que le espero. ¡Le dejo a usted a mi hijo!

Una de aquellas lágrimas había caído en mi mano; yo la llevé a mis labios, y apenas pude responder:

—No tenga usted cuidado, señora, no tenga usted cuidado.

El canónigo se despidió también de nosotros, abrazó a Luis y me dio la mano; pero yo apenas le hice caso, absorto como me hallaba, siguiendo con una mirada de profundo cariño a la hermosa Beatriz que entró en su coche apoyada por el rector.

Despidióse éste del canónigo; aún se asomó la dama para darnos el último adiós, y el carruaje partió dejándome como petrificado.

La voz del rector me sacó de mi éxtasis amoroso, mandándome que llevase a Luis al estudio y que le indicara cuáles eran los deberes que tenía que cumplir.

Luisito era un muchacho de doce a catorce años, de modo que era poco menor que yo, raquítrico y revelando en todo su carácter al niño mimado y orgulloso, pagado de su aristocracia y de su dinero. Conmigo se mostraba amable, confiado y expansivo, y aun comprendió desde luego que él iba a ser la yedra y yo el olmo, que su debilidad tenía que buscar apoyo en mi fuerza, y que era perfectamente inútil que allí mantuviera los humos de niño rico, que son tan ridículos y que de nada sirven en un lugar en que el primer rango está reservado a la inteligencia. Así, pues, desde el primer instante se plegó ante mi energía y mi superioridad.

En cuanto a mí, a las dos horas de hablar con él, había yo reconocido que Luisito era un solemne bestia.

IV

Inútil es decir que esperé el domingo siguiente con una impaciencia extraordinaria. Mientras, Luisito se encargó de entretenerme informándome confidencialmente acerca de todo lo que yo deseaba saber y no me atrevía a preguntarle. Así, supe que su papá se llamaba don Salustiano Rodríguez, que era rico, dueño de casas, viejo, de mal genio, que usaba peluca y dentadura postiza, que estaba poco en casa, adonde iba nada más a comer y a dormir ya muy tarde, que tenía numerosos amigos de todas clases, algunos de muy mala catadura, que solía ausentarse de México por bastante tiempo, que tenía muchos caballos en sus caballerizas, y varios carruajes, entre los que el más lujoso era el que usaba siempre la señora, y el más grande, uno de camino que tenía su cochera aparte; que su amigo más íntimo y a quien guardaba más consideraciones era el canónigo, quien se pasaba días enteros en la casa y solía mandar como amo en la ausencia del verdadero; que la señora era devota, muy devota, que tenía oratorio en la casa, un oratorio muy bonito, donde a veces venía un capellán a decir misa; pero que la señora prefería oírlo en una iglesia, por lo cual salía todas las mañanas; que al mediodía también acostumbraba salir a rezar, bien a Catedral, bien a Santo Domingo o a otras iglesias frecuentadas por la gente *decente*; que en las tardes iba siempre al Paseo de Bucareli, y en las noches solía ir al Teatro Nacional, en el que tenía un palco; y cuando no había función, recibía numerosas visitas de señoras, de jóvenes, de clérigos y de personajes importantes, pero que el que iba más frecuentemente y a varias horas, era su médico, un señor muy seco, muy orgulloso y muy presumido, a quien él (Luis) no quería, a pesar de que era amable con él y solía traerle algunos regalillos; que la susodicha señora, su mamá, salía también a expedicionar por los barrios, sola o con una costurera, para socorrer a los pobres; que las Hermanas de la Caridad (entonces recién llegadas a México) no *se quitaban de la casa*, en la que recibían mucho dinero; y que por último, su repetida mamá tenía muy buen carácter, aunque a veces se pasaba largas horas sin querer hablar con nadie; que él había estado desde que tenía seis años en un colegio de instrucción primaria, como medio pupilo, es decir, que comía allí y sólo venía a dormir a su casa; pero que en ésta tenía toda clase de libertades; que recibía a sus amiguitos en sus departamentos o se iba a pasear con ellos los días de fiesta, y que en los ordinarios, se divertía con las niñas que estaban de visita, o se recogía temprano, después de rezar el rosario y otras devociones en unión de las criadas viejas y jóvenes, quienes no le dejaban hasta que se hallaba profundamente dormido.

Que ya más grandecito, esto es, cuando cumplió diez años y estuvo más adelantado en la escuela, le compraron su caballo, su silla plateada, su vestido charro y su reloj de oro, y le dedicaron a él solo un criado para que le sirviera y le acompañara al paseo: Desde entonces había tenido varias novias entre las niñas que visitaban su casa y otras que él se

proporcionaba, pues teniendo un caballo, un vestido charro, un reloj de oro y dinero en el bolsillo, claro es que podía ir a hacer el oso por la calle que quisiera y enamorar a la muchacha que le gustara. Su camarista llevaba las cartitas a las novias mediante las propinas que le daba para él y para seducir a los criados de ellas, y en su casa, en una cómoda que tenía muy lujosa, guardaba la colección de esas cartitas, las trencitas de pelo y algunas otras cositas que les había arrancado. En la actualidad tenía dos novias, una hija de un español muy rico y amigo de su papá, otra pobretoncilla, sobrina de un fraile amigo de su mamá, y además, estaba en relaciones de muchísima confianza con una de las recamareras de su casa, muy bonita, llamada Paulina, quien los domingos, cuando le tocaba salir, se vestía de túnico y tápalo, se ponía medias y zapatos de raso verde y le daba citas en la plazuela de las Vizcaínas, donde vivía una tía suya.

Pero a quien él amaba, era a la hija del español. Concha, una niña de doce años, muy linda y muy elegante, que tenía dos coches y siempre hablaba de ellos: que ya iba a los bailes de la Lonja y sabía tocar el piano, y tenía muchos pretendientes, pero que lo había preferido a él, al grado de que una vez, mientras rezaban las mamás sus devociones en el oratorio, le había dado un beso muy largo y muy sabroso y lo había abrazado como trastornada.

En fin, el niño Luisito era un redomado pillastre.

Pero su conducta poco me interesaba, y me puse a reflexionar profundamente sobre la de Beatriz, de esa mujer encantadora y terrible cuya imagen me perseguía tenazmente desde el día en que la había visto aparecer ante mis ojos, como una maga, como la condensación de algunos de mis sueños de púber.

Porque me es preciso decir que después del desengaño que sufrí con Antonia, había yo llegado a concebir una repugnancia invencible por las ingenuas del campo o de la ciudad. Figurábanseme todas pérfidas, todas dispuestas a traicionarme por el primer calavera de más edad que yo, que se les presentase. Conocía yo, además, tal vez por instinto, que no era entre ellas donde debía buscar, yo joven, yo inexperto, yo ignorante, a la mujer que debía abrirme las puertas misteriosas de la vida, esas puertas que ocultan a la vista del niño tantas revelaciones apenas entrevistas al través de las brumas del deseo.

Por otra parte, habían pasado ya más de tres años desde que dejé mi aldea. Esa edad crítica que se llama la pubertad, en pleno desarrollo, ejercía en mí los terribles efectos de su influencia natural. Harto precoz se había mostrado ya en mi pueblo, y cuando apenas rayaba yo en los doce años, el tiempo legal, pero en el que la naturaleza no acude vigorosa al llamamiento de la ley, sino en casos excepcionales. Pero en la ciudad, habiendo saboreado ya los primeros goces del amor, sintiendo aún en los labios, por decirlo así, los amargos e irritantes dejos de una voluptuosidad rudimentaria, con tres años más, es decir, con mi sangre encendida en el calor de una triple hornaza, dentro de aquellos muros

del colegio, es decir, bajo la presión de cien capas de granito, mis sentimientos se hallaban en una ebullición plutoniana... no había término medio... la erupción o la muerte.

Me era preciso amar.

Pero en tal situación, Pablo y Chactas, esos dos tipos poéticos creados por dos cerebros admirables, pero fríos, son dos modelos imposibles. El natural, el real, el único, es el de Dafnis.

Virginia y Atala me hubieran vuelto loco; pero Cloé me salvó, y ¡qué Cloé!

Repito que durante los tres años que acababan de transcurrir, yo había sufrido. Todo el cortejo de la pubertad me había asaltado furiosamente. Los sueños que siempre condensaban sus absurdos en una sola forma — la mujer—; las meditaciones de cuyos sombríos abismos siempre surgía una imagen luminosa y provocativa —la mujer—; las esperanzas, magas risueñas que siempre conducían entre nubes de rosa o un ángel —la mujer—; la tristeza, oscuridad y fatiga al comenzar el camino, y que hacía buscar el único apoyo y la única luz —la mujer—; la desesperación, revuelto océano en que el único cable que me parecía atar a la roca de la vida era la mujer; por último, el deseo, fiebre mortal, sed angustiosa que me hacía suspirar por un oasis de encantadas y cristalinas fuentes: ¡la mujer!

Cuando en la estación de la primavera, en esa pubertad siempre renovada de la tierra, salía yo a pasear al campo y veía en mi derredor a las flores abrir su cáliz con un estremecimiento de voluptuosidad, a los árboles agitarse con su diadema de verdes frondas, como bajo el peso de una embriaguez de juventud, a las colinas cubrirse de grama como para sonreír al cielo; cuando aspiraba un aire impregnado de aromas irritantes, cuando en fin, sentía a la tierra palpitar enamorada bajo los besos del sol, yo también sentía en el corazón todas estas ansiedades, todos estos latidos, todo este martirio, toda esta agonía indecible y sensual del amor que se despierta exigente.

Me era preciso amar, mejor dicho, amaba ya, amaba sin saber a quién, amaba como aquellos púberes que acudían impacientes de los confines del Asia, para iniciarse en los misterios de los sentidos, en los jardines sombríos de la Venus y Mylita. Era una sacerdotisa velada el objeto de mis aspiraciones. Mi fantasía se había complacido en dotarla con todos los atractivos de la belleza, de la experiencia, de la gracia y del ardor apasionado. Mi despecho no había querido revestirla con la maligna candidez de Antonia; mi inexperiencia me hacía temer la edad inconsciente de aquella aldeana, y por eso la duplicaba mi deseo. Necesitaba yo ser iniciado y no pontífice, discípulo y no maestro, y me acercaba yo al recinto del augusto templo, palpitando de curiosidad y de zozobra.

La había encontrado, a la sacerdotisa de la diosa, a la maga desconocida y ardientemente deseada.

Hacía tres años que la estaba adivinando, siempre oculta entre las sombras. Por fin, el destino me acercó a ella, levantóse, arrojó su velo y un rayo de sol iluminó su semblante.

Mi sueño se convertía en realidad y mi fantasía de mancebo, que como el cincel de Pigmalión, había estado creando durante tres años una estatua... la vio de repente animarse y vivir.

Sí; era Beatriz, Beatriz que, como si hubiese sido la creación de mis malditos deseos de pubertad, reunía todas las dotes que yo necesitaba.

Ahora lo importante era, ¡oh terrible incertidumbre! saber si me amaría, ella, la gran señora, la aristócrata, la vigilada por esa lechuza de canónigo, a mí, un muchacho miserable, tímido, ignorante del mundo. ¡Imposible...! ¿Imposible?

Y el insomnio, el insomnio de amor, como un demonio cuya ira se aplaca, comenzó a alejarse de mí sonriendo y guiñándome el ojo. Mis párpados comenzaban a cerrarse, pero aún oí al pícaro gnomo que saliendo por la ventana de mi cuarto, decía, con acento burlón y apagado: *¡Estúpido aldeano...! ¡En amor no hay imposibles! ¡Las mujeres son absurdas! ¡Mañana!*

Yo me dormí suspirando.

Cuando desperté, la luz de la mañana penetraba en mi cuarto, el prefecto con su grosería de costumbre, metía la enorme cabeza para despertarnos, y las campanas de la gran ciudad repicaban alegremente llamando a la misa del domingo.

¡Pobre e imbécil corazón mío! ¡Cómo te alborozaste en ese día condenado!

ATENEA

I

... tas! Esto es lo que siento en torno mío, y también es lo que siento dentro de mí. Ningún asilo podría convenir más a mi espíritu en el que ha cerrado ya la noche de la desesperación. Si hubiese ido para ocultar mis penas y apurar el amargo cáliz de mi dolor, a buscar un abrigo en la soledad de mis bosques americanos, allí no habría encontrado el reflejo de mi alma, porque en ellos rebosa la vida de la virgen naturaleza, porque sobre ellos se mece la Fortuna con las promesas del porvenir, porque el seno de esa tierra parece estremecerse con los ruidos tumultuosos del trabajo y de la lucha, mientras que aquí en Venecia, sólo se siente el aliento de la agonía, y el Destino se ha alejado, hace tiempo, con fatigado vuelo, de la predilecta de sus amores. No: la América no es el desierto en que deseo vivir los negros días de marasmo y de tedio que no me atrevo a abreviar todavía, porque lo creo inútil, convencido de que son ya pocos.

¡Venecia! ¡Venecia es la ruina y el sepulcro! Aquí encuentro los vastos palacios con las apariencias de la vida y que no son más que mausoleos; en ellos puedo meditar y agonizar, reclinando mi frente enferma, en cualquiera de esas ojivas de mármol en las que parece reinar el genio del silencio y de la muerte.

II

Venecia, mayo 16.

... Y sin embargo, ¡cuán hermosa es todavía esta antigua señora del mar! Paréceme una reina destronada, envejecida, triste y pobre, pero que conserva en su desamparo y en su miseria todos los caracteres de su majestad nativa y todos los reflejos de su belleza inmortal.

Pasé la mañana escribiendo y arreglando papeles. Después tomé el excelente almuerzo de este *hotel Bernardo*, uno de los mejores de Venecia, y dormí algunos minutos arrullado por el rumor de las góndolas, por las pláticas y cantos de los gondoleros y por el cercano ruido de las olas del Adriático. Todo aquí es extraordinario; los sonidos llegan al oído, velados y suaves; el antiguo misterio de la vida veneciana parece conservarse en las conversaciones, en los rumores lejanos, y en el silencio profundo que ellos interrumpen apenas, de momento en momento.

En la tarde, una hermosa tarde, de cielo sin nubes, decidíme a salir, para echar la primera ojeada a la ciudad soñada tanto tiempo y en la que pienso vivir y morir.

Metíme en una bella y ligera góndola y dije al gondolero, inteligente y gallardo joven, que yo era un extranjero que veía por primera vez a Venecia, y que fuera mostrándome, mientras nos dirigíamos al Lido, todo lo que creyera digno de mención.

El gondolero, decidior, como todos, me respondió que en su ciudad todo era notable, todo encerraba recuerdos históricos y gloriosos, y añadió dando un suspiro:

—Señor, en Venecia, todos no son ya más que recuerdos.

—Como en mi corazón, me respondí interiormente.

Preguntóme después, si no prefería ir desde luego a conocer la plaza de San Marcos. Para los venecianos, la Plaza de San Marcos es lo primero.

—No, amigo mío, le repliqué; mañana visitaremos San Marcos. Hoy deseo ver el Lido.

—Como gustéis, me dijo, y apoyándose apenas en el remo, comenzamos a atravesar las calles monumentales de esta ciudad poética y grandiosa, y empezó a señalarme palacios y templos, mezclando a sus breves descripciones no pocas frases de singular dialecto veneciano poco inteligible para mí, pero que no tenía interés en comprender tampoco.

Me había sumergido en una reflexión melancólica y profunda. Veía y no miraba; oía sin comprender, y no escuchaba más que la voz quejosa de mi alma atormentada por implacables recuerdos. ¡Oh, si ella estuviera aquí! Pero ella no vivía ya, y yo cruzaba, solitario y meditabundo, aquellas calles iluminadas por el sol de la tarde, pero en que las sombras de los palacios comenzaban a enlutar las aguas de las lagunas. Pensaba en ella, como siempre... sentía mi soledad, mi hastío; y mi espíritu se enlutaba también.

Pronto llegamos al Lido. Mi objeto no era pasear en él, no era mezclarme en esa lengua de tierra pintoresca y encantadora, gracioso recuerdo de los paseos de las ciudades construidas en tierra firme, sino verlo, conocerlo, forjarme la ilusión de que veía pasar, corriendo el caballo, a Lord Byron, el enamorado de Venecia, y evocar las memorias de los antiguos días de la soberbia República, cuando aquella juventud rica y poderosa se daba allí cita, entre los jardines, y se mezclaban en las muchedumbres embajadores y consejeros, guerreros y artistas, orientales y europeos, princesas y damas enmascaradas, haciendo de aquel paseo una fiesta continua, alegre, misteriosa, dramática, con todos los atavíos del lujo y todos los encantos de la leyenda.

Así, poblando aquel lugar pintoresco y animado, con los cuadros de mi imaginación, el Lido me pareció hechicero. De otro modo habríalo encontrado pálido y triste, comparándolo con los paseos de las demás ciudades europeas. Sin embargo, su aspecto no es vulgar, no se ve en ninguna parte, aquella tierra, como surgiendo del seno de mar; limitando sus perspectivas, por un lado, la ciudad, como un bosque de palacios y de cúpulas, y por el otro, las montañas y el mar azul, extendiéndose como un espejo infinito.

Después de un rato de contemplación, regresamos a fin de aprovechar las últimas luces del crepúsculo que en Venecia, y en una tarde primaveral como aquélla, es encantador. El sol doraba apenas con sus rayos moribundos las cumbres de los Alpes Julianos, y se difundía en la atmósfera, cubriéndolo todo, un vago color de amatista, opalino y dulce.

Cien góndolas, rápidas unas, lentas y rezagadas las otras, nos precedían, nos flaqueaban o nos seguían en ese regreso por el Canalazzo, pero mi gondolero dejó aquella corriente animada, y tomando algunas calles de través, y haciéndome pasar por varios puentes, se detuvo delante de un grande y majestuoso edificio de elegantísima arquitectura.

—*Ecco il palazzo Capello* —me dijo con ademán solemne.

Yo alcé los ojos. En efecto, nos hallábamos delante de aquella mansión aristocrática y célebre sobre la cual flota, como una aureola luminosa y eterna, la romanesca historia de amores de Bianca Capello, de aquella mujer hermosa y apasionada cuya vida, como la tierra, tiene la mitad bañada por la luz y la otra mitad envuelta por la sombra.

—Conocéis, supongo, la historia de Bianca Capello —me dijo el gondolero.

—Sí —le contesté; y para impedir que me contase lo que ya sabía, y para evocar a mi sabor, aquellos poéticos recuerdos, le hice señas de que me dejase, y me puse a contemplar el palacio con religiosa atención.

La vaga claridad del crepúsculo me permitía observar todos sus detalles, admirar su belleza arquitectónica, examinar sus ventanas de forma antigua y sus balcones suntuosos, en los que me complacía en fingir la bella figura de la joven veneciana, como en actitud de expectativa.

De repente, y al pasar mis ojos de una a otra de aquellas grandes ventanas adornadas de magníficos relieves, descubrí una encantadora forma de mujer. Sí; no era ilusión, no era la alucinación hija del recuerdo, que me representaba allí la animada imagen de la virgen de la leyenda; era una mujer real, alta, enlutada y hermosa, que reclinaba su lánguida cabeza en su mano de marfil, y que sumergida en melancólica contemplación fijaba sus miradas en las aguas oscuras del canal.

Entonces, todavía sin soltar un extremo de la leyenda de Bianca, mi espíritu, aleteando volvió a la vida real.

Aquella aparición era ciertamente una bella mujer, triste, joven, tal vez desgraciada como yo, que la contemplaba curioso, desde el fondo de mi góndola, sin darme cuenta de por qué súbitamente mi corazón latía con violencia.

¿Quién era, pues? A las últimas ráfagas del crepúsculo que iba cediendo su dominio a la noche, podía examinarla. Como las antiguas venecianas, medio orientales, era blanca y pálida, y sus cabellos joyantes y abundosos eran negros. El cuello, hoy inclinado, era altivo, y el talle esbelto y mejestuoso.

Pero ¿por qué guardaba esa actitud obstinada de inmovilidad y de tristeza? ¿Por qué no la distraían en su meditación ni las bromas de los gondoleros que atravesaban el canal lanzándose pullas en su dialecto agudo y pintoresco, ni el grito cercano de la muchedumbre agolpándose en los puentes, ni las dulces armonías de la música que salía en ondas de las ventanas vecinas, juntamente con las ráfagas de luz artificial que comenzaba a encenderse? La noche cerraba, y la joven no se movía de su puesto. ¿Acaso era una amante que esperaba una cita? ¿Acaso una extranjera, ausente? ¿Acaso una esposa que se aburría?

Preguntar algo a mi gondolero, era fácil. Considerándome enteramente absorto en una meditación histórica, el muchacho me había vuelto la espalda y se apoyaba en su remo, tarareando una eterna canción, una especie de *berceuse* del gondolero veneciano, tan conocida de los viajeros. Pero no quise cometer una impertinencia, porque después de todo, ¿qué podía saber aquel gondolero? Calléme, pues, y esperé un

instante. La inmovilidad de nuestra góndola y el canto del joven, más perceptible a medida que cesaba el ruido de los paseantes, acabaron seguramente por llamar la atención de la hermosa mediatruda, que alzó la cabeza y fijó los ojos en la góndola. Entonces pude verla en toda la esbeltez de su talla. Era alta y erguida, su cuello sustentaba con altivez una cabeza llena de juventud. Pero ¡ay!, las sombras envolvían ya el palacio y no pude distinguir sus facciones. La imaginación me las representaba bellas y ¿cómo no serlo? Aquel talle, aquel cuello, aquella mano, aquellos cabellos anunciaban la belleza y la inteligencia del semblante. Yo me lo forjé encantador, y aun vislumbré en él una sonrisa tímida y triste.

La humedad de la noche obligó a entrarse a la joven, y el palacio Capello se quedó mudo para mí. Lo que me pasaba era raro. ¿La curiosidad produce a veces los fenómenos mismos del amor?

Di orden al gondolero de regresar al hotel, y un momento después entraba yo en mi cuarto. No quise bajar a la mesa y no tuve apetito. Sentía una emoción extraña, inquietante e indecible. ¿Qué me pasaba?

Me había creído lleno de dolor, de un dolor inmenso, infinito, que no dejaba lugar a otra especie de afecto, ni aun a la viva curiosidad del viajero. Nacían dentro de mi alma algunas inquietudes, algunos síntomas de pasión, algunos afanes pasajeros, pero como los frutos de un árbol sin savia, que caen luego al nacer; como los relámpagos que pasan en una noche oscura, caían y pasaban, dejándome siempre el desmayo eterno, la noche interminable.

¿Sería ahora, esta sensación extraña como aquellos afanes, y como aquellas inquietudes? Yo estaba temiendo que no. Ese violento palpitar del corazón que había experimentado, un momento hacía, al contemplar a aquella mujer, aquella sombra apenas entrevista entre las vagas claridades del crepúsculo; aquella atracción irresistible que había ejercido sobre mí, tan pronto como pude fijarme en ella, esta zozobra que ahora sentía, el goce intensamente voluptuoso y amargo que parecía saborear mi corazón despedazado y doliente, ¿no era acaso más que las corrientes galvánicas que conmovían un cadáver?

Pero de todos modos era la primera vez, después de mucho tiempo, que me sentía así; era la primera vez que una figura de mujer persistía algunas horas en mi recuerdo, y que de verla me quedaba en el corazón este dejo, en que se mezclan a la par el absintio y la miel, produciéndome la embriaguez o el desvanecimiento.

Pero sobre todo, ha envuelto mi espíritu después una nube sofocante y oscura; una especie de desengaño punzante y abrumador que me obliga a filosofar sobre los grandes afectos del alma. Pues qué ¿lo que yo creía definitivo no sería acaso más que un estado transitorio del espíritu, algo como la enfermedad que postra hasta la agonía y que sin embargo no acaba por extinguir la fuerza de la vida? ¿No es cierto que se ama sólo una vez? Pero esta pregunta es extemporánea y prematura. Pues qué

¿amo ya de nuevo? Un estremecimiento debido quizá al estado irritable de mi organización nerviosa, a la influencia mágica de un recuerdo poético, a la fascinación inconsciente, ¿puede ya calificarse como un sentimiento nuevo? Sombras pasajeras, formas del cerebro que se disipa a la luz de la realidad. Ilusiones del vacío. No: ¡todo esto es un sueño! Con el sol de mañana vendrán otra vez el hastío, el desencanto eterno, el tedio de la existencia, y la imagen crepuscular que se me apareció ayer, se disipará como se disipan los fantasmas que se complace la imaginación en forjar con las formas de la niebla.

Esperemos a mañana.

III

Venecia, mayo 17.

Heme aquí desfallecido y casi espantado. La obsesión de la imagen de anoche se ha hecho cada vez más obstinada e intensa.

Dormí mal; me despertaba a ratos, como presa de una inquietud febril. Atribuía esto a mi irritabilidad nerviosa. Acaso también sea cierto que Venecia, a pesar de su ponderada salubridad en la que creen algunos viajeros, sea realmente tan malsana, como lo son todas las marismas. ¿Por qué las lagunas del Adriático habían de ser la excepción? Hay viajeros que han sido atacados aquí de fiebres palúdicas, y la verdad es que la humedad nocturna aquí ocasiona frecuentes enfermedades, especialmente a los que no están aclimatados. Tal vez mi inquietud, mi insomnio, no serían más que los síntomas de esas fiebres paroxismales que suelen anunciarse así en las costas de mi América.

Pero, entonces, ¿por qué al despertar, en vez de pensar en este peligro, he pensado en la joven alta y enlutada del palacio Capello?

Luego volví a dormirme con un sueño pesado y bochornoso, y aún soñaba; ¿qué?, la misma imagen inclinándose en su balcón y contemplándome con sus ojos que brillaban en la sombra.

¡Por fin amaneció! Y en el primer rayo de sol que al través de los cristales y de las cortinas alcanzó a penetrar hasta los pies de mi cama, no vi más que la misma imagen pertinaz y hechicera.

Diríase que tenía yo la visión fija en los ojos, como en los lentes del pobre enamorado de Hoffmann.

Vestíme y salí. No puedo ocultar que me preocupaba esta idea fija, más bien dicho esta imaginación que me complacía en acariciar, y que me causaba por instantes el calosfrío del miedo.

Después de un desayuno fortificado pero tomado con mediano apetito, ocupé mi góndola.

Giorgio, así se llamaba el joven gondolero, me esperaba desde temprano, pues lo había prevenido el día anterior. Debíamos hacer nuestra visita a la Plaza de San Marcos y examinar la hermosísima y famosa basílica bizantina enriquecida con los despojos y riquezas del mundo oriental.

¡Ah!, no vaya llenar cien páginas con la descripción de las maravillas que contemplé. ¿Qué podría yo decir de nuevo ni de bello después de

tantos? Yo me sentí deslumbrado, admiré y me extasié en presencia de cada una de aquellas maravillas de arte, pero ¡ay!, también delante de cada una de aquellas maravillas, delante de cada columna, de cada altar, de cada bóveda, de cada primor escultural, de cada cuadro de los más famosos maestros, la imagen de mi bella desconocida se interponía arrancándome un suspiro.

¡Por donde quiera ella y siempre ella! Pero ¡cosa rara! Aún no había podido ver claramente su rostro y éste tomaba una forma vaga e indeterminada que mi imaginación no lograba precisar, no contentándome con darle la hermosura ni la expresión de las madonas del Tiziano y de Pablo, el Veronés.

Era otra cosa, y esa otra cosa yo la sentía así, lejanamente, confusamente, como algo que se quiere distinguir en medio del delirio o entre los vagos recuerdos de la niñez.

Salí luego y recorrí la Plaza de San Marcos, iluminada por un bello sol de primavera; me mezclé entre la muchedumbre y traté de aturdirme y de libertarme de una especie de opresión que iba apoderándose de mí.

Presa de esta sensación extraña visité el Palacio Ducal, contemplé la Escalera de los Gigantes, la Escalera de Oro y la Sala del Gran Consejo, llena de cuadros maravillosos de Tintoretto, del Veronés, de Palma, de Zaccari, de Contarini y del Tiziano, cuadros que he visto de prisa, reservándome para otra ocasión admirarlos por largo tiempo.

Estaba yo como impulsado por un deseo de locomoción irresistible, y a causa de él, salí del Palacio Ducal y fui al famoso café Florián a tomar un refresco. Allí encontré una multitud de venecianos, de extranjeros y de hermosas damas, tomando ya una limonada, ya la bebida de anís tan predilecta de las venecianas. Si ella hubiera estado allí, de seguro que no la habría reconocido. ¡Imposible! Lo que yo tenía fija en mi imaginación era la imagen de una mujer joven, envuelta en la sombra crepuscular, y reclinada en los marmóreos balcones de un antiguo palacio. Todo lo demás no era nada para mí.

Por fin me separé de allí al mediodía, y regresé a mi alojamiento; demasiado cercano, en la riva Schiavoni, a pocos pasos de la Plaza de San Marcos.

Y me eché en un sillón, triste, pensativo, cada vez más inquieto. Por fin, ¿qué era aquello que yo sentía? ¿Amor o locura? Para el amor era demasiado pronto y demasiado raro. El amor es hijo del hábito, decía yo; es preciso haber sido envuelto por la nube magnética que se desprende de la persona amada, para sentirse preso y encadenado. Pero esto ¿es una verdad constante? ¿No se puede amar de súbito y como víctima de un deslumbramiento? ¿El dardo de la fábula no puede clavarse en un instante, también en la vida real? ¿Acaso el amor no es una enfermedad que se contrae en una sola mirada, al escuchar un acento, al estrechar una mano? Todas estas ideas desfilaban ante mí

como extrañas paradojas en que nunca había parado la atención. Yo no había amado así nunca, pero ¿es que se ama siempre del mismo modo? ¿En el amor, el procedimiento es siempre igual?

En resumen, si esto no era amor, seguramente era locura. Mi pobre cerebro, ocupado constantemente con un pensamiento solo; nublado siempre por las sombras de un pesar intenso, irritado por la desesperación, habría acabado por desorganizarse. Esta sola idea hacía circular por todo mi cuerpo un calosfrío que me helaba y que me hacía sentir, como un puñal clavado en el corazón. Pero si era locura, ¿no era lo natural, puesto que también en la locura hay lógica, que se tradujese en el sentido de mi preocupación y de mi enfermedad moral? ¿Por qué, pues, la imagen antes adorada se había sumergido en el océano oscuro de mi memoria, y sólo surgía en él luminosa, tenaz y querida, la imagen entrevista ayer?

De todos modos, hay algo de consolador en medio de este extravío que sufro. Yo he venido aquí para buscar refugio a mis dolores, para morir lentamente, para extinguirme como una lámpara, poco a poco, lanzando los últimos y pálidos fulgores de la razón.

Y si encontrase algo que me hiciese vivir, que reanimase mis esperanzas, que me hiciese sufrir, que con nuevos tormentos sobreexcitase mi sangre debilitada y mi fuerza moral decaída, ¿no sería un remedio? Remedios ¿para aliviarme?, ¿para apresurar el fin?

Acabé por tener fiebre y me adormecí, desfallecido.

IV

Por la noche.

Un criado vino a anunciarme, a las cuatro, que Giorgio, mi gondolero, me estaba esperando. Yo me sentía mal, pero aquel sueño intempestivo y que seguramente era ocasionado por mi vigilia en la noche anterior, había reparado un poco mis fuerzas. Mi frente, sin embargo, ardía, mi garganta estaba seca; tenía ansia de aspirar el aire libre, y sed. Moqué un bizcocho en un vaso de Burdeos que apuré después, de un trago, y salí.

La góndola me condujo al puente de Rialto, que tenía muchos deseos de conocer. Allí vagué entre la muchedumbre, entré en las tiendas, compré baratijas, pensé a ratos en el *Mercader de Venecia* de Shakespeare, y busqué instintivamente a Shylock. Tales entretenimientos me distrajeron, pero cuando el crepúsculo comenzó a cubrir con su sombra tenue y violácea el Gran Canal, y las luces artificiales empezaron a brillar en las puertas de las tiendas, como movido por un resorte irresistible, me lancé a la góndola y dije apresuradamente a Giorgio:

—Al palacio Capello.

—... ¿Al palacio, señor? —me preguntó, mirándome con extrañeza.

—Frente al palacio, donde estuvimos ayer; quiero contemplarlo de nuevo.

—¡Ah! —replicó inclinándose sobre su remo y dirigiéndose rápidamente al lugar indicado.

Quería yo verla de nuevo; creía yo firmemente, que como el día anterior, ella debía estar allí, otra vez, inclinado el semblante hacia las aguas del canal, inmóvil y silenciosa, como la imagen de la tristeza enamorada. Ni la menor duda venía a enturbiar esta convicción pueril; ella debía estar allí. Como toda la noche y todo el día la había visto en mi imaginación del mismo modo, se había producido en mí la seguridad de que así estaba siempre, como una santa que hubiese visto en un altar, como las vírgenes que había visto esa mañana en la iglesia de San Marcos y en el Palacio Ducal.

Así es que llegué al sitio deseado, palpitando de emoción, como un enamorado a una cita. Iba a verla; tal vez hoy podría examinar a todo mi sabor su semblante, su semblante que había dotado con la hermosura vaga y confusa de mi delirante ideal. Y alcé los ojos, pero no había nadie en los balcones.

El crepúsculo no era todavía tan oscuro como el día anterior, reconocí perfectamente el palacio Capello con sus cuatro pisos y sus ventanas de forma antigua. No me engañaba; era él, y sin embargo, dudé.

—¿Pero estamos en el mismo sitio que ayer? —pregunté a Giorgio.

—En el mismo, señor, ¿queréis que lo cambiemos?

—No, amigo mío —me apresuré a responder—; sólo que me parecía que no era el mismo edificio.

Giorgio sonrió.

—Lo conozco demasiado, señor, —replicó—; es el palacio Capello; lo conozco por fuera y por dentro.

Esta última afirmación me sobresaltó agradablemente. Tal vez este muchacho conocería a las gentes que hoy habitaban el palacio; tal vez él podría decirme... pero callé, y me puse a contemplar de nuevo el palacio con impaciente ansiedad. Mas esperé en vano. La joven no salió al balcón. Es indecible el tormento que sufrí. Ya entonces era inútil preguntarme si la curiosidad producía también los fenómenos del amor, porque evidentemente lo que yo tenía era amor, a no ser que fuese locura.

Así pasé largo rato. Al cabo de él y cuando comenzaba a cerrar la noche, me decidí a preguntar a Giorgio algo que pudiese, si no disipar mis dudas, al menos darles otro giro. Yo sentía la necesidad de la confidencia, de la exteriorización. Aquel pensamiento encerrado en mi alma, me ahogaba.

—Conque estáis muy seguro, amigo mío, de que éste es el sitio en que permanecemos ayer tarde un momento, ¿eh? —pregunté al gondolero.

—¡Oh!, muy seguro —contestó Giorgio, mirando otra vez sorprendido—, señor excelentísimo; éste es el palacio Capello, todos lo conocemos perfectamente en Venecia; he aquí a un lado al santo Apollinaire, he allí el ponte Storto y si queréis asomaros un momento a la boca del canaletto —dijo—, mostrándome la entrada de un canal angosto, veréis el bello jardín de ese otro palacio moderno y las guirnaldas de rosas que forman bóvedas de un lado a otro, es el *Carampane*. ¡Vaya si lo conocemos! Yo he vivido en el palacio Capello, añadió con aire sonriente.

En efecto, reparé en todo lo que me señalaba y que no había visto el día anterior, absorbo como quedé en la contemplación de la joven.

Esto último era lo que me interesaba y ¿cómo preguntarlo? No parece sino que él me adivinó.

—En esas ventanas —me dijo señalando aquellas en que estaba asomada la joven el día anterior—, se ponía Bianca a hablar con Buonaventuri, ya sabéis, su amante, el que se la llevó a Florencia; conocéis la historia...

—Sí, pero no sabía cuál era la ventana, ¿ésa que está enfrente de nosotros?

—Cualquiera de esas —replicó—, porque todas pertenecen a las habitaciones del viejo Bartolomé y de su familia. Pero la tradición cuenta que Bianca escogía de preferencia esa que ocupaba ayer una señora vestida de negro, ¿la visteis?

El corazón me dio un vuelco; yo no había visto otra cosa.

—Sí la vi —contesté—. Era en esa ventana que está frente a nosotros. Creo que allí estaba ella asomada y reclinándose en un brazo.

—Justamente, y era bella la señora; bellísima; yo la vi también...

—¿Será la dueña del palacio ahora? —me atreví a interrogar.

—No lo creo, excelencia —respondió vivamente el gondolero—, me parece extranjera. Además, conozco a los dueños, a los habitantes del Palacio; he vivido en él —repitió.

—¡Ah!, ¿los conocéis...?

—Son venecianos, viejos venecianos; varias familias que allí habitan son venecianas. Pero esa señora de ayer no pertenece a ellas. Seguramente es extranjera; tiene el aspecto; o vendría a visitar.

Por insegura que fuese esta información de Giorgio, que aun habiendo vivido en el palacio, no podría conocer familiarmente a todo sus habitantes, yo experimenté al oírlo una terrible opresión de pecho. Algo me decía que era cierto lo que me afirmaba, y entonces... la noche, que ennegrecía ya las aguas del canal, no era tan oscura como la que velaba mi esperanza. No volvería a ver a la joven. Aquella aparición había sido casual y me había enamorado de un fantasma pasajero...

Volví a alzar los ojos y no descubriendo a nadie, incliné desesperado la cabeza y di la orden de regresar.

—¿Al hotel Danieli?

—Sí —contesté maquinalmente—; al hotel Danieli.

Es este antiguo palacio Bernardo en que estoy alojado.

Y me he arrojado en el lecho, más sombrío, más inquieto, más enfermo que ayer... Aquella visión no se separa un momento de mi fantasía, y una ansiedad loca se apodera de mí. Quizá es la demencia; me parece que tengo fiebre... Siento una especie de terror y comienzo a comprender en todo su peso la expatriación y la soledad. ¡He llamado!

Entre las cartas de recomendación que he traído de París, hay una para el doctor Gerard que vive ahora en Venecia. Este médico es francés, pero ha pasado muchos años en Santiago y en Buenos Aires, y ha contraído allí numerosas relaciones y estima grandemente a los americanos. Uno de mis amigos me dio esta carta. La he hecho llevar a su dirección y espero, verdaderamente preocupado con mi enfermedad.

V

Venecia, 20 de mayo.

Hasta ahora puedo escribir: no he estado gravemente enfermo, pero el médico me ha obligado a guardar cama dos días.

Excelente hombre es este doctor Gerard. Desde que lo he visto, me parece que no estoy expatriado y que no me hallo solo en el mundo. Es un amigo y, lo que es mejor aún, amigo viejo. Ha vivido muchos años en la América del Sur; conoce a todo el mundo y conserva buenos recuerdos de aquellos países. Ama a los americanos como a sus compatriotas y me ha querido desde luego, como a un hijo. Es un hermoso viejo de sesenta años, fresco y vigoroso, en la plenitud de la vida intelectual.

Acudió con presteza a mi llamamiento, me pulsó, me interrogó, y seguramente concluyó por creer que mi enfermedad era más bien moral que física, pero complicada, sin embargo, con algo de calentura cerebral. Recetó alguna poción calmante y me previno el reposo.

—Esto no será nada —me dijo—; pero es preciso que reposéis dos días, por lo menos; yo vendré a veros mañana.

Así lo he hecho; he pasado estos dos días en medio de una languidez extrema, pero dulce. Diríase que he sufrido un largo desmayo, en el que, sin embargo, he tenido alguna conciencia de mi estado.

¡Y no he dejado de pensar en ella!

Hoy el doctor me ha mandado levantarme, me he sentido con mayores fuerzas y he comido con algún apetito.

Luego el doctor ha venido a hablar conmigo en la tarde, y hemos conversado una hora, recordando la América. Conoce nuestra situación y nuestras costumbres perfectamente. Juzga de nuestros asuntos con singular acierto, y le es familiar nuestra historia contemporánea. Analiza con criterio sereno nuestras instituciones y el carácter de nuestros hombres públicos, y habla con lucidez de nuestras aspiraciones y de nuestro porvenir.

Después de esa conversación de generalidades, procuró con delicadeza penetrar en los asuntos de mi vida. No le fue difícil. A pesar de que no gusto de hablar de mis recuerdos íntimos, no hago siempre misterio de ellos, y cuando encuentro a un hombre de mundo y de carácter inteligente y generoso, como el doctor, me dejo examinar. Además, él lo necesitaba para su diagnóstico y para su aplicación medicinal.

Pudo, pues, traslucir que yo había estado bajo la influencia de un pesar profundo, de uno de esos pesares que consumen la savia del corazón, que agotan la fuerza moral, y que hacen imposibles las esperanzas. Que viajaba por distraerme y aturdirme, y que buscaba, si no el remedio de mis males, sí una manera de darles término lo menos tristemente posible. No lo negaré. El supo entonces que yo había amado, como pocas veces se ama en la vida, apasionadamente, haciendo consistir en aquel amor toda mi dicha y todo mi afán en la tierra, y que este amor correspondido con toda plenitud, y que había envuelto mi vida, durante algunos años, como una nube densa que me había alejado del mundo, se había desvanecido repentinamente, como un sueño, como una bruma, como una visión... ¡la muerte había venido a interponer sus sombras en medio de este cuadro de felicidad!

El objeto de mi pasión había sido arrebatado por esta segadora implacable, y con ella habían desaparecido también mis esperanzas y mis únicas creencias. El mal, pues, que atosigaba mi espíritu, era incurable. La ansiedad luchaba con el imposible, y el culto de aquel recuerdo pertinaz me atraía paso a paso a la tumba. Para enfermos de esta clase la ciencia no tiene medicina. Sólo la religión suele ofrecerla como un consuelo a los creyentes, o el Destino concederla, como un milagro.

El doctor, hasta aquí, permanecía pensativo e inquieto. Quizá atribuía en gran parte mi estado actual a esa larga lucha de vigor moral agotado con mis implacables dolores. Pero estaba muy lejos de pensar que había habido un nuevo sacudimiento en mi alma; que tal vez el milagro del Destino había operado aquella revolución que me postraba, o que el estado de sobreexcitación de mi espíritu que hacía peligrosísimo cualquier nuevo sentimiento, había producido, por una transformación extraña, aquel abatimiento final.

Nada le dije acerca de mi preocupación de los últimos días; temí francamente que me creyera loco. La causa de mis pesares pasados era muy explicable, muy natural, en una organización impresionable, vehemente, apasionada como la mía. Mi existencia se había como saturado en aquel sentimiento que me había poseído por completo; todo esto era lógico. Pero decirle que al llegar a Venecia, cuando traía el corazón como cubierto con el espeso escudo de mi dolor... apenas vi, y eso envuelta en las sombras del crepúsculo, a una mujer desconocida, cuando fui presa de una especie de obsesión tenaz y de una ansiedad indecible... esto era abordar la demencia, cuando no la puerilidad. Temí que un hombre tan grave, tan sabio y tan formal como el doctor, en vez de creerme el hombre de gran carácter que le revelaban mis pasados sentimientos, me juzgase uno de esos frívolos sujetos de espíritu exaltado y fugaz que pasan fácilmente de un afecto a otro, engañándose a sí mismos, y que son indignos absolutamente de la atención del fisiólogo, y de la piedad del amigo.

De manera que callé y dejé al doctor a oscuras acerca del estado de mi alma. Además, aunque yo sentía que ésta era la causa inmediata de mi

postración actual, quizá me equivocaba; quizá en efecto no se debía sino a causas más inveteradas, más definitivas. ¿Qué sabía yo de esto? ¿Qué sabe uno de los misterios de su propio corazón?

El corazón es una esfinge eterna, cuyos problemas se renuevan sin cesar.

Así pues, he pasado este día. Mañana, si la obsesión continúa, si mi ansiedad se acrecienta, tal vez me vea obligado a decir algo al médico y al amigo.

VI

Venecia, 21 de mayo.

Me siento dichoso; dichoso como hombre que ha soñado cinco días, que han sido siglos, y que ve su sueño convertido en realidad.

Experimento una alegría loca, mezclada con las punzantes y amargas voluptuosidades de la expectativa. ¡Una expectativa que me impacienta! ¡Qué carácter el mío! No se aviene con las lentitudes de la vida normal, con la lógica de los sucesos. Sufrir, para mí, es morir; esperar, para mí es una tortura. No tengo la noción del tiempo; mi pasión es siempre mi clepsidra.

Pero narremos.

Vino el doctor temprano y me hizo alistarme para salir.

—Ahora tengo tiempo —me dijo—, y voy a acompañaros a dar un largo paseo. Lo necesitáis. Iremos primero a los jardines de la *Punta della Motta*. Aspirar el aire de la mañana bajo los árboles y el gran aire del mar os hará bien. Luego reposaréis y en la tarde visitaremos la Giudecca.

Efectivamente, dimos un largo paseo en el jardín y aspiré a bocanadas aquel aire cargado de sales, que fue un banquete para mis pulmones debilitados. Regresamos después y almorzamos con excelente apetito.

El doctor me abandonó un momento para ver a algunos de sus enfermos y a las cuatro volvió a reunírseme. Nos deslizamos a lo largo del canal de la Giudecca y visitamos este lugar, uno de los más pintorescos y característicos de Venecia.

Pero al descender la tarde y como el doctor quisiera mostrarme la *Dogana del Mare* y otros edificios, al entrar en el Gran Canal, yo rogué que fuésemos al palacio Capello, que era el objeto de mis ansias no aplacadas, sino antes bien exacerbadas por una clausura de tres días.

Pareció tal demanda extraña al doctor, pero sin oponerse a ella, me preguntó si tenía alguna mira especial en ello.

Yo dando orden a Giorgio de que tomase aquella dirección, le respondí:

—Hace tiempo, desde América me ha interesado la historia romanesca de Bianca Capello y he pensado hacerla asunto de una leyenda poética.

Ahora que estoy en Venecia, deseo conocer el palacio y estudiar lo que puede llamarse el color local. ¿Qué os parece?

—Muy bien —contestó el doctor—. Perfectamente; yo os mostraré las ventanas de Bianca, la casa en que estaba situado el banco de los Salviati, tíos del pobre joven Pietro Buonaventuri. Después tendréis que ir a Florencia para conocer la casa en que sirvió de escondite a los amantes y el palacio de los Médicis, en donde se operó la transformación de la ardiente joven veneciana. Es una historia singular ésa... y que ofrece un estudio terrible del corazón de la mujer. ¿Cultiváis la poesía?

—Algunas veces —le respondí—; como una distracción de mi tristeza.

—Es un consuelo, en efecto —repuso el doctor—, pero a veces se convierte en tósigo. Para los caracteres poéticos, cuando son desgraciados, la poesía se convierte en el buitres de Prometeo. Es la pena de los inmortales.

—Ciertamente, y ¡cuánto tiempo hace —le dije—, que he conocido esa verdad cruel! Tal vez la exaltación de mis sentimientos y de mis dolores no se deba sino a ese extraño privilegio del Destino. Pero es ineludible, como la muerte.

Así, departiendo amigablemente sobre los peligros y ventajas de nuestros respectivos caracteres, llegamos frente al palacio, un poco antes de la hora de los días anteriores. El sol no se ponía aún.

Giorgio hizo alto en el sitio en que habíamos estado la última vez, y a tiempo que el doctor me señalaba los pórticos del palacio, observé en el principal una góndola grande, decorada con lujo y montada por dos gondoleros que al descubrir a Giorgio se pusieron a hablar con él.

En ese mismo instante también, el doctor saludaba respetuosamente a alguien que estaba en las ventanas. Alcé los ojos; mi hermosa desconocida se hallaba en el balcón, inclinándose como la vez primera. No pude contener una exclamación de sorpresa y de alegría que pasó inadvertida, sin embargo, para el doctor; pero no para Giorgio, que se volvió para verme con cierta malicia.

¡Por fin había vuelto a verla; y en la plenitud de su belleza y de su gracia! Apenas pude contemplarla; me sentía bajo la impresión de un deslumbramiento, y por otra parte la palpitación de mis sienes y de mi corazón me impedía mirar y comprender. Estaba atónito.

A pesar de eso, reparé en que la joven no se hallaba sola. Acompañábala un hombre joven, pálido, de aspecto serio y arrogante, que hablaba con ella.

¿Quién sería?

Y como la hoja aguda de un cuchillo penetraron los celos en mi corazón. Decididamente; era mi suerte que aquel amor naciera en mi alma con todo el cortejo que lo hace poderoso e irresistible.

—¡Hermosa dama! —dije al doctor que seguramente había notado los cambios sucesivos de mi semblante.

—¡Oh!, sí —respondió—; una de las más bellas de Venecia, pero sin duda la más inteligente. Es una mujer de gran talento, de gran instrucción y de un carácter extraordinario; y ¡cosa singular!, es casi vuestra compatriota.

—¡Cómo! —repose, sorprendido—, ¡mi compatriota!

—No precisamente, pero casi, por su origen y por sus sentimientos. Ya os diré... —añadió, viendo la góndola del palacio que acababa de ser ocupada.

En efecto, volví a alzar los ojos, y la joven ya no estaba en el balcón. Acababa de entrar en la góndola, acompañada de una hermosa señora de cierta edad y del joven serio y pálido que estaba con ella en la ventana.

La góndola pasó rápidamente junto a la nuestra; sentí como una corriente de fluido que me envolvía, y apenas pude ver, palpitando, el semblante risueño de las dos damas que volvían a saludar al doctor con ademán amistoso.

—Continuad, continuad doctor, —murmuré impaciente, viendo que la góndola que se llevaba el objeto de mis delirios, se perdía rápidamente a lo largo de aquel canal.

—Pues bien —continuó el doctor—; esa joven...

—¿Es americana?

—No; es veneciana, pero es hija de americana. Su madre es de Buenos Aires. Su padre, era veneciano también, y después de haber seguido las vicisitudes de Garibaldi, ejerció durante mucho tiempo, el comercio en el Plata. Ganó mucho dinero; allí casó con una joven distinguida y regresó a su país, retirándose de los negocios. Desde entonces residió en Venecia; aquí nació Atenea; así se llama esa joven, pero su padre, desde que era muy pequeña, la envió a educarse en Londres y en París, hasta que ya formada la hizo volver al seno de su familia, pocos años antes de que él muriese. Hace uno que murió y, como veis aún lleva luto. De modo que ahí tenéis una mujer enteramente europea por su educación; pero en quien domina, según mis observaciones, el fondo del carácter americano. Naturalmente esto debe atribuirse más que al origen, al influjo de la madre, que es una de esas adorables mujeres argentinas y uruguayas en quienes se unen en extraño conjunto, la

dulzura inefable de las vírgenes indias, con cierta fiereza salvaje que les da el aire de leonas cuando las agita la pasión.

Ese tipo es único en el mundo, y era, cuando viví en América, el objeto constante de mi estudio y de mi admiración.

Yo no conocí a la madre de Atenea en Buenos Aires. Ya estaba ella en Europa cuando residí algunos años en aquella ciudad. Pero conocí a sus parientes con quienes cultivé estrecha amistad. Nos encontramos después en París y en Roma, cuando viajaba en unión de su marido y de su hija, y naturalmente, sabiendo que yo había residido largamente en su país natal, que conocía a su familia y que amaba a su patria, pronto nos hicimos amigos. Más tarde decidí fijarme en esta ciudad que es la de su residencia habitual, y llegué a ella desgraciadamente cuando el pobre viejo moría... Desde entonces, como debéis suponer, soy uno de sus íntimos amigos, y a fe que su amistad es uno de los mayores encantos que tiene para mí la vida veneciana. Viven muy cerca de vuestro hotel... en la rica Schiavoni; reciben con gusto a los extranjeros; con amistad y regocijo a los americanos; su círculo es pequeño, pero escogido.

—¡Ah!, doctor —le interrumpí—; sería yo muy dichoso si quisierais presentarme.

—Iba a proponérselo; nada podría seros más grato que esta relación en la que encontraréis la hospitalidad familiar de vuestro país, juntamente con las gracias de la elegancia europea. Hablaréis español con la madre y todas las lenguas de Europa con la hija. Hablaréis de las pampas, de las montañas, de los ríos y del sol, con vuestra compatriota, y de los filósofos, de los poetas y de los novelistas con Atenea. Vos sois un poeta; ella es una extraña soñadora; un carácter irregular como mujer, pero sorprendente como pensadora.

—¿Irregular como mujer? —pregunté, no comprendiendo bien la calificación.

—Sí —contestó el doctor—; irregular si queréis ajustarla a la norma común. Ella es excepcional. Su organización, su talento altísimo, su educación verdaderamente extraordinaria, sus viajes, el género de sus estudios, le han dado un carácter independiente, tan raro, pero tan adorable en su rareza, que si la tratáis, vais a ir caminando de sorpresa en sorpresa, como si marcharais en un país nuevo y extraño.

—¿Pero, sabéis, doctor, que habláis de esa joven como de una maravilla?

—Maravilla, no, precisamente. No he querido deciros eso; pero novedad, sí; es una mujer digna de estudio. Su tipo peculiar la hace interesante; podrá causar extrañeza, pero siempre admiración. Es un astro que no recorre la órbita ordinaria, pero que tiene mayor luz que los otros.

—Bien, me habéis hablado de su talento y de su carácter. Pero en cuanto a su corazón, porque en fin, es una mujer, y debe dar el interés que todas al amor, al gran asunto del alma.

—Ésa es la órbita común —repuso el doctor sonriendo—; en esto, como en todo, Atenea es extraordinaria. A su edad, las mujeres han consagrado su atención al amor, porque también el amor les ha hecho sentir sus leyes, su yugo incontrastable, puede decirse. Pues bien, Atenea se ha escapado de esa servidumbre... Es realmente la severa Palas Atenea, la bella diosa de cuello blanco y erguido que nunca se ha doblegado.

—Pero es singular.

—Muy singular; prodigioso... Ése es un profundo abismo de su carácter. ¿Quién podría asomarse con una antorcha para sentir lo que hay en él? Yo soy viejo; conozco algo el mundo, he tratado a bastantes mujeres, y algunas de ellas muy fuertes; conozco mucho a Atenea. Pues bien, os aseguro que en lo que sé de ella no hay una debilidad, quiero decir, algo que encadene sus sentimientos a la vida común. Estoy seguro de que no ha amado, de que no cree que pueda amar.

—Pero ¿es escéptica por sistema?

—Tal vez, sólo por el sistema y la convicción podría explicarse una imperturbabilidad tan olímpica, como ésta.

—Pero ¿cómo podéis asegurar que allá en su tierna juventud, en Londres, en París, en Viena, no haya alimentado alguna vez un sentimiento que dejara hondas huellas en su corazón?

—En efecto, penetrar en tales intimidades sería aventurado; podría dementirme el hecho, un hecho recóndito y oscuro; un hecho que viniese en el fondo del espíritu; velado como el secreto de un crimen. Pero no lo creo, secretos como esos escapan a los ojos del extraño, pero se revelan cien veces cada día ante la mirada experta del amigo, del fisiólogo y del confidente. Yo soy el amigo viejo de la casa; soy un padre para Atenea, más todavía soy un amigo íntimo, el amigo que consuela en las horas de sombra y de tristeza indefinible que suelen nublar aun a los espíritus más serenos. ¡No; esa joven no ha amado jamás...!

—¿Y ese caballero que la acompaña...?

—¡Ah! —dijo el doctor, encogiéndose de hombros—, ése es justamente una piedra de toque. Es un abejorro que se quema en la llama. Es un enamorado, un banquero...

—¿Un banquero?

—Sí, un banquero; pero nada más que un banquero que busca una mujer hermosa para casarse con ella y ostentarla, como su palacio, sus cuadros, sus joyas y sus riquezas... ¡Un necio afortunado! Atenea no es capaz de amar, pero en todo caso, no amaría a un hombre que nada significa sin su caja. No es rica y aun puede llamarse pobre en Europa, donde el lujo crea necesidades diarias y donde se despiertan apetitos insaciables. La fortuna que le dejó su padre es pequeña, y con ella sólo puede obtenerse la independencia, pero Atenea es una mujer para quien el dinero es lo último en la vida, lo cree seguro siempre, porque confía en ella. Observad que las mujeres de talento que poseen conocimientos variados y extraordinarios no dan gran importancia al dinero. Eso se queda para las huérfanas del trabajo y de la inteligencia, para las ricas ociosas que vegetan en la ignorancia y que, ávidas de lujo, tiemblan sin embargo al sólo pensamiento de que pueda faltarles alguna vez la herencia del padre o la caja del marido. Atenea sabe que su tesoro es su talento y que lo salvaría en cualquier naufragio, como Simónides. Por otra parte, su vida es sencilla, como la de una anacoreta. Para su refinamiento le bastan un libro o una conversación inteligente... De suerte que el apreciable banquero pierde sus días y agota sus miradas inútilmente.

Mi corazón se alivió de un gran peso, oyendo hablar así al doctor... Respiré. No había por qué tener celos. Pero un océano de imposibles amenazaba sumergir mis esperanzas. ¡Ese carácter! ¡Qué hondo misterio!

Por lo demás, esta mujer no puede ser más hermosa, ni más interesante, ni más irresistible. Si hubiera de elevar nuevos altares a un nuevo dios ¿qué numen más digno de mi adoración y del sacrificio de mi vida?

VII

Venecia, 22 de mayo.

He dormido poco y mal, pero mi insomnio ha sido grato y dulce. Ha sido una mezcla de alborozo y de curiosidad. Me acuerdo que cuando niño, sentía algo semejante la víspera de alguna gran fiesta, en la que esperaba ser feliz ¡ay!, con los inocentes y fáciles goces de aquella edad.

En la tarde, ha venido el doctor a prevenirme que esta noche seré presentado en casa de Atenea. Me ha anunciado como un compatriota que ha sufrido mucho y que viaja por distraerse y por curarse.

Y soy esperado con cierta curiosidad afectuosa.

Tiemblo de emoción y me irrito contra mí mismo por estas puerilidades. Siento una timidez rústica. ¿Adónde se ha ido el hombre de mundo?

Es el vértigo del abismo, quizá. No importa, me arrojo en él, cerrando los ojos. Figúraseme que el ocaso me sonríe en las tinieblas.

VIII

Venecia, 23 de mayo.

¡Qué dolor tan punzante en el corazón! ¡Qué nieblas en el alma! ¡Qué dejo de ambrosía y de veneno en los labios! La he visto; le he hablado; he oprimido sus manos entre las mías; su acento melodioso y blando ha penetrado en todo mi ser y lo ha enfermado. Me siento fatigado y doliente como después de un sacudimiento eléctrico.

No sé que hacer.

No puedo ni pensar. Soy todo sentimiento físico; circula por mis venas un fluido extraño que me postra y me agita al mismo tiempo.

Pero ¿quién es esta mujer? Y ¿qué encanto tienen sus ojos, sus palabras, su sonrisa?

No sé; pero nunca he podido concebir cosa semejante. ¿Es una maga realmente?, o ¿soy yo, con mis prevenciones apasionadas, con mi espíritu enfermo, con mi soledad de tantos años, quien ha forjado esta influencia satánica o celeste que así me trastorna?

No sé; no quiero averiguarlo. Estoy medio loco y necesito embriagarme y dormir, olvidarme, reparar en un reposo absoluto mis fuerzas extinguidas...

Un vino espeso y generoso, y un sueño pesado me harán bien.

IX

Venecia, 25 de mayo.

Venecia presenta el aspecto de una fiesta matinal. El cielo está azul y transparente como si fuera un inmenso zafiro. El sol brilla alegre sobre el Adriático; corre una brisa tibia y juguetona que hace ondular las aguas azules, las velas de los barcos y las cortinas de las ventanas y de las góndolas. La gente circula riendo y murmurando en los puentes, en las *calles* y en los canales, como regocijada... Todo canta y todo brilla. Y hay fiesta también dentro de mi corazón.

Acabo de verla un momento en sus ventanas; arreglaba una planta trepadora que festona sus balcones de mármol con racimos de flores blancas y rojas. Me detuve a contemplarla. Ella examinó las flores y luego tendió la vista al mar, que se dilataba a su frente, azul, tranquilo, inmenso. Después me ha visto; una sonrisa graciosa entreabrió sus labios y me saludó, inclinando la frente.

Y yo sentí, al ver aquella sonrisa, la frescura y la claridad del alba en mi espíritu.

Y entré en mi hotel con insensata alegría. Ahora es un placer para mí, escribir.

Antes de anoche fui presentado a ella. ¡Con qué alborozo verdaderamente infantil me preparé a este acto solemne y en el que yo esperaba algo definitivo para mi existencia! ¡Con qué gravedad y recogimiento religioso me acercaba a su casa! Pero ¡con qué timidez casi rústica penetré en ella! Diríase que jamás había yo pisado un salón; que acababa de abandonar la vida del campo y de los bosques para entrar por vez primera en la sociedad. Tal fue la opresión de pecho que sentí; me acometió una especie de entumecimiento y de parálisis. El doctor reparó seguramente en mi emoción.

—¿Qué os pasa? —me preguntó.

—Nada —le contesté—; un ligero malestar, vestigio tal vez de la enfermedad pasada.

—Y sin embargo, os sentíais muy bien antes de salir.

—En efecto, y esto no es nada; la humedad tal vez me ha causado una ligerísima impresión. Ya estoy bien.

Diciendo esto, subíamos las magníficas escaleras de mármol que conducen al primer piso en que se halla la habitación de Atenea.

El doctor se anunció; mi corazón comenzó a palpar fuertemente. Se nos hizo entrar y se oyó la voz dulce y clara de la señora que decía en el fondo del salón:

—Buenas noches, doctor Gerard.

En cuanto a mí, estaba como deslumbrado y me había avanzado manteniéndome como oculto tras el doctor. El salón, aunque forma parte de un edificio de carácter antiguo, como todos los de Venecia, es por sus dimensiones y por su aspecto un salón enteramente moderno. Ni pequeño, ni grande, decorado con gran gusto; alta chimenea artísticamente labrada, espejos, esos famosos espejos que no tuvieron rival en el mundo, jarrones antiguos con admirables flores naturales, flores por dondequiera, y bellas pinturas antiguas y modernas. Todo pude abarcar a la primera ojeada y a la luz de hermosas lámparas de gas que pendían del techo artesonado con primor. Es un salón en que el lujo se asocia bien con el gusto artístico.

Había allí cuatro o cinco personas. El doctor me presentó a la señora, que me recibió con una amabilidad y distinción de gran dama. Luego se avanzó hacia donde estaba Atenea junto al piano, de cuyo asiento acababa de levantarse. Así es que pude contemplarla en toda la gallardía de su talle majestuoso y esbelto. Pero estaba yo ofuscado y apenas pude verla y murmurar un cumplimiento respetuoso, a pesar de que ella me animaba con una sonrisa encantadora. El pálido banquero, el inseparable banquero se hallaba a su lado, y no sé, pero a pesar de las seguridades que me había dado el doctor, de nuevo un sentimiento de celos punzadores me atravesó el corazón. Me propuse desde luego hablar y ver a la joven lo menos posible, y como si un velo de sombras hubiese venido a oscurecer mi espíritu súbitamente, se apoderó de mí una tristeza áspera y amarga, que me obligó a adoptar un carácter reservado y frío.

Esto era impertinente de mi parte; lo sé, pero no estuvo en mi mano impedirlo. Había algo del salvaje americano en mi actitud.

Sin embargo, la señora me había atraído a su lado, y comenzó a hablarme de América, de mis viajes, de sus recuerdos y de todo cuanto se pregunta, generalmente, a un viajero a quien se ve por vez primera. La joven aparentaba hablar con el banquero y con alguna otra persona que estaba a su lado, pero me escuchaba con curiosa atención. Yo no la veía sino por instantes y al soslayo. Pasados algunos momentos, y habiéndose levantado la señora para hablar con el doctor, Atenea aprovechó esa oportunidad y vino a sentarse a mi lado. Entonces había desaparecido ya enteramente mi primera impresión, y pude mirar y examinar con detenimiento a la hermosa y temida joven.

¡Lo que son las prevenciones abultadas por la fantasía! El doctor Gerard me había hecho una pintura tal del carácter de Atenea que no puede menos que figurármela tan altiva y desdeñosa como una inmortal que no está sujeta a las leyes humanas. Por lo menos, en mi imaginación preocupada y temerosa la joven se me presentaba como una viva imagen de aquellas soberbias mujeres antiguas de Venecia, que creían ser reinas y que veían a sus pies un mundo de adoradores: una Loredano, una Toscani, una Morosini, por ejemplo, hijas de aquellos mercaderes cuyas galeras dominaban los mares y a cuyos palacios no se acercaban los reyes mismos, sino con la frente inclinada. Ni atenuaba semejante imaginación el que la humilde y apasionada Desdémona hubiese nacido también en Venecia, puesto que Atenea no estaba sujeta a las sublimes flaquezas de esta heroína incomparable del poeta inglés.

De modo que mi sorpresa fue tan grande como grata, al encontrarme frente a frente de la mujer que había sido un problema para mí durante ocho días. Es hermosa, eso sí, con esa hermosura que tiene algo de penetrante y de hechicero luego que se siente y que se ve. Diríase que una hermosura de esta clase exhala un aroma, que embriaga el alma, o más bien que está circuida de una atmósfera magnética que subyuga. Blanca y morena, como nuestras morenas de América, con un cutis de raso en que la sangre se colora y se transparenta como al través de un pétalo. Los ojos oscuros y profundos revelando el abismo, un abismo de pasión y de inteligencia; la nariz recta; la boca ni pequeña ni grande, pero con los extremos dirigidos levemente hacia arriba, como la boca de las Junos y de las Venus griegas; los labios rojos, carnosos y frescos; cabellos y cejas también oscuros; el cuello erguido y poderoso como el de Palas, y las manos y el antebrazo como de marfil. El cuerpo ondulante y gracioso revelando juventud, movimiento y fuerza. Así la vi en mi rápido examen que ella observó con cierto placer, como todas las mujeres bellas, y que acentuó con una sonrisa que me dejó entrever una gracia extrema, a saber: unos dientes blancos y brillantes. Era una sonrisa en que había luz. Entretanto me hablaba. Su voz era dulcísima y melodiosa, con ese acento suave veneciano que parece hijo del silencio de la ciudad, del rumor de las góndolas, del suspiro del viento entre los palacios o del lejano murmullo de las ondas. Esa voz era un canto, y modulándola así, con las inflexiones de la curiosidad, y acentuándola con sus leves sonrisas y con el alternativo adormecimiento o brillo de los ojos, Atenea realmente era una maga fascinadora.

Y, sin embargo, nada tenía de altiva, de desdeñosa, de irónica. Era una joven de altísima educación, pero casi tímida, benévola, dulce; el doctor decía bien: como las vírgenes indias de nuestra América. Podía calificársela, como Horacio en Hamlet calificaba a Ofelia, *criatura suave*.

Ni el menor rasgo de curiosidad, ni de orgullo, ni siquiera la conciencia de su prestigio. Era una niña grande, predispuesta a las sorpresas, interrogando a la vida, pero mirándola de frente, sin miedo; segura de su bondad y de su fuerza.

Conversamos largo tiempo y casi nos olvidamos de las gentes del salón. Hacía diez minutos que hablábamos y ya viajábamos juntos en alas del espíritu por los espacios celestes, por los mares tormentosos de América o por las selvas vírgenes de que ella oía hablar frecuentemente. ¡Cómo excitaba su curiosidad nuestra vida republicana, guerrera y salvaje! ¡Cómo deseaba conocer las maravillas de los Estados Unidos del Norte! Pero ¡cómo la interesaba también el carácter de nuestros pueblos primitivos! Ella enteramente europea, no podía ocultar su sangre americana, y se deleitaba pensando en la América como en una leyenda en cuyas brumas luminosas se perdía su alma, en infantil meditación.

Nos fue preciso volver a la realidad. Nos habíamos aislado completamente, y el pobre banquero, el otro personaje y el doctor, habían tenido que acercarse en torno de la señora, dejándonos libres en aquel diálogo en que por turno Atenea y yo nos dejábamos extraviar por el numen de la conversación.

Se servía el té. La joven, con aquellas manos que yo contemplaba con arrobamiento, me presentó una taza.

—¡Oh!, sigamos hablando —me dijo—. Me parece que despierto a un mundo nuevo. Yo hablo con muchos americanos que pasan por aquí, pero se van pronto o preguntan mucho, y nuestras conversaciones tienen que ser el complemento de sus Guías. Yo deseo hablar de América. ¿Permaneceréis vos, algún tiempo en Venecia?

—Pienso —respondí—, residir aquí toda mi vida.

—¿Toda vuestra vida? —me dijo con sorpresa—. ¿Pero es esto cierto?

—¡Oh!, no es broma —exclamó el doctor, interrumpiendo—. Mi amigo ha venido a morir a Venecia. Al menos me consta que ésa ha sido su intención desde que llegó.

—¿A morir? —repuso ella con un leve fruncimiento de cejas en que se mezclaba el dolor y la sorpresa.

—Sí: a morir —respondió el doctor—; a morir cuando el cielo lo disponga, pero eso no quiere decir que piensa no moverse de aquí hasta que llegue esa hora fatal. Ya os explicaremos eso, mi hermosa amiga.

—¡Es singular! —dijo muy seria Atenea.

—De modo —añadió la señora—, que abandonáis nuestra América como yo.

—Precisamente, señora —repliqué.

—Pero ¿no tenéis familia allá?

—Tengo parientes, lo mismo que he tenido el honor de oíros, que lo tenéis vos. Pero familia íntima, padres, hermanos, esposa, hijos, todo lo que forma un lazo que enlaza a uno al suelo, eso ha desaparecido. Soy solo, allá como aquí.

—Y sin embargo... ¡La Patria! —concluyó la señora tristemente.

—Es cierto, señora, la Patria es bastante; pero hay ocasiones en que es preciso despedirse de la Patria como es preciso despedirse de la vida...

—Lo adivino —dijo en voz baja Atenea al doctor—; allá pasan cosas horribles que también vemos en Europa... aunque con menos frecuencia... La proscripción política...

—Sí —contestó el doctor también en voz baja—, pero esta vez no es la política lo que proscribire a mi amigo... Es otro poder más terrible... ¡es el dolor!

—¿El dolor...? —preguntó ella con vivo interés.

Pero el doctor conoció que había ido demasiado lejos, que quizá había cometido una indiscreción, y pidiéndome perdón con los ojos, se alejó de la joven... Ésta se acercó de nuevo a mí.

—¿Pero es cierto —me preguntó—, que habéis venido con la resolución de vivir aquí para siempre?

—Muy cierto, señorita —le contesté; y le dije brevemente cuáles eran los motivos que me habían hecho escoger a Venecia para residir en ella, ocultándole, por supuesto, el de que me parecía una ciudad de ruinas. Le referí en seguida el cómo la había conocido hacía ocho días, ocultándole también que había sido objeto constante de mi preocupación. Sí, le añadí, que en aquella hora y pensando en aquella leyenda veneciana, su imagen me había hecho soñar, me había hecho perderme en una meditación poética...

Ella me escuchó pensativa. De repente, como saliendo de un éxtasis, murmuró:

—¡Es singular!

Y luego añadió con timidez y curiosidad:

—Con que ¿sois presa de un pesar inmenso?

—¿Cómo sabéis...?

Iba a responderme, cuando la señora la interrumpió...

—Puesto que os proponéis vivir en Venecia, espero que contaréis con nuestra amistad y que nos veréis frecuentemente.

—Todas las veces que pueda y que me lo permitáis. Será una felicidad para mí.

—Siempre que tengáis tiempo: sois un compatriota; necesitáis hablar de nuestra Patria común; yo también lo necesito. Así es que podéis venir todos los días. Estamos siempre en casa a esta hora.

Y nos despedimos, llevando yo no sé si la felicidad o la muerte en el alma. Di la mano a Atenea con timidez y respeto. Ella me la estrechó, como una amiga afectuosa. ¿Será su manera? ¿Cómo saberlo?

Pero después de todo, ¿qué importa un apretón de mano más o menos estrecho? Sólo un delirante como yo, puede dar importancia a un detalle tan común en Europa. Además, este apretón de mano puede sólo haber existido en mi imaginación.

—¿Qué os parecen vuestra compatriota y su hija? —me preguntó el doctor al salir.

—Estoy encantado, doctor; la señora es un ángel; la joven, una maga.

—Peligrosa, ¿es verdad? Pero a bien que estáis perfectamente blindado contra esa influencia. El pesar es una cota de bronce.

¡Ay! ¡El doctor no sabía, o aparentaba no saber, cuán débil es el corazón apesadumbrado!

Volví a mi alojamiento en el estado que ya he descrito. Pero logré dormir; el sueño de la embriaguez y de la fatiga.

Ayer pasé la mañana meditabundo y triste, ansioso de soledad y de silencio. He recordado una y cien veces las menores palabras de Atenea, su acento, sus miradas, su actitud. Todo lo he comentado de mil maneras, desde la más natural hasta la más extravagante; desde creer que está enamorada del banquero hasta pensar que no le he sido indiferente y que va a abrirse para mí una era de lucha y de felicidad.

¡Presunción y locura muy explicables! Todos los enamorados proceden así. Mientras ignoran, la felicidad se acerca a ellos o se aleja, como los mirajes que finge en el desierto la imaginación calenturienta.

En la tarde vino el doctor y yo le consulté seriamente si podría visitar también esta noche a nuestras amigas.

—Es claro, amigo mío, puesto que os han autorizado y lo deseáis...

—Nada me será más grato, doctor. Yo no voy al teatro ni tengo aún conocimientos en Venecia; y aun cuando los tuviera, no los encontraría tan encantadores, como éste que vuestra bondad me ha proporcionado.

—Pues bien, iremos, después de comer y de hacer un paseo; podréis entretanto recorrer esta poética ciudad, poco a poco.

Efectivamente, hicimos nuestra visita, y como la noche anterior, fui recibido cordialmente.

Pero encontramos mayor concurrencia; había varias señoras a quienes fui presentado. Atenea tocó en el piano admirablemente y en diversas ocasiones el banquero, que parece ser un aficionado, estuvo cerca de ella, volteando las hojas del papel de música.

¡Oh! ¡Qué odio me inspiró la música!

Al fin Atenea me consagró unos instantes.

—Perdonad —me dijo—; anoche creí encontrar en algunas palabras del doctor Gerard la seguridad de que no erais un proscrito político, como yo me figuraba...

—Efectivamente, no estoy proscrito de mi país.

—Y por otra parte, debí haberlo comprendido desde luego, por vuestra resolución de residir definitivamente en Venecia. Los proscritos políticos viajan —añadió sonriendo—, mientras que sus enemigos dominan; pero se mantienen siempre pendientes de sus esperanzas, y no bien cae el gobierno proscriptor, cuando vuelan a su país.

—Es cierto, y yo no pienso volver al mío.

—Pero entonces, ¿habéis sufrido algún inmenso pesar que os hace buscar el olvido, en tierra extranjera...?

—El olvido no sería bastante...

—Pues entonces...

—Habría algo más definitivo y más eficaz.

—¡La muerte! —exclamó palideciendo y asombrada—. Pero ésa es la desesperación...

—Es simplemente la convicción; es el tedio. El tedio es como un océano amargo, cuyas ondas, al llegar a los labios, hacen desear la muerte, como un refugio.

—¡Me espantáis...! Y no me atrevo a preguntaros la causa de tan terrible dolor, pero me interesa vivamente.

—Y sin embargo, señorita, nada hay más sencillo y menos misterioso... y que menos pudiera impresionaros. Os puedo contar todo, a vos, un ángel.

—¡Ah!, contadme, contadme, pero no ahora, hay muchas gentes; nos distraerían y la confidencia es un misterio sagrado. ¿Podéis venir mañana en la tarde? Estaremos solas mi madre y yo. Me interesa vuestra historia.

—Pero, os repito, no es una historia de complicación romanesca, ni de peripecias dramáticas... es una historia íntima, callada, oscura, en que no hay más resortes que el sentimiento, ni más personajes que dos corazones que se aman, ni más tiranos que el Destino.

—¡Ah!, ¡y decís que no es interesante! Pero con eso sólo se hacían las tragedias antiguas y se hacen las historias que conmueven. Yo creí que en nuestro siglo no existía ya eso, sino en la imaginación de los poetas. Pero vosotros los americanos tenéis cosas nuevas; sois primitivos; es preciso conocerlos para creer en sentimientos que han desaparecido de nuestro viejo suelo de Europa, agotado por la civilización.

—No opino yo así, señorita, y atribuyo vuestro modo de ver a vuestra juventud y tal vez a vuestra educación elevadísima, al medio en que habéis vivido, a vuestra inexperiencia complicada con vuestra instrucción. El amor vive aún en Europa, como dondequiera...

—Bien: ya hablaremos de eso; vendréis mañana ¿no es verdad?

—Vendré, aunque no sea más que por la esperanza de que creáis en la realidad, al mirarla en el fondo del abismo.

—Y aunque no soy un ángel, como decís... yo procuraré, que recorráis conmigo las alturas serenas de otra región en que no domina.

—¿El amor?

—El amor, es posible; pero no la desesperación.

Y se separó de mí, con una sonrisa de diosa.

¿Será verdad lo que el doctor me ha dicho?

¡Oh! Pero esta mujer es una niña. No ha sentido, y eso es todo.

¿Qué va a decirme a mí, al tronco carbonizado por el fuego?

Tengo impaciencia por verla esta tarde.

X

Venecia, 26 de mayo.

La he visto y le he hablado. Estaba sola con su madre, que nos abandonó un gran rato, diciéndonos que necesitaba escribir.

Le he relatado mis sufrimientos. Los ha escuchado atenta y pensativa. A veces sus ojos se han llenado de lágrimas, pero otras, sus labios, esos labios benévolos y risueños se han plegado con un gesto de amargura y de contrariedad. ¿Qué puede haberla disgustado? Y sin embargo, nada hay innoble, ni pequeño, ni mezquino en cuanto le he contado. ¿Será que esta historia echa por tierra sus teorías? ¿Será que encuentra demasiado frágil el corazón de la mujer, y que esto le causa pena?

No lo sé, pero la impresión que le ha quedado es indescifrable. No sé qué idea tiene de mí. Tal vez en el fondo me juzga un loco, un visionario.

Nos despedimos al oscurecerse la tarde, y ella me habló poco; parecía taciturna y se excusó de no hablarme acerca de la filosofía especial del amor, porque se sentía mal de la cabeza.

Yo sentí oprimido el corazón. Algo me dice que la historia íntima de mis pesares no satisfizo el interés que ella mostraba por oírla. Fue vulgar, quizá, en su concepto.

No iré esta noche a verla, como es natural, después de haber pasado con ella la tarde, y sabiendo que sufre de su neuralgia y me acuesto contrariado y sin apetito. Después de todo, Venecia para morir es igual a cualquier otra población ¡y si escogiera yo Roma!

XI

Venecia, 27 de mayo.

Acabo de llegar de su casa. Estaba concurrida como la última noche. Había varios jóvenes, entre ellos un poeta que recitó bellísimos versos que ella aplaudió bastante.

Estuvo alegre, decidora, dulcemente irónica y hasta burlona. Hizo mil distinciones al banquero, que se manifestó muy sensible, y cuyas esperanzas tuvieron una alza que él se encargó de hacer perceptible a todos.

Yo me encontraba hablando con la señora.

Al despedirnos, más temprano que de costumbre y dejando allí al banquero y a los demás, ella me dio la mano fríamente. No era aprehensión mía su apretón de las noches anteriores, porque hoy, disgustada conmigo, me dio la mano con flojedad y la retiró con rapidez.

Decididamente salgo de Venecia porque no me siento con fuerza para esta nueva lucha.

XII

Venecia, 30 de mayo.

... Pero anunciarles que parto para Roma, después de haber asegurado que mi resolución inquebrantable era la de residir aquí hasta morir, francamente es ridículo.

Tengo que asistir, pues, todavía durante muchos meses a este combate en que yo hago el papel de vencido sin haber entrado en lucha.

Ha vuelto mi apatía y con ella mi esperanza de morir pronto. Ahora lo querría más que nunca.

XIII

Venecia, 31 de mayo.

—Os veo triste y enflaquecido —me dijo anoche, llevándome a una ventana, mientras tocaba al piano una de sus amigas—. ¿Acaso seguís minado por la desesperación?

—Por el tedio, Atenea —le respondí—; en las resoluciones impremeditadas se corre siempre el riesgo de engañarse. Yo no conocía Venecia y creí que era la ciudad que me convenía para pasar los últimos días de silencio y de quietud.

—Y ¿no os encontráis a gusto?

—Encuentro que esta ciudad es como otra cualquiera de las de Europa. Sólo tiene diverso el ruido de las calles. Por lo demás, igual bullicio, iguales exigencias de vida social. Y es que para los anacoretas de la religión o del fastidio, sólo convienen los desiertos.

—Efectivamente, y lo que es ahora, difícilmente encontraríais en los desiertos mismos de Asia o de África ese silencio absoluto —añadió con cierto tono burlón—. De modo que para el caso, lo mismo es Venecia que cualquier otro punto de la tierra. Quedaos y os convenceré de que si sufrís así, lo debéis a vos mismo, a vuestra imaginación privilegiadamente exaltada y, sobre todo, a una circunstancia en que he pensado mucho...

—¿A cuál? —pregunté ansioso.

—Temo decíroslo, pero razonamos como fisiologistas y me lo perdonaréis: Si vuestro amor hubiera sido ideal, si hubiera tenido las puras alas del espíritu con las que se eleva hasta las alturas celestes, si no hubierais hecho consistir vuestra felicidad en los goces pasajeros de la tierra, las esperanzas de la unión eterna impedirían con un rocío benéfico que se secase vuestra existencia, abrasada hoy por la desesperación.

—Pero ¿qué queréis decirme? ¿Que mi amor ha sido sólo sensual, sólo impuro, que he sacrificado a un ídolo de barro?

—Yo digo que la intimidad en que vivisteis, que la contracción de todos vuestros sentimientos, de todas vuestras creencias en ese amor absorbente y dominador, ha sido causa de que al desaparecer el objeto único de vuestras aspiraciones, os deje como un árbol sin savia... No habéis alimentado en el alma nada que fuera inmortal, como ella, y que

viviera en vos todavía, consolándoos y aun haciéndoos partícipe de felicidades que no conocéis, porque no las habéis buscado.

—Atenea —le respondí—, tenéis ideas acerca del amor muy singulares. De seguro no lo conocéis; puesto que habláis así. Lo habéis visto en vuestros libros y tal vez en vuestro pensamiento de niña; pero no lo habéis sentido jamás.

—Es cierto... jamás lo he sentido. Pero así lo concibo solamente.

—El mundo y el tiempo se encargarán de modificar vuestras opiniones.

—Y bien: ¿queréis que hagamos una cosa? No podemos hablar aquí de esa materia largamente. Escribidme vuestras teorías; tendré gusto en discutir con vos y os escribiré a mi vez mis opiniones. Yo soy una estudiosa y si no os parece extravagante mi petición, obsequiadla. ¿Me escribiréis?

—Os lo prometo.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Es demasiada honra la que me hacéis, para declinarla, y la acepto, aunque tengo miedo de confirmar la mala impresión que os he causado con mi confidencia.

—¿A mí?

—A vos; he creído descubrir en vuestra conducta para conmigo y a pesar de la admirable delicadeza con que la habéis velado, un sentimiento de disgusto, algo glacial que me ha llegado aquí —dije señalando el corazón.

—¡Oh!, ¿yo disgustada? —me respondió con sorpresa—. Seguramente no lo habéis comprendido. ¡Dios mío!, ¿y habéis estado estos días bajo semejante impresión?

—Sí, ¡impresión indecible! —añadí tartamudeando—. Me perdía...

—Mirad —me dijo tratando de separarse—. En todo caso, no es disgusto lo que vuestra confidencia me ha causado. Ha sido asombro; ha sido una revolución completa en mis ideas preconcebidas, ¡qué sé yo...! Perdonadme, podéis causarme terror, pero nunca disgusto... Escribidme y traedme vuestra carta en la tarde.

—Pero ¿no me escribiréis vos también?

—También, pero necesito hablaros antes.

Y me dejó sumergido más que nunca en un océano de reflexiones.

Para no dar pábulo a las observaciones, sobre todo del banquero con mi taciturnidad, hice señas al doctor y nos despedimos, no sin que Atenea al apretarme la mano, me dijera:

—Pronto, ¿no es verdad?

—Muy pronto —repetí.

XIV

2 de junio.

¡Qué singular capricho! Discutir conmigo acerca del amor. Es casi una extravagancia de su parte. ¿Exigirá lo mismo de todos sus amigos? ¿Pensará reunir en un volumen todas las opiniones acerca del amor? Ésta sería una obra como la del cardenal Bembo. Sin embargo, yo sentiré placer en esta correspondencia y la comienzo. Es una manera de hablar con ella frecuentemente.

He aquí mi primera carta:

Atenea:

No habéis amado nunca y esto me coloca en un terreno estrecho y difícil para hablaros de amor. Queréis conocer mis ideas acerca de este gran asunto de la vida, y ya habéis sabido antes no sólo cuál es mi teoría, sino cuál ha sido la terrible realidad de que he sido prueba, a costa seguramente de mi existencia toda.

Es decir, queréis que yo haga correr el raudal de mi pensamiento por el angosto y suave cauce que hay que recorrer para llegar hasta vuestra juventud y vuestra inexperiencia, cuando necesita el hondísimo y ancho que lo conduzca hasta despeñarse como catarata incontenible. No puede ser, y no escribiría si no fuese porque deseo siquiera desvanecer en parte, la idea que hayáis tenido de mi carácter, que creéis culpable por causa de mí mismo.

Me resigno pues, y hago un esfuerzo comprendiendo que no puedo deciros todo. No sois más que una niña, a pesar de vuestros estudios, de vuestro talento que quizá os lleva hasta la adivinación; a pesar de vuestra edad en la que podríais estar iniciada en los misterios de la vida; os lo repito: no habéis amado nunca y sois una niña. La teoría, pues, con vos, no puede ser un estudio fisiológico; tiene que limitarse a ser una exposición razonada y débil sin el apoyo de la experiencia; primer fundamento de la convicción.

Vuestra inteligencia elevada y pura es como esas nieves que coronan las cimas de los Alpes. Dominando la tierra, permanecen serenas y vírgenes en su intachable blancura, y sólo ven la nube que pasa besándolas humildemente, el sol que las acaricia con sus primeros rayos, la luna que refleja en ellas su mirada melancólica, y el cielo que las cubre amoroso con su manto azul. Hasta ellas no llega el polvo de los valles, ni la espuma impura de los torrentes, ni los rojos fulgores del incendio, ni los rugidos de las fieras, ni los clamores desesperados de las víctimas humanas.

Pertenecen al mundo, pero no contemplan sino la parte más bella de él, no presencian sus tristes espectáculos, sus atroces desgarramientos; no escuchan los ayes y no ven las lágrimas de las cosas. Hállanse colocadas sobre la cabeza del titán, pero ignoran las tremendas agitaciones de su corazón.

Así es vuestra inteligencia, Atenea, así me parecéis cuando me habláis de ese amor ideal que puede sustraerse al dolor, que vuela en regiones etéreas y serenas, que puede vivir fuerte y sobrevivir a las pruebas del tormento y de la muerte.

Pero ¿qué significa ese amor ideal de que habláis y de que os habéis forjado una idea fantástica?

Perdonad; al estudiarlo para escribiros, me preparo religiosamente. Yo bien sé que vuestra alma blanca y virginal debe ser respetada, como una tierna flor. Ni el aliento siquiera de una teoría desoladora debe marchitar sus pétalos. El sentimiento mismo debe pasar trémulo y humilde sin opacarlos y sin lastimarlos. Pero la luz, una luz velada y tibia no puede hacerle mal, y la verdad es la luz. Mi profundo respeto pondrá el velo en ella, y mis dolorosos recuerdos mitigarán su fuego bajo la ceniza.

¿Qué cosa es el amor ideal, Atenea? Si es un amor que nace y se desarrolla en el cerebro, todo amor es ideal. Si sólo debe darse este nombre al amor que en el estilo místico se llama puro, y que por una abstracción incomprensible se desliga de los sentidos, entonces el amor ideal es una quimera, cuando no una locura. Quimera, sí, que han inventado las religiones sin saber bastante lo que inventaban; quimera que ha producido extrañas aberraciones y que ha dado lugar a no pocos errores.

La religión la hizo vivir en el fondo del sentimiento místico, como una esperanza contra la cual protestaban siempre el pensamiento que no la comprendía y la organización que se revelaba contra ella.

El amor místico ha sido en la Edad Media, y aún después, aún hoy, el cáliz vacío en cuyos bordes han quemado sus labios sedientos todas sus víctimas, sin lograr arrancarle una sola gota en que apagar su sed. Pensadlo bien: pensad en esas pobres vírgenes enamoradas del ideal y que se arrancaban voluntariamente a las leyes de la naturaleza del mundo para encerrar en un claustro su corazón rebosando juventud y fuerza, y su alma llena de aspiraciones infinitas que sólo creían satisfacer en el silencio de la contemplación y en la comunicación directa con el cielo.

¿Qué han encontrado allí? El mutismo cruel en que se envuelve la vida monástica no ha podido revelarnos las desesperaciones frenéticas, los arrepentimientos sombríos, las maldiciones en voz baja que se han estrellado millones de veces contra las frías losas del altar o contra los altos y callados muros que las separaban de la vida social. Pero a falta

de estas revelaciones múltiples y constantes, la experiencia ha podido recoger los sufrimientos para comprobar la existencia de esos dolores ocultos, que cuando no han conducido a la locura han producido el aniquilamiento moral, y la ciencia con estos datos y con los que recoge del estudio humano, ha podido concluir también que las teorías que contradicen la ley común de la naturaleza no pueden nunca sobreponerse a ésta, ni se ponen en práctica impunemente.

Pero ya me parece oírlos decir, que no habéis querido hablarme de ese amor ideal cristiano, producto de una época y que se resolvía en un ascetismo monástico y en consunción física y moral.

Pero entonces, Atenea, ¿de qué amor ideal habéis querido hacer mención? ¿Acaso del amor que Platón inventó, como una teoría, y que deriva de él su nombre, de amor platónico?

Pero ese amor del alma, casto e inefable, existe como sentimiento, cualquiera que sea la clasificación psicológica que se le atribuya, y como principio. Pero hacer consistir en él toda la aspiración del alma y todo el objeto de la existencia, es una utopía.

Se necesitaría no ser humano para creerlo realizable. Precisamente el cristianismo neo-platónico fundó en esta teoría loca su amor místico, y ya vemos que ha extraviado a la humanidad.

Pero el cristianismo, al menos, pretendía arrancar las aspiraciones humanas de la tierra, y elevarlas sólo a las esperanzas eternas de una vida mejor. Las miradas del enamorado místico, debían apartarse para siempre del mundo y fijarse sólo en Dios, buscándolo siempre entre las nubes del éxtasis o entre las ficciones de la alucinación.

Pero aplicar estas exigencias al amor humano, eso, lo comprenderéis, Atenea, con vuestro altísimo talento, es absurdo porque es imposible.

El alma enamorada de un objeto de la tierra, puede vivir soñando mientras que espera, mientras que aguarda. Pero la desesperación no tiene sueños consoladores, y un objeto de la tierra no tiene a su disposición un paraíso más allá de la muerte, para hacer esperar a sus amantes. El amor sin esperanza acaba por convertirse en tósigo o por desvanecerse.

Ahora bien, ¿qué esperanza es ésta que es la única eficaz para dar vida al amor? Pues esa esperanza es la misma que alienta el amor místico... la posesión. Sólo que en ésta es la de los goces eternos con la vida inmortal, y la de aquél, es la posesión del objeto amado. Posesión, perdonadme, no es una palabra indigna, aunque el vocabulario vulgar la haya desnaturalizado.

Posesión en el amor, es la conciencia de ser correspondido, y de haber fundido en otra alma los sentimientos de la nuestra. Esto basta para poseer.

Pero para producir semejante convicción se hacen indispensables los medios, y estos medios son precisamente los que marcan el límite entre la falsa teoría del amor ideal y la verdadera del amor conforme a la ley humana, a la ley de la naturaleza.

En vano se buscará la expresión del amor en otro medio. El origen mismo de él no puede residir más que en los sentidos. Para dejar el estilo nebuloso de la abstracción, supongamos, Atenea, que yo estoy enamorado de una mujer. ¿Quién es esa mujer? ¿Una mujer ideal? Entonces es un sueño poético; y aun así, ese ideal ha tenido su origen en la contemplación de la mujer real. El objeto no es definido, no tiene nombre, no existe; como sujeto en la tierra, es puramente subjetivo. Pero semejante mujer no podría producir un sentimiento que mereciese el nombre de amor. Sería, cuando más, el capricho de un pintor o la fantasía de un poeta. No debemos tomarlo en cuenta. Más positivo, aunque pertenezca a la fábula, sería el amor delirante de Pigmalión a su Galatea de mármol. Al fin, era un objeto viviendo fuera de la imaginación.

Y la prueba de que la desesperación no puede hacer vivir el amor es que la poesía antigua, filosófica ante todo, fingía que los dioses mismos se habían conmovido ante la pasión terrible del escultor griego, y que habían, para satisfacerla, hecho el prodigio de animar la estatua.

Últimamente, un joven sabio alemán se enamoró de Cleopatra, pero este amor retrospectivo e imposible, fue una locura, que a lo sumo debe tomar en consideración la arqueología, a la cual produjo algunos resultados.

No: semejantes manías son otras tantas aberraciones que no pueden contradecir la ley general. El amor vive de los sentidos, ellos suministran su savia al árbol; ellos soplan el fuego de la hoguera. Sin ellos, el árbol se seca y la llama se extingue.

Y no quiero decir que sea necesario que el sensualismo en amor llegue al extremo, no. Basta que él mantenga su influjo físico lo suficiente para atar con él, como un lazo, esa cosa sin la cual todo muere y que se llama la esperanza.

Destruid ésta, desvanecedla para siempre, arracadla del alma con la muerte, con la ausencia, con el imposible, y veréis lo que sucede con el alma enamorada, privada así de toda expectativa. O la vida se hace insoportable, o la locura viene a inundarla con sus tinieblas, o se produce en ella una especie de petrificación, peor mil veces que el aniquilamiento o que el extravío.

Pues bien, Atenea, ¿habéis querido hablar de este amor ideal que no alimenta esperanzas y que no vive de los sentidos? Entonces es imposible. Es un amor absurdo y que no puede comprenderse.

Al contrario ¿habéis querido sacrificar así al amor, que aunque habiendo tenido su origen en la fuente común y alimentándose de la contemplación física, de las miradas, del acento, del contacto, aunque sea leve e insignificante, de la persona amada, no aspira, sin embargo, a la posesión suprema y no funda en ella su felicidad absoluta? Entonces ese amor, rigurosamente hablando, no es ideal; será casto, pero es sensual. Los amores castos tienen también una escala infinita de goces puramente sensuales. Desengañaos, inexperta niña; el amor no puede ser más que sensual. Las bellas y poéticas idealidades que se forman en el éxtasis del alma enamorada han nacido en los sentidos; como las blancas nubes que se elevan a las alturas del espacio, han tenido su origen en los vapores de la tierra.

Ahora bien: ¿me condenáis aún? ¿Pensáis que he traspasado las leyes del amor inmortal? ¿Creéis todavía que me he arrastrado como un gusano en el cieno de los sentidos y que no he querido volar, por los espacios etéreos, como no sé qué águilas maravillosas que habéis soñado en vuestra fantasía juvenil e inocente?

Yo he amado, sí, he amado con toda la energía de mi alma, porque he sentido con toda la energía de mis sentidos. Si he tenido algún privilegio ha sido el de sentir de una manera extrañamente poderosa, lo que organizaciones frías o vulgares no habrían experimentado. Pero también concededme que esto no puede ser una monstruosidad. Sólo que unos lo obtienen con exceso, mientras que otros no traspasan ciertos límites que les marca su organización peculiar.

También os ruego que me concedáis otra circunstancia atenuante. No todos los seres inspiran un sentimiento igual. Los hay de tal modo privilegiados, que no pueden menos que inspirar pasiones extraordinarias. Aun me atrevo a creer que este fenómeno es más bien objetivo que subjetivo. No se puede atribuir un gran carácter al que no lo tiene. No se puede forjar una diosa con una simple mortal. Algún día (que el cielo os libre de ello) experimentaréis por vos misma que no todos los hombres son superiores, y que los fantasmas que a veces finge nuestra ilusión o que anima nuestro deseo, no se sostienen, sino cuando la realidad, una realidad que está fuera de nosotros, los apoya y los confirma.

El dios que nosotros elevamos y que no impera por su poder propio, corre el peligro todos los días, de ser derribado de sus altares por nosotros mismos. Nada más frágil que lo que crea nuestra imaginación, pero nada más fuerte y más irresistible que lo que se impone por su propia grandeza.

Y bien: yo os aseguro, por triste que sea la idea que tengáis de mi carácter, que no me habría sentido subyugado por un poder creado por mí, que mi espíritu escéptico y orgulloso no habría tributado culto a un ídolo salido de mis manos, en fin, que mi criterio, hijo siempre del análisis, no habría tomado nunca la ilusión por realidad. ¡Ah, no!, ¡Atenea, no! He amado porque era necesario que amase, porque se

imponía con todas las fuerzas fatales de la inteligencia extraordinaria, de la hermosura, de la gracia y, sobre todo, de la bondad. El dios existía fuera de mí, e imperaba por su propio prestigio.

Ya os referí cómo se apareció en mi camino; cómo luché por sacudir su influencia absorbente, aunque dulce; cómo sufrí y cómo pensé. Pero fue lo ineludible y caí postrado, como un creyente, primero, y como un fanático, después.

Viví ¡ay!, de los sentidos, es cierto, ¿pero de qué había de vivir sino de ese amor, incandescente siempre por la intimidad de todos los días, que había llegado a ser para mí el culto y la ocupación exclusiva de la existencia, que me había hecho olvidar de todas las preocupaciones de la vida social, que me había hecho indiferentes las aspiraciones de la política, las comodidades del bienestar, incluso de los goces de la gloria misma, que había matado en mí la previsión, que en la embriaguez de mi felicidad había tomado de mi pensamiento la idea de la muerte?

Ella, la implacable y la inesperada, pudo sólo volverme a la realidad. Ved pues, si no he vivido años enteros en el mundo ideal, a que me habían elevado los sentidos.

Ellos solos no hubieran podido sumergirme en ese océano azul y luminoso que cubría con sus ondas la vida entera y cuyas playas confinaban con el infinito inmenso de la eternidad. Fue amor del alma ése; amor que no se disipa, que vive en las ideas y que se arranca con la vida.

¿Concederéis ahora que fue un amor ideal? Pero amor ideal que nació en los sentidos, que creció bajo su influjo, que allí desarrolló sus alas para volar a regiones superiores, y que si hoy me mata no es porque no sueñe a veces con esperanzas eternas, sino porque siendo para mi espíritu, como aire vital, faltándole aquí en la tierra, mi espíritu se asfixia y aletea agonizante.

Ya sabéis, ahora, cómo ha sido sensual esta pasión de mi vida. Ya sabéis ahora cómo ha dependido de mí el dejar algo a las esperanzas inmortales; cómo se comprende y se siente el amor en la tierra, aun por las almas soñadoras como la mía. Toca después a la experiencia enseñaros la verdad de mi teoría, y toca a vuestro propio corazón el confirmarla. No lo deseo, por vos misma. Querría que pudiérais sustraeros a esa ley irresistible, porque os ahorraríais un mundo de dolores, de inquietudes y tal vez de desesperación. Tenéis un alma poética y elevada. Sufriríais mucho. En amor el talento se convierte en una corona de espinas que desgarrar el corazón. Da la felicidad, felicidad única, pero en cambio ¡qué cáliz hace beber si se disipa como un sueño! Ese veneno es superior en amargura, al sabor inefable del néctar que no hace más que tocar los labios.

Quedad libre de semejante peligro; soñad, sed dichosa, y no me condenéis. Al contrario, compadecedme.

FIN DE

«CUENTOS DE INVIERNO»



IGNACIO M. ALTAMIRANO. (Tixtla, Guerrero, 13 de noviembre de 1834-San Remo, 13 de febrero de 1893). Escritor mexicano al que se considera padre de la literatura nacional y maestro de la segunda generación romántica.

Nacido en el seno de una familia indígena, Altamirano cumplió sus catorce años sin hablar todavía castellano, lengua de la cultura oficial, y por lo tanto, sin saber leer ni escribir.

Inició precisamente por aquel entonces un proceso de alfabetización que sorprende por su rapidez y consigue, en 1849, una beca para estudiar en el Instituto Literario de Toluca, donde impartió sus enseñanzas Ignacio Ramírez, el Nigromante, intelectual mulato y librepensador, futuro ministro con Porfirio Díaz, cuyo interés por la juventud indígena le convirtió en mentor y amigo de Altamirano.

La influencia de su maestro prendió rápidamente en el joven, que pronto iba a dar pruebas del doble amor (por sus raíces indígenas y por una cultura que bebe en las ardientes fuentes del romanticismo europeo) que dirigirá y determinará las opciones más relevantes de su vida.

Estudiante de derecho en el Colegio de San Juan de Letrán, Altamirano se lanzó a la palestra política, se alineó con los revolucionarios de Ayutla, combatió a los conservadores en la guerra de Reforma, y más tarde, tras ponerse decididamente al lado de los juaristas, fue elegido en 1861 diputado al Congreso de la Unión, donde exigió el castigo al enemigo, enarboló el estandarte de la patria libre y, en 1863, luchó contra el imperio de Maximiliano y la invasión francesa; en 1865 alcanzó el grado de coronel por su participación en las batallas de Tierra Blanca, Cuernavaca y Querétaro.

En 1867, restablecida ya la República, consagró por fin su vida a la enseñanza, la literatura y el servicio público, en el que desempeñó muy

distintas funciones como magistrado, presidente de la Suprema Corte de Justicia, oficial mayor en el Ministerio de Fomento y cónsul en Barcelona (1889) y París (1890).

Fundó, junto a su maestro Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, *El Correo de México*, publicación que le sirvió para exponer y defender su ideario romántico y liberal; dos años más tarde, en 1869, apareció gracias a sus desvelos la revista *El Renacimiento*, que se convirtió en el núcleo que agrupó y articuló los más destacados literatos e intelectuales de la época con el común objetivo de renovar las letras nacionales. Participó en la fundación de *El Federalista* (1871), *La Tribuna* (1875) y *La República* (1880). Fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, la de Comercio, la de Jurisprudencia y la Nacional para Maestros.

Su deseo de renacimiento literario y el encendido nacionalismo, que tan bien se adaptó a sus ardores románticos, desembocaron en la publicación de sus *Rimas* (1871), en cuyas páginas las descripciones del paisaje patrio le sirvieron de instrumento en su búsqueda de una lírica genuinamente mexicana. Antes, en 1868, había publicado *Clemencia*, considerada por los estudiosos como la primera novela mexicana moderna.

En la última fase de su vida inició una serie de viajes que le llevaron a ocupar los consulados mexicanos de las ciudades europeas de Barcelona y París y a realizar un postrer periplo por Italia, país del que no regresó nunca. Falleció el 13 de febrero de 1893 en San Remo. Atendiendo a su voluntad, y tras ser incinerados, sus restos fueron trasladados a México; fueron depositados en la Rotonda de los Hombres Ilustres en 1934.

Para honrar la memoria de Altamirano, el 13 de febrero de 1960 fue descubierto e inaugurado, en el parque Ormond, de San Remo, el monumento de bronce con la figura del maestro, que el gobierno mexicano obsequió en testimonio de amistad al gobierno de Italia.

Notas

[1] Arena, en lengua náhuatl. <<

